UNA NOVELA DE

ALICIA VALLINA

LA CONDESA QUE PUDO REINAR



PLAZA JANÉS

ALICIA VALLINA

LA CONDESA QUE PUDO REINAR

PLAZA JANÉS

A quienes buscan en sus elecciones
el bien, la verdad y la belleza

Cuanto más alto es el nivel que ocupa un soldado o un estadista, más lejos está de la base, formada por hombres y mujeres cuyas vidas son la verdadera sustancia de la historia.

LEÓN TOLSTÓI, *Guerra y paz*

Prólogo

El 2 de mayo de 1808 el pueblo de Madrid se levantó en armas contra el invasor francés. El general Napoleón Bonaparte quería convertir nuestro país en una nueva nación gracias, en buena medida, a los felones de nuestros reyes. Primero Carlos IV y más tarde su hijo, Fernando VII, entregaron a los franceses en Bayona la corona de una España a la que juraron gobernar y proteger y a la que deberían haber consagrado su propia vida.

Curiosamente fue un pueblo iletrado, altamente jerarquizado, sumido a la voluntad del clero, pero orgulloso y altivo, quien decidió plantar cara al ejército más poderoso del mundo. Y, en este complejo contexto de traiciones, juegos de poder y duros enfrentamientos entre dos países antagónicos que siempre fueron obstinados en la defensa de sus libertades e idiosincrasia, la figura de José I, hermano mayor de Napoleón, se nos antoja una pieza clave para comprender el fracaso francés en nuestro país. A él entregó su hermano la corona de España (no sin antes ofrecérsela a su hermano Luciano e incluso a Joaquín Murat, gran duque de Berg) cuando, en una carta firmada el 6 de mayo, tras los acontecimientos ocurridos en la villa de Madrid, le explicaba con claridad a José la situación a la que debía enfrentarse:

Hermano:

Os envío unos documentos que os permitirán conocer los asuntos de España. Nos aproximamos al desenlace. El rey Carlos me ha cedido todos sus derechos al trono y se retira a Compiègne con su mujer y parte de sus hijos. Días antes de la firma de este tratado, el príncipe de Asturias renunció a la corona, devolviéndosela al rey

> Carlos. El gran duque de Berg ha sido nombrado lugarteniente general del reino y presidente de todos los Consejos. De treinta a cuarenta mil individuos se reunieron en las calles y en las casas haciendo fuego por las ventanas…, murieron más de dos mil hombres de ese populacho…

El populacho al que se refería Napoleón eran los futuros súbditos de su hermano, esos a quienes debía fidelidad y respeto, quienes tenían que apoyarle, admirarle y sentirle como su rey. Quizá el francés los subestimó, poco consciente de que los altivos españoles no estaban dispuestos a aceptar órdenes de nadie más que de sí mismos. No previó que un pueblo resentido, rebelde y enfurecido haría más por España que sus propios reyes. Lanzó a su hermano a las fieras, y este, que siempre quiso ganarse el favor de los españoles, fue odiado por ellos a pesar de que hizo más de lo que estaba en sus manos para conseguir su respeto y favor. Lo único que logró fue el escarnio público, la burla y un buen botín que expolió de Madrid cuando cruzó la frontera rumbo al exilio.

Pero esta novela no está centrada en narrar estos acontecimientos, aunque, sin duda, son el trasfondo de la historia que se esconde tras estas líneas. La de José I y su amante, la tolosarra María del Pilar de Acedo y Sarriá, III condesa de Echauz, V condesa del Vado y VI marquesa consorte de Montehermoso por su matrimonio con Ortuño de Aguirre y del Corral. Un apasionado romance que, en medio de un tiempo convulso de guerras y traiciones, estuvo en boca de reyes, aristócratas y hasta del propio pueblo, que se burlaba de los amoríos de un apuesto y zalamero José que despertaba pasiones entre las féminas y que jamás cedió a sus deseos y caprichos.

Pilar de Acedo fue quien padeció y sufrió, en lo más hondo de su alma, las consecuencias de un amor prohibido al que jamás quiso renunciar a pesar del alto precio que tuvo que pagar por ello. Una mujer que fue vilipendiada, insultada y menospreciada por vivir en libertad las consecuencias de sus pasiones y a quien su esposo ignoró para alcanzar el poder que le ofrecía el monarca a cambio de su displicencia. Un episodio más en la historia en el que las mujeres

fueron acusadas de libertinas, volubles e incapaces de controlar sus deseos, celos e inseguridades.

Pilar de Acedo solo fue una mujer enamorada de un hombre, con la salvedad de que él era rey, y ella, la esposa de alguien a quien no amaba. Sin duda no era su tiempo. Solo hubo espacio para el deseo, las traiciones, las luchas y el poder, que, caprichoso y voluble, fue cambiando de manos hasta que terminó por dejar de pertenecer al hombre del que estaba enamorada.

Esta es, por tanto, la historia de una mujer que se entregó por completo a un rey que no podía comprometerse, a un hombre culto, galante, bien parecido, a un conquistador que lo único que no pudo lograr fue defender el trono de España. Tan liviano fue el sueño de ambos que con solo acariciarlo se desvaneció. Pilar de Acedo lo supo. Es hora de que todos conozcamos también las renuncias y los sufrimientos que tuvo que padecer para terminar por abandonar sus sueños.

El amor es una muestra mortal de la inmortalidad.

FERNANDO PESSOA

Castillo de Carresse, Francia.
12 de enero de 1814

Amor mío:

Tu ausencia me resulta imposible de soportar. Apenas me quedan fuerzas para continuar. Me cuesta respirar y el intenso invierno que azota esta hermosa región hiela mi corazón apesadumbrado y vacío.

Sé que nuestras circunstancias no fueron las mejores. Nunca he sido una estúpida y siempre acepté con resignación los designios que la historia les tenía reservados a una mente y a un alma como los tuyos. Pero has de comprender que hasta la más enamorada de las mujeres a veces exige, aun habiéndolo perdido ya todo, un ápice de ternura que todavía la conmueva. Solo te pido una vez más, solo una ocasión de abrazarte de nuevo, de sentirme tuya. ¡No imaginas lo que me cuesta estar lejos de ti! Sin saber si sigues vivo, deseándote y rogándole a Dios cada día que te traiga de vuelta a mí.

Me avergüenza admitir que, a pesar de que te amo hasta el éxtasis, jamás distinguí si fui solo un entretenimiento para ti o alguna vez llegaste a amarme de veras. ¿Lo hiciste? ¿Aún me amas? No sé si estas contradicciones, si los sentimientos que anidan en lo más profundo de mi alma, van a permitir que me libere algún día de esta locura que es como fuego. Como los proyectiles que iluminan el cielo de una España a la que no sé si algún día regresaré. Y eso también pesa y ennegrece mi corazón. Pero sabes que siempre antepuse tu amor, ¿nuestro amor?, a una patria que jamás entendió lo que ambos quisimos para ella.

Pensarás que mi desesperación es fruto de mi deseo y de mi miedo a perderte, y así es. Me paso el día encerrada entre los muros de este hermoso castillo tratando de realizar el inútil ejercicio de olvidarte. ¡Si fueras capaz de enviarme solo unas líneas para decirme que estás bien y que todavía me amas!

Tu voz aún resuena con fuerza en mi corazón y no dejo de pensar en encontrar el modo de volver a verte.

¿Recuerdas nuestros últimos días en París? Ahora las noches en soledad son más tristes que nunca y me asaltan terribles pensamientos. ¡Tengo tanto miedo de no volver a verte!

Pero, si eso sucediera, si no pudiera jamás volver a abrazarte y a sentir los suaves y cálidos besos de tus labios, debes prometerme que no olvidarás los días en los que fuimos felices. Al menos yo lo fui. ¿Y tú, amor mío? Necesito saber que nada fue en balde. Que todo lo que te entregué, que todo lo que perdí por ofrecerme a ti, ha dejado huella en tu corazón.

A veces siento que mi lucidez se vuelve sombra y que escribo estas líneas a un espejismo, a una especie de fantasma que solo existe en mi recuerdo. Quizá tú ya solo seas un intento desesperado de dar sentido a mi existencia, un modo de glorificarme en vida como se hace con los muertos, pues eso es lo que soy.

Vuelve a hacer frío en esta habitación. La luna es clara y desde la ventana puedo observar la nieve ligera que comienza a cubrir el jardín. Sé que ya nunca volveré a ser feliz, pero no pienses que soy una desagradecida. Me diste una tremenda dicha que ahora me arrebatas y no acierto a entender el porqué. ¿Vas a volver con tu familia? ¿Es eso? Yo solo quiero ayudarme a entenderlo. Necesito dejar de medir mi tiempo a través del tuyo si así he de vivir en los días que aún me queden.

Me duele respirar si no estás a mi lado. Cada remordimiento, cada lágrima derramada por ti han convertido esta luna en una terrible y despiadada sombra. Ya nunca más volveré a ser la mujer que un día conociste.

Dime si tu ausencia tiene sentido. Dime si debo olvidarte o si has de hacerlo tú por mí. Ahora mismo no tengo fuerzas para lograr una hazaña semejante. Tú siempre fuiste un hombre sensato. Tus armas no fueron los fusiles ni las bayonetas, sino el entendimiento y el raciocinio. Sabrás, sin duda, hacerlo mejor que yo.

Mientras una lágrima solitaria resbala por mi pálida mejilla, te deseo ventura y felicidad. Yo me cubriré por siempre con el manto de tu amor para alejar de mí este terrible frío. No sé si nuestro

tiempo ya terminó. Solo necesito que me lo hagas saber. Yo, entre tanto, te amaré hasta que mi corazón lata por última vez.

PILAR

1
Después de la tormenta

Carresse, Francia.
25 de agosto de 1869

Llovía despiadadamente y el cielo, de un negruzco color ceniza, amenazaba con descargar tormenta. Parecía imposible que fuera agosto, aunque, en esa zona del suroeste de Francia, el tiempo era tan voluble como caprichoso. El cementerio, situado a la entrada del coqueto pueblo de Carresse, resultaba más que nunca inhóspito, desolador. Sin embargo, el mausoleo, que la difunta había pagado de su propio bolsillo y que ahora iba a emplear como última morada, destacaba sobre el conjunto de tumbas sencillas, algunas de ellas coronadas por cruces que, con cierta monotonía, se ordenaban en hileras. Siempre solía decir que necesitaba descansar en un lugar tranquilo, ella que tanto había viajado huyendo de un país en guerra y tratando, únicamente, de encontrar una paz que por fin había logrado.

Alain, el leal cochero de la familia, esperaba a un lado de la carretera embarrada que atravesaba el pueblo y que llevaba al castillo.

Amalia había conocido al sirviente en su primera visita a Carresse, justo después de su matrimonio con José María de Ezpeleta y Enrile. Apenas hablaba y tenía la tez blanquecina, los ojos de ratón, una nariz aguileña y una boca pequeña de labios finos y prietos. Su cabello eran hileras plateadas que cubrían una cabeza bien formada y sus manos, ajadas por las correas de cuero negro que sujetaba con firmeza para mantener a los caballos controlados, eran delicadas a pesar del duro trabajo al que las sometía a diario. Cojeaba ligeramente de su pierna izquierda y caminaba con cierta dificultad.

Amalia le miró a través de la cortina de agua que sus lágrimas habían formado al mezclarse con la lluvia que aún seguía cayendo. Alain le hizo una señal de calma con las manos. Esperaría toda la tarde si hacía falta. El gesto del cochero era contenido, pero ocultaba en su rostro una tristeza infinita y Amalia no pudo evitar cierta conmiseración hacia él. A fin de cuentas, Alain también hoy se quedaba un poco huérfano.

El sacerdote, un hombre joven y corto de estatura, de barba poblada y dientes de conejo al que Amalia no conocía, estaba asistido en el sepelio por monsieur Lambert, el sacristán de la iglesia de Carresse. Esta había sido trasladada, años antes, a su actual ubicación gracias a la financiación de doña Pilar. Según ella le había contado, el camino que llevaba al castillo lindaba antiguamente con el cementerio y con la iglesia y era importunada por el repique de las campanas y el trasiego de gente que acudía a las ceremonias religiosas, muy populares y multitudinarias en el pueblo, a pesar de su escaso número de habitantes. Así, después de varias trifulcas con los aldeanos, logró su objetivo, y la iglesia se desmanteló piedra a piedra para ser trasladada a la nueva ubicación, empleándose buena parte del antiguo material en la construcción del actual campanario.

Lambert sostenía entre sus manos, fuertes y gruesas, un paraguas que apenas cubría al sacerdote, por lo que la casulla negra del joven estaba empapada.

—La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros —concluyó el religioso en un perfecto francés.

Daba la sensación de que quería regresar pronto a la iglesia y evitar una tormenta que, a buen seguro, terminaría por desatarse.

—Amén —respondieron todos los presentes deseando también marcharse.

Tras recibir un buen número de condolencias y después de los rápidos saludos de rigor, Amalia se arrastró hacia el coche abatida, pues bien sabía ella que el auténtico duelo, la soledad y la ausencia comenzarían a partir de ahora y hasta el resto de su existencia. A fin de cuentas, una madre era una madre.

Se detuvo por última vez delante de la verja metálica de la entrada al camposanto. El cementerio se había quedado vacío en apenas minutos y la lluvia seguía cayendo mientras golpeaba con fuerza las solitarias tumbas grisáceas adornadas con flores. El mausoleo de su madre se alzaba majestuoso sobre la parte oeste de la explanada. Era un templete de piedra en cuyo frente se abría una puerta estrecha, de color marrón metálico, rematada por un arco de medio punto sobre el que descansaba una cruz de brazos iguales inscrita en un círculo. A ambos lados se abrían dos ventanas verticales, también rematadas por arcos, a través de las cuales la luz de la tarde iluminaba el interior. Sobre el frontón, rebajado y coronado por una cruz latina, podía leerse un epitafio:

AQUÍ REPOSA LA SEÑORA MARÍA PILAR DE ACEDO,
CONDESA DE ECHAUZ DE CARABÈNE,
BIENHECHORA DE LA IGLESIA Y DE LOS POBRES,
FALLECIDA EL 23 DE AGOSTO DE 1869.
REZAD POR ELLA.

Amalia se persignó y salió del recinto en dirección al coche cerrando la verja con la única mano que tenía libre. Alain abrió con destreza la puerta para que pudiera cobijarse en el interior mientras ella se arremangaba la falda negra de algodón que le llegaba hasta los pies. A punto estuvo de pisarla y dar de bruces con la tierra embarrada.

Para llegar al castillo tenían que atravesar el pueblo. A la izquierda del camino, Amalia pudo divisar, entre dos poderosos abetos, la pequeña escuela que también había sido financiada por su madre, empeñada siempre en defender, con uñas y dientes, que la educación era garante de una vida más placentera, instrumento esencial de libertad y, a buen seguro, un gran medio para lograr encontrar un marido apropiado. El pensamiento provocó que se asomara a sus labios una tenue sonrisa al recordar sus enseñanzas sobre el amor y la vida.

«No hay mayor pecado que la felicidad, hija mía —solía repetirle con frecuencia—. Solo cuando dejas que algo se vaya se convierte en tuyo para siempre».

Ahora ella se había ido y la infinita tristeza que le embargaba comenzaba a despedazarla por dentro. ¿Sería eterno también aquel dolor? Ella, que ya lo había padecido tras la muerte de su querido esposo, hacía ahora veintidós años, y cuya ausencia jamás había podido olvidar, lo había experimentado también, aunque de un modo más liviano, con el fallecimiento de su padre, cuando solo era una niña.

Le quedaba el cariño de sus dos hijos, José María y Pilar. Ambos vivían en España y ya eran dueños de sus propias vidas, pero la memoria de los que partieron y dejaron su huella en la residencia a la que se dirigía se le hacía más intensa que nunca. ¿Sería capaz de enfrentarse a tantos recuerdos ahora que su querida madre ya no estaba?

El carruaje seguía su camino y los caballos, acostumbrados a la ruta a pesar de la cortina de lluvia, no dudaron en pisar con firmeza el barrizal de lodo y agua que los separaba de casa.

La nueva iglesia que dejaban a su derecha se había inaugurado en 1846, justo un año antes de la muerte del marido de Amalia, en presencia del obispo de Bayona y de las más importantes autoridades de la ciudad. Tenía una nave central y dos laterales y era de construcción sencilla, ausente de todo boato. Muchos aldeanos comparaban el campanario con la famosa torre de Pisa porque estaba ligeramente inclinado. Una hora y media antes, la iglesia había estado atestada de gente que quería darle el último adiós a doña Pilar, condesa de Echauz y del Vado. Además, casualmente, se celebraba la festividad de San Luis de Francia, hijo de la palentina Blanca de Castilla, santo distinguido por su amor a los más pobres y débiles de la sociedad. Un hombre justo y prudente al que la condesa siempre había querido parecerse. Ahora, por azar o no, ambos habían dejado este mundo el mismo día.

No faltaba mucho para llegar al castillo de Carresse. Este se erigía soberbio entre árboles frondosos en lo alto de una pequeña colina a la salida del pueblo, en la carretera que iba en dirección a Auterrive.

Era un inmenso caserón deshabitado desde 1792 y construido algunos años antes por el marqués de Monein, Armand Jean de Montréal, quien lo había vendido a un sobrino político, el duque de Gontaut-Biron, esposo de Josefina de Montaut, buena amiga de doña Pilar. Fue ella quien pensó en la posibilidad de adquirir un terreno fuera de España ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos durante el reinado de José Bonaparte. Precisamente el rey había sido gran amigo y benefactor del primer esposo de Pilar, Ortuño María de Aguirre y del Corral, marqués de Montehermoso. Así, a finales de 1812 compraron la propiedad por un precio nada desdeñable de tres cientos mil francos. La condesa incluso tuvo que reclamar la devolución de algunos préstamos para alcanzar tan desorbitada suma.

El castillo tenía dos pisos y dominaba la planicie del río Olorón, apto para la pesca y para disfrutar del sosiego que otorgaba una vida tranquila, alejada de la corte. Amalia, que había pasado buena parte de su vida en Madrid por el trabajo de su esposo, siempre dedicado a la política y al servicio de España como militar, había tratado de combinar sus estancias en la capital con las visitas a su madre hasta que, en 1847 y después de enviudar, decidió trasladarse a Carresse. Allí, rodeada de bosques de pinos y de una belleza quieta, perenne, paseaba, leía, dibujaba, tocaba el piano y se mantenía al corriente de las noticias que llegaban de España a través de las cartas que le enviaban sus hijos.

La lluvia seguía cayendo, esta vez de modo más lento y acompasado. Alain abrió la puerta del carruaje y la ayudó a bajar. Amalia se detuvo en la entrada principal del castillo y respiró profundamente mientras el cochero se dirigía a la parte trasera para guardar el carruaje y alimentar a los caballos. ¿Qué iba a hacer ella ahora? ¿Cómo ocuparía su tiempo después de que la imponente presencia de su madre se hubiera extinguido para siempre?

Josefa, la fiel sirvienta que la había acompañado desde que se marchara de España, recogió su paraguas y la miró a los ojos con tristeza.

—Por favor, tráigame una taza de té bien caliente y una toalla. Estoy empapada —le solicitó con una voz tenue, abatida por el

cansancio.

—Como usted ordene, señora.

A pesar de sus enormes dimensiones, el castillo resultaba confortable. Doña Pilar se había encargado de su decoración y había traído muebles, espejos, alfombras, tapices, lámparas, pinturas y esculturas de España para engalanarlo y, de ese modo, hacer su exilio más llevadero. Siempre amó a su país y nunca quiso abandonarlo, pero la vida, tan arbitraria y tornadiza, terminó por trastocar sus planes y llevarla lejos de su patria.

Carresse era un buen lugar para vivir. No hacía mucho calor en verano y los inviernos tampoco eran especialmente fríos, así que la vida transcurría sin sobresaltos, al menos meteorológicos.

Doña Pilar había vuelto a casarse tras el fallecimiento del padre de Amalia tan solo un año después de las nupcias de su hija. Fue en el mes de abril de 1818, con un militar un año más joven que ella, de origen francés y llamado Amadeo de Carabène. El enlace civil tuvo lugar en la vicaría de Auterrive y ella no pudo asistir al evento, ya que no fue hasta más de un mes después cuando su madre le escribió para darle la buena noticia.

Amalia arrastró los pies hasta el salón principal de la planta baja. Josefa le acercó una toalla carmesí grabada con las iniciales de su madre en letras doradas. La chimenea de mármol de Carrara rugía con fuerza, alimentada por gruesos troncos de madera de roble que daban calidez al deslamado espacio. Entonces, casi sin querer, e impulsada por una extraña fuerza ajena a su voluntad, se sentó en el sofá favorito de su madre. Era la primera vez que lo hacía en más de veinte años. En cualquier otro momento habría sido descortés ocupar ese lugar. Contempló durante varios segundos las intensas y vigorosas llamas. El fuego crepitaba y su cántico era monótono, hermoso, rítmico. Sostuvo la toalla con ambas manos, acarició las iniciales del nombre de su madre y se secó el cabello frotando con fuerza la toalla contra su pelo.

Fue entonces cuando alzó la vista. Hasta ahora no había tenido fuerzas para hacerlo, pero el momento había llegado casi sin querer, con naturalidad, como un accidente. Doña Pilar la miraba congelada en el tiempo desde el retrato que colgaba sobre la chimenea. Posaba

sus intensos y bellos ojos negros en los suyos con cierta actitud condescendiente.

«Hija mía, mi pequeña… —parecía decir—. ¿Qué vas a hacer ahora sin mí?».

Sin duda, había sido una mujer hermosa. De cabellos largos de color castaño, siempre recogidos en un moño bajo, empleaba toda clase de afeites y perfumes para mantenerse bella. Usaba polvos para blanquear el rostro y los hombros y siempre procuraba esconderse del sol para prevenir las arrugas, a las que enfrentaba con pastas de arsénico y plomo.

Amalia escrutó su retrato con detenimiento. Parecía poderosa. Era culta y refinada y dominaba, gracias a la formación de sus preceptores, el francés (que terminó por convertirse en su lengua principal), el inglés, el italiano y por supuesto el euskera, el idioma materno de ambas. Se les había transmitido de generación en generación y era el que empleaban en sus largas y animadas conversaciones, amén de que la mayor parte de sus sirvientes en Vitoria eran de origen vasco y solamente hablaban esa lengua.

El calor del fuego la calmaba e iba asentando sus penas a pesar de que no las hacía más livianas. Josefa no tardó en llegar con una humeante taza de té. Olía a romero y azahar.

—Aquí tiene, señora. ¿Desea algo más?

Amalia permaneció unos segundos pensativa, como absorta. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido y de su respuesta dependiera que todo siguiera su curso.

—Gracias, Josefa —respondió de inmediato extendiéndole la toalla para que se la llevara—. Puede retirarse.

La sirvienta salió de la estancia con discreción. Era una mujer experimentada y leal. ¿Qué más se le podía pedir?

El reloj de pared del salón acababa de dar las siete. Comenzaba a anochecer. La jornada había sido larga y la tormenta veraniega, que ella misma había presagiado, había dado paso a una noche serena casi sin nubes, despejada. La luna asomaba tímida y retraída, y el viento, que antes había soplado con fuerza, mecía ahora con delicadeza las hojas de los árboles.

Mientras sorbía el té, a la cabeza de Amalia acudieron pensamientos desalentadores. La ausencia de su madre comenzaba a devorarla de modo lento pero persistente. Sentía un enorme agujero en las entrañas y, cada vez que alzaba la mirada para contemplar el retrato, le parecía oír su voz.

«¿Qué vas a hacer ahora, mi dulce Amalia?».

Doña Pilar había dejado en su testamento seis mil francos para repartir entre la iglesia y las personas más necesitadas de Carresse, tal y como había anunciado a su hija tiempo antes. Por eso, a Amalia se le ocurrió que quizá algunas de sus pertenencias pudieran también resultar de utilidad a aquellos a quienes su madre más había tratado de ayudar y proteger en vida.

Una subasta pública permitiría recaudar fondos para una buena causa. El primer paso era, así pues, seleccionar los vestidos y complementos de doña Pilar para ponerlos a la venta.

Dejó la taza de té a medio terminar en una mesilla redonda de madera de palosanto, con tablero de mármol veteado y patas cabriolé, y se dirigió directa al dormitorio de su madre. Estaba en el piso superior y era una estancia señorial de más de ochenta metros cuadrados, con armarios empotrados de caoba y tiradores de bronce dorado que se completaban con espejos verticales en los extremos.

De pronto, su perfume la detuvo. Todo olía a ella. Era una mezcla sutil y embriagadora de limón, jazmín, cardamomo, bergamota y laurel. Entonces una lágrima solitaria resbaló por su mejilla.

—Madre… —susurró.

Al abrir la primera puerta, un conjunto de hermosos vestidos bien dispuestos y ordenados quedó a la vista. El olor a doña Pilar era más intenso y Amalia tuvo que detenerse unos instantes para evitar caer desplomada. Las emociones y el cansancio la atenazaban.

Había algunos pares de zapatos colocados en fila bajo los vestidos, perfectamente distribuidos y conjuntados con estos. Un hermoso par de color cian llamó su atención. Los cogió entre las manos. Eran los que su madre había llevado el día de la boda de su primogénito. Tenían las suelas de cuero, un tacón medio, acabado satinado y apliques de cristal en la punta. Sin duda un sofisticado trabajo artesanal de evidente maestría y elegante sencillez. Amalia pensó

que era mejor mantenerlos en la familia y no fue capaz de seleccionarlos para la subasta. A fin de cuentas, eran memoria de tiempos pretéritos.

Cuando devolvió los zapatos a su sitio, un pequeño hueco apenas visible cedió a su presión sobre la madera. Empujó con maña la tabla y el ingenuo escondite se reveló con cierta inocencia. Era un falso cajón sin tirador que parecía haber sido diseñado de manera premeditada. El hallazgo la sorprendió. No pudo evitar mirar a ambos lados de la estancia para asegurarse de que estaba sola. Parecía estar hurgando entre las ropas de su madre. ¿Y si la veían los criados y llegaban a pensar que ya estaba decidiendo con qué prendas quedarse justo el mismo día de su entierro? Pronto desechó ese cruel y despiadado pensamiento. Todos en el castillo sabían lo unida que había estado a ella. Tal acusación habría sido injusta, aunque ¿acaso el mundo no lo era?

Con curiosidad, Amalia miró dentro. Un grupo de papeles ordenados se acumulaban en dos montones. En medio de ellos pudo distinguir un cuaderno de desgastado cuero rojo, con una cenefa dorada, decorada con volutas y flores de acanto alrededor del borde. Aquella especie de diario disponía de una cerradura metálica, también dorada, de la que colgaba una pequeña llave a juego. Removió los documentos. Eran cartas escritas en francés y fechadas en años alternos, la última del 7 de enero de 1844, con matasellos procedente de América. El remitente de todas ellas era un tal conde de Survilliers del que Amalia jamás había oído hablar. ¿Qué secreto se escondía entre aquellas líneas y qué había querido ocultar su madre durante tantos años?

Nada de todo aquello tenía sentido, así que dejó los documentos en el mismo lugar en que los había encontrado prometiéndose no volver a hurgar ni en lugares ni en hechos que no le habían sido revelados en vida.

Los vestidos de doña Pilar eran hermosos y todos de una excelente calidad. Ahí estaba también el que solía emplear en sus paseos matinales a los que Amalia la acompañaba casi a diario. Era de algodón sencillo y color verde caza, cintura fruncida, mangas

abullonadas y escote tipo barco, con una franja perimetral decorada con motivos vegetales en la parte final de la larga falda.

Madre e hija solían recorrer la senda que seguía el curso del Olorón hasta el cruce con el abrevadero principal de Carresse, construcción que doña Pilar también había financiado. Era un camino apenas transitado, a excepción de por algunos pescadores. Amalia recordó entonces haber ido varias veces con Amadeo, gran aficionado a la captura del salmón y, especialmente, del sábalo, abundante en primavera y que todos degustaban cocinado al limón, con cilantro, menta y una pizca de pimienta.

Amalia no había tenido tiempo hasta ahora de pensar en su padrastro. Sus negocios de compraventa de caballos (a los que él y su madre eran muy aficionados) le habían llevado a París y, a pesar de que hacía seis días que le había enviado un telegrama para avisarle de la gravedad del estado de su madre, no había recibido noticias suyas hasta esa mañana. En él la informaba de que regresaría en dos semanas a Carresse y que no debía ser tan pesimista ante la situación de su madre, pues era una mujer extremadamente fuerte que se recuperaría de este nuevo contratiempo.

Amadeo era un hombre bueno, espontáneo, de moral reglada y de un gran sentido común que se esfumaba con brusquedad cuando los problemas de salud se cernían sobre la mujer a la que amaba. Como militar que había sido, tenía una clara concepción castrense de la vida y, para él, la muerte no era más que el tránsito hacia la inmortalidad del espíritu que nos llevaría al encuentro definitivo con el Creador. Así que huía del dolor a su modo.

Amalia volvió a pensar en las cartas y en aquella especie de diario que alguien había ocultado de manera premeditada en un cajón secreto. ¿Había parcelas de su madre que ella misma ignoraba? Era su única hija y siempre había visto en ella a una mujer fuerte, segura de sí misma a pesar de las dificultades, extremadamente culta y de un encanto nada común, además de poco dada a mostrar sus sentimientos en público. En definitiva, alguien capaz de enfrentarse a la vida convirtiendo sus temores en armas para luchar contra la adversidad. Pero ¿no éramos todos, acaso, frágiles

criaturas, seres acosados por la duda y celosos de los secretos más íntimos?

Volvió sobre sus pasos, decidida, ahora sí, a saciar su curiosidad y tratar de resolver las dudas que la asaltaban. Las cartas estaban ordenadas por fecha. El remitente siempre era el mismo, pero los matasellos variaban constantemente: Bourges, Prangins (en Suiza), París, Filadelfia, un extraño lugar llamado Point Breeze (en Estados Unidos de América), Goldstone (en Gran Bretaña) y solamente una, la última, desde Florencia. Desde luego, aquel enigmático conde viajaba con frecuencia por todo el mundo y parecía tener con su madre una extraña relación.

El reloj del vestíbulo acababa de dar las ocho. Estaba segura de que Josefa andaría buscándola para preguntarle dónde quería que dispusiera la mesa para la cena. Normalmente su madre y ella solían reunirse en el segundo comedor, una estancia algo más reducida que el primero, donde estaban más despreocupadas y los criados no tenían que recorrer distancias largas para servir los alimentos. Ahora Amalia estaba sola.

Dejó las cartas en su escondite, cerró con cuidado el falso cajón y bajó con diligencia al piso inferior. Fue entonces cuando se dio de bruces con Josefa, que se disponía a subir las escaleras.

—Esta noche no voy a cenar. No tengo apetito —dijo nada más verla.

—Pero tiene usted que comer algo. Lleva todo el día sin probar bocado.

Josefa y Amalia tenían una relación cercana. Tras casi medio siglo de confidencias, de sinsabores y dificultades, la vieja doncella podía permitirse cuestionar sus órdenes, quizá porque la señora no era una persona autoritaria ni de carácter severo. Además, Josefa había sido como una hija para doña Pilar. Había entrado a su servicio cuando apenas era una niña y ambas se habían profesado un cariño y un respeto que, en ocasiones, y siempre de puertas para adentro, traspasaban las rígidas convenciones sociales de la época. Aún adolescente, Amalia había sentido celos de Josefa por la complicidad de que gozaba con su madre y de la que ella carecía. Doña Pilar le había enseñado incluso a leer y a escribir.

—Gracias, Josefa. Quiero terminar de ordenar algunas cosas de la señora condesa y luego me retiraré a descansar. Cierto es que el día de hoy ha sido muy largo y apenas me quedan fuerzas.

—Como ordene entonces, señora. ¿No va a querer que le prepare el baño?

Dos días a la semana Amalia solía tener la buena costumbre de asearse con agua caliente. Era un excelente modo de relajarse y, además, tal y como indicaban los médicos, protegía de un buen número de enfermedades. Como el agua caliente no llegaba al segundo piso, los criados Philippe y Renaud, los más jóvenes y fuertes, tenían que trasladar el agua en cubos hasta la zona de aseo contigua a su dormitorio.

Un buen baño le sentaría bien y la ayudaría, sin duda, a descansar mejor. Además, Amalia disfrutaba leyendo durante su aseo, especialmente las obras de su querido amigo Víctor, a quien había conocido de niña en Madrid y con quien compartió numerosos juegos y travesuras en el palacio de Masserano mientras su padre, el general Hugo, servía fielmente al rey José I. Había oído que Víctor iba a regresar pronto a París tras años de exilio como consecuencia de su público rechazo al régimen de Napoleón III. ¡Tenía tantas ganas de volver a verle!

—Está bien, diga a los criados que vayan preparando el agua. No tardaré más que unos minutos —indicó a la sirvienta.

Josefa dio media vuelta y se dirigió satisfecha escaleras abajo.

De regreso al dormitorio de su madre, volvió a abrir el falso cajón y extrajo con sumo cuidado aquella especie de diario carmesí para sujetarlo, tímida, entre las manos. Esa noche sustituiría *El hombre que ríe* (un terrible drama de su amigo Víctor y que, por el momento, no tenía fuerzas ni ganas de continuar leyendo) por aquel misterioso cuaderno que su madre se había cuidado de esconder.

Al intentar abrirlo, comprobó que estaba cerrado. Amalia imaginó que la pequeña llave que descansaba en el interior de la cajonera le daría la clave. Apenas era más grande que una uña, pero poseía un grosor considerable. La introdujo con cuidado en el interior de la cerradura y la giró a ambos lados, pero no ocurrió nada. Sin embargo, aunque el contratiempo le causó cierta zozobra, no estaba

dispuesta a renunciar tan pronto a descubrir los secretos que encerraba aquel enigmático cuaderno. Hizo un segundo intento, esta vez tratando de encajar la llave con esmero en el interior hueco de la estructura, hasta que, por fin, esta emitió un clic delator.

Una nota doblada, escrita en francés y con una escrupulosa caligrafía, se deslizó de entre sus manos y cayó al suelo.

—¡Señora! —El grito de Josefa la sobresaltó—. ¡El baño está listo!

Amalia recogió rápidamente la nota y la guardó en el cuaderno.

—¡Ya voy, ya voy! —respondió, ansiosa de poder quedarse a solas.

Los inconfundibles pasos de la doncella subiendo la escalera animaron a Amalia a salir del dormitorio de su madre. Cerró la puerta y se dirigió a su habitación, próxima a la de doña Pilar, solo separada por el cuarto de lectura. Allí a su madre también le gustaba dibujar al carboncillo empleando la sanguina y el clarión, tal y como lo había visto hacer al maestro Goya. Amalia y doña Pilar solían hablar con cierta frecuencia sobre lo mucho que habían aprendido del aragonés en el corto tiempo en que le trataron. Les gustaba pensar en lo inspirador que había sido para muchos artistas de su tiempo, a pesar del poco reconocimiento logrado tras su exilio en Burdeos.

Para Amalia, la imagen de don Francisco permanecía aún muy viva en su retina y su recuerdo latía perenne en el retrato que colgaba de una de las paredes de su dormitorio. La primera vez que le vio tenía unos nueve años y su presencia le impuso cierto temor. Era un hombre de mirada dura, observador, concienzudo y meticuloso hasta el límite. Había posado para él, durante más de una semana seguida, en el madrileño palacio de Masserano.

—Señora, apúrese o el agua del baño se enfriará. —Josefa apareció en la puerta del dormitorio.

Llevaba en las manos una lámpara de gas. Ya había anochecido y la luz de la luna se dejaba ver a través de las ventanas. Había dejado de llover. El castillo se encontraba en penumbra y el silencio era palpable en cada rincón. Amalia sintió el frío que penetraba a través de las paredes mientras su mente viajaba a tiempos pasados cuando su madre aún estaba a su lado. Ahora, mientras caminaba, el silencio era más profundo, lleno de memoria y nostalgia.

—Encienda dos más en el baño, por favor —pidió Amalia señalando la hermosa lámpara de bronce dorado que la vieja doncella sujetaba con firmeza.

Mientras la sirvienta terminaba su cometido, Amalia dejó el intrigante cuaderno sobre la mesita de noche y comenzó a desvestirse.

¡Cómo había pasado el tiempo! Ya no era la niña de rostro angelical y tez delicada pintada por el maestro que sostenía en sus manos un simbólico manojo de azucenas, inequívoco signo de pureza y virginidad. Ahora era una anciana de sesenta y nueve años que ya poco o nada esperaba de la vida. Le dolían las articulaciones, no podía leer sin sus lentes y tampoco era capaz de mantener el lápiz rígido cuando dibujaba (las pocas veces que se permitía hacerlo). Sin embargo, su lúcida mente aún mantenía animadas conversaciones. También gustaba de pasear y de tocar el piano, a pesar del agarrotamiento de sus dedos y de lo mucho que le costaba elevar ligeramente las muñecas sin dolor.

—Si no va a necesitar nada más… —Josefa se dirigió con celeridad a la puerta. Ella también estaba agotada y necesitaba descansar.

—Váyase a dormir. Han sido unos días duros para todos. Y no hace falta que esté listo el desayuno a las ocho. Ya le daré aviso en cuanto me levante.

—¡Pero señora! —La criada se detuvo de improviso, alarmada—. Hace más de cuarenta años que en esta casa se sirve el desayuno a la misma hora.

—Lo sé, lo sé, Josefa. —Amalia la miró con tristeza y cierta ternura, pues ambas eran conscientes de que ya nada volvería a ser como antes—. Pero creo que podremos hacer una excepción. Las dos necesitamos descansar. Y, a fin de cuentas, ¿qué es un día frente a cuarenta años?

Josefa le aguantó la mirada un instante. Luego agachó la vista.

—Tiene usted razón, señora. Entonces, hasta mañana. Que descanse.

La criada se retiró cabizbaja y sin apenas hacer ruido.

Por fin estaba sola.

A medio desvestir, se dirigió a la mesita de noche en busca del cuaderno y de los lentes.

La bañera, ovalada y de mármol blanco de Macael, descansaba sobre cuatro patas en forma de garras de león y llevaba adosado un pequeño escalón para facilitar su acceso. Amalia albergaba la esperanza de que antes de finalizar el año pudieran instalar, en las estancias superiores, grifería de agua caliente y fría para evitar el incómodo y agotador traslado de cubos de agua hirviendo desde el piso inferior del castillo hasta los aposentos.

Sobre la bañera se encontraba un espléndido espejo circular de bronce dorado estilo imperio y, en la pared este, un cuadro con una mujer de tez blanquecina que, relajada, tomaba el baño con dos rosas blancas en su mano derecha y un libro abierto en un asiento. Doña Pilar le había tenido siempre un especial cariño a aquella composición. La había adquirido hacía apenas un año a monsieur Durand, un anticuario parisino amigo de la familia. Era obra de un joven artista de origen belga, de apellido Stevens, admirado hasta por el mismísimo Napoleón III y que estaba cosechando grandes éxitos en la corte.

Amalia dejó el cuaderno y los lentes a su izquierda, sobre un pequeño taburete de tres patas, y se introdujo, poco a poco, en el interior de la bañera. El agua caliente la reconfortó. Sus extremidades, maltrechas y doloridas, se liberaron de la tensión acumulada durante semanas agotadoras de incertidumbre y enfermedad y se dejaron sumergir exhaustas en aquel bálsamo. Cerró los ojos y su mente se detuvo. Se liberó por unos instantes de cualquier pensamiento, se vació y se convirtió en un agujero hueco para dejar que la nada la poseyera.

Tras un minuto, quizá dos, volvió a la realidad de aquel cuarto. Volvió a Carresse, a su madre, a su cuerpo ya anciano, al peso de los muros del suelo y del techo del castillo. Fuera lo que fuese aquel tesoro escondido por doña Pilar, Amalia lo necesitaba más que nada para escapar por un momento de allí, de la calma tras la tormenta, del duelo inevitable.

Desdobló con cuidado la nota que ella misma había devuelto al interior del cuaderno y comenzó a leer.

2
Los vaivenes de un eterno verano

Point Breeze, Filadelfia, Estados Unidos.
27 de octubre de 1817

Mi querida y adorada Pilar:

Sé que entenderás que no te haya escrito antes, pero he estado ocupado con los preparativos de mi nueva residencia americana que quiero que conozcas en cuanto te sea posible. He podido recuperar buena parte de mis bienes y he puesto a nombre de mi querida Desirée la propiedad de Mortefontaine para protegerla de quienes tienen ahora en sus manos el destino de Francia. ¡Qué voluble y compleja es la vida! ¿No es cierto? Todo se ha venido abajo como un castillo de naipes; yo, que siempre confié en que el destino terminaría por serme favorable y otorgarme lo que por derecho me correspondía. Pero ahora, lejos de mi patria y de los míos, siento aún más presente tu cariño y el recuerdo vívido de los últimos días que te tuve entre mis brazos.

Amalia detuvo un segundo la lectura tratando de contener el aliento. ¿Había sido aquel misterioso hombre amante de su madre? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Quién era él?

Por eso quiero revelarte un secreto que nadie conoce y que, en caso de que fuera necesario, solo a ti incumbe, pues es fiel reflejo de lo que siempre te amé a pesar de mis deslices y continuos fracasos como hombre. Sé muy bien que tú jamás los mereciste, pues dejaste atrás tu patria para seguirme y te enfrentaste a las habladurías, que siempre te importaron muy poco.

Mi secretario y fiel amigo Maillard, siguiendo mis instrucciones, viajó a Suiza una vez finalizado el verano. Como bien sabes, tuve que huir de Prangins, ya que el maldito Borbón español estaba continuamente informado de mis pasos por sus esbirros. Allí, en la finca de mi propiedad, enterré antes de mi precipitada partida, junto a un árbol viejo de tronco agrietado y leñoso, un tesoro compuesto por cientos de monedas de oro y dos docenas de diamantes y piedras preciosas. Maillard recuperó para mí todo aquello y lo envío a América, pero hay algo que se quedó enterrado allí y que querría que fuese tuyo.

Nada me gustaría más que poder encontrarnos de nuevo junto a aquel viejo árbol donde fuiste mía por última vez, pero, por el momento, he de permanecer aquí por mi seguridad. Te pido que guardes el secreto y conserves en tu corazón, como yo lo hago, los días que compartimos juntos. Yo procuraré…

La nota terminaba así, bruscamente. Apenas una firma ilegible completaba la misiva, acompañada de una porción de lacre carmesí sobre la que se estampaba un sello con escudo coronado y lo que parecían un castillo y un león. Amalia fue incapaz de distinguir nada más.

Estaba aturdida, confusa. En 1817 hacía ya seis años que su padre, el marqués de Montehermoso (cuyo título ella había heredado), había fallecido. Era comprensible que su madre hubiera buscado el amor en otros brazos, pero lo que le resultaba sorprendente era que jamás le hubiera dicho nada al respecto.

El agua de la bañera había comenzado a enfriarse, así que, para evitar coger un resfriado, salió con cuidado y se envolvió en una toalla de algodón blanco. Se puso un camisón de seda y encaje y recogió los lentes y el cuaderno antes de meterse en la cama. Las sábanas, de lino, tenían las iniciales de los apellidos de su madre bordadas a mano y habían formado parte de su ajuar de novia cuando contrajo matrimonio con su padre.

Estaba realmente agotada, pero quería saber más acerca de aquel hombre al que su madre había amado en secreto. Además, había un tesoro escondido en la lejana Suiza que le pertenecía y que llevaba

oculto ¡más de cincuenta años! ¿Estaría aún allí? ¿De qué podría tratarse? Amalia no recordaba que su madre hubiera viajado jamás a aquel lugar llamado Prangins y, mucho menos, a América, así que quizá nunca pudo recuperarlo ni reencontrarse con su amante.

Su cabeza no dejaba de hacerse preguntas para las que no obtenía respuesta, por lo que decidió abrir el cuaderno. ¿Estaba haciendo lo correcto? De pronto se sintió culpable, sin ningún derecho a entrar en la intimidad de la mujer a la que más había amado en su vida, pero necesitaba saber quién había sido ella, a quién había querido. Era un modo de acercarse más a su ausencia y, quizá, a sí misma.

Aquella especie de diario parecía escrito por otra persona. Desde luego no era la letra de doña Pilar, y Amalia se dio cuenta de inmediato. Un nuevo personaje, un confidente quizá, era ahora quien se convertía en el narrador de una historia a la que se asomaba confusa, pero con la curiosidad de quien no tiene ya nada que perder.

3
Secretos despiadados

Vitoria, 13 de julio de 1808

Yo, que tantos años serví a la condesa de Echauz y del Vado y siempre caminé en silencio tras sus pasos, quiero ahora dejar memoria en estas líneas de todo lo que vi, escuché y ella misma me contó mientras estuve a su lado. Tomando en mi mano temblorosa la pluma y para evitar que el tiempo borre su rastro y que otros inventen sobre ella una vida que no tuvo, voy a anotar a continuación, y con la mayor fidelidad que mi vieja memoria me permita, los días de gozo y de secreto dolor de mi señora.

El rey era alto, de mejillas esponjosas y sonrosadas, ojos brillantes y curiosos, pelo abundante y alborotado y nariz elegante. Todo él en su conjunto desprendía cierta aura de delicada gracia e inteligente armonía, y la condesa se enamoró de él nada más verle.

Aquel día, la colegiata de Santa María se había abarrotado de gente. Todos querían ver de cerca al nuevo rey de España y de las Indias. El señor Ortuño de Aguirre, marqués de Montehermoso y conde de Triviana, había formado parte de la comitiva de nobles y personajes de alto rango que se había trasladado a Bayona días antes para proclamar como nuevo rey a José Bonaparte, hermano mayor del más famoso general de la historia y conquistador del mundo, Napoleón.

Los Borbones habían cedido la corona de España al insigne militar francés y este la había colocado sobre la cabeza de José, el primogénito, un hombre con fama de culto y razonable que, a ojos del marqués, iba a desempeñar su tarea de rey con todas las

garantías. ¡Incluso el mismísimo Napoleón había recibido en Bayona a su hermano con los brazos abiertos para condecorarle con la Cruz de la Legión de Honor y despedirle en Bidart, ya como nuevo monarca!

El señor marqués, junto con un largo séquito de políticos y militares, había acompañado a José en su entrada triunfal en Madrid. Además, el rey había jurado en el esplendoroso palacio Marracq de Bayona la nueva Constitución, junto a Pedro Ceballos y al duque del Infantado, Miguel de Azanza, entre otros muchos.

El señor siempre defendió con uñas y dientes las ideas que Napoleón tenía para España y que recogía también la carta de Bayona; una monarquía hereditaria por línea exclusiva de varón, el reconocimiento de la religión católica, la abolición del tormento, la reforma de la Hacienda Pública o la proclamación de la igualdad de derechos civiles y libertades individuales eran solo algunas de ellas. Todos confiaban en el nuevo modelo de país que los franceses querían exportar a España, inspirado en la Ilustración y en el triunfo del intelecto sobre la superchería.

La comitiva en la que viajaba el marqués había llegado a San Sebastián hacía tan solo cuatro días y, tras pasar por Tolosa y Vergara, fue solo la noche anterior cuando por fin había podido descansar en su residencia de Vitoria después de unos días de nervios y mucho ajetreo.

El sol había lucido durante todo el día y el calor se había hecho notar incluso ya entrada la noche. ¡Qué silencio y qué paz se respiraban entonces y qué bonito había sido gozar de un poco de tranquilidad para expresar en unas líneas las emociones vividas y que jamás yo podría olvidar!

La señora se había levantado temprano y algo nerviosa. Sabía que ese sería un día importante para el marqués, pues el rey llegaba a Vitoria y él ejercería como anfitrión. La misa en Santa María había comenzado a las doce y la comitiva del monarca, siempre puntual, quería que todo estuviera perfecto, así que el señor se marchó dos horas antes para organizar la entrada de su majestad a la colegiata.

Doña Pilar (creo que me resulta más fácil llamarla así) quería mostrarse espléndida, así que escogió para la ocasión un vestido de seda de un intenso color pajizo. Ciertamente tuvo que contenerse para no ponerse el de color carmesí, regalo del señor por su quinto aniversario de boda, ya que las ceremonias eclesiásticas exigían un decoro que, a veces, a la condesa, le costaba seguir dada su habitual querencia a mostrarse siempre resplandeciente.

Las más altas personalidades de la ciudad ocupaban los primeros bancos de la iglesia, engalanada para una ocasión única que nunca más volvería a repetirse. Allí estaban los Martínez de Aragón, los Mendiola (a Teresa, la señora le profesaba un gran cariño), los Celaya, Miguel Ricardo de Álava con su prima y prometida, Loreto de Arriola (hija del regidor del ayuntamiento de la ciudad), y un sinfín de miembros de la curia que no querían perderse la entrada triunfal del nuevo rey.

La señora condesa decía que José parecía un ángel, hermoso, libre, seguro de sí mismo. Escribo esto casi sin pensar porque no sé si alguien me leerá nunca. Aún veo su rostro en mi mente, a pesar del transcurso de las horas, y su cara de emoción contenida al volverse hacia mí tras contemplar junto al rey el delicioso Murillo que escondía la sacristía de la colegiata cuando él solicitó verlo. Fue allí donde intercambiaron un saludo de cortesía. El marqués estaba encandilado con él, pero ¡su esposa aún lo estaba más! Ninguno imaginábamos que aquel sería el comienzo de una tortuosa aventura de pasión…

Amalia detuvo la lectura unos instantes. Le resultaba casi imposible hacerse a la idea. ¿Insinuaba el diario acaso que su madre había albergado sentimientos por el rey de España? Y además ¿quién había osado escribir aquella historia?

Ella era ya una mujer mayor y sabía de los misterios y secretos del amor. También creía haber conocido a la persona que le había dado la vida y con la que había compartido los últimos años de su existencia. ¿Cómo era posible que le hubiera ocultado un secreto de tan magna envergadura? Se sentía decepcionada, triste,

descorazonada. Sabía que se había casado muy joven con su padre (con apenas dieciséis años, la misma edad con la que ella también contrajo matrimonio) y que los quince años de diferencia entre ambos habían hecho mella en sus deseos, aspiraciones y pasiones, pero nunca imaginó que pudiera haberle traicionado de este modo. Una mujer decente, de su posición, ¿cómo había osado engañar a su padre, aunque fuera con el mismísimo rey?

A Amalia, que siempre se había fijado en su madre como el más fiel ejemplo de valor, generosidad y abnegada dedicación a la familia, ahora le resultaba una completa desconocida. Alguien a la que había amado sin ni siquiera llegar a acercarse a sus más íntimos pensamientos. Si es que el contenido del cuaderno era cierto, claro.

Estaba cansada y abatida por el impactante descubrimiento, así que la maldijo en silencio. Aquellas líneas ejercían un embrujo en ella. Nada parecía tener sentido, pero para estar completamente segura necesitaba continuar, estudiar a fondo el contenido del diario, descubrir quizá una parte de su madre oculta a sus ojos para paliar el dolor que ahora sentía.

Por eso decidió seguir leyendo.

4
Un mundo ruidoso

Vitoria, 15 de julio de 1808

El rey había abandonado la ciudad en dirección a Madrid y con él el señor marqués y otros muchos. Parecía que el pueblo, después de su levantamiento en armas, sangriento y descorazonador para todos los que amamos España, no estaba dispuesto a aceptar a un Bonaparte en el trono. Los españoles somos orgullosos y no admitimos con facilidad las órdenes ni las leyes de un extranjero, sin embargo, y a pesar de ello, todos confiaban en que el buen hacer del nuevo rey trajera la paz que tanto ansiábamos para este país complejo y rico en pasiones a veces incontrolables. Así lo eran las de la pobre condesa. Ya nada ocupaba su mente más que los pequeños y vivaces ojos del rey y no pudo evitar confesarme entre lágrimas de desesperación que solo ansiaba volver a verle y poder encontrarse cara a cara con su dulce mirada.

Amalia estaba un poco resfriada. Parecía un catarro veraniego. La señora no había querido avisar al doctor Ayala, pues no creía que hubiera nada por lo que alarmarse. Era fuerte y crecía sana y feliz y se había convertido en la ilusión de su vida.

Aquella tarde vinieron a tomar el té las señoras Loreto de Arriola y Teresa Mendiola y habían prometido poner al día a la señora de los asuntos de la ciudad. La verdad es que, en aquel tiempo, la señora no había podido pensar en nada más que en él, así que yo solo esperaba que la visita sirviera para que su mente volviera a ocuparse en temas triviales que la distrajeran.

—¿Sabes, Pilar, que el nuevo rey está en boca de toda la ciudad? —Loreto se dirigió a la señora con una sonrisa pícara.

Era la prometida de uno de los militares con más futuro de toda Álava, un joven apuesto, de corazón valiente y bondadoso. Lamentablemente, la idea previa de dejar de pensar en el monarca se había desbaratado por completo.

—¿Y por qué razón, querida?

—Dicen que, a pesar de estar casado y de tener dos hijas, no deja escapar ninguna oportunidad para coquetear con cualquier mujer. ¡Y, si es joven y de poco juicio, mejor aún! —exclamó mientras se tapaba la boca con ambas manos para emitir una risita.

—Es un hombre bien parecido, de eso no cabe duda —opinó Teresa—. Además, nada podemos hacer las mujeres cuando los hombres desatan sus pasiones. Solo fingir, distrayendo la razón, y olvidarnos de que el corazón a veces hasta nos dejar de latir.

—Cierto es Teresa que las mujeres debemos ser esposas fieles y silenciosas como la noche, pero no se puede mantener a un pájaro enjaulado y arrojarlo a este mundo con la sola esperanza de que contemple, a través de los barrotes de su pequeña celda, la imagen del cielo y el verdor del campo en primavera. Las mujeres también debemos ser dueñas de nuestro propio destino. —La condesa se acercó la taza de té a la comisura de los labios y dio un sorbo prologando

—Yo lo soy —respondió Loreto con seguridad—. Voy a casarme con el hombre al que amo y nada me hace más feliz que unirme a él, ser su esposa y la madre de sus hijos.

—Eres afortunada, entonces —contestó doña Pilar resignada—. Pero has de saber que no todas gozan de la misma suerte y que no solo las distracciones de la vida alejan el pesar del tiempo perdido.

—Parece que estés hablando de ti misma, querida Pilar. ¿Va todo bien con Ortuño?

Teresa miró expectante a la señora. Loreto acercó su silla de nogal a la condesa. Ambas esperaban ansiosas una respuesta.

—¡Por supuesto que sí! Mi esposo es un hombre de Estado con muchas responsabilidades. Y está seguro de que la corona de España está en buenas manos. Así que poco o nada deben

importarnos los devaneos amorosos del nuevo monarca si guía con mano firme los destinos de nuestra España, ¿no es cierto?

Ambas permanecieron unos segundos en silencio.

—Además, ¡afortunada la mujer que pueda disfrutar de los secretos de alcoba de un rey! —exclamó con desvergüenza doña Pilar sin estar segura de cómo reaccionarían sus invitadas.

Todas rieron desinhibidas.

Loreto continuó con la conversación. Parecía tener más cosas interesantes que contar.

—Dicen que Julia, la mujer del rey, jamás viaja con él y que no le interesan en absoluto las cuestiones de Estado de su esposo. Parece ser que, cuando fue proclamado rey de Nápoles por su hermano Napoleón, le dejó allí prácticamente solo durante casi los dos años que estuvo instalado en Italia.

—Creo que vive con sus hijas en su residencia de Mortefontaine y que desatiende por completo sus obligaciones como reina y sus deberes dinásticos, algo que, sin duda, indignará tremendamente al general Bonaparte —concluyó Teresa.

—No es de extrañar que el rey José tenga que evadirse de las tensiones del reino en brazos de otras mujeres. ¡Qué tremenda y dolorosa debe de ser la soledad que soporta! —Suspiró Loreto mirando a doña Pilar de reojo—. La marquesa de Carvajal me contó que había cortejado, durante su estancia en Nápoles, a una hermosísima mujer. Creo recordar que se trataba de María Julia Colonna di Stigliano, casada también, que ostenta el título de duquesa de Atri. Las malas lenguas dicen que con ella tuvo dos bastardos a los que hace pasar por hijos de su esposo.

—Es increíble que sepáis todas esas cosas cuando aún el rey ni siquiera ha llegado a Madrid —concluyó la condesa.

La tarde comenzaba a caer y el sol descendía lento dejando visible su trayectoria.

—Me temo que no va a ser bien recibido. —Loreto, de nuevo, tenía más información que ninguna de ellas—. Ya le llaman el rey intruso y hay una conjura del pueblo de Madrid para que sus calles permanezcan vacías y ausentes de todo boato cuando haga su entrada en la capital.

—¿Y qué ha sucedido con los Borbones? —preguntó mi señora, intrigada.

El señor Ortuño le había comentado a doña Pilar que Carlos IV había entregado la corona a Napoleón y que, aquejado de una terrible gota, había abandonado España con destino a Francia acompañado de su esposa María Luisa de Parma. La condesa nada sabía del destino del hijo del anterior monarca, don Fernando, hasta entonces heredero legítimo al trono.

Loreto se apresuró a satisfacer su curiosidad.

—El general Bonaparte ha confinado al príncipe en el castillo de Valençay. Cuentan que le acompañan en el destierro su hermano, Carlos María Isidro, y su tío Antonio —prosiguió Loreto—. Por supuesto, es lo que me ha dicho mi prometido, aunque no me ha dado más detalles. Dice que no son temas de interés para una mujer, a pesar de que yo encuentro todo esto ciertamente apasionante.

La estancia, apenas iluminada por los últimos destellos del candil, se fue quedando en penumbra. El cansancio pesaba sobre los párpados de Amalia, que ya no luchaba por mantenerse despierta. Sus dedos, vencidos por la fatiga, dejaron que el cuaderno se deslizara sobre la colcha. Un leve suspiro se escapó de su garganta mientras se quitaba los lentes. Había llegado la hora de descansar tras un intenso día para abandonarse al silencio de la noche.

5
Más decepciones

Castillo de Carresse, Francia.
26 de agosto de 1869

Los rayos del sol entraban tímidamente a través de los amplios ventanales. El cielo amanecía ausente de nubes. El oro y el azul se diluían para dar comienzo a una nueva jornada.

Guardó el diario y los lentes en la mesilla y trató de levantarse. Pudo escuchar claramente el sonido del Olorón, vívido y apacible, y se deleitó, unos instantes, en su caudaloso discurrir. Se consoló detenida en el amanecer, quizá esperando a que el fantasma de su madre viniera a visitarla para mostrarle todas las cosas que no comprendía.

El sueño había sido reparador, sin embargo, ahora sentía un enorme vacío, como si lo vivido el día anterior hubiera sido irreal, algo extraño y aún imposible de aceptar. Necesitaba distraerse, alejar de su mente aquel sentimiento de insoportable ausencia, por lo que resolvió centrarse en cumplir el deseo de su madre.

Tenía que seleccionar para la subasta los vestidos y complementos que habían pertenecido a doña Pilar, así que decidió ponerse en marcha. Se había prometido a sí misma la noche anterior que buena parte del guardarropa de su madre iría a parar a los pobres y más necesitados de la región. Pensó que monsieur Dubois, el párroco de Pau, la localidad más grande de la zona y con unas hermosas vistas a los Pirineos, podría organizarlo todo. A fin de cuentas, su madre había sido querida y respetada por sus convecinos. Aunque Pau distaba de la residencia familiar unos setenta kilómetros, la condesa había realizado también obras de caridad allí. Incluso trató de contribuir a la remodelación del castillo, lugar de nacimiento del rey

Enrique IV de Francia y de Navarra, pero el mismísimo Napoleón III terminó por encargarse de ello. El emperador lo había convertido en una especie de palacio imperial del que su esposa, la granadina Eugenia de Montijo, gustaba disfrutar durante el verano en sus viajes entre Biarritz y Bearne.

Amalia recordaba muy bien la única vez que visitó el castillo junto con su madre y la emperatriz, hacía ya algo más de diez años. Las dos estaban extasiadas ante las explicaciones que sobre las estancias les ofrecía Pauline de Bassano, dama de honor de la emperatriz, de aparente fragilidad, pero gran inteligencia y magnífica conocedora de la historia de aquel majestuoso enclave.

¡Qué emocionante había sido ver con sus propios ojos el caparazón de tortuga magníficamente conservado en el que fue acunado el pequeño rey Enrique cuando aún era una inocente criatura! Algunas de las ventanas exteriores del castillo estaban decoradas con los bustos del antiguo monarca, nacido en Pau hacía más de doscientos años, y de su esposa María de Médici, coronados por las iniciales de ambos. Los techos, no demasiado altos, eran de madera, y las paredes estaban revestidas de hermosos tapices de temas mitológicos y cinegéticos, procedentes de los excelentes talleres de los Gobelinos. Las estancias eran amplias y acogedoras y las salas se sucedían hasta llegar a los apartamentos de la emperatriz Eugenia. En ellos se distinguían afeites, jofainas, espejos y una hermosa chimenea de mármol que caldeaba las pequeñas estancias de las que la emperatriz solía disfrutar durante sus descansos estivales.

El mero recuerdo del castillo le pareció a Amalia lejano, infantil. Trató de sacudir aquellos pensamientos intentando despedirse de ellos para siempre. Estaba enfadada con su madre porque le había hecho dudar de su amor. De su pasado. De su vida.

Buscó en el interior de su armario una falda larga y ligera de algodón negro, que superpuso a las enaguas, y completó el conjunto con una fina camisa blanca de lino, también negra. El dolor tenía sus ritos externos, y estos debían ser respetados.

Cuando ya estaba casi lista, se sentó frente al tocador. Delante del elegante espejo ovalado que reposaba sobre una placa de mármol jaspeado estaba su rostro, arrugado por el peso de los años. Se

sintió aún más envejecida. Tocó la campanilla que se encontraba sobre el mueble de madera de nogal. Josefa llegó en apenas unos minutos, que Amalia invirtió en cepillar sus largos y canosos cabellos.

¿Qué vida debía recordar ahora? ¿La ya vivida o la que estaba descubriendo a través de ese diario que incluso le resultaba ridículo? Quizá eso fuera el amor, recuerdos ridículos de momentos naturalmente ridículos.

—Buenos días, señora. Le traigo el desayuno —dijo la criada nada más aparecer por el umbral, cargada con una bandeja de plata.

Amalia sonrió al verla. Al menos parecía haber seguido su consejo y descansado un poco más.

—Buenos días, Josefa. Déjelo por favor sobre la mesa —respondió señalando un pequeño mueble con decoración en marquetería bajo la ventana más luminosa de la habitación.

Amalia había adquirido la costumbre española de desayunar café y le gustaba acompañarlo de una pequeña baguette aderezada con mantequilla, brioche, queso y mermelada de frutos rojos que compraban a la familia Leloup, una de las más queridas de Carresse.

—Cuando termine voy a dedicar buena parte de la mañana a seleccionar la indumentaria de la señora condesa que resulte de interés para la subasta benéfica. Que no me moleste nadie, por favor. Necesito tiempo para estar tranquila.

—Por supuesto, señora. Si requiere cualquier cosa, no dude en llamar. Y, si prefiere luego dar un paseo por los jardines, será un gusto acompañarla.

—No, Josefa. Estaré aquí hasta la hora del almuerzo. Espero dejarlo todo listo para entonces. De todos modos, se lo agradezco. Sé que me vendría bien respirar algo de aire fresco, pero aún tengo mucho trabajo que hacer.

La criada inclinó levemente la cabeza en un gesto complaciente y le dio la espalda. Ya fuera de la habitación, Josefa exhaló un profundo suspiro que a Amalia le heló el corazón. Sonó tan triste y lastimero que le resonó en las entrañas. Sin que Amalia fuera consciente, los ojos se le inflamaron y una lágrima resbaló por su mejilla izquierda.

El sol entraba con más fuerza ahora en su habitación. Amalia aún tenía el cabello suelto. Le llegaba hasta la mitad de la espalda y le resultaba incómodo no recogerlo en un moño bajo, especialmente durante el verano. El calor en esta zona de Francia, aunque más ligero y menos sofocante que en Madrid, no estaba exento de golpear con gracia, al menos a partir de finales de julio. Por eso terminó de agruparlo en *bandeau*, un sencillo método que consistía en dividir el pelo en dos partes, generalmente lisas, con un recogido posterior y bajo, siguiendo la tendencia de los pasados años cuarenta. Todo avanzaba demasiado rápido y la moda discurría fresca y ambiciosa para marcar los nuevos cánones sociales. La elegancia, la sofisticación y la delicadeza eran, para las mujeres, valores que contribuían a favorecer su importancia para la colectividad, así que no podía permitirse desecharlos.

Antes de que el café se enfriara, fue a la mesa donde Josefa había depositado la bandeja del desayuno. Abrió de par en par la ventana principal del dormitorio y dejó que una suave brisa acariciara su rostro. Oyó el canto de un jilguero. Era un tintineo corto y penetrante, sofisticado. Cerró los ojos. Su melodía era triste. Imperfecta. Fue aquel sonido lo que le hizo pensar de nuevo en su madre y en el diario que había escondido con celo en el cajón de la mesita de noche. Quizá después de desayunar se animaría a leer algunas líneas más.

6
Una subasta muy deseada

Vitoria, 5 de agosto de 1808

La condesa había recibido carta del marqués. Amalia echaba de menos a su padre y llevaba ya unos días preguntando por él. Era aún una niña y la señora decía que por eso no comprendía todavía que debía estar al lado de su rey. Eso iba a proporcionarnos a todos valiosos beneficios, pero yo me preguntaba si no acarrearía también problemas.

Amalia era una criatura angelical, dulce y risueña, de inteligencia despierta y gran habilidad para los idiomas. Ya dominaba el francés y avanzaba a buen ritmo con el inglés y el italiano, sin olvidar, por supuesto, el euskera, nuestra lengua más querida.

La señora me había dicho que el general Murat había sido nombrado monarca en Nápoles por el emperador Bonaparte, sustituyendo en el cargo al rey José. El marqués le contaba en una carta a la señora que deseaba la corona de España y que ese había sido su premio de consolación.

Las noticias que llegaban desde Madrid no eran muy halagüeñas. El recibimiento del pueblo había sido especialmente frío y las calles estaban casi desiertas. La llegada al Palacio Real del nuevo monarca y de toda la comitiva fue muy triste y desoladora. España tardaría aún un tiempo en aceptar la situación. Doña Pilar me contó que lo más terrible de todo había sido escuchar cómo una anciana harapienta, apostada en una esquina, había exclamado cuando vio pasar al rey a caballo: «¡Es un joven apuesto, terminaremos por convertirlo en un bonito ahorcado!».

¡Qué terrible destino le esperaba a este monarca! ¿Acaso alguien podría siquiera imaginar el padecimiento que habría de soportar el hombre en el que el gran Napoleón había confiado la corona de nuestra querida España? La condesa se sentía tremendamente apesadumbrada y todos estos pensamientos la invadían, en especial al caer la noche.

Poco podía hacer yo para reconfortarla excepto estar a su lado y mantener su secreto a salvo.

Amalia dio un bocado a la baguette antes de continuar leyendo. Un intenso sabor a frutos rojos inundó su boca. Era el sabor de su infancia, el del transcurso de toda una vida pasando de largo sin lamentarse, ajena, lejana, inútil. Recordaba con nostalgia el interés que siempre había mostrado por los idiomas, pasión que le había permitido viajar, conocer todo tipo de personalidades e incluso leer libros publicados en países que no había pisado. Lamentablemente, ya apenas hablaba euskera, pues no había vuelto a emplearlo desde la infancia, sin embargo, su madre a veces la llamaba *maitea*, «cariño», y solo el recordarlo le hizo esbozar una leve sonrisa.

Amalia terminó de desayunar cuando el reloj del recibidor de la planta primera dio las nueve. No quería quedarse mucho más tiempo en su dormitorio y, a pesar de que tampoco tenía muchas ganas de ocuparse de la selección de vestidos y complementos de su madre, se dirigió a su habitación. Josefa se había encargado de descorrer las cortinas y abrir las ventanas, pero su fragancia aún seguía muy viva entre aquellas paredes. Fue a los pies de esa misma cama que ahora contemplaba donde se despidió de ella por última vez. Llevaba puesto su blusón de color marfil y tenía el rostro sereno, casi aniñado. Descansaba con los ojos cerrados y respiraba tranquila dejando transcurrir la vida que se le escapaba.

—Ya voy siendo todo menos yo —le había dicho con un hilo de voz —. Aquí tienes que dejarme, Amalia. Entre el sonido del río y el ruido de las guerras que vivimos, de los dolores que superamos.

—Todo está bien, madre. Ve tranquila. Yo estoy aquí, a tu lado.

Las palabras sonaban ahora en su cabeza como si hubieran sido pronunciadas años atrás. Amalia suspiró y se dirigió a una de las

cómodas. Necesitaba distraerse o se dejaría ir ella también, tal y como le había dicho su madre. Sus abanicos estaban ordenados en varios cajones, al igual que una docena de pares de guantes (la mayoría bordados y con estampados), pañuelos y algunos bolsitos pequeños para colgar de la muñeca. Las normas sociales eran estrictas en el vestir y doña Pilar, que gustaba lucir perfecta en cada ocasión, cumplía con esmerado ahínco (hasta donde su indomable carácter le permitía) los cánones que París marcaba al resto del mundo.

«Recuerda, Amalia —le dijo el día en que cumplió nueve años—. Los trajes de calle demandan guantes de dos a cuatro botones; los de recibir a las visitas, de ocho a diez, y los de baile, que son los más escotados, diez o doce».

Y ahí estaban todos. Ordenados atendiendo a la numeración de sus botonaduras.

Había también trajes confeccionados en manga larga, otros de bocamanga acampanada, sin mangas, con polonesa en distintos colores y materiales (principalmente en seda, lino y algodón), e incluso varios miriñaques compuestos por aros de metal que servían para ahuecar las faldas y no emplear varias capas de enaguas almidonadas que resultaban mucho más incómodas y farragosas.

En una de sus últimas cartas, la hija de Amalia, Pilar, le aseguraba que pronto caería en desuso el famoso artilugio y que sería sustituido por lo que ya los franceses denominaban *tournure*, una especie de cesto oculto atado a la cintura que abultaba los vestidos por detrás manteniéndolos rectos delante.

Había trajes cortos, semilargos, largos, con cola y sin ella, chales de cachemira, varias chaquetas tipo Spencer de talle corto y redingotes con vuelo cerrados a la altura del pecho y del abdomen. A Amalia le sorprendió encontrar también allí algunos vestidos de su niñez hechos de cachemira o de paño de verano, en tonalidades azul marino, verde, canela y rosa coral.

Corsés, almillas, blusas, batas y blusones de dormir completaban un extenso guardarropa del que aún quedaban por mencionar las sombrillas, los zapatos y los sombreros. Entre las primeras, agrupadas en varias cajoneras, destacaban algunas especialmente

singulares como las realizadas en seda rosácea, amarillo pastel o crema, recubiertas con gasa blanca de decoración floral bordada y volantes de encaje, varillas doradas y bastones con empuñaduras en forma de garras, cabezas de animales o interrogaciones.

Destacaba el más de medio centenar de pares de zapatos que, ordenados por colores, se alineaban en hileras. Los había de estilo inglés, muy cómodos y bajos y de pala cerrada hasta el tobillo, mientras que otros tenían ojales metálicos anudados con lazos de diferentes colores, empleados sobre todo para la mañana. Los zapatos más elegantes eran los de estilo Luis XV, usados siempre en recepciones y bailes. Eran de empeine afilado y de tacón alto y estrecho y tenían la cualidad de disminuir el tamaño del pie, algo muy valorado socialmente. Había varios en seda de intensos rojos, verdes y azulados, además de otros en terciopelo y raso adornados con grandes lazos o hebillas situados en la pala. Varios botines de paseo también formaban parte de todo aquel singular conjunto. La condesa adoraba especialmente un par de color verde caza de caña alta, anudados con lazo y tacón al estilo inglés, que solía ponerse para sus paseos vespertinos a orillas del Olorón, sobre todo en invierno.

Luego fue el turno de los sombreros, muchos y muy variados. Destacaban los que seguían el estilo impuesto por la emperatriz Eugenia: pequeños, muy femeninos, que se colocaban ladeados y se adornaban con plumas de colores de pavos reales, avestruces y faisanes.

Amalia permaneció un buen rato contemplando todo aquello, asintiendo en su mente a la representación de su propia vida: fiestas de cumpleaños, enlaces matrimoniales, bailes y recepciones oficiales, teatro, tardes de toros en Madrid. ¡Cómo disfrutaba de ese maravilloso equilibrio entre el arte y la propia existencia! Llegó a pensar que su madre no estaba muerta y que, en apenas unos instantes, aparecería, altanera y enérgica, lista para engalanarse y gozar de la parte más frívola y divertida de los de su clase.

Escogió para la subasta varios vestidos (tres largos con cola y mangas abullonadas y dos semilargos de paño de verano), tres chaquetas Spencer, dos sombrillas de seda, cuatro pañuelos, tres

pequeños bolsos, dos sombreros con adornos de plumas, dos pares de botines con hebilla, tres pares de zapatos de estilo inglés y otros tres pares de tacón estilo Luis XV. Lo colocó todo sobre la cama y dejó el calzado a los pies de una cómoda con triple cajonera al frente y columnas en sus laterales con fustes lisos y capiteles adornados con hojas y frutos.

Una vez hubo terminado, tocó la campanilla. Quería explicarle a Josefa qué hacer con todo aquello. Estaba cansada. El pensar y el sentir, ya sin certezas, la limitaban y hacían que el dolor golpeara más fuerte al estar atrapado, escrito en un diario que no le pertenecía.

—Josefa, empaquete todo esto y, cuando esté listo, dígale a Alain que debe entregarlo en Pau a monsieur Dubois, el párroco de la iglesia de San Martín. Él lo está esperando.

—Sí, señora. —Josefa tenía una nota entre las manos que le extendió apesadumbrada—. Creo que viene de Arthous —dijo.

—Gracias. Estaré en mi dormitorio hasta la hora del almuerzo. Le ruego que no me molesten hasta entonces.

La criada salió de la habitación sin apenas hacer ruido. En efecto, el mensaje provenía de Arthous, una antigua abadía medieval bajo la orden de los mostenses que, tras el estallido de la revolución, se convirtió en propiedad agrícola. Allí aún vivían tres clérigos, uno de ellos el padre Gállego, de origen aragonés y buen amigo de su madre.

> Lamentamos profundamente la muerte de la señora condesa, mujer abnegada, generosa y siempre muy cercana a Dios. Rogamos por su alma y por su descanso eterno.

El texto estaba firmado por los tres religiosos: Gállego, Arborio y Mauresmo. Ahora se dedicaban a la venta de los productos que cultivaban y doña Pilar solía comprarles toda clases de vegetales, huevos y frutas de lo más variadas y de excelente calidad.

¿Realmente era posible estar cerca de Dios cuando se amaba a un hombre que pertenecía a otra mujer? ¿Cuando se vivía en secreto una pasión descontrolada? Amalia tenía muy claro que aquellos

monjes no tenían ni la más mínima idea de qué era el amor carnal, pero, por el bien de la salvación del alma de su madre, era mejor que se mantuvieran así.

¿Había sido acertada la decisión de leer aquel cuaderno? No podía responder aún a esa pregunta. El tiempo quizá le proporcionara la respuesta. Por eso se encaminó, una vez más, a su dormitorio: para continuar despejando todas las incógnitas, las conjeturas que la obsesionaban y las dudas que, a sus ojos, no parecían tener ningún sentido. Invertiría todo el día y toda la noche, si hiciera falta, para descubrirlo.

7
El corazón me sostiene

Vitoria, 11 agosto de 1808

Los emisarios que había enviado el señor Ortuño desde Madrid para dar noticias de los acontecimientos eran continuos. La condesa decía que Bailén se había convertido en la primera derrota de la historia del ejército napoleónico. Por el momento, la cifra de muertos ascendía a unos dos mil, mientras que más de diecisiete mil soldados franceses habían sido hechos prisioneros. El rey José junto a un buen número de afrancesados (entre los que se encontraba el señor), sus ministros y sus hombres más fieles (Pedro Ceballos, Miguel de Azanza, el almirante Mazarredo y el conde Francisco de Cabarrús, entre otros) iban a dejar Madrid. La situación se había vuelto insostenible y terriblemente peligrosa.

El señor había ofrecido al rey refugiarse aquí, en Vitoria. ¿Era eso posible? Tuve que preguntarle a la señora dos veces para dar fe de que así era. La derrota en Bailén había cambiado por completo el curso de la guerra. Lloré por los muertos y por la sangre derramada, pero ¿y si tanto dolor había merecido la pena solo para que la condesa volviera a encontrarse con el hombre en el que no podía dejar de pensar ni un instante?

El viaje duró aún unos días y el aparatoso equipaje de la corte, junto con el calor del mes de agosto, hicieron aún más complicado el desplazamiento. La intención había sido replegarse primero a Burgos y, más tarde, a Miranda de Ebro, donde habían establecido una especie de cuartel general hasta esperar acontecimientos.

La condesa estaba inquieta, nerviosa. El señor le había dicho que temía por la vida del rey y que notaba al monarca triste y apático.

Incluso este le había insinuado que quizá lo mejor fuera regresar a Nápoles y solicitarle a su hermano ser repuesto en el trono italiano. Además, conocía las burlas que el pueblo de Madrid le profesaba y habían llegado a sus oídos varias coplillas que le convertían en el hazmerreír de todo el país.

Incluso el mismo marqués había reproducido una de ellas en su carta que había provocado en la condesa una enorme tristeza y que hizo que hasta yo me compadeciera del rey. Decía algo así como «Anda, salero, salero, no cagará en España José I».

La noticia del regreso de la corte a Vitoria había causado en la señora doña Pilar una enorme zozobra, aunque se sentía feliz por Amalia. ¡Tenía tantas ganas de volver a ver a su padre! Cuando yo se lo hice saber, sus ojos brillaron con una luz especial y comenzó a dar pequeños saltitos de alegría a mi alrededor, tremendamente excitada.

A veces pensaba que les estaba mintiendo a todos al ocultar este terrible secreto, pero era a mi señora a la que se lo debía todo y a quien guardaba completa fidelidad. Hasta su muerte, iba a callar y nunca revelaría todo lo que su boca me había confesado.

Amalia practicaba incansablemente al piano la sonata número siete en re mayor de Beethoven para que el señor Ortuño apreciara sus progresos en cuanto volviera a casa. Realmente era una niña muy aplicada y con enormes habilidades para la música.

Amaia, su cuidadora, una joven discreta y muy bella, única hija de Nekane Azpilicueta, la modista de la condesa, era quien se encargaba de fijar sus horarios de prácticas y de informarle de sus progresos, tanto en el ámbito de la música como en el de los idiomas, la literatura, la geografía y el arte.

La señora recibió una carta de Pepita Tudó, condesa de Castillo Fiel y vizcondesa de Rocafuerte. Era una mujer muy influyente y desde hacía tiempo se rumoreaba que era amante de Godoy. Decía doña Pilar que no parecía muy preocupada por la situación bélica que vivía España y que estaba pensando en dar una fiesta para celebrar el año nuevo en el palacio de Villaflorida. ¿Quién podía entretenerse con celebraciones cuando el rey había tenido que huir de Madrid para evitar el escarnio público y proteger su integridad?

En fin, lo fundamental era que cada cual atendiera su juego. Yo solo esperaba que, en cuestión de días, la señora dejara a un lado su habitual melancolía y pudiera contentarse al menos con la presencia en Vitoria de su admirado rey.

8
Una cena de gala

Vitoria, finales de agosto de 1808

Supe por doña Pilar que el rey José entró en Madrid al día siguiente de que ya se hubiera derramado la sangre de los nuestros en Bailén. Desde luego, era un mal presagio. El pueblo no debía ser libre, sino creer que lo era para que dejara de luchar por la libertad. Yo solo esperaba que cesara esta locura.

Apenas faltaban unos días para que el señor Ortuño regresara a casa, pero doña Pilar solo era capaz de pensar y de hablar del rey. Por sus comentarios parecía un hombre apuesto e interesante y creía que lo más conveniente sería invitarle a cenar, aunque seguro que el señor ya habría pensado en ello. El marqués admiraba al monarca y le profesaba un tremendo cariño y respeto, no obstante yo no creía que este sentimiento fuera del todo sincero. Ortuño era una persona ambiciosa, con altas miras políticas y deseoso de medrar en la escala social, aún más si cabía. Al lado de todo un rey, sin duda resultaría más fácil. Además, era un hombre culto que incluso se había enfrentado a la Inquisición cuando tuvo que deshacerse de algunos magníficos ejemplares de la biblioteca heredada de su padre, el señor José María Aguirre Ortés de Velasco, quien había sido director de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País. La literatura, la historia y, en general, las humanidades siempre eran síntoma de buen gusto y elementos esenciales para cultivar el alma, tal y como la condesa a menudo me hacía ver.

En aquellos días, y a pesar de que la situación de nuestra España era cada vez más dramática, doña Pilar había vuelto a pintar y a

retomar la técnica de la miniatura. La distraía de los pensamientos terribles que la acechaban.

Todo se desmoronaba en el país al que tanto amaba y, en esa situación, ¿se le había ocurrido fijarse en un hombre que no era su marido? ¿Era momento ahora de pensar en el amor? Los seres humanos eran cada vez más ambiciosos, más insensatos y más necios. El arte era para doña Pilar la mejor vía de escape. El único modo que tenía de pensar en la existencia como un todo coherente, aunque en aquel momento ya nada lo era a su alrededor.

El día indicado, el señor Ortuño amaneció animado. Afortunadamente pudo descansar del largo viaje que le trajo de vuelta a casa desde Madrid, y con él también a nuestro rey. Como doña Pilar había previsto, después de que la pusiera al día de los acontecimientos políticos y de analizar juntos las dificultades que nos esperaban a todos si queríamos cambiar el rumbo de España y dirigirla hacia el progreso, el marqués le pidió que organizara una cena de bienvenida para el rey José. La verdad es que no sé por qué a veces le tuteo cuando escribo, y menos aun tratándose de todo un soberano. Sin embargo, hay algo en él que me resulta familiar.

—Josefa, por favor, vaya preparando la mesa en el comedor de gala. Hoy tiene que salir todo perfecto.

—Como ordene, señora. Si le parece bien, le pediré a Dimas que vaya limpiando la vajilla y la cubertería.

—La cena es a las seis y los invitados comenzarán a llegar a partir de las cinco. No se retrasen. ¿Han puesto ya a cocer las langostas?

—Sí, señora. Asunción también está preparando el salmón con salsa de hierbas aromáticas. ¿Va a querer que sirvamos algunos entremeses fríos como entrante junto con la sopa?

—Por supuesto, Josefa. Y no se olviden de enfriar los vinos. Este terrible calor no es conveniente para caldos tan deliciosos como los que guarda el señor en la bodega. Preparen el jerez para los entrantes, el burdeos blanco para los pescados y el champán. Si alguien gusta de probar su helado casero de pasas e higos,

téngalo listo también. Y deje preparada confitura y compota de manzana para el señor. ¡Ya sabe que son sus favoritos!

Todos, siempre diligentes, acataron las órdenes de doña Pilar con meticulosidad. El rey era el invitado de honor y querían que la señora se sintiera orgullosa.

Amaia había terminado de acostar a Amalia. Había sido escogida entre un buen número de jóvenes vitorianas por doña Luisa, la madre de la señora Pilar, al poco tiempo de nacer la niña. Era una chica hermosa, de cabellos negros y silueta esbelta, seria, responsable y con un buen porvenir. Era culta, sabía leer y escribir, hablaba euskera y tenía mucha complicidad con la condesa, así que me reconfortaba ver que Amalia estaba en buenas manos cuando doña Pilar no podía atenderla.

El comedor, situado en la planta baja del palacete, estaba engalanado con jarrones de flores naturales sobre las rinconeras que hacían juego con la decoración de las sillas. La cubertería de plata, la vajilla de porcelana de Sèvres y las copas de refinado cristal de Bohemia brillaban esplendorosas anunciando una ocasión única. Todos los invitados permanecieron unos minutos en el antecomedor hasta la llegada del monarca.

—Pareces una auténtica reina.

El señor Ortuño besó en la mejilla a doña Pilar en el mismo instante en que se anunció la llegada de José. Aquella frase, lanzada al azar por el marqués, hizo que me estremeciera.

—Es un placer saludarla de nuevo, señora condesa.

El rey la agarró con firmeza del antebrazo para levantarla tras haber realizado el saludo protocolario de rigor.

—No es necesaria tanta formalidad cuando se trata de la esposa de uno de mis más fieles y leales amigos.

José le sonrió con displicencia mientras avanzaba con seguridad en dirección al comedor. Justo en ese mismo instante Amaia salió de la cocina y cruzó la estancia por un lateral tratando de pasar desapercibida. En realidad, nadie se percató de su presencia excepto el rey, que la siguió con la mirada hasta que desapareció. La atención que le prestó me revolvió por dentro y creo que hasta me ruboricé temiendo que la señora hubiera podido darse cuenta.

La institutriz parecía tener cierta prisa. Me quedé contemplando unos segundos desde la ventana de la cocina cómo caminaba en mitad de la noche en dirección a las caballerizas. Estaba inquieta y miraba a uno y otro lado guiada por la luz de la luna. Parecía estar esperando a alguien.

Amaia era una joven hermosa y quizá tuviera algún enamorado con el que se citaba a escondidas. Este pensamiento me tranquilizó por lo que, sintiéndome culpable de invadir la intimidad de la muchacha, me dispuse a continuar con mis tareas. Sin embargo, justo en el mismo instante en que me decidí a abandonar la posición que ocupaba frente a la ventana, eché un último vistazo al exterior. Un hombre de unos sesenta años, pelo cano, encorvado y extremadamente delgado, había aparecido en escena y se dirigía acaloradamente a la institutriz. Parecían estar discutiendo. Permanecí inmóvil e intenté fijar la vista. Tras unos instantes de agitada charla, el hombre le entregó un pequeño saquito a Amaia. Desde el lugar en el que me encontraba me fue imposible ver de qué se trataba y, además, mi experiencia me decía que era mejor dejar las cosas tal cual estaban. Aquello no auguraba nada bueno. Mi olfato de años como testigo silencioso así me lo indicaba, por lo que abandoné la escena, esta vez con la firme intención de no preocuparme en vano.

Mientras tanto, doña Pilar había ya dado orden de que varios criados comenzaran a desfilar con bandejas repletas de comida. Queso de Parma, entremeses variados, platos confeccionados con remolacha, nabos, espárragos, carnes rellenas de trufas y setas aderezados con salsas y hierbas aromáticas, langosta y pescados regados con vino blanco o vinagre y otros con vino tinto y perejil. Exquisiteces, todas ellas, dignas de un rey.

—Mi querido Ortuño —José se dirigió con amabilidad al marqués, situado a su izquierda—. Tiene usted una casa realmente hermosa y muy acogedora.

—Gracias, majestad. Me alegra que sea de su agrado.

—Y, desde luego, la comida está deliciosa —dijo mientras partía con delicadeza un trozo de perdiz asada.

—¿Le gusta la ciudad? —Esta vez fue doña Pilar quien se dirigió al rey.

El séquito que le acompañaba, compuesto por grandes hombres de armas entre los que se encontraban los generales Stanislas de Girardin, Joseph Hugo y su fiel Maillard, se quedó contemplando atónito a la condesa. El marqués contuvo por unos instantes la respiración mientras se acercaba una copa de oloroso a los labios.

—Vitoria es un lugar con mucho encanto —respondió el monarca mirando directamente a los ojos a la condesa—. Casi tanto como el que usted desprende.

Se hizo un silencio incómodo que apenas duró un segundo. José parecía radiante y continuó la conversación que había iniciado con doña Pilar.

—Tengo intención de permanecer en la ciudad durante un tiempo y me gustaría alojarme en una residencia amplia y confortable. Por lo poco que he podido ver, su casa es la mejor de toda Vitoria.

—No le quepa ninguna duda, majestad. El palacio de Montehermoso pertenece a los antepasados de mi esposo y fue precisamente la señora de Salcedo y Echávarri, pariente lejana de Ortuño, a quien el mismísimo rey Felipe V le concedió el marquesado. Creo recordar que fue aya de sus hijos y dama de honor de la reina Isabel de Farnesio.

—Es usted una mujer brillante y con una mente privilegiada, señora condesa. ¿O mejor la tuteo? ¿Puedo llamarla Pilar?

Maillard, que conocía bien al rey y la debilidad que este sentía por cualquier mujer hermosa, interrumpió la conversación:

—Y dígame, Ortuño, ¿cree usted que el pueblo español terminará por comprender lo que su nuevo rey quiere para él? Tengo la sensación de que sus compatriotas son tercos y obstinados y que solo a través de las armas podremos lograr que comprendan el sentido de la verdadera libertad.

—No estoy de acuerdo —replicó el rey—. Yo no vengo a imponer a toda costa mi voluntad, sino a ser amado y respetado por mi pueblo. Y haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo.

—No hablemos de guerra en una noche tan especial como esta —intervino doña Pilar dirigiéndose de nuevo al monarca—. ¿Sabe

usted que Ortuño posee una increíble biblioteca con libros incunables heredados de su padre?

—Estaré encantado de ver esos magníficos ejemplares. Espero que esta no sea la primera ni la última vez que comparto velada con tan corteses anfitriones.

Tras la cena, algunos invitados salieron al jardín para disfrutar de la cálida noche de verano mientras otros permanecieron en el interior de la residencia admirando los libros de la biblioteca del marqués y las obras de arte que colgaban de los muros. Dos pinturas de Carreño de Miranda, una *vanitas* de Valdés Leal, un paisaje con ruinas de Poussin, una madona con el niño y un donante de Michel Sittow y dos vírgenes abrideras de factura gótica fueron las piezas más aclamadas por los convidados.

El rey, al que todos trataban de acercarse para intercambiar con él unas palabras, terminó cortésmente de saludar a sus acólitos y salió al jardín. La condesa brillaba más que la luna llena y las hortensias, azules y rosáceas, cultivadas por ella, admiraban en silencio a tan encantadora dama.

—Así es, Teresa. Amalia ya toca como los ángeles y no tardaremos en organizar una velada musical donde pueda mostraros a todos sus dotes como pianista.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso. La guerra es un auténtico aburrimiento. Nuestros maridos no piensan en otra cosa que en la política y yo estoy tan sola que el simple hecho de levantarme cada mañana me produce tedio.

—Disculpen, señoras —José interrumpió con delicadeza la conversación—. Siento que nuestros asuntos de caballeros las aburran, así que voy a tratar de ponerle remedio a eso.

Teresa se ruborizó y realizó una reverencia tímida al monarca. Un criado pasó a su lado con una bandeja de champán y la dama, avergonzada, le siguió tratando de disimular mientras intentaba echar mano de una de las copas.

—Parece que la ha espantado. —Doña Pilar sonrió con franqueza.

—Así es. Y créame que no suelo causar ese efecto en las mujeres.

—¿Y qué efecto suele provocar en nosotras?

—Creo que eso debes decírmelo tú, Pilar.

A la condesa se le cortó el habla cuando oyó al rey pronunciar su nombre.

Levantó la mirada y vio a Ortuño caminando con parsimonia por el jardín en dirección a ellos. Le acompañaba el general Hugo.

—Bonita noche, ¿verdad, querida? —dijo cuando llegó a su altura acariciándole con sutileza el cabello—. Joseph me estaba contando que piensa traer a sus hijos a estudiar a Madrid.

La condesa se recompuso con rapidez, como si el rubor previo en sus mejillas nunca hubiera aparecido.

—Me parece una idea magnífica, general. ¿Cuántos tiene usted? Nosotros solo tenemos una niña, nuestra adorada Amalia. Imagino que mi esposo ya se lo habrá dicho.

—Precisamente estábamos hablando de ello. Si la situación en España se tranquiliza y por fin este país se da cuenta de lo que de verdad necesita, Madrid se convertirá en un pequeño París, en una ciudad cosmopolita y moderna. En definitiva, en un lugar ideal para educar a mis tres hijos: Abel, Eugène y Víctor.

—Estoy segura, general, de que el pueblo español sabrá valorar la generosidad con la que Francia ha decidido honrarle —respondió la condesa sonriendo tímidamente.

—Estaba diciéndole a Pilar —prosiguió el rey— que no se me ocurre un mejor lugar para alojarme durante mi estancia en Vitoria que el palacio de Montehermoso.

Ortuño miró con desconcierto a su esposa antes de preguntar:

—¿Aquí, majestad? No sé si es el sitio adecuado. Quizá le resulte algo pequeño e incómodo, acostumbrado como está a residencias más regias como el caso de Mortefontaine.

—Precisamente por eso, Ortuño. Creo que va siendo hora de que comience a adquirir algunas costumbres españolas. La mesura, por lo que he podido observar, es, sin duda, uno de los rasgos más singulares de mis nuevos súbditos, y su rey debe predicar con el ejemplo.

—Como guste entonces, majestad. —Ortuño no terminaba de dar crédito a los deseos del rey, pero no le quedó otra opción que tratar de disimular y replegarse a sus caprichos—. Mi esposa, mi

hija y yo nos trasladaremos con el servicio a la otra vivienda, también propiedad de mi familia, que está justo enfrente de esta —concluyó señalando con el índice al otro lado de la calle.

—Entonces ¡vamos a ser vecinos! —exclamó José en tono jocoso —. ¡Es, realmente, una excelente noticia! ¿No crees, Pilar?

La condesa esbozó media sonrisa, pero fue incapaz de responder, así que el rey continuó:

—Esto merece un brindis.

Apenas José hubo terminado la frase, Ortuño ya había salido corriendo tras uno de los criados para indicarle que se dirigiese al grupo y les ofreciese una copa de champán. Cuando todos hubieron cogido la suya, fue el rey quien primero tomó la palabra:

—Te haré una oferta que no podrás rechazar —dijo dirigiéndose a Ortuño.

—¿Una oferta, majestad?

Al grupo acababa de unirse Maillard, que se había quedado rezagado charlando animadamente con el conde de las Casas sobre la colección de pinturas del marqués de Montehermoso. Todo el mundo sabía de la afición del francés por el arte español y del interés que el rey había mostrado, quizá empujado por su mano derecha, por crear un grandioso museo en Madrid a semejanza del parisino Museo Napoleón.

—Has llegado justo en el momento preciso, querido amigo. —El rey dio un ligero sorbo a su copa. Después continuó hablando—: Estaba a punto de hacerle una oferta a nuestro amigo Ortuño.

Maillard llevaba en la mano derecha un pequeño papel plegado apenas visible. Con destreza lo introdujo en el bolsillo de la casaca del rey.

—¿De qué se trata? —respondió impasible el más cercano confidente del monarca.

—Quiero comprar este palacio.

Ortuño derramó la copa de champán sobre su casaca burdeos. Visiblemente alterado, se sacudió con ambas manos la pechera mientras la condesa hacía una señal a uno de sus criados para que se acercara.

—Espero que lleguemos a un acuerdo —añadió el rey sin darle demasiada importancia al incidente.

—Estoy seguro de que así será —respondió Ortuño mirando de reojo a su esposa.

Uno de los sirvientes, de nombre Dimas, se acercó al grupo con un pañuelo blanco mojado en un líquido de color amarillento y comenzó a frotar la casaca del marqués para tratar de limpiar los restos del champán.

—Déjelo, no se preocupe. Yo me encargo —dijo el marqués mientras se dirigía al criado con indiferencia

Ni en mil años hubiera pensado Ortuño que el mismísimo rey de España fuera a querer comprar la casa de sus antepasados. Nunca hasta entonces había dado señal alguna de querer venderla, pero, si pretendía seguir estando dentro del círculo de la confianza del monarca, no tenía muchas más opciones.

Comenzaba a refrescar. El ligero viento que se había levantado hizo descender la temperatura al menos un par de grados de forma brusca. Maillard fue el primero en sugerir volver a entrar. A todo el grupo le pareció buena idea, así que, uno por uno, pusieron rumbo al salón principal donde ya esperaban buena parte de los invitados. El rey y doña Pilar abrían la comitiva.

—Querida, ha sido una velada encantadora.

La condesa sonrió. Todo alrededor le parecía mágico.

—Espero que no te haya molestado que quiera comprar el palacio propiedad de tu esposo. Así podré verte con más frecuencia.

José pronunció esta frase con cadencia, como masticándola, sin saber que con ella desataría la ansiedad, la espera, la desventura infinita de una mujer que ya estaba muerta. Fue entonces cuando, tomándole la mano con dulzura, deslizó entre sus dedos una pequeña nota cuidadosamente doblada.

—Hasta pronto —dijo mientras avanzaba en dirección a Maillard haciéndole una seña—. Ha llegado el momento de retirarme.

Doña Pilar se quedó de pie, petrificada, en medio de la entrada al jardín. Cerró el puño con fuerza y apretó la nota contra su pecho. Tenía que saber qué había escrito en ella. Procurando no ser vista, dejó que los pocos invitados que aún permanecían en el exterior

de su residencia fueran entrando. El viento seguía soplando, esta vez con más vigor, pero la condesa solo podía sentir en su interior las llamas ardientes del amor y del deseo. Con disimulo, se escondió tras un frondoso castaño y allí, con el corazón rendido, desplegó la nota.

En las caballerizas de Montehermoso a las dos. El domingo.
Te espero.

JOSÉ

Amalia estaba completamente paralizada, pero, a pesar de todo, no podía dejar de leer. Su madre, una mujer discreta, tantos años alejada del mundo, había vivido un amor en secreto con el mismísimo rey de España que había comenzado cuando aún ella era una niña, en Vitoria, en su casa familiar. No podía creerlo, aunque las palabras no engañaban. Su corazón latía confuso y, a pesar de que releyó varias veces aquel fragmento tratando de restarle importancia o de desencriptar un significado oculto, fue en vano. Pero ¿quién lo había escrito? ¿Quién conocía un secreto de tal magnitud? Y, sobre todo, ¿cómo había logrado ocultarlo durante tantos años? Desde luego, quien lo hubiera hecho había estado protegiendo con auténtica devoción a su madre, de eso no cabía duda.

9
El primer encuentro

Vitoria, septiembre de 1808

Escribo estas letras porque mis ojos han visto lo que cuento y porque, cuando no he sido testigo directo de los acontecimientos, ha sido doña Pilar quien me ha hecho partícipe y cómplice de ellos. Siempre me ha tratado como a un miembro más de la familia, se preocupa por mi formación y, desde su matrimonio y nuestro traslado al palacio, saca a escondidas de la biblioteca del marqués ejemplares hermosos que durante las clases de Amalia solemos leer haciéndonos mutua compañía. Incluso me ruega que la llame Pilar, pero no consigo acostumbrarme a tanta cercanía, por lo que ya he dejado de intentarlo.

El sábado la condesa y yo leímos en francés *Cándido, o El optimismo*, un cuento de un filósofo de la Ilustración llamado Voltaire. Me ha inquietado mucho su narración, pues cuenta la historia de un joven criado en un castillo en Westfalia donde vive una vida perfecta hasta que se da cuenta de que el mundo que le rodea es solo una ilusión. ¿Será también eso lo que le espere a la señora en brazos del rey?

El domingo había llegado y con él los nervios y la impaciencia de un inminente encuentro. El marqués no almorzaría en palacio. Asuntos políticos le ocupaban. Debía reunirse al mediodía con el conde de Artal y ya había avisado de que no regresaría hasta entrada la tarde. Desde luego, se trataba de un buen augurio. La condesa parecía más tranquila y había desechado por completo la idea de urdir un plan para mantener alejado a su esposo, pues las

mismas circunstancias así lo habían dispuesto. Desgraciadamente creo que no siempre la suerte estará de su lado.

Amaia, por su parte, había estado ocupada toda la mañana tratando de que Amalia memorizara los nombres de los autores y los títulos de las pinturas del palacio. Era una tarea ingente que había comenzado hacía una semana y los avances de la niña eran asombrosos. Ya recordaba, sin error, todas las obras ubicadas en el piso superior, por lo que la mañana del domingo la dedicaron a recorrer algunas estancias de la planta baja. Tras el almuerzo con la condesa, Amalia se había ido a descansar. Solía dormir bien durante la noche, pero las constantes actividades a las que la señora la sometía para convertirla en una mujer cultivada la obligaban a disfrutar de pequeños descansos tras las comidas.

Doña Pilar lucía hermosísima. El vestido largo de algodón blanco, una pequeña cola y talle bajo el pecho estilizaban su figura. Parecía una joven virginal y pura dispuesta para el sacrificio.

—Necesito que me acompañes a las caballerizas —me dijo con cierto tono de súplica

Yo asentí mirándola a los ojos y sin abrir la boca.

—¿Me queda bien el vestido?

—Está usted muy bella.

La condesa dio media vuelta en dirección al jardín sin esperar a que yo la siguiera. Apenas faltaban diez minutos para las dos y no habíamos tenido ninguna noticia del rey José. ¿Y si había olvidado su cita con doña Pilar?

—¿Crees que vendrá? —me dijo mientras se atusaba el moño bajo sujeto con un broche en forma de mariposa.

Me encogí de hombros sin saber darle una respuesta.

Los caballos comenzaron a relinchar cuando abrí la puerta de las cuadras. Estas se encontraban distribuidas, a derecha e izquierda, en dos hileras de filas con un pasillo central cubierto de una fina capa de tierra. Unos ligeros rayos de sol entraban tímidos por las ventanas de madera. El resto de la estancia permanecía en penumbra. La señora entró primero. El rey se encontraba de pie, mirándola fijamente desde casi el fondo de la galería. Vestía culotes de cachemira, chaleco de color crema bordado con flores

rosas, camisa blanca, chaqueta y zapatos de tela con dorados y cuentas de colores.

—Espérame fuera, te lo ruego —me dijo sin darse la vuelta.

Pero yo ya me había ido. En el jardín el sol se mostraba más vigoroso y su calor era más firme.

—No estaba seguro de que vinieras. —José parecía aliviado y sonreía tímidamente.

—Era yo la que no sabía si iba a presentarse a la cita —respondió la condesa aproximándose con sutileza hasta donde el rey se encontraba.

—Me gustaría que pudieras llamarme José.

La condesa no contestó.

—No he dejado de pensar en ti ni un segundo desde el mismo instante en que apareciste ante mí. Ya no tengo más voluntad que la de tenerte entre mis brazos.

El rey avanzó lentamente hacia la condesa hasta que ambos se tuvieron frente a frente.

—Pero ¡háblame, Pilar! ¡Dime algo, te lo suplico! Solo necesito sentir el alivio de tu voz susurrándome que me amas.

—Tengo una soga en la garganta y un candado en el pecho —logró decir ella con un esfuerzo que jamás había experimentado—. Además, de sobra sabes que ninguno de los dos somos libres.

José sacó del bolso de la chaqueta una pequeña caja forrada en terciopelo carmesí.

—Ábrelo, es para ti. Me gustaría que el tiempo corriera lento cada vez que estamos juntos.

Doña Pilar permaneció inmóvil mientras el rey le colocaba entre las manos el minúsculo estuche escarlata. La condesa lo abrió con sumo cuidado. En el interior, un objeto resplandecía con un intenso fulgor en consonancia con los rayos de sol que aún se negaban a abandonar el día. Una esfera plateada con agujas giratorias se ceñía en un brazalete de pelo tejido con hilos de oro.

—Pero ¿es que te has vuelto loco? ¿Qué es este maravilloso artilugio?

—Es un reloj de pulsera, amor mío. Vas a convertirte en la primera mujer en el mundo que encierre el tiempo en su deliciosa

muñeca.

—No puedo aceptarlo, José.

El rey sonrió y la besó con delicadeza en los labios.

—¡Qué hermoso suena mi nombre si tú lo pronuncias!

—¡Te he dicho que no puedo aceptarlo! —La condesa alzó la voz para hacerse oír—. ¿No te das cuenta de que Ortuño podría descubrirnos? ¿Qué pensaría si su esposa llevase una joya semejante?

—Tienes razón, perdóname. He sido un ingenuo al creer que podrías amarme.

José recogió la caja de las manos de doña Pilar y volvió a guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

—Lamento haberte importunado. Nunca fue mi intención causarte ningún mal.

—Ya lo has hecho, José. Soy prisionera de este amor que quema mis entrañas como el fuego. Sé que solo me quedará ocultarme o huir, pero, hasta entonces, solo te pido que me digas qué debo hacer.

El rey la apretó fuerte contra su pecho y la besó a pesar de que el mañana fuera incierto. Cogidos de la mano, caminaron en dirección a una de las cuadras que permanecía vacía. Solo un montón de paja y un par de sillas de montar fueron los testigos de aquel primer encuentro.

Se sintieron y se abandonaron para encontrarse mientras ambos caían rendidos en el estrecho margen que los separaba del desagarro de la imposibilidad. Sus dolores se hicieron caricia y se estrecharon hasta perder la respiración olvidando que no habían vivido. Y, cuando el primigenio impulso del deseo terminó de inaugurar el mundo de los dos amantes, solo les quedó capturar ese instante con el fin de retenerlo para siempre. Para dibujar nuevos límites. Para trazar pactos invisibles que quizá no pudieran cumplir. Sin embargo, desnudos y desvalidos, rey y condesa, aguardaron a que ninguno los olvidara.

Ya eran más de las tres cuando el rey José abrió las puertas de las caballerizas. Los rayos de sol que antes habían asomado tímidamente a través de las ventanas de la antigua construcción

habían terminado por desaparecer y la tarde caía parsimoniosa entre el caminar de los transeúntes que paseaban junto al palacio.

Al salir en dirección al edificio principal, el rey hizo un gesto extraño con la cabeza. Su mirada se posó con disimulo sobre la fachada. Cuando vio que le observaba desde una de las ventanas, me saludó con la mano y desapareció tras el tronco de un tejo. Apenas tuve tiempo de pestañear cuando ya se había esfumado de mi vista.

Salí en busca de la condesa. De forma instintiva, elevé la mirada desde la misma posición en que poco antes lo había hecho el rey y pude ver con claridad la silueta de Amaia contemplándome con detenimiento desde una de las ventanas del piso superior.

—Es hora de volver —dijo la condesa saliendo de las cuadras. Estaba aún más hermosa que antes y me miraba inquieta—. No quiero que Amalia se despierte y vea que no estoy esperándola en el salón como de costumbre.

La condesa pasó por delante de mí y atravesó el jardín hacia la entrada trasera del palacio. Cuando volví a alzar la vista en dirección a la ventana, Amaia ya no estaba. ¿Habría visto a doña Pilar salir de las caballerizas? Y lo que era peor aún: ¿la habría visto salir tras el mismísimo rey de España?

Amalia cerró el diario bruscamente. Un calor le invadió el rostro. Su madre no solo había amado al rey de España en secreto, sino que había compartido su lecho con pasión. Fue entonces cuando pensó en su padre, en todos aquellos años baldíos de matrimonio en los que, ignorando la traición, había amado a la condesa. Una punzada le atravesó el corazón, pero, al mismo tiempo, algo en su interior comprendió, de pronto, el sentido más profundo del amor. El desear algo prohibido y el tener que elegir entre el deber y la pasión.

Necesitaba descansar de todas las emociones que estaba sintiendo al leer aquel diario. Continuaría al día siguiente. Echaba de menos a su madre. ¡Cómo le hubiera gustado preguntarle de mujer a mujer, asegurarle que no la juzgaría, rogarle que no tuviera miedo o sintiera vergüenza ni le ocultara parte alguna de su corazón! Pero

ahora ella ya no estaba y era demasiado tarde para todas esas cosas.

10
Más amantes para el rey

Vitoria, octubre de 1808

Los días pasaron muy deprisa después del primer encuentro entre los amantes. El señor Ortuño recibió una nota de Maillard donde le ofrecía, por orden del rey, nada menos que trescientos mil francos por el palacio de Montehermoso. Por supuesto, fue una oferta que no pudo rechazar.

La condesa se sintió apenada porque la mansión era especialmente confortable y, sobre todo, porque Amalia crecía feliz en ella y estaba habituada al discurrir de la vida entre sus estancias. Ortuño pronto les hizo ver a ambas, aunque de diferente modo, que el cambio resultaría insignificante. A fin de cuentas, solo iban a mudarse a la casona que atravesaba la calle. La dispondrían al gusto de doña Pilar y, en un abrir y cerrar de ojos, todo estaría de nuevo en su lugar. Además, el rey José se había mostrado muy generoso con el señor e iba a nombrarle caballero de la Real Orden de España, un privilegio solo al alcance de muy pocos.

Al gran pintor don Francisco de Goya también iba a concedérsele tal honor y la condesa estaba deseando conocerle. Le había pedido al señor que le permitiera acompañarle a Madrid durante el acto, pues era una gran aficionada a la pintura y estaba pensando en encargarle al artista un retrato de Amalia. Sin embargo, Ortuño temía que la situación en la capital aún no se hubiera estabilizado y creyó oportuno esperar aún unos meses y ver cómo se sucedían los acontecimientos antes de viajar. Así se lo había hecho saber al

rey por lo que, al menos de momento, todo iba a seguir como hasta ahora, aunque, en realidad, nada sería ya como antes.

El amanecer teñía el cielo de tonos dorados mientras el murmullo del río clamaba a lo lejos. Amalia se había despertado con la luz del alba para continuar leyendo y el alegre clamor de los pájaros la saludó vibrante antes de que las ramas de los árboles se sacudieran el rocío. Los primeros rayos de sol bañaron su habitación de un intenso resplandor.

Hizo un pequeño inciso en su lectura y caminó en silencio con los lentes en sus manos en dirección a uno de los ventanales de su habitación y lo abrió con delicadeza. Una suave brisa la despertó de su letargo. La nueva revelación que el diario le había ofrecido la desconcertaba. La casa de Vitoria, aquella en la que había crecido siendo una niña, en la que había aprendido a leer, donde tantas tardes había jugado con su querida institutriz Amaia y en la que había sido tan feliz, ¡había sido comprada por el propio rey José!

Todo aquello era como estar dentro de un sueño tan frágil que podía desvanecerse en cualquier momento. Trató entonces de identificar cada mueble, cada resto de la vida a la que aún necesitaba aferrarse para huir de la realidad que estaba descubriendo. El contenido del diario dolía demasiado, a pesar de que poco a poco comenzaba a entender que la historia de amor de su madre era algo muy profundo, tejido en la sombra durante años. Quizá fuera ella la heredera de ese legado con la sola intención de tratar de comprender a la condesa como mujer y dejar de juzgarla como hija.

Por eso continuó leyendo.

Después de finalizado el traslado a la nueva residencia, doña Pilar invitó a tomar el té, una tarde a finales de septiembre, a sus amigas Teresa Mendiola y Loreto de Arriola.

—¿Sabéis que se rumorea que el rey José ha pedido ayuda a su hermano Napoleón para hacer frente a los acontecimientos que vive nuestra España?

—¿A qué acontecimientos te refieres, querida Loreto? —preguntó Teresa mientras cogía una pasta de té con una flor de frambuesa en el centro colocada en una elegante bandeja de plata sobredorada.

—¡Por Dios, Teresa! ¿Es que acaso no sabes que los rebeldes a Francia se han reorganizado?

—La verdad, querida, es que me aburre oírte siempre hablar de la guerra. Mi única preocupación ahora es saber con quién comparte lecho el rey de España —respondió entre risas tapándose la boca tímidamente con su mano enguantada.

Doña Pilar se levantó de la silla tapizada en color marfil y rematada en copete de flores y se dirigió a la ventana con una taza de té entre las manos.

—Soy toda oídos —dijo Loreto acercándose con sigilo a su amiga.

—¿No quieres conocer tú también lo que tengo que contaros, Pilar? Creo que es a ti a quien más incumbe.

La condesa se giró de golpe tratando de disimular su asombro mientras avanzaba temerosa hacia las dos amigas.

—¿A qué te refieres, Teresa? —Doña Pilar parecía tensa y la pregunta no gustó a su invitada.

—Cálmate, querida. Se trata de Amaia.

—¿Te refieres a la joven aya de Amalia? —intervino Loreto sin dejar de escrutar con la mirada a la condesa.

—Han llegado a mis oídos rumores de que calienta el lecho del rey José desde que este se instaló en Montehermoso —prosiguió Teresa.

—¡Debe de ser porque conoce muy bien las habitaciones del palacio! —exclamó entre risas Loreto desatando también varias tímidas carcajadas en Teresa.

—Dicen que el rey tiene un valido italiano que acaba de llegar de Nápoles y que fue él quien engatusó a la pobre Amaia. ¡Cuentan que le ofreció doscientos napoleones si aceptaba convertirse en la amante del francés!

—Me cuesta creer que un hombre tan culto y refinado como el monarca busque el placer en mujeres de rango tan inferior al suyo

—intervino doña Pilar, que no pudo mantenerse callada por más tiempo.

—De todos modos, querida —replicó Teresa—, Amaia es una joven inteligente y hermosa. No es de extrañar que cualquiera pueda fijarse en ella.

—El rey no es cualquiera, amiga mía. Parece mentira que tú no seas capaz de distinguir entre un monarca y un plebeyo.

Teresa se sonrojó y dio un profundo sorbo a su taza de té.

—¿Y qué vas a hacer ahora con ella? —preguntó Loreto tratando de disimular su curiosidad.

—Ya sabes que nunca he hecho demasiado caso a los chismes, querida. Y esta vez no será una excepción. Amaia es una buena chica y Amalia la adora.

—Pues te aconsejo que mantengas los ojos bien abiertos o acabará por dejar de lado sus obligaciones para con tu hija. Supongo que las exigencias de alcoba de un rey estarán muy por encima de las de un súbdito —respondió Teresa con frialdad.

Desde aquella tarde, doña Pilar controlaba con esmero los pasos de Amaia y, por ende, estrechó su relación maternal con Amalia. Sin embargo, no dejaba de pensar en José y sentía que un tremendo agujero, negro y profundo, se había abierto en su interior. ¿Es que ya no quería volver a verla? ¿Acaso era cierto que la había sustituido en su lecho por una mujer sin posición, por una joven sin más privilegio que el de educar a su propia hija?

Amalia no pudo contener las lágrimas. Le temblaban las manos, y ese fragmento, tan cruel como inesperado, tuvo la culpa de que arrojara con fuerza el diario al suelo. No podía creer que su adorada Amaia fuera también amante del rey. ¿Cómo había podido suceder algo así? Se juró que no continuaría leyendo y trató de convencerse de que todo aquello no era más que una invención, la trama de una novela romántica que, a buen seguro, alcanzaría en el mercado un importante número de ventas. ¡Amaia convertida en una vulgar meretriz, aunque fuera de un rey! La mujer a la que tanto había admirado siendo niña, de la que había aprendido y con quien había

compartido tantos momentos, ¡había compartido amante con su propia madre!

Sus recuerdos comenzaron a cobrar forma en su mente y fue entonces consciente del momento en que la condesa empezó a pasar más tiempo con ella, a no dejarla sola con la institutriz y a leerle por la noche antes de dormir. ¿Así que había sido esa la razón?

Todo le resultaba ahora de una claridad insoportable. Sintió lástima de sí misma, de haber vivido también en silencio y en el más absoluto de los desconocimientos las consecuencias de la lucha interna que su madre mantenía. Recogió el diario del suelo y, llorando, lo colocó en su regazo. Su alma estaba desgarrada, pero debía continuar leyendo. La mañana transcurría en calma y, a pesar de que una criada le había traído un té caliente acompañado de un delicioso pastel de frutas casero, no había sido capaz aún de probar bocado. El tiempo se estiraba y los minutos pasaban lentos entre las páginas de aquel diario. De vez en cuando, Amalia contemplaba cómo la luz se deslizaba suavemente entre los árboles que rodeaban el castillo marcando el paso sereno del día que parecía no querer avanzar.

11
Un monstruo de ojos verdes

Vitoria, otoño de 1808

Aquella mañana el señor Ortuño había salido pronto de su residencia. Iba a pasar buena parte del día revisando algunas ediciones antiguas y varios incunables que la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País había adquirido a prestigiosos coleccionistas de la capital. Todos los socios habían organizado después un almuerzo en el mismo palacio Escoriaza-Esquivel, sede de la sociedad, y tenía pensado pasar con ellos buena parte de la jornada. El palacete renacentista donde iban a reunirse había sido mandado construir por Fernán López de Escoriaza, médico personal de Enrique VIII de Inglaterra y más tarde de Carlos I de España, y se encontraba muy cerca de Montehermoso, así que el señor iría y volvería a pie.

Amalia estaba practicando al piano en el salón principal acompañada de Amaia. La melodía podía escucharse en buena parte de la vivienda. Era triste pero hermosa y, aunque no identificaba la pieza, me resultaba familiar.

La señora condesa se encontraba pintando una aguada sobre marfil en el taller de la planta baja cuando un joven vestido de uniforme militar entró en el cuarto.

—Pero… ¿quién es usted y que está haciendo aquí? —exclamó doña Pilar sorprendida antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Me han permitido pasar para entregarle en mano a la señora condesa esta nota.

—¿Una nota? ¿Quién le envía? —Esta vez fui yo quien habló primero.

—El rey de España —respondió el joven en tono solemne.

Doña Pilar tembló de arriba abajo mientras extendía precipitadamente su mano para recoger aquel trozo de papel.

—Gracias, puede retirarse. Y dígale a su majestad que estas no son formas de abordar a una dama.

El mensajero dio media vuelta sin responder y se alejó a grandes zancadas en dirección a la salida.

El encuentro debía producirse en apenas una hora y el lugar, esta vez, era la mismísima residencia de la condesa. Doña Pilar dejó la miniatura a medio terminar y corrió presta a su habitación, situada en el piso superior.

—Cuando llegue José, hazle subir. Estaré aquí esperándole —me pidió.

—Pero señora. Creo que arriesga usted demasiado.

—Lo sé, pero esta locura me consume días tras día y no puedo detenerla. Solo Dios puede terminar con esto. Estoy dispuesta a aceptar sus designios. Entre tanto, amaré sin cortapisas.

Fue entonces cuando comprendí que doña Pilar viviría el resto de sus días el castigo eterno de un amor erguido sobre la más cruel de las nadas. Sin gloria, sin fortuna, sin ambición. Un sentimiento estigmatizado, derribado por las sombras de muchos cielos sin estrellas. Ignorado por todos, pero en las lenguas y en las sonrisas pícaras de los nadies del mundo.

El rey subió la escalera de mármol seguro de sí mismo. Altivo, dispuesto a consumar una vieja traición. Creo que buscaba la intimidad de siempre bajo la debilidad de una mentira que no tardaría en desmoronarse.

José entró en la habitación y se acercó al tocador donde la condesa se encontraba sentada contemplando su rostro en el espejo.

—No imaginas lo solo que me he sentido estas últimas semanas sin verte, amor mío.

Doña Pilar se giró para encontrarse cara a cara con su amante.

—¿Acaso crees que mi desdicha ha sido menor? ¿Sabes que cada día he deseado sentir tus suaves caricias sobre mi piel y que las

horas lejos de ti me han convertido en un eco de la persona que fui antes de que te cruzaras en mi vida?

El rey abrazó con fuerza a la marquesa mientras la besaba con dulzura.

—Tu ángel ha acudido a mi memoria sin yo quererlo, Pilar. Mis pensamientos no han dejado de esculpir tu hermoso cuerpo noche tras noche.

—Y entonces ¿por qué has tenido que buscar en otro lecho lo que en este tanto anhelabas? —preguntó la condesa sin poder contener su ira.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que estás tratando de decirme? —José parecía sorprendido.

—¿Es ahora Amaia la que me ha sustituido? ¿Es ella la que hace que te pierdas servilmente entre sus nalgas para transformar tu poder de rey solo en el de un enajenado adolescente?

—Por Dios, Pilar, ¡detente! ¿Es que te has vuelto loca?

—Si es así como osas llamarlo, acepto mi locura.

La condesa se dejó caer sobre la cama abatida y se tapó el rostro lleno de lágrimas con las manos.

—¿No te das cuenta de que odio todo lo que se interpone entre tu cuerpo y el mío? —sollozó doña Pilar.

—Escúchame, te lo ruego. Amaia solo es una diversión pasajera, amor mío. Un intento de olvido cuando las sombras llegan de noche. La vida de un rey es solitaria, es un averno del que rezo cada día por escapar.

José se sentó sobre la cama junto a la condesa y la tomó de las manos.

—No imaginas siquiera lo que sufro como hombre. Soy el primogénito de mi casa, el primero de la dinastía de los Bonaparte y, aun así, no hago otra cosa que estar a la sombra de mi hermano Napoleón, el gran general, el dominador del mundo.

Doña Pilar escuchaba callada con cierta compasión en sus ojos.

—Dice que vendrá a España. Pretende volcar aquí todo su poder militar y organizar una especie de Gran Armada de la que él y no otro sea el jefe supremo. ¿No te das cuenta de que me subestima? Cree que nunca seré capaz de dominar a estos españoles cuando

lo único que deseo es que me amen. Que todos me améis, especialmente tú.

—Yo ya te amo, mi rey —respondió la condesa antes de besarle apasionadamente.

—Deseo ser digno del poder que me ha otorgado mi hermano, pero no quiero imponerlo a través de las armas, Pilar. El pueblo debe saber que su rey los necesita. Tengo tantas ideas para España…

—Estoy segura, amor mío, de que te venerarán y te adorarán como yo lo hago. Eres sensible y generoso y sabrán apreciarte como mereces.

—La verdad es que siempre me he sentido una comparsa al lado de mi hermano. Un títere en sus manos, una pieza dispuesta a encajar en un rompecabezas diseñado por él mismo. ¡Ya no puedo soportarlo más! Ojalá tuviera el valor suficiente para enfrentarme a él.

La condesa acarició con dulzura los suaves y finos cabellos de José y le recostó sobre el lecho.

—No pienses más en eso. Yo cuidaré de ti y ahora serás feliz entre mis brazos.

Los amantes se entregaron con ímpetu, desnudándose despacio y mostrando en cada caricia sus anhelos, miedos e inseguridades. Cada palabra no pronunciada era una prenda de la que sin miedo se despojaron hasta que estuvieron piel con piel. Nada les pesaba más que las confesiones y sentimientos que brotaban entre suspiros. El calor de sus cuerpos fue sustituyendo a la distancia real que los separaba en sus vidas y, cuando finalmente se unieron, lo hicieron como una consecuencia natural de la sinceridad compartida. Por fin se habían reconocido, se habían aceptado sin capas, sin máscaras, libres.

Tras la pasión, el rey se sintió indispuesto.

—Estoy un poco mareado, querida. La energía que requiere el amor y la fortaleza de ánimo que me solicitan los temas de Estado están terminando por agotarme.

Doña Pilar le besó con dulzura en los labios.

—Tómate tu tiempo y descansa un poco. No es necesario que te vayas ahora.

—Pero debo irme. No quiero causarte más problemas —respondió el rey alejándose con pasos inseguros del lecho que hacía unos minutos había compartido con su amante.

—Antes de marcharte debes prometerme que no la verás nunca más.

José miró a la condesa sin acabar de entender a quién se refería.

—A Amaia. No quiero compartir tu amor con nadie.

Doña Pilar terminó aquella frase para darse cuenta enseguida de que no tenía sentido pedirle fidelidad a un rey. Además, ambos estaban casados y sus vidas, de algún modo, ya se encontraban determinadas. Sus caminos siempre se separarían, aunque ellos se empeñaran en juntarlos. Sin embargo, y pesar de todo, sabía, desde el comienzo de aquella historia irracional y perversa, que el eco de ese amor perviviría en su interior para siempre.

El rey no respondió a la petición de la condesa y abandonó la habitación. El sonido de sus pisadas retumbó por toda la casa de modo que, si alguien en el servicio aún no sabía que el rey había venido a visitar a doña Pilar, el secreto acababa de terminar de revelarse.

Tras su marcha, la condesa aún permaneció un tiempo tendida entre las sábanas. Sabía que aquel instante era tan frágil que quizá no volviera a repetirse. No tardó en levantarse para envolverse en una fina bata de seda. Descalza, salió de la habitación y caminó despacio por los desangelados corredores del palacio. Sus sentimientos se consumían en silencio y en su semblante se mezclaba la plenitud física con una devastación emocional que la despojaba de cualquier certeza.

La tarde resultó tranquila. El señor Ortuño regresó pasadas las cuatro y Amaia y Amalia repasaron juntas geografía española en el cuarto de estudio de la niña. La condesa estaba deseando mantener una conversación a solas con la institutriz de su hija, pero temía que, si esta se producía, sus verdaderos sentimientos hacia el rey quedasen en evidencia. Por eso trataba de evitar el encuentro hasta que fuera estrictamente necesario.

Amalia estaba desvelada. A la luz del candil y solo escuchando el libre transitar del agua del Olorón descendiendo con fuerza entre las rocas, pensaba en cómo habría sido en realidad aquel hombre del que su madre había estado perdidamente enamorada. Daba la sensación de que se trataba de un mujeriego empedernido, pero había en él cierto sentido del deber, de la prudencia y de la serenidad que le llamaba la atención. Quería ser un buen monarca, alguien querido y admirado por su pueblo, y eso despertó en Amalia curiosidad. Bien sabía ella que eso no había sucedido con el rey Fernando, y, aunque su hija, la reina Isabel, se había preocupado por el fomento de la cultura y de las artes, su falta de experiencia política, la corrupción, los distintos pronunciamientos militares y los rumores sobre su escandalosa vida privada habían terminado por derrocarla del trono hacía tan solo un año para proclamarse una república.

Por otra parte, su madre debía de ser consciente de que su petición a José era imposible. El monarca no podría satisfacerla renunciando a otras amantes. ¿Cuánto dolor le supondría eso a su madre? ¿Seguiría viéndole tiempo después de esa traición? Amalia sabía que el amor podía sobrevivir al engaño del otro y, sobre todo, al de uno mismo. Volvió a abrir el diario. Quería entrar en el corazón de su madre y solo había un modo de hacerlo.

El candil de su cuarto derramaba una cálida luz sobre las páginas abiertas. El silencio lo envolvía todo mientras este se posaba como una losa sobre cada palabra escrita. Sabía que pronto tendría que escribir a monsieur Dubois, párroco de Pau, para explicarle su idea de la subasta y determinar la entrega de las ropas de su madre, pero se resistía a hacerlo. Su prioridad ahora era desentrañar por completo el contenido del diario. Hasta que no lo hiciera, no podría desprenderse de esa parte de su pasado.

12
Visitas inesperadas

Vitoria, otoño de 1808

La condesa encontró a su esposo algo nervioso.

Hacía ya más de diez días que no había tenido noticias del rey y daba la sensación de que algo muy importante estaba a punto de ocurrir.

Era la hora del almuerzo y doña Pilar y el marqués estaban sentados a la mesa del comedor. El día había amanecido sombrío y la niebla cubría la calle de principio a fin, lo que impedía apreciar el palacio de Montehermoso desde el ventanal que daba al jardín. Ortuño no tenía buena cara y parecía no haber descansado demasiado.

—Pareces preocupado, querido —apuntó doña Pilar ante el silencio de su esposo.

—No es nada. Solo política —respondió resignado mientras se servía un trozo de pavo asado relleno de frutos rojos.

—Ya sabes que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe.

La condesa no quiso presionar más a su marido y esperó. Sabía que tarde o temprano le contaría qué estaba pasando. Solo era cuestión de tiempo. Normalmente Ortuño era predecible y acababa desembuchando.

—Se trata de Napoleón. Va a venir a España. Primero a Bayona y después a Vitoria.

—¿Aquí, dices? —La condesa dio un profundo trago a su copa de chacolí—. Sabía por el rey de la intención del emperador de pisar el país, pero ignoraba que fuera a detenerse en Vitoria.

—El general no deja nada para la improvisación, querida. Si viene es porque quiere marcar, a su modo, el ritmo de la guerra. Todo ha de hacerse a su gusto y no va a dejar que la contienda termine cayendo del lado equivocado.

—Pero España ya tiene un rey. Y, a mi parecer, es un hombre justo y que entiende lo que su pueblo necesita. ¿Por qué no deja que sea él quien tome las decisiones que mejor convengan a nuestro país?

—Napoleón no confía en su hermano. Por eso quiere encargarse él mismo de todo. Y el rey José lo sabe. Yo creo que el general Bonaparte terminará por instalarse en Madrid para causar el golpe de efecto definitivo. Distribuirá a sus hombres entre nuestras principales y más conflictivas ciudades y desde la capital inclinará, definitivamente, el curso de esta guerra a su favor.

—Entonces eso no es tan malo, querido. Nos ahorraremos más muertes y sufrimiento. Estoy deseando que esto termine de una vez por todas. ¡Anhelo tanto vivir en paz!

—La conciliación es algo que se gana, Pilar, y una derrota traerá peores consecuencias para todos nosotros.

La condesa lamentó esas palabras y se quedó pensativa. A menudo subestimaba a su esposo, quizá no en lo diplomático y político, pero sí en lo emocional. Sin embargo, aquella frase estaba llena de sabiduría. A doña Pilar le dio que pensar. Su marido tenía razón: si la victoria se conseguía con sangre, sangre quedaría en el pensamiento de los derrotados, y sangre llorarían también los vencedores. Nadie en una guerra salía ileso. Nadie.

—Para calmar los ánimos y limar asperezas siempre es buena idea organizar una fiesta —propuso doña Pilar a pesar de que aquellas palabras le abrasaron la garganta nada más pronunciarlas —. Puedo encargarme de todo, ya sabes que se me dan muy bien estas cosas. Además, será una oportunidad única para convertirnos en anfitriones del hombre más poderoso de la tierra.

El marqués sonrió. Algunas de las sombras de su rostro se hicieron menos graves.

—Querida, ¡qué gran general se ha perdido el mundo si hubieras nacido varón! —exclamó Ortuño levantando su copa y mirándola

fijamente.

Al día siguiente la condesa recibió la noticia de que su madre, doña Luisa de Sarriá y Villafañe, vendría a visitarla procedente de Tolosa. No era habitual que su progenitora viajara a Vitoria, por lo que la noticia le extrañó. Además, su madre era una mujer tradicional, defensora del catolicismo a ultranza y de las más rancias y obsoletas tradiciones. A doña Pilar le costaba debatir con ella sobre España como país y de la modernidad como meta a la que dirigirse. Su presencia, en cualquier caso, siempre anunciaba problemas.

Doña Luisa no se llevaba bien con Ortuño. Le consideraba un oportunista, un arribista con poca conciencia, ávido de triunfalismo y con pocos escrúpulos y, por supuesto, se oponía a sus ideas afrancesadas solo por el hecho de no haber sido engendradas en la España a la que tanto amaba. Sin embargo, la madre de la señora adoraba a su nieta Amalia. De hecho, ella había elegido personalmente a Amaia como institutriz de la niña. Se preocupaba tanto por su educación que había diseñado ella misma su plan de estudio y había seleccionado las asignaturas indispensables sobre las que debía incidir la aya para que Amalia no cayera en la insoportable frivolidad de algunas mujeres de su clase.

La condesa aprovechó que el anuncio de doña Luisa la había hecho pensar en Amaia para decidirse a hablar con la institutriz.

—Estos últimos días no hemos tenido tiempo para ponernos al día —le dijo doña Pilar a la joven antes de que Amalia se despertara de su descanso diario tras el almuerzo.

La institutriz miró a la condesa con expresión seria.

—Usted dirá.

—Entiendo que la niña progresa diariamente en sus lecciones —continuó doña Pilar tratando de mostrarse amable—. Sé que es una niña muy despierta y aplicada y quiero que me cuente sus avances.

—Así es, señora —respondió Amaia—. Amalia evoluciona a buen ritmo y tendrá un excelente futuro. No me cabe ninguna duda.

—¿Y usted, Amaia? ¿Cómo está usted? ¿Es feliz aquí?

La pregunta cogió desprevenida a la joven.

—Sí, señora. No puedo quejarme. Tengo casa, un buen salario y el cariño de Amalia.

Doña Pilar a punto estuvo de preguntarle si disfrutaba de la estima de alguien más, pero se contuvo.

—Me alegra saber que se encuentra bien entre nosotros. Sabe que mi madre le tiene un gran aprecio y que esta familia la ha acogido como a una más.

—Lo sé, señora. —Amaia se sentía incómoda, por lo que deslizó su mirada hacia un lado de la puerta mostrando así su intención de finalizar la conversación.

Pero la condesa no se dio por vencida y carraspeó.

—Si cree que debe contarme alguna cosa, lo que sea que le preocupe, ya sabe que puede confiar en mí y que estaré aquí para ayudarla.

—Gracias, señora. Lo tendré en cuenta —contestó con gesto complaciente—. Y, ahora, si no desea nada más…

—Claro, puede usted retirarse —respondió doña Pilar aceptando la derrota, al menos por el momento.

Solo un par de días antes de la visita de la señora Luisa, vino a tomar el té, de forma un tanto precipitada y sin anunciarse, Teresa Mendiola.

—Tienes que disculparme, Pilar. Tenía que haberte avisado con más antelación, pero he de comentarte algo que no puede ni debe esperar.

Teresa no podía ocultar su nerviosismo y tomó asiento al lado de la condesa alrededor de la mesa del pequeño salón junto al antecomedor.

—Tú dirás, querida —respondió doña Pilar dejando caer las palabras de sus labios. Temía que su secreto pudiera haber sido descubierto, pero no tenía más remedio que seguir manteniendo aquella farsa.

—Se comenta en toda la ciudad que calientas el lecho del rey Bonaparte.

Doña Pilar se mantuvo impertérrita. Había ensayado y previsto muchas veces que eso podía pasar. En su fuero interno lo deseaba

y lo temía por igual. Retener un secreto tan grande la quemaba, pero dejar a las llamas campar a sus anchas nunca era buena idea. Aun así, su educación y su estatus le permitieron aguantar el gesto y la agitación del pecho ante la mirada de su amiga.

—Si es cierto que tienes una aventura con el rey, temo por ti, querida. Pronto llegará a oídos de tu esposo, si eso no ha sucedido ya.

—Por favor, Teresa —inquirió la condesa, precavida, tratando de borrar cualquier sospecha—. ¿Es que crees que me he vuelto loca? ¿Acaso no sabes que soy una mujer casada y con una reputación que mantener?

—¡Pero si cuentan que hasta os veis aquí mismo, en esta casa!

—¡Basta, Teresa! ¡No sigas y baja la voz, te lo ruego! —exclamó la condesa tratando de contenerla.

En ese instante un joven criado entró en la salita. La tenue luz del atardecer descendía lenta mientras se colaba entre las cortinas dejando en penumbra una parte de la habitación.

—¿Desean algo las señoras? —preguntó el sirviente en tono enérgico.

Ninguna de las dos respondió. El muchacho permaneció por unos instantes erguido, delante de la puerta, esperando instrucciones.

—Puede retirarse, la señora Mendiola se va en este momento —ordenó la condesa. Las fuerzas le flaqueaban y su corazón latía tan fuerte que pensó que iba a salírsele del pecho.

Teresa se levantó de su asiento de forma discreta y volvió a centrarse en su amiga.

—Solo quiero ayudarte, Pilar —le susurró—. Debes tener mucho cuidado o…

—¿O qué, Teresa? ¿Vas a decírmelo de una vez?

—O nadie podrá salvarte.

Y sin mediar palabra salió de la habitación dejando a la condesa sumida en el pánico de una incertidumbre que, a partir de entonces, regiría para siempre el resto de sus días.

Antes de caer en un profundo sueño, Amalia tuvo tiempo de fijar en su mente la imagen de su madre. ¿Cómo debió de sentirse envuelta en rumores y caminando entre miradas malintencionadas? Todo el mundo en la ciudad sospechaba de su romance con el rey y, sin embargo, había logrado mantenerse firme al borde del escándalo. Sintió una terrible pena por ella, amando así, entre cuchicheos y juicios de quienes ignoraban todo. Cerró los ojos vencida por el cansancio mientras su madre, poderosa y recta, permanecía en su recuerdo.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Amalia decidió dar un paseo por las caballerizas. Llevaba el diario y los lentes entre las manos. Buscaba un rincón apartado para continuar con la lectura lejos de su cuarto. Necesitaba respirar la brisa fresca y otoñal de Carresse que tanto la reconfortaba.

Alain, el cochero, estaba cepillando un ejemplar de pura raza española de cuerpo proporcionado y robusto y color negro azabache. Tenía cierta tristeza en los ojos, a pesar de que continuaba con avidez su tarea. La muerte de la condesa le había afectado mucho. Cuando se dio cuenta de la presencia de la marquesa de Montehermoso, dejó de cepillar al caballo y se dirigió a ella cortésmente:

—Buenos días, señora.

—Buenos días —respondió Amalia—. Un magnífico equino, ¿verdad?

—Así es. Era el favorito de su madre —contestó el anciano bajando la mirada.

La marquesa se acercó al animal y, acariciando con suavidad su lomo, le preguntó al cochero:

—¿Cuántos años llevaba usted a su servicio? ¿Treinta? ¿Cuarenta acaso?

El hombre exhaló un profundo suspiro antes de responder:

—Toda una vida, señora.

—Ella le tenía un enorme aprecio. Estoy segura de que usted también la echará mucho de menos.

Alain no dijo nada y siguió cepillando al animal mientras este se dejaba hacer. La marquesa se alejó con discreción en dirección al río. Tenía intención de dar un pequeño paseo siguiendo su curso para luego detenerse junto a algún árbol a la orilla y continuar leyendo.

13
Traiciones difíciles de digerir

Vitoria, otoño de 1808

El viento golpeaba con fuerza las ventanas de la habitación de la condesa. Hacía un frío atroz y, desde bien temprano, doña Pilar había ordenado encender la chimenea del salón principal. Las frías mañanas solía pasarlas allí leyendo, escuchando el sonido del crepitar de la leña al arder y consumirse lenta pero implacablemente.

Le había costado dormir la noche anterior y se sentía abatida. No entendía cómo su secreto había trascendido y menos aún la ausencia de noticias del rey.

De niña, doña Pilar era muy observadora y enseguida se daba cuenta de los secretos que las personas ocultaban. La primera referencia que tuvo fue la de sus padres. Nunca discutían y parecían poseer entre ellos vínculos formales que escapaban de una simple dependencia que, por supuesto, no existía. Estaban acostumbrados el uno al otro y ella pensó que también podría hacerlo. Así que cuando la casaron con Ortuño, un hombre que casi le duplicaba en edad, no le pareció fuera de lugar, pues implicaba mantener esa tradición sagrada de escapar del amor para evitar las malas costumbres. A fin de cuentas, este siempre traía desdicha, le había dicho un día su madre.

Su familia había tenido una intensa vida social y doña Pilar aprendió pronto a ser una buena anfitriona. No es que la señora Luisa fuera una mujer de conversación discreta, pero trataba de resultar siempre animada y respetaba las pausas dejando a un lado la presunción y la trivialidad. Era una mujer vivaz y difícil de

engañar y no le gustaba que la agasajaran si no era estrictamente necesario. La señora condesa respetaba su opinión y no osaba llevarle la contraria, aunque, desde que se casó con el marqués, la relación entre ambas se había vuelto difícil. Ortuño era un afrancesado confeso que, en opinión de doña Luisa, había aceptado al nuevo monarca como un mal menor del que sacar tajada cuando el aparato burocrático josefino se pusiera definitivamente en marcha. Además, había intentado hacerla creer que, teniendo a Francia como aliada, podríamos enfrentarnos a la todopoderosa Inglaterra, algo que doña Luisa no aceptó nunca, pues entendía que éramos naciones que estábamos condenadas a entendernos. En definitiva, la madre de la señora jamás estaría dispuesta a comprender, y mucho menos apoyar, una injerencia extranjera en la España de sus antepasados. Prefería antes la guerra al oportunismo, la muerte a la desmembración del país.

La señora doña Pilar tocó la campanilla. La leña se estaba consumiendo y era necesario avivar el fuego. Uno de los criados se presentó con una cesta repleta de astillas y troncos secos de madera de roble. Los arrojó con maestría a la chimenea y los dispuso con ayuda de unas tenazas de hierro de modo que las llamas volvieron a elevarse con fuerza iluminando la estancia. La condesa detuvo la mirada en ellas. Estaba ensimismada en sus pensamientos, casi entregada al sueño confortable que ofrece Morfeo, cuando el joven valido del rey entró al salón.

Doña Pilar le recordaba perfectamente, pues no era la primera vez que le traía noticias de José. Estaba despeinado y parecía tener prisa.

—Esto es para usted —dijo extendiendo la mano mientras le entregaba una nota—. Y ahora, si me permite, tengo otros asuntos importantes que atender.

De nuevo sola, la condesa desdobló la nota con el único deseo en mente de acortar distancias con el rey. Las palabras manuscritas temblaron ante sus ojos.

Querida Pilar:

Llevo varios días enfermo, por eso no he podido escribirte antes. Me siento sin fuerzas y apenas tengo apetito. Mis médicos aún no han dado con el mal que me aqueja, pero sufro con frecuencia mareos, náuseas y un fuerte dolor en el abdomen que no me permite sostenerme en pie. No quiero alarmarte, solo que sepas que pienso en ti y que cuento las horas para volver a abrazarte.

He llegado a pensar que esto que me ocurre es fruto del odio de mis enemigos. ¿Y si están tratando de asesinarme? Solo en ti puedo confiar y solo tú eres la dueña de mis confidencias. Son muchos los que desean verme muerto. Ya no estoy seguro de nada y cada vez son menos las personas que me guardan absoluta fidelidad. Ahora miro la vida de igual modo que lo hago con la muerte: expectante.

Estos días, a pesar de que las fuerzas no me acompañan, estoy tratando de sacar tiempo para preparar la llegada de mi hermano. No quiero dejar nada a la improvisación, pues él es un hombre previsor que cuida escrupulosamente cada detalle. Tampoco quiero mostrarme como un ser blando y enfermizo, por lo que ahora debo dedicar todas mis energías a tratar de curarme y descubrir quién o quiénes me están haciendo esto.

Tendrás noticias mías, pues, pase lo que pase, un rey siempre da mucho de que hablar.

Tuyo siempre,

JOSÉ

El rojo amarillento de las llamas de la chimenea confería al salón un aire espectral. La condesa respiraba entrecortada. Movía la cabeza de uno a otro lado, apesadumbrada. Apenas había tenido tiempo para plantearse alguna hipótesis sobre lo que acababa de leer cuando el anterior criado se presentó de nuevo en el salón.

—La señora doña Luisa acaba de llegar —anunció.

La condesa suspiró profundamente. Había olvidado que su madre vendría a visitarla y, como siempre, llegaba en el peor momento.

—Hágala pasar.

Doña Luisa de Sarriá y Villafañe era una mujer esbelta, de cabeza pequeña y bien definida y de cabellos dorados que a veces se le anudaban sin razón formando salvajes remolinos. Sus ojos eran melados y, si los entornaba, se volvían más tostados y brillantes. Tenía las mejillas sonrosadas y salpicadas de pecas uniformes que le llegaban hasta la barbilla y su boca, a la que pocas veces le faltaba razón al expresarse, estaba circundada por unos labios finos. Era extremadamente delgada porque apenas comía. Decía que, además de poco útil, era peligroso, pues volvía a las personas esclavas de sus apetencias. Así que, si tenía que tomar alguna decisión importante, siempre lo hacía junto con una botella de buen vino alavés. Engordaba poco, despejaba la mente y ayudaba a resolver los contratiempos.

—Buenos días, madre. —La condesa se levantó para abrazarla.

—Por decir algo —respondió con sequedad doña Luisa mientras depositaba dos rápidos besos en las mejillas de su hija—. Hace un tiempo de mil demonios. Menos mal que la niebla nos ha dado una tregua esta vez. Si no, aún estaría en camino.

La madre de la condesa se dejó caer sobre uno de los sofás que había a un lado de la chimenea. Se acercó a esta y comenzó a frotarse las manos con fuerza para entrar en calor. Entre tanto, doña Pilar ocultó la nota del rey en uno de los bolsillos de su falda de terciopelo carmesí.

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Por qué no ha venido padre con usted?

Doña Luisa cerró los ojos tratando de calmarse.

—Lo que tengo que decirte no resulta conveniente que él lo escuche. No quiero causarle más disgustos.

La condesa se movió inquieta en el sillón. A pesar de que ambas estaban solas, la señora Luisa bajó la voz mientras se acercaba a su hija.

—Escúchame bien —dijo mientras la miraba a los ojos con las manos cruzadas en el regazo—. Debes acabar con esto de una vez. Si no lo haces, nadie podrá ayudarte.

Era la segunda vez en apenas unos días que doña Pilar escuchaba la misma frase. ¿Por qué todos querían ayudarla? ¿A qué exactamente?

—No sé de qué está hablando, madre —respondió la condesa contrariada

—Sé que es un tipo atractivo, un seductor nato, pero esto terminará mal. Siempre ocurre así.

—¡Basta! —El grito de doña Pilar retumbó en toda la estancia.

Momentos antes de que su madre apareciera, sus pensamientos estaban sumidos en el dolor de saber que la vida del rey corría peligro, y ¿ahora ella le pedía que terminara con ese amor?

—¿Es que te niegas a obedecer a tu madre? ¿Acaso no comprendes que esos malditos franceses son enemigos de España? ¿No entiendes que quieren transformar nuestro modo de pensar y de vivir obsequiándonos con zalamerías y engaños que solo unos pocos somos capaces de distinguir? —continuó doña Luisa tratando de hacer entrar en razón a su hija.

En lo más profundo de su corazón, y sin apenas ser consciente de ello, la condesa agradecía a su madre el haberle ahorrado el trance de hacerle comprender que se había enamorado de un rey. Un francés que gustaba de ocupar su alcoba con mujeres distintas a la suya y que no tenía intención de pagar ninguna misa por la salvación de su alma.

—Solo depende de ti. En tu mano está convertirte en la puta de un rey intruso o en seguir siendo la respetable esposa de un hombre de Estado —concluyó doña Luisa recostándose por completo en el sofá.

Doña Pilar pensó bien, durante un momento, qué contestar. Lo que dijera a continuación serviría para eludir las habladurías o para encararlas de frente. Quizá aquella ocasión le sirvió a la condesa para retar por fin a su madre después de tantos años bajo su sombra.

—Ya es demasiado tarde, madre. Nada podrá librarme de las penas del averno a pesar de que, ojalá, algún día, llegue el final de mis tormentos.

—¡Te ruego que pienses con la cabeza! —Doña Luisa volvió a incorporarse con el rostro descompuesto y agitando nerviosa ambas manos—. Le debes lealtad a tu linaje, a tus antepasados, a España.

Doña Pilar no entró en razón o, quizá, no claudicó ante los ruegos y las órdenes de su madre. Intercambiaron algunas frases más, pero solo para confirmar sus posiciones. La distancia entre ambas aumentó aún más y el frío y la niebla que gobernaban el mundo más allá de los cristales amenazaron con entrar también en el salón. Luego, el silencio cayó sobre la estancia como plomo sobre la tierra.

—Agradezco su parecer y su consejo, madre, pero lo procedente ahora es que descanse del viaje y que alivie el frío con un buen caldo. —Doña Pilar se levantó del sofá y se dirigió a la puerta dando por concluida la conversación mientras tocaba la campanilla para avisar a alguno de sus criados.

—Tú padre se sentirá muy contrariado al saber que has hecho caso omiso a nuestras recomendaciones.

—¿Es entonces un consejo compartido por los dos? —Doña Pilar no pudo evitar emitir una estrepitosa carcajada—. No sabía que padre juzgara como reprobables acciones que él mismo ha cultivado. ¡Se ha vuelto muy puritano!

La condesa se levantó del sofá y se acercó a su hija. Se detuvo un instante frente a su rostro y, sin mediar palabra, le propinó una clamorosa bofetada.

Las dos mujeres se miraron fijamente a los ojos con rabia contenida. Doña Pilar sabía que quizá aquella fuera la última vez que viera a su madre en su casa. De pronto, su estómago se volvió hueco y un turbador sentimiento de orfandad la invadió por completo.

—Cuídate mucho, hija mía. Rogaré a Dios por la salvación de tu alma. Las habladurías terminarán por sentenciarte y acabarás pagando una condena que quizá no merezcas. Pero el mundo es injusto e incomprensible y tú no serás quien resuelva sus contradicciones.

—No pretendo que me comprenda —respondió cabizbaja la condesa en el mismo instante en que las lágrimas asomaban a sus ojos—. Y también sé que jamás podré hacer feliz a un rey. Pero las sacudidas de este amor son más fuertes que el miedo. Quizá haya una oportunidad para los dos.

Doña Luisa miró con condescendencia a su hija. ¡Bien sabía ella que eso era del todo imposible! Así que, echada ya por tierra la posibilidad de zanjar la relación de los amantes, optó por la tortura.

—Evita que se te hinche la barriga. Un nuevo bastardo real tampoco sería muy conveniente para tus intereses.

Apenas hubo concluido la frase, un mayordomo apareció tras la puerta.

—¿Ha llamado la señora?

—Doña Luisa ya se marcha —exclamó la condesa conteniendo las lágrimas.

El criado no pudo evitar emitir una mueca de extrañeza mientras observaba en silencio la escena.

—Gracias por tus atenciones, querida —sentenció con ironía la mujer antes de besar en la mejilla a su hija—. Si no te importa, me gustaría ver a mi nieta y a Amaia antes de irme.

La condesa no respondió y solo fue capaz de seguir con la mirada la definida silueta de su madre que se alejaba tras la puerta. Las llamas siguieron danzando, la madera crepitando y el frío conquistando más y más aquella habitación.

Una brisa helada acababa de levantarse, así que Amalia cerró el diario y se incorporó para volver al castillo. Había estado leyendo a orillas del Olorón, pero, como no quería coger un buen resfriado, pensó que lo mejor sería continuar junto a la chimenea del salón principal de su residencia. A su edad no debía arriesgarse a enfermar, pues podía resultar devastador.

Los últimos fragmentos del diario dejaban claro que la abuela doña Luisa también conocía la relación de su madre con el rey y que se oponía a ella por completo. Había sido realmente dura en sus

afirmaciones y sus palabras denotaban un odio visceral hacia todo lo francés y, en especial, hacia el propio monarca. Sin embargo, la condesa había desoído sus consejos. Todo parecía complicarse cada vez más para su madre y, si en algún momento tuvo miedo, supo incorporarlo a su historia y atravesarlo para seguir viviendo. Amalia no podía evitar sentirse fallida como hija, como mujer y confidente. Su madre no había contado con ella como paño de lágrimas, ni siquiera en sus últimos años de vida. Tampoco en su lecho de muerte doña Pilar había confiado en Amalia para desahogarse y evitar sentirse menos sola y desamparada. ¿De quién era esto culpa? ¿De Amalia? ¿De su propia madre?

Cuando llegó al castillo ya era tarde para el desayuno. Pidió a Josefa que le trajera un té caliente al salón principal y se sentó en el sillón favorito de su madre, junto a la chimenea encendida. Desde allí se detuvo a contemplar su retrato. Doña Pilar posaba elegante, con la mirada firme, pero con los ojos tristes y apagados. Ahora comenzaba a entender aquellas heridas invisibles que nadie más parecía ver y que la humanizaban. Revitalizada por el fuego, deseó seguir leyendo. Pensó, taciturna, en la caprichosa casualidad: en su madre ante la chimenea y tras la discusión con doña Luisa, y en sí misma también ante las llamas indagando en aquella historia que ya sentía también propia.

Los días pasaban lentos y la ausencia de noticias sobre el estado del rey hacía que el ánimo de la condesa se resquebrajase. Su semblante, antes jovial y lleno de vida, era ahora el vivo reflejo de la preocupación y el desasosiego. Apenas comía, no hablaba y había desatendido por completo a su hija dejando sus obligaciones como madre en manos de Amaia y de Josefa.

Ortuño, siempre inteligente y despierto, no había pasado por alto el extraño comportamiento de su esposa y un soleado día de invierno, en el que las gélidas temperaturas habían congelado el rocío de la mañana, se dirigió a ella mientras desayunaban juntos en el antecomedor.

—Querida, estos últimos días te he estado observando y no te reconozco. Pareces preocupada por algo y me gustaría ayudarte. Ya sabes que puedes confiar en mí. —El marqués dio un intenso sorbo a su café y esperó paciente a que la condesa respondiera.

Tras unos instantes en silencio, prosiguió:

—¿No quieres contarme qué te sucede? ¡Pero si ni siquiera eres capaz de preocuparte por nuestra hija!

Ortuño sabía que su comentario había sido muy desafortunado y calló al instante.

—Ni tú ni nadie puede ayudarme. Y no vuelvas a cuestionarme como madre o será lo último que hagas por mí.

Doña Pilar evitó mirar a su esposo. A pesar de que se encontraban en la mesa uno al lado del otro, un abismo los separaba.

—Discúlpame, querida. Te lo ruego. Pero hay veces que debemos ser conscientes del tiempo en que nos ha tocado vivir. La España que nuestros padres conocieron pronto desaparecerá. Son muchos a los que hay que meter en cintura y no es momento de titubeos.

—¿Qué quieres decir?

—Todos debemos hacer sacrificios, querida. Lo que ocurre es que las mujeres siempre salís perdiendo. Pero eso no es culpa mía. Te comprendo y acepto que hagas lo que mejor consideres.

Doña Pilar se mantuvo en silencio. Un temblor ligero en las manos. Un guiño imperceptible entre las cejas.

—Se dicen muchas cosas en la ciudad —Ortuño continuó. Parecía temeroso y comenzó a hablar en un fino hilo de voz—. Pero todos somos hipócritas a nuestra manera. Y yo confío en acabar con esta España negra de estiércol y analfabetos. Por eso estoy al lado del rey José. Quiero gozar de su beneplácito y confianza.

—Y antepondrás ese deseo a todos nosotros, ¿no es así?

—Te repito, querida, que será más fácil si permanecemos al lado del monarca. Yo no cuestionaré tus artes si tú no cuestionas las mías.

La condesa giró la cabeza y miró pensativa hacia la ventana, en dirección al jardín.

—¿Sabes que el rey está enfermo? —Ortuño dejó escapar un suspiro de preocupación—. Temo que, si muere, Napoleón terminará por masacrar a los insurrectos del modo más cruel que se recuerde. Solo deseo que se produzca un milagro y de verdad demos con la razón de este infortunio.

—Pero… ¿cómo está José? ¿Es realmente grave? —Doña Pilar estaba desencajada.

—Cálmate, querida —la tranquilizó su esposo—. Está bien cuidado y todos esperamos que se restablezca. Lo único que te pido es discreción y que atiendas con el mismo esmero de siempre a nuestra hija. Estarás de acuerdo conmigo en que Amalia es lo más importante para los dos.

—¿Discreción? ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó la condesa algo incómoda.

—Te preocupas demasiado por la salud del rey y eso podría dar lugar a malentendidos. A no ser que realmente…

El marqués no fue capaz de terminar la frase. Tragó saliva. Parecía que se le había formado un nudo en la garganta que le impedía continuar hablando. A pesar de que era un hombre ambicioso, a nadie le gustaba compartir a su mujer con otro, por muy rey que este fuera…

Fue entonces cuando doña Pilar terminó por comprenderlo todo. ¡Ortuño sabía de sus amoríos con el monarca, pero estaba dispuesto a aceptarlos!

Sin duda estar cerca de José le reportaba a su marido importantes beneficios y reconocimiento, así que ¿qué más daba si miraba para otro lado ante la traición de su esposa? A fin de cuentas, la culpable, a ojos de todos, siempre sería ella y Ortuño sería visto solo como un pobre hombre, un ingenuo pusilánime que aceptaba el engaño de una mujer que no le merecía.

—Amalia es mi vida y nada podrá separarme de ella —respondió la condesa con severidad—. Te repito que no te atrevas a volver a cuestionarme como madre. Hazlo solo como esposa.

Tras el breve descanso que siempre Amalia se tomaba después del almuerzo, Amaia comenzó a impartir su lección del día. Esta

vez el protagonista iba a ser el más insigne pintor español de la historia: Diego de Silva y Velázquez. Desafortunadamente, sus padres no disponían de ninguna obra firmada por el autor entre las muchas que formaban parte de la colección familiar, así que la niña tuvo que conformarse con escuchar el apasionado relato de Amaia sobre el excelso pintor barroco.

—¡Y así fue como Velázquez llegó a pintar en Italia al papa Inocencio X! —exclamó entusiasmada la institutriz.

—A mí me gustaría viajar a Italia —respondió la niña con una sonrisa—. Pero no solo para visitar los lugares que recorrió don Diego, sino también para conocer mundo y ¡practicar mi italiano!

Las dos rieron al unísono.

Doña Pilar contemplaba la escena bajo el quicio de la puerta. Parecía imposible que Amaia, aquella joven culta y cariñosa, gozara de los favores del rey, de su rey. ¿Y si todas las habladurías que le había contado Teresa fueran falsas? La condesa se sintió culpable e intentó alejar de su mente aquellos pensamientos, pero no lo logró. Su amiga nunca había vertido ningún falso comentario sobre nadie y, si alguna vez había hablado mal de alguna persona, siempre sus suposiciones habían resultado acertadas. ¿Por qué tendría esta vez que ser diferente? ¿Solo porque se trataba de Amaia y afectaba de lleno a su estabilidad familiar e incluso personal?

—¡Hija querida! —La condesa corrió a abrazar a Amalia—. ¿Así que quieres viajar a Italia? —dijo mientras acariciaba con dulzura sus negros y lisos cabellos.

—¡Sí, madre! ¡Sí! ¡Podemos ir con padre y con Amaia! —respondió la niña mientras se abrazaba con fuerza a su progenitora.

La joven institutriz no pronunció palabra. Solo fue capaz de sonreír tímidamente al escuchar el ingenuo comentario de la niña.

—Ve a por unos pastelitos a la cocina. —Doña Pilar empujó a su hija con cariño y la dirigió con cuidado hacia la puerta—. Yo iré enseguida.

Amaia y la condesa se quedaron a solas mientras la pequeña corría entusiasmada escaleras abajo en busca de su ansiada

recompensa. La escasa luz que entraba a través de la ventana de la habitación incidía directamente sobre el rostro de la institutriz, que permanecía serio, casi concentrado. No fue ella quien comenzó a hablar, sino la condesa.

—No vengo a hablarte de Amalia, así que tampoco me andaré con rodeos.

Doña Pilar quería aclarar de una vez por todas aquel desagradable asunto que le rondaba la cabeza desde hacía ya varios días.

—Han llegado a mis oídos comentarios de que calientas el lecho del rey. La verdad es que me extraña mucho que una mujer de tu posición pueda interesar a un soberano, pero, como tú bien debes saber, los hombres atienden solo al impulso de sus instintos.

La institutriz calló. Si respondía y se enfrentaba a la condesa, su puesto de trabajo se vería amenazado y no deseaba, por nada del mundo, alejarse de Amalia. La quería tanto que apretó los labios con fuerza y se tragó sus palabras.

—¡Respóndeme! —exclamó furiosa doña Pilar zarandeándola con fuerza.

Amaia sollozó entre lágrimas, pero se mantuvo en silencio gracias a su enorme autocontrol.

—¡Eres tú, tú eres su amante, maldita seas! —le gritó fuera de sí —. Si es así, solo espero que le hayas complacido, pues el rey no es hombre de medias tintas —continuó gritando fuera de sí la condesa.

Doña Pilar soltó a la institutriz y la arrojó con fuerza contra la pared. Estaba claro que había perdido la razón, al menos momentáneamente, y que la desmedida furia que le había ocasionado un amor del que no era dueña acabaría por convertirla en una sombra de sí misma. Sin embargo, estaba segura de algo: había pasado tanto tiempo muerta que ya no temía al peligro. Estaba dispuesta a atravesarlo.

Amalia se movió incómoda en el sillón. Cambió de posición y se frotó las manos tratando de calentarlas. Los troncos se habían ido

consumiendo, así que tuvo que llamar a Philippe para que trajera más madera con la que alimentar el fuego. Su madre, presa de los celos, buscaba la verdad, una explicación al dolor de la traición. La marquesa, algo abatida, acercó el sillón a la chimenea y continuó con la lectura del diario, ajustándose los lentes con esmero.

La condesa se había levantado más temprano que de costumbre. Apenas había descansado la noche anterior. Una terrible pesadilla la despertó angustiada cuando aún no había amanecido y ya no consiguió volver a dormirse. Soñó que José estaba muerto, tendido en medio de un frondoso bosque de espesos árboles, mientras un grupo de alimañas hambrientas le rodeaban para despellejarle. Ella contemplaba la escena a lo lejos, escondida. Sin embargo, si trataba de salir de su guarida para espantar a aquella manada de insaciables fieras, era incapaz de avanzar. Una fuerza extraña e invisible la bloqueaba y, por mucho que tratara de zafarse de ella, siempre conseguía devolverla a su lugar. Escondida de nuevo, expectante, pasiva.

El frío era helador y los primeros copos de nieve habían comenzado a caer. A la condesa le encantaba sentir la suavidad de las ligeras pelusas de agua rozando sus mejillas. Eran como lágrimas inconclusas, a medio hacer, esperando ocultar la tierra mientras nada se detenía. Había salido a pasear cuando aún la ciudad no había despertado y las gentes, en sus casas, con sus vidas, tampoco se habían detenido en pensar cómo afrontar el invierno. Ella sí lo había hecho. Por eso había terminado por comprender que su vida era eso, una estación gélida que solo deseaba florecer y abrirse a los aromas de una eterna primavera.

Cerró los ojos y alzó el rostro hacia lo alto, sin detenerse. Entonces se sintió triste porque era consciente de que ya no podía disfrutar de la suavidad de aquellos pequeños copos que le acariciaban la cara. Sentía que todo su cuerpo descansaba sobre una realidad ficticia que ella misma había inventado para huir del dolor. Caminaba parsimoniosa, hacia ningún lugar, dejando que el viento pasara una y otra vez a su lado, como cediéndole

cortésmente el paso. Y así, escuchaba con nostalgia los recuerdos que su mente le ofrecía, llenos de deseos lejanos que ocupaban espacios imperfectos.

Pensaba en su madre, en su padre, en los días felices de su infancia en los que todo era simple y la vida aún no se había recrudecido. Cuando echaba curruscos de pan en la sopa y disfrutaba de los pasteles de miel y azúcar que le preparaba doña Rosa en casa de su abuela doña Luisa. ¡Qué lejos quedaba ya todo aquello y qué extraño se había vuelto lo cotidiano! ¿Tan caro salía querer volver a vivir?

Los copos de nieve dejaron de caer. El silencio de la ciudad, voluble e imperfecto, solo se veía alterado por algunos comerciantes que caminaban en dirección a la plaza para montar sus tenderetes. Hoy era día de mercado. La condesa decidió regresar a casa antes de toparse de cara con el bullicio de las calles. Caminó con agilidad mientras en su mente se arremolinaban decenas de pensamientos que le asaltaban sin permiso. Había terminado por encontrar una razón para el desamor: el no ser amada. De este modo, pensó que el rey no la quería. De hecho lo deseó con todas sus fuerzas, pero el ser humano, aun estando cerca de la muerte, mantiene la esperanza de evitar la noche al final del sendero.

La condesa estaba ocupada en asirse a las alertas que su corazón le enviaba cuando un desconocido, cubierto por completo con una capa negra, le tocó suavemente en el hombro. Doña Pilar, asustada, retrocedió y casi estuvo a punto de caerse al suelo. Afortunadamente, el hombre logró sujetarla a tiempo del brazo.

—Pilar, soy yo. ¿Te encuentras bien?

La voz del rey sonó entera, sencilla.

—¡Dios mío, José! Pero ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte, necesitaba decirte que estoy a salvo y que pienso en ti cada día.

—¡Esto es muy peligroso! No debes arriesgarte de este modo —exclamó la condesa mirando conmovida a su amante.

El viento se levantó de nuevo, así que José se llevó a la condesa del brazo hasta los soportales de un hermoso edificio de piedra

que no tenía más de dos alturas. Se encontraba flanqueado por varios robles cuyas ramas se agitaban con fuerza. Doña Pilar se quedó contemplándolos un instante. Así se sentía ella, zarandeada por los acontecimientos.

—Los médicos han descubierto la causa de mis males. —José habló primero. Ocultaba el rostro bajo la espesa capa negra que le cubría para evitar ser reconocido y parecía tranquilo y confiado, así que continuó—. Han estado envenenándome.

—¿Veneno? ¡Dios mío! ¡Malditos sean! —La condesa le abrazó con tanta fuerza que a punto estuvo de dejarle sin respiración—. Pero ¿quién ha sido, amor mío? ¿Dime quién osaría matar a su rey sabiendo que ese crimen no tiene más salida que la misma muerte?

Doña Pilar hablaba precipitadamente. Estaba nerviosa y no dejaba de zarandear a su amante y de acariciar su rostro con la sola intención de comprobar que estaba vivo, entero, ahí a su lado.

—Dime quién ha sido y yo misma le convertiré en el hombre más desgraciado de la tierra. —La condesa miró al rey a los ojos esperando una respuesta

—No ha sido ningún hombre, querida, sino Amaia —contestó impasible el francés como quien emite una sentencia irrevocable —. He mandado apresarla.

Dicen que, cuando uno escribe sobre la vida de otros, muestra una parte de sí mismo en el relato, pues trata de comprender los sentimientos, los miedos y los deseos de los protagonistas de esas historias. Y así, cuando cuento estas cosas, yo también pienso en los misterios de la vida y en lo inaccesibles que pueden ser los pensamientos de esos otros. Por eso, a pesar de que he tratado de ponerme en el lugar de la condesa cuando escuchó de boca del propio rey la terrible noticia, jamás podré comprender del todo lo que esta sentencia hirió su corazón.

—¿Estás seguro de que ha sido ella? ¡Era tu amante, José!

El rey se ruborizó.

—Ruego que disculpes mis imperfecciones como hombre, pues no quiero que empañen ni un ápice el amor que siento por ti. —

José miró a la condesa mientras el viento los envolvía—. ¿Acaso no comprendes lo que sufro? A veces quisiera abdicar, olvidarme por completo de este país que me odia y convertirme, por primera vez en mi vida, en rey de mí mismo.

Doña Pilar sintió compasión por él. Le retiró con delicadeza el fino flequillo que le cubría la frente y le besó en los labios. Ni siquiera se detuvo a pensarlo. Fue un gesto instintivo, una especie de acto reflejo que salió directo de su corazón hacia su boca. No pareció importarle en absoluto que el resto de los transeúntes que caminaban resguardándose del vendaval fijaran sus miradas en ellos. Solo eran una pareja más de enamorados que hacían que el mundo se detuviera con el roce de sus labios.

Sin embargo, la vida seguía imparable su curso y la condesa volvió a caer en la cuenta de las demoledoras acusaciones que recaían sobre la institutriz de su hija.

—Te ruego, querido, que no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. A pesar de que Amaia ha traicionado mi confianza, no la creo capaz de cometer un acto tan vil. Creo que…

José le tapó la boca con el dedo índice para evitar que la condesa terminara la frase.

—Amaia tiene amigos que nos odian, que odian todo lo que viene de Francia. Y, por supuesto, no quieren que un extranjero ocupe el trono del país al que creen amar a pesar de que lo dejan agonizar en manos del clero y de una nobleza corrupta.

—¿Amigos, dices?

—Mi labor como rey es identificar a mis enemigos y mi temor, el cansancio que me genera ahuyentar las dudas sobre mí. ¡Tengo tantas cargas y responsabilidades! ¡No imaginas lo que daría por que tu pueblo me amara!

—Yo te amo, José. Y confío en que España sea capaz de hacerlo. La vida de un rey es muchas veces ingrata. Solo te pido que no juzgues a Amaia por chismes y habladurías.

José se separó bruscamente de la condesa y se cubrió de nuevo la cabeza con la espesa capa negra que le protegía del frío.

—Atentar contra la vida de un rey es una razón más que suficiente para condenar a muerte a un malhechor. Y eso es lo que

haré. Dar síntomas de debilidad solo me traería consecuencias aún más terribles que las que mis hombres y yo mismo estamos padeciendo.

—¡Te lo ruego, José! ¿Qué va a ser de mi pequeña Amalia? No imaginas lo que Amaia significa para ella. Es aún una niña ¡y es tan frágil y sensible!

—Aprenderá pronto que el dolor forma parte de la vida. Mi hermano Napoleón solía decirme cuando éramos niños que la muerte no era importante. Es el vivir derrotado lo que supone morir a diario, y yo no puedo permitírmelo a estas alturas. He arriesgado mucho, he renunciado a todo para estar donde estoy ahora y lo más cruel es que no sé si es el lugar en el que quiero permanecer.

Doña Pilar miró al rey suplicante.

—La compasión nos convierte en seres humanos más justos.

—Yo ya solo soy un soldado, querida. Un hombre de guerra. Creo que lo que en mí quedaba de compasivo se fue esfumando con cada batalla perdida, con cada pecho atravesado a cañonazos. Quiero cosas que no puedo poseer y, sin embargo, las que tengo me resultan cargas tan pesadas que ni yo mismo soy capaz de liberar.

A lo lejos repicaron las campanas de la vieja iglesia. La pareja se mantuvo en silencio, absorta en aquel sonido que anunciaba la despedida.

—Cuando comience el año me trasladaré a Madrid. No puedo gobernar desde aquí. Debo estar junto a mis súbditos. —El rey hablaba con voz pausada.

La condesa frunció el ceño, pero se mantuvo callada. José continuó:

—Me iré cuando quede zanjado el desagradable asunto que involucra a tu criada en el desafortunado intento de atentar contra mi vida.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió doña Pilar mientras algo en su interior se resquebrajaba—. Se necesita buen pulso y diestra mano para gobernar España. Que Dios te guarde.

José la escrutó un instante más. La deseaba, de eso no cabía duda. Pensó en los muchos momentos en los que había gozado de su cuerpo, en su piel lechosa y aterciopelada, en las veces en las que se había estremecido entre sus brazos. Se acercó a sus labios una vez más, sin rozarlos. Solo para sentir su agitada respiración.

—Que así sea —respondió el rey mientras abandonaba a buen paso los soportales donde apenas unos instantes antes había besado a la condesa.

Los copos de nieve caían con más intensidad que antes, o al menos eso le parecía a doña Pilar. En realidad, todo se había vuelto más amargo. Los transeúntes que caminaban en dirección a la plaza, las risas de los comerciantes locales que ya habían abierto sus tiendas, los gatos que atravesaban las cornisas de las casas en busca de alimento, en definitiva, el transcurrir de la vida ya apenas tenía sentido para ella. Aquello era un punto y aparte.

La marquesa de Montehermoso mantuvo la mirada fija en el retrato de su madre. ¿José envenenado por Amaia? Nada de todo aquello tenía sentido. Amalia estaba confusa. El té se había enfriado y un terrible dolor de cabeza se había instalado en su sien sin ninguna intención de irse, al menos por el momento. ¿Por qué iba a querer su antigua institutriz, una mujer culta, bondadosa y tierna, matar al rey de España?

Cuando doña Pilar regresó a casa, Ortuño ya había terminado de desayunar. El fuego estaba encendido y la colosal chimenea trapezoidal, cubierta de madera de roble, crepitaba con especial brío extendiendo por toda la estancia un cálido aroma a hogar. Los copos de nieve salpicaban las ventanas con suavidad mientras, sobre sus cristales, una leve huella de humedad parecía dejar claro que el invierno era inminente.

El marqués, sentado en un sillón de patas cabriolé y tapizado en cuero ya desgastado, contemplaba en silencio y con rostro serio el consumir de las brasas.

—¿Has salido esta mañana? —le preguntó sin dejar de mirar al fuego—. Hace un tiempo de mil demonios para estar fuera de casa dando un paseo tan temprano.

—Me he pasado por la iglesia de San Vicente. Creo que hacemos bien en rogar a Dios que otorgue a nuestro país una paz duradera. Deberíamos dejar de matarnos los unos a los otros y actuar con cordura y prudencia.

—El pueblo solo sigue los postulados del clero, Pilar. Y este desea más que nunca el retorno de su rey. Pero don Carlos y su hijo no son más que unos malnacidos que los ha abandonado a todos. España está ahogada por las deudas, las finanzas públicas se encuentran en la más absoluta de las bancarrotas y el rey José se va a ver obligado a aumentar los impuestos, a gravar las propiedades y a tomar medidas impopulares que, sin duda, le traerán muchos disgustos. —Ortuño espiró profundamente antes de concluir—: Nos los traerán a todos nosotros.

—¿Tan grave es la situación?

—He estado hablando con el ministro Cabarrús. Si nada lo impide, tendremos que terminar por desamortizar los bienes del clero y de la nobleza. El rey confía mucho en su criterio y este parece no tener ninguna duda al respecto.

—¿Cómo se encuentra don Francisco? —La condesa cambió repentinamente de tema en un intento por escapar de las preocupaciones que, a buen seguro, ocuparían los pensamientos de su amante y, como consecuencia, los suyos propios.

El ministro de Hacienda, Francisco Cabarrús, era un buen amigo, y Ortuño y ella habían sufrido mucho tras enterarse de su detención en Zaragoza poco tiempo después de haberse iniciado la guerra. Afortunadamente, todo se había quedado en un desgraciado incidente y hoy, como uno de los hombres de confianza del rey, gozaba de los más altos reconocimientos a los que un afrancesado podía acceder.

—Está agotado de luchar contra la ignorancia y el fraude. Algunos dicen que no le queda mucho tiempo. Tanta tensión terminará por matarle.

La condesa hizo caso omiso al funesto comentario de su esposo y continuó con la conversación como si nada:

—¿Has visto últimamente a Goya? Ya sabes las ganas que tengo de conocerle. ¡Me gustaría tanto que me retratase! O, por qué no, ¡que le hiciera un retrato a nuestra Amalia!

—Precisamente de eso quería hablarte, querida.

Ortuño se levantó del sillón para avivar el fuego.

—¿De Goya? —exclamó doña Pilar con extraordinaria admiración mientras seguía con la mirada a su esposo.

—No exactamente, pero dado que ahora el maestro se halla en la corte te resultará mucho más fácil concertar un encuentro con él.

—¿A qué te refieres? —preguntó doña Pilar, confundida.

El marqués comenzó a pasearse inquieto por el salón con las manos a la espalda.

—El rey me ha pedido que me traslade a Madrid con él.

Doña Pilar trató de fingir sorpresa, pero no lo consiguió.

—Parece ser que Napoleón tiene intención de viajar a España. Va a volcar definitivamente su esfuerzo militar aquí. Está organizando un gran ejército al mando de sus mejores mariscales. No quiere dejar nada al azar.

—Pero… —Doña Pilar parecía desconcertada—. ¿Es que acaso no confía en el rey que él mismo sentó en el trono para llevar a buen puerto todos sus planes en nuestro país?

—Creo que no lo suficiente, querida. El mismísimo emperador, el dueño de medio mundo, vendrá a Vitoria definitivamente, y quién sabe si quizá tengamos la oportunidad de conocerle. ¿Te imaginas por un momento estar en su presencia?

Ortuño se detuvo en mitad del enorme salón. Miró hacia lo alto y agitó la cabeza a ambos lados complacido. Estaba pletórico y su semblante, casi siempre adusto, se tornó más vivaz.

—No comprendo nada. Dices que hemos de poner rumbo a Madrid para estar cerca del rey, pero Napoleón pretende encontrarse primero con su hermano aquí, ¿en Vitoria?

—Eso es, querida. Y, tal y como ya propusiste, ¡nosotros seríamos sus anfitriones! Los de la familia Bonaparte. ¡Y sentaríamos en

nuestra mesa al rey de España y al emperador de Francia! ¿Acaso se puede pedir más?

Fue la condesa quien, esta vez, decidió sentarse en el mismo lugar que instantes antes había ocupado su esposo. Organizar una recepción de gala para el mismísimo Napoleón no solo la inquietaba, sino que le quitaría el sueño hasta incluso días después de haberse celebrado. Y, si a eso le añadíamos el pequeño detalle de tener que disimular ante todo el mundo que el rey José y ella eran amantes, la tensión estaría servida en bandeja, tan espléndidamente como las magníficas viandas que estaba dispuesta a ordenar servir para deleite de sus invitados.

—¿Y cuándo se supone que ocurrirá todo eso, querido esposo? Comprenderás que un acontecimiento así no puede organizarse de un día para otro. Necesitaré al menos un mes para definir el menú, hacer el listado de los productos que adquirir, preparar la casa, enviar las invitaciones…

Ortuño interrumpió precipitadamente a la condesa.

—¡Nada de eso! El rey José ha dispuesto la llegada de su hermano a Bayona el 3 de noviembre, con lo que el emperador estará en la ciudad un par de días más tarde.

—¡Pero si solo quedan dos semanas! —Doña Pilar se levantó de su asiento exaltada.

—Lo de nuestro traslado a Madrid será ya para comienzos del año próximo. El rey tiene pensado instalarse en El Pardo.

—¿Y nosotros, Ortuño? ¿Dónde vamos a vivir?

—Por eso no te preocupes, querida. El monarca es un hombre generoso y nos proporcionará una magnífica residencia en el centro de la ciudad. Además, estar a su lado nos seguirá reportando beneficios y, llegado el momento, me colocará más alto, aún si cabe, en la escala de sus más fieles confidentes.

A doña Pilar le inquietaba que su esposo estuviera empeñado en convertirse en el hombre de confianza de su amante. Ni siquiera mostraba ya ningún interés por ella, jamás le dedicaba una mirada tierna ni una palabra cariñosa, y su única conversación era solo España y el devenir de sus intereses. Desde luego, la condesa era muy consciente de que nada podía pedirle a su marido. ¿Con qué

derecho iba a exigirle a un hombre al que engañaba que se mostrara con ella complaciente y lisonjero?

—Por cierto, querida —prosiguió Ortuño mientras doña Pilar trataba de escapar de sus propios pensamientos—. Veo a Amaia muy rara últimamente.

La condesa trató de disimular su sorpresa ante el comentario de su esposo.

—¿A qué te refieres exactamente? —preguntó ella con fingida curiosidad.

—El otro día, sin ir más lejos, salió de su cuarto después de la cena en dirección a las caballerizas. Lo sé porque estaba aquí mismo escribiendo un discurso para mi próxima intervención en la Real Sociedad Vascongada. Escuché un ruido en el exterior que me sobresaltó y vi que entraba en una de las cuadras.

—¿Es que iba a encontrarse con alguien? —El rostro de doña Pilar había mudado por completo y no pudo por más tiempo disimular su desazón.

—Ja, ja, ja, ja. —Se carcajeó el marqués—. ¿Crees que tiene un amante?

Doña Pilar se contuvo y tragó saliva sin pronunciar palabra.

—Desde luego, es joven, inteligente y muy hermosa. Como tú, querida mía. A las mujeres así nunca os faltan pretendientes que apacigüen el ardor de vuestra lozanía —concluyó encogiéndose de hombros mientras carraspeaba.

Amalia detuvo la lectura. No sabía que sus padres habían conocido al mismísimo emperador de Francia, al todopoderoso Napoleón Bonaparte. Cuando era niña, era frecuente que en las distintas residencias en las que había vivido se celebrasen fiestas a las que acudían ilustres invitados, por lo que le resultaba muy complicado recordarlas todas. En esas ocasiones, Amaia o su madre solían acompañarla a la cama más temprano que de costumbre y, a pesar del ruido, las conversaciones y la música, se dormía con facilidad. Ahora, por el contrario, le costaba mucho conciliar el sueño y los

años, que nunca perdonaban, le habían traído desvelos que antes ni hubiera imaginado.

Doña Pilar no había tenido ninguna noticia del rey. Ni una nota ni la posibilidad de un encuentro casual. Nada desde hacía dos días. Justo el tiempo que había transcurrido desde que Ortuño le contara los planes que el francés tenía para ellos y a los que ni su esposo ni ella estaban dispuestos a renunciar por razones muy distintas para ambos.

Pero había otro asunto que inquietaba especialmente a la condesa y sobre el que había estado pensando día y noche después de su encuentro con José y de la charla con su esposo. ¿De verdad Amaia había tratado de envenenar al amor de su vida? Su corazón se negaba a creerlo, pero ¿acaso no se había convertido en su amante? ¿Cómo podía entonces fiarse de ella? Además, el rey se había asegurado de comprobar fehacientemente la traición, o al menos a ella le había dado esa impresión. José, a pesar de todo, nunca le había mentido y por eso la condesa sentía también devoción hacia él. Era un hombre honesto, imperfecto, sí, pero con un corazón sensible que no podía evitar amar y ser amado.

A todo ello se sumaba el extraño comportamiento que Ortuño había observado en la institutriz y que le hacía sospechar incluso a la propia condesa. No podía más que hablar con Amaia, darle la oportunidad de explicarse y tratar de entenderla.

No soportaba la idea de que hubiera gozado de los placeres que José podía ofrecerle, pero aún era más terrible para doña Pilar aceptar el hecho de que hubiera querido acabar con la vida del monarca. ¿A qué se debía tanto odio hacia un hombre al que no conocía? Desde luego, la condición de extranjero de José en un país del que nada sabía y que no llegaba a comprender le había granjeado numerosas enemistades, pero la condesa no creía que Amaia anduviera metida en asuntos políticos. Un acto tan vil y despiadado requería un motivo igualmente atroz. Hablaría pues

con la institutriz en cuanto tuviera ocasión. Ese era el único modo de disipar sus dudas.

Doña Pilar trató entonces de evitar pensar en José, pero le resultó inútil. Su cabeza volvía una y otra vez a detenerse en el rostro cautivador del monarca, en sus modales corteses, en su intelecto sagaz e ingenioso. Sus besos le hacían estremecer y un intenso calor recorría su cuerpo cada vez que le imaginaba acariciándola entre los muslos, explorando cada espacio de su alma. ¡Era tan apasionado, tan excitante sentir sus jadeos subyugado ante arrebatos tan ardientes!

Ortuño, por su parte, permanecía frío, distante. La diferencia de edad entre ambos los había separado aún más con el paso del tiempo. Siempre preocupado en medrar, anteponía la política a las pasiones, y, en las contadas ocasiones en las que compartían lecho, la falta de fogosidad de la condesa, unida a la incapacidad de Ortuño para comprender sus deseos, los reducía a ambos a meros desconocidos. Poco más que extraños.

En estas dilaciones se encontraba doña Pilar cuando un criado golpeó con delicadeza la puerta de su habitación.

—Permiso, señora —escuchó desde el exterior de la estancia—. Traigo una carta para usted.

La condesa se atusó el cabello mientras se miraba al espejo de su tocador.

—Adelante, pase.

El criado entró con una reluciente bandeja de plata entre las manos. Sobre ella, un sobre lacrado que dejaba claro que el remitente de aquella carta no quería, por nada del mundo, que su contenido fuese revelado a nadie que no fuera ella.

Doña Pilar recogió el sobre con cautela y enseguida reconoció el sello que su padre empleaba para enviar la correspondencia más delicada y confidencial.

—Puede retirarse —dijo sin apenas mirar al sirviente mientras se dirigía a su escritorio para extraer de uno de sus cajones un hermoso abrecartas con sus iniciales grabadas.

La caligrafía de su progenitor, de trazo delicado y homogéneo, era inconfundible.

Querida hija:

Tu madre y yo estamos realmente preocupados por ti y por el cariz que están tomando los acontecimientos. Por ello me he visto obligado a escribirte una carta que jamás pensé que podría salir de mis manos. Si en algo aprecias a tu familia y respetas su buen nombre forjado a través de generaciones, debes desistir por completo de tu obstinado empeño en mantener una relación que en nada te beneficia y de la que lo único que vas a obtener es un inmenso dolor y sufrimiento.

Por eso te rogamos que te alejes del francés, un enemigo acérrimo de la España que hemos construido con mayor o menor acierto, pero que nada debe a este intruso que, de la mano de su despiadado hermano, ha ocupado un trono que no le pertenece. ¿Es que no te das cuenta de que terminarás por perderte y por perder todo lo que hemos logrado?

Nada puede salir bien, hija mía. No hay ninguna posibilidad. Ni la más mínima. Deja a un lado tus pasiones y créenos cuando solo tratamos de guiarte por el mejor de los caminos. ¿Es que no se te ha ocurrido pensar en la pobre Amalia? ¿No te das cuenta de que tus pecados como madre pueden destruir por completo su futuro? Nuestro deseo es, y será siempre, protegerla de toda desventura, y pondremos los medios de los que dispongamos para evitarle cualquier tipo de desdicha.

Por otra parte, me resulta doloroso pero indispensable hacerte saber que los comentarios malintencionados de la gente y los chismes que circulan sobre el francés y tú ya han llegado a esta casa. Solo es cuestión de tiempo que se extiendan por muchos más lugares, y luego todo será imparable. Te convertirás en la querida de un rey, en una vulgar fulana perniciosa que antepone su lascivia a una decente condición familiar que terminarás por destruir. Y, cuando todo haya acabado, solo quedará de ti un nombre olvidado en una lista interminable de las amantes de uno de los más grandes enemigos que España haya debido combatir.

Te ruego, más bien te rogamos, que no conviertas tu vida en un desastre mayor del que enfrentamos con esta guerra que parece no tener fin. A pesar de ello, España lo merece. No traiciones su historia ni nuestro buen nombre.

La condesa apenas tuvo fuerzas para terminar de leer aquella implacable misiva. Rota de dolor, apretó con fuerza el papel con el puño derecho y lloró como nunca antes lo había hecho. Era como si una daga se le hubiera clavado en lo más profundo del pecho y fuera incapaz de liberarse de su dentada hoja. Doña Pilar pensó entonces en su pequeña hija. ¿Merecía la pena arriesgar la reputación de una inocente por una pasión descontrolada que cada día era más irreprimible y la convertía en prisionera de sí misma?

La sola duda ante tal cuestión ya le estaba proporcionando, sin pretenderlo, una respuesta. El amor que sentía por José había desbaratado su vida entera, la había roto en mil pedazos, y, si su destino era arder en el más profundo de los infiernos, estaría dispuesta a aceptarlo. Pero, si las habladurías ya habían llegado a oídos de sus propios padres, ¿por qué no iba a saber de su pecado su esposo, como ella ya había sospechado? Él, que se movía por la corte como un experimentado custodio de los secretos más trascendentales?

Agotada, la condesa se tumbó en la cama mientras las lágrimas continuaron rodando imparables por sus mejillas. Se durmió llorando sin todavía ser capaz de pensar en la gran fiesta que había de organizar para el emperador de Francia.

La mañana amaneció fría y desapacible como ya lo había hecho el día anterior y doña Pilar se encontraba sin ánimos para enfrentarse a una jornada que prometía resultar complicada. Sin embargo, no era mujer de evadir problemas y trataba siempre de atajarlos antes de que se produjeran. Lamentablemente, esto había cambiado de forma drástica en los últimos tiempos, por lo que, si de algún modo podía retomar las riendas de su vida, debía

comenzar por ahorrarse el pensar en un hombre que centraba todos sus esfuerzos en gobernar un país.

A veces sentía que solo era una diversión para el rey, un trofeo hermoso del que disfrutar en la intimidad sin más aspiración que la de esperar al siguiente encuentro. Otras, por el contrario, José la hacía sentir especial, única entre las muchas que se disputaban su amor. Y entre dudas y contradicciones transcurría una pasión que ardía por sus venas quemándola con una terrible furia para hacerla renacer de nuevo.

Después del desayuno, la condesa comprobó que la chimenea del salón se encontraba encendida y con leña suficiente para que el fuego ardiera hasta entrada la noche. Luego se trasladó a la cocina y comenzó a revisar, uno a uno, los ingredientes que ya tenía y los que necesitaba adquirir para elaborar el menú de la cena de gala que se celebraría en su residencia en apenas diez días.

Había pensado en algo sencillo, pues José, tras alguno de sus encuentros íntimos, le había hablado de su infancia en Córcega y de cómo su hermano menor disfrutaba poco del buen comer. Napoleón debía de ser un hombre sobrio, un militar al que apenas le interesaban los exquisitos manjares tan propios de la cocina francesa, aunque sí apreciaba, al igual que el propio rey, un buen vino español.

El buey y el cordero serían los platos estrella del menú, aderezados con una buena ensalada de la huerta, patatas asadas y, por qué no, un delicado consomé como entrante. Doña Pilar tenía algunas dudas acerca del postre, pero quizá un pastel de la tierra relleno de fruta resultara del agrado del emperador.

La condesa anotaba concienzudamente en un cuaderno de cocina cada uno de los ingredientes que debían salir a comprar sus sirvientes, además de las cantidades que se requerían por cada uno. La lista de invitados no sería muy numerosa. Ortuño le había comentado que el emperador pretendía una recepción discreta con solo unos pocos adeptos a su causa y que pronto partiría en dirección a Burgos para comprobar el estado de las tropas antes de asentarse por un tiempo en Madrid.

Cuando estaba terminando de confeccionar el listado, Amaia atravesó la estancia con una taza de té entre las manos. La colocó sobre la cocina de carbón y se frotó las manos con energía para tratar de entrar en calor.

—Buenos días, señora —dijo sin detenerse a mirar a la condesa.

Antes de responder, doña Pilar ya había escogido en su mente las palabras exactas, así que contestó a la institutriz de modo taxativo.

—Me gustaría hablar contigo. Te espero en el salón. Ahora.

Amaia no tardó en seguirla. No se había olvidado de su taza de té y la sostenía entre las manos haciendo auténticos esfuerzos por evitar quemarse. La chimenea continuaba encendida, otorgando a la habitación una cierta confortabilidad que la situación agradecía. La señora se encontraba de pie, mirando fijamente las llamas que se elevaban despiadadas sobre los troncos de madera dispuestos en posición horizontal.

—Me cuesta reconocerlo, pero, estos últimos meses, has sido la causa de mis desvelos.

Doña Pilar permanecía impávida frente a la chimenea.

—No te sorprenderá que insista en algo que ya comentamos anteriormente. Me refiero a las insinuaciones sobre tu relación con el rey.

Amaia dio un sorbo a su taza de té con una mesura inusual en una circunstancia tan embarazosa y dejó que la condesa siguiera hablando.

—¿Vas a ser capaz de negarlo de nuevo, Amaia? ¿Son todo suposiciones maliciosas de un populacho malintencionado?

—Nada hay de incierto en lo que esas lenguas ladinas comentan sobre mi relación con el rey —respondió Amaia sin sonrojarse.

Doña Pilar permaneció también impertérrita, fría.

—Me alegra y sorprende tu sinceridad a partes iguales, querida. Sin embargo, me duele tu traición y la desfachatez con la que reconoces que te has arrojado a los brazos de un hombre casado que, por terribles circunstancias, se mantiene alejado de una familia a la que ama.

Amaia pareció dudar, pero finalmente desafió a la condesa con la mirada.

—Parece que lanzarse a los brazos de hombres inapropiados resulta frecuente en las mujeres de esta casa.

La condesa dudó.

—¿A qué te refieres?

—Usted sabe mejor que nadie que no he sido la única que ha sucumbido a los encantos del rey.

—¡Basta! —gritó doña Pilar girándose bruscamente en dirección a la institutriz—. ¿Con qué derecho te crees para juzgarme y acusarme tan vilmente de cargos inaceptables para alguien de mi posición?

De pronto un silencio sepulcral invadió la estancia. Solo unos segundos después, un pequeño gorrión desorientado se golpeó bruscamente contra el ventanal central de los cinco que bordeaban la habitación.

—Lo lamento, señora. Disculpe mi arrogancia. No era mi intención deslizar sobre usted acusación alguna. He sido una insensata.

—Y una ingrata también. —La condesa, terriblemente enojada, había optado por sentarse en su sillón favorito.

Doña Pilar continuó hablando, esta vez de modo más lánguido y parsimonioso:

—Sin embargo, lo que más me preocupa de todo esto es que… —la condesa tragó saliva antes de continuar— hayas osado atentar contra la vida de tu amante.

Amaia permaneció en silencio un instante. Apoyó la taza de té sobre una pequeña mesa de mármol situada a la derecha de la chimenea y respondió:

—La causa que me ocupa, señora, es mucho más grande que yo misma. Es España por la que sangro y la que me duele.

—Pero ¿qué sabes tú de España y de lo que este país necesita? ¿Acaso crees que al acabar con la vida de su rey y sentar en el trono a un títere ambicioso y egoísta como el príncipe Fernando todo con lo que sueñas se convertirá en realidad?

—Solo sé que este país no necesita a los franceses y que nosotros solos somos capaces de gobernarnos. Nadie ha de venir atravesando los Pirineos para decirnos cómo debemos vivir.

—¿Y crees que eso te da derecho a acabar con la vida de una persona buena que solo busca que sus súbditos le respeten y le amen?

—Yo solo soy un peón más en este diabólico juego. Nada gana quien nada arriesga. —Amaia parecía resignada y deseosa por fin de acabar la conversación y el juego mismo del que se confesaba presa.

—¿Quién está detrás de esto? ¿Quién te ha pedido que arriesgues tu vida de este modo?

La institutriz calló.

—Si no me dices quién dicta las órdenes para que tú las cumplas, seré incapaz de ayudarte. Aún tienes una oportunidad. No la desperdicies.

Los labios de Amaia permanecieron sellados.

—¡Vamos, no seas necia! —exclamó la condesa mientras avanzaba en dirección a la joven—. ¡Confiesa!

Ni una palabra salió de la boca de la institutriz a pesar de los gestos amenazantes que doña Pilar le dirigió sin recato. Una vez estuvo convencida de que así no iba a conseguir nada, la condesa decidió cambiar de táctica.

—Sabes del cariño que te profesamos y que soy muy consciente de la lealtad que tu madre nos guarda a toda la familia.

Doña Pilar miró de reojo a Amaia. Esta se acercó a la mesita donde descansaba su taza de té y, tras darse cuenta de que ya se había enfriado, la volvió a depositar de nuevo en el lugar que había ocupado.

—Si me dices quién te ha dado la orden de acabar con la vida del rey, te prometo que lograré obtener de él un perdón que no estoy segura de que merezcas.

Quizá no pudiera cumplir su palabra, pero doña Pilar no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente a la verdad.

—Solo yo soy responsable de mis actos y responderé de ellos únicamente ante Dios. Él será quien me condene y quien me salve

y solo ante Él daré cuentas —sentenció la joven institutriz.

Doña Pilar suspiró decepcionada.

—Eres una inconsciente, y tu ceguera solo servirá para hacer sufrir a la pequeña Amalia.

Esta vez Amaia se estremeció. El solo recuerdo de su pupila hizo que su temple se sacudiera.

—No meta a la niña en esto —respondió de forma arisca—. Ella crece feliz y sin preocupaciones, y así debe seguir siendo. No quiero que mis errores la hieran.

—Son las únicas palabras sensatas que te he oído pronunciar hasta ahora.

La condesa parecía más calmada, aunque estaba segura de que la joven se había convertido en un muro infranqueable, imposible de atravesar. A pesar de todo, volvió al ataque por última vez.

—Te ruego que recapacites. ¿Qué va a ser de tu madre si le faltas? ¿Es que no ves que te necesita y que eres su bien más preciado? La destrozarás tan egoístamente que nunca encontrará la paz en este mundo y…

—¡Deje ya este juego macabro y terminemos de una vez! —gritó la institutriz sin temor a que la oyera el resto de los criados.

—¡Dime quién está detrás de esta traición! ¡Vamos! ¡Hazlo! —exclamó la condesa.

—No voy a hacerlo. No puedo hacerlo. Por devoción, por lealtad. No traicionaré jamás a quien considero mi familia. A pesar de lo que ha dicho usted antes, nunca he sido una desagradecida.

Doña Pilar permaneció pensativa durante unos instantes. ¿A quién estaba protegiendo Amaia? ¿Era tan importante para ella que iba a entregar su vida por ocultar su identidad? En cualquier caso, si le consideraba de su propia familia, tampoco resultaba tan descabellado pensar que actuara así.

—Te ruego que vayas a ver cómo se encuentra Amalia. Esta conversación ha terminado. —Doña Pilar se dirigió a la puerta y, abriéndola cortésmente, invitó a la institutriz a salir de la habitación—. Ya no puedo protegerte. Solo espero que haya merecido la pena —dijo mientras Amaia se alejaba sin mirar atrás en dirección a las escaleras que llevaban al piso superior.

A Amalia se le hizo un nudo en el estómago. Apenas media hora antes estaba pensando en pedir a los criados que le trajeran el almuerzo al salón y ahora no era capaz ni de respirar. Sus manos temblaban y su corazón latía con fuerza. ¡Era cierto! El diario no dejaba ninguna duda. Alguien había pedido a Amaia que asesinara al rey de España. Pero ¿quién había sido y a quién estaba protegiendo la institutriz?

La marquesa de Montehermoso no había probado bocado en todo el día. Aquella lectura la estaba perturbando sobremanera. Las palabras escritas con mano firme y delicado estilo se encontraban al margen de todo lo que ella había conocido. A medida que avanzaba en las páginas de aquel desgastado diario, una grieta más y más profunda se abría en su interior, y, a pesar de que le dolían todos esos descubrimientos, no podía evitar asomarse al abismo.

Doña Pilar apenas había descansado un par de horas la noche anterior. Las pesadillas habían acudido a su mente de forma repentina y sin previo aviso, y eso la había desconcertado por completo. No se encontraba con ganas ni fuerzas para dar instrucciones sobre cómo limpiar la vajilla ni organizar el salón para la cena de gala que iba a celebrarse en unos días, así que optó por salir a tomar un poco de aire fresco. El tiempo había mejorado, aunque el frío aún se hacía notar.

Pensó que debería enviar ya mismo las invitaciones a sus más estrechas amistades. Hacía tiempo que no tenía noticias de Loreto ni de Teresa, y eso la extrañaba. Posiblemente, al saber de la relación extraconyugal que mantenía con José, ya no era recomendable para mujeres de su posición ser vistas con ella. Por otro lado, Ortuño hacía tiempo que no mencionaba a Miguel Ricardo de Álava, prometido de Loreto, y eso también era inusual. De todos modos, tenía que confirmar con su esposo el nombre de los invitados al evento, así que decidió posponerlo para cuando se encontraran ambos a la hora del almuerzo.

Doña Pilar avanzaba despacio, ensimismada y cabizbaja, paseando entre los transeúntes que ya se agolpaban en las calles

de Vitoria. A pesar de que en esa época del año la actividad comercial de la ciudad era menor, los martes eran un día clave en la villa y los comerciantes de Zapatería y Herrería ya habían abierto sus negocios. La condesa deambuló por las calles que se entrecruzaban, caóticas, hasta llegar a la Casa de la Aduana. Esta se situaba en un bonito edificio de estilo barroco donde contaban que llegó a alojarse el papa Adriano VI durante la invasión francesa trescientos años atrás. Esta casualidad la llevó a pensar de nuevo en José. No había momento en que su mente no se detuviera para acariciarle y sentir sus suaves y húmedos besos sobre su piel, pero, al mismo tiempo, sabía, en lo más profundo de su ser, que aquel amor estaba abocado al fracaso.

Doña Pilar se engañaba a sí misma si imaginaba que de aquel juego perverso podría obtener cualquier victoria, fuera cual fuera su decisión. Sabía el papel que el mundo le tenía predestinado. Pero, cuando la ilusión de su deseo se desmoronaba, era Amalia quien ocupaba su pensamiento. Y era el respeto que le profesaba a Ortuño lo que hacía que la cruel partida terminara inclinándose hacia el lado de la sensatez. A veces sentía la necesidad de contarle a su esposo cómo se encontraba, quién era realmente y qué dudas le golpeaban el pecho tantas noches. No recordaba la última vez que había descansado de veras. Anhelaba un suspiro, una tregua, algo de paz.

Cuando la condesa regresó a casa era casi mediodía. Tenía que continuar con los preparativos de la cena de gala. No podía perder más tiempo. Ella, que siempre había sido una mujer resolutiva y pragmática, parecía ahora ensimismada y absorta en unos pensamientos que en nada la ayudaban a resolver aquella compleja situación. Debía cumplir con su deber de esposa y buena anfitriona y recibir como merecía al emperador francés, al dueño del mundo. Un mundo que, poco a poco se desmoronaba bajo sus pies, pero que, a pesar de todo, seguía girando.

La mañana anterior a la recepción, la tensión y los nervios se apoderaron de doña Pilar. Ortuño le había insistido en varias ocasiones en que la llegada de Napoleón a la ciudad sería discreta

y que, tras reunirse con su hermano para tratar de definir los siguientes pasos que tomar en la guerra de España, se asentaría en Burgos unos días antes de establecerse definitivamente en Madrid.

Vitoria no parecía ser consciente de la llegada de tan ilustre personaje y todo en ella transcurría como de costumbre. Normalmente la ciudad contaba con una importante presencia de soldados franceses, y los vitorianos, que por aquel entonces sumaban unas seis mil almas, ya se había hecho a la idea de que debían convivir con tan incómodos huéspedes.

La condesa había recibido buenas noticias días antes y tanto Loreto como Teresa acudirían a la cena. Esto, en cierto modo, la aliviaba. Siempre era de agradecer mantener una conversación trivial si las cosas se complicaban. Además, era de suponer que ambas, si llegaba el caso, se convertirían en aliadas, aunque esperaba no tener que comprobarlo. Lo que sí parecía claro era que Miguel Ricardo de Álava no estaría entre los invitados. El silencio que de pronto se cernió sobre él llamaba la atención de la condesa. Antes de reunir a los criados para darles las últimas instrucciones, doña Pilar mantuvo una breve conversación con su esposo a ese respecto.

—Me ha resultado extraño no encontrar en la lista de invitados al señor De Álava.

Ortuño guardó silencio. Sacó del bolsillo superior de su chaleco gris, con el escudo de su casa ribeteado sobre el pecho, una pipa de madera de palosanto. Miró a doña Pilar pensativo.

—¿Ocurre algo, querido? —preguntó la condesa intrigada.

—Nada en particular. Ya sabes que los comportamientos de las personas son impredecibles.

—¿A qué te refieres? No acabo de entender tanto misterio.

—Las Juntas Generales de Álava se han negado a proclamar como rey a José.

La condesa miró a su marido con atención mientras este continuaba su relato.

—Y De Álava parece que ha tenido mucho que ver en esta negativa. Así que, a pesar de que las Juntas no han tenido más

remedio que terminar por acatar la voluntad de los franceses, este ha huido a Madrid para unirse al bando de nuestros enemigos.

Para entonces Ortuño ya había terminado de encender su pipa. Exhaló una profunda calada y dejó que el humo se expandiera alrededor de su rostro.

—¿De Álava un traidor? ¡Cielo santo! —exclamó sorprendida doña Pilar llevándose las manos a la boca.

—Silencio, querida. Te ruego discreción. —Ortuño estaba incómodo y quiso zanjar la conversación—. Negaré que hayamos hablado de esto si llegara el caso.

La condesa se sintió avergonzada. Por nada del mundo quería poner en un aprieto a su esposo, pues bien sabía ella de la importancia que para él y para su carrera política tenían estas cuestiones. Además, Ortuño siempre había depositado en ella su confianza y, a pesar de que su corazón amaba a otro hombre, seguiría siéndole leal en sus principios.

—Te pido disculpas, querido. He sido una estúpida.

Doña Pilar se ruborizó mientras Ortuño le sonreía con cariño.

—No te preocupes y ve a organizar la cena de mañana. Todo ha de salir perfecto.

De pronto, un criado entró con prisas en la estancia. Parecía alterado y estrujaba con impaciencia una nota entre las manos. Ni siquiera la había depositado en la bandeja de plata dispuesta para tales efectos.

—Señora, lamento la interrupción, pero acaba de llegar este mensaje. Parece urgente. —El criado estaba tembloroso y la voz se le escapaba a trompicones.

—¿Quién lo ha triado? —preguntó doña Pilar mirando fijamente a los ojos al sirviente.

—No le había visto nunca, señora. Era un hombre de mediana estatura, gorra gris y pantalones oscuros. Poco más puedo decirle.

Ortuño contemplaba atónito la escena.

—Retírese —respondió doña Pilar enojada—. A partir de hoy no quiero que en esta casa se reciban recados de desconocidos. Solo espero que ustedes hagan bien su trabajo y, al menos, sepan de quiénes recibimos correspondencia.

El sirviente agachó la cabeza, abochornado, y se alejó sin apenas hacer ruido.

—Creo que sería conveniente que fueras tú quien la abriera —dijo la condesa extendiendo la nota a su esposo—. A fin de cuentas, eres el señor de la casa y a ti te corresponden estas tareas cuando no conocemos el remitente. Quizá pueda tratarse de un asunto de Estado que requiera toda tu atención.

Ortuño asintió dando otra profunda calada a su pipa. Desdobló la nota y comenzó a leerla. Cuando hubo finalizado, la dobló y la guardó en el bolsillo de su pantalón.

—¿De qué se trata, Ortuño? Pareces pensativo.

—Ha ocurrido una tragedia, querida —respondió con rictus circunspecto.

—Pero… ¿qué ha pasado? ¡Por Dios te pido que hables!

—Cálmate, te lo ruego. —Ortuño se acercó a su esposa y la agarró con firmeza de ambos brazos—. Debes permanecer tranquila. Es un duro golpe, pero lo superaremos.

La condesa se dirigió al sofá y se dejó caer en él desolada, a pesar de que aún desconocía lo que su esposo iba a anunciarle.

—Se trata de Amaia, la aya de nuestra hija. Ha aparecido muerta esta madrugada en un meandro, junto al río Zadorra.

Amalia a punto estuvo de desmayarse tras terminar de leer aquellas palabras en el diario. Se quitó los lentes precipitadamente y los arrojó con furia contra el sillón. Recordaba muy bien la ausencia de Amaia y como, de pronto y sin previo aviso, había desaparecido de su vida para siempre. Por aquel entonces solo era una niña y su falta fue sustituida por las atenciones de su madre, algo que siempre reclamó y que le colmaba de felicidad. Por eso apenas fue consciente del cambio y quiso borrarlo de su mente, quizá para evitar el dolor. Pero ahora este volvía inmisericorde para sacudirla.

Necesitaba un trago, así que llamó a Josefa y le pidió que le trajeran la botella del mejor vino que guardaran en la bodega. Quería apurar aquella historia y seguir leyendo, pero no dejaba de

preguntarse quién había podido escribir todo aquello y por qué sabía tanto acerca de su madre y de las idas y venidas de su casa.

Además, ¿quién le garantizaba que, tras la muerte de la condesa, todos aquellos secretos seguían a salvo? ¿Y si el narrador del diario decidía sacar a la luz todo lo que allí había puesto por escrito, ahora que doña Pilar ya no estaba? Amalia no podía evitar sentirse indefensa, desamparada. No solo había perdido a su madre, sino también la certeza de conocer su historia, su propia biografía.

Doña Pilar se quedó pálida, cerró los ojos y suspiró profundamente. Por un momento Ortuño pensó que iba a desvanecerse, así que se acercó al sofá y le acarició el rostro con ternura.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres un poco de agua?

La condesa no respondió. Respiraba con calma y seguía manteniendo los ojos entornados bajo sus hermosas pestañas, negras como el carbón.

Tras unos segundos en silencio, el marqués habló:

—No sé qué ha podido ocurrir, pero nada bueno se traía entre manos esa chica. Quizá sea mejor no remover las cosas y dejarlas como están. Tenemos una reputación que mantener y este suceso podría empañar buena parte de lo que hemos conseguido.

Doña Pilar permaneció en silencio. Sabía que todo aquello acabaría mal, pero jamás imaginó que los acontecimientos se precipitarían de ese modo. De pronto su pensamiento se detuvo en Amalia. ¿Cómo iba a decírselo? La joven institutriz casi se había convertido en una segunda madre para su hija, aunque también sabía que los niños poseían herramientas muy diferentes a los adultos a la hora de enfrentarse a acontecimientos y situaciones complejas. Por eso, y porque Amalia era una niña inteligente y muy madura para su edad, la condesa estaba convencida de que encajaría el duro golpe y todos podrían seguir adelante como así también Ortuño había previsto.

—¿Cómo ha ocurrido? —Doña Pilar seguía recostada en el sofá mientras su esposo caminaba parsimonioso por la estancia.

—Lo ignoro por completo. La nota no menciona nada al respecto. Sin embargo, la actitud de Amaia estos últimos días no era la habitual. Incluso he llegado a pensar que podría formar parte de una conspiración.

La condesa miró con sorpresa a su marido.

—¿A qué te refieres? ¿Una conspiración contra quién?

Ortuño se acercó a su esposa. Se inclinó sobre ella y colocó la boca a la altura de su oreja para hablar en un susurro:

—Contra el rey, querida.

14
La llegada del emperador

Vitoria, 7 de noviembre de 1808

El día había amanecido encapotado, pero, poco a poco, las espesas nubes que cubrían la ciudad fueron dejando paso a un tímido sol que, al mediodía, brillaba con fuerza a pesar de las bajas temperaturas. La condesa aún no había sido capaz de anunciar la noticia de la muerte de Amaia a su hija. La noche anterior había estado dándole vueltas y, finalmente, había llegado a la conclusión de que lo mejor era esperar hasta después de la recepción al emperador para hablar con su pequeña.

La casa era un hervidero de criados que iban y venían nerviosos tratando de cerrar los últimos detalles indicados por doña Pilar en la reunión después del desayuno. A la condesa no le gustaba dejar nada al azar. Era una mujer minuciosa, metódica y de mirada crítica, por lo que todo a su alrededor había de desarrollarse con la precisión de un reloj suizo. Solo tras revisar personalmente la colocación de los candelabros, las bandejas de plata y los manteles bordados, pudo pensar en sí misma y en cómo debía presentarse ante el rey.

No había tenido noticias de José desde su último encuentro aquella gélida mañana en mitad de la calle. Entonces él le había confesado que Amaia había intentado envenenarle y ella le había implorado el perdón para su institutriz. Todo había resultado en vano, y, sin embargo, doña Pilar no podía apartar de su pensamiento el rostro de aquel hombre que se había convertido, casi sin querer, en la razón de su existencia. Sus pequeños y vivaces ojos, su sonrisa delicada, la dulzura de sus manos

acariciando su cuerpo hacían que su mente volviera, una y otra vez, a desearle con la misma fuerza y convicción con la que los ejércitos que él mismo dirigía se lanzaban a combatir a sus enemigos. A menudo se sorprendía ensimismada, distraída en estos fugaces pensamientos. Le resultaba difícil concentrarse en tareas rutinarias que antes solía realizar sin apenas esfuerzo. Pese a que aquel último encuentro había sonado a despedida, ella sabía, en lo más profundo de su alma, que aún el tiempo entre ambos no había llegado a su fin. De hecho, la condesa se alimentaba de una esperanza tan firme y poderosa como la que acompañaba al amor que guiaba su voluntad.

Por eso esta noche quería mostrarse deslumbrante ante él. Necesitaba que José sintiera, al menos solo por unas horas, que estaba en sus manos, que su aliento le pertenecía y que el continuo desgaste al que estaba sometido había merecido la pena porque en este país que le aborrecía había alguien que le amaba sin medida.

La condesa escogió para la ocasión un hermoso vestido hasta los pies de seda color burdeos. El escote bajo permitía apreciar la sutil y delicada tonalidad blanquecina de su piel y el talle alto marcaba su equilibrado busto. Las mangas eran largas y la falda, de pliegues rectos hasta el suelo, permitía definir una silueta ligera y natural muy a la moda francesa. Como peinado, prefirió recoger sus cabellos negros en un moño alto que adornó con un tocado de flores sencillas. Por otro lado, y a pesar de que la temperatura de la casa era cálida, no se olvidó de completar el conjunto con un jubón corto de color pardo, ribeteado con hilos de plata en los puños, y con unos zapatos planos forrados en terciopelo del mismo color que el vestido.

Doña Pilar era una gran amante de las joyas y Ortuño había sido generoso y le había permitido acumular un importante conjunto de piezas dignas de admiración y envidia. Collares, pendientes, brazaletes, pulseras, anillos y casi medio centenar de broches adornaban las prendas y los peinados que la condesa gustaba lucir en cualquier ocasión relevante, y esta, sin lugar a dudas, lo era. En este caso, y al ser una mujer casada, podía mostrar lujosas

alhajas realizadas en oro y plata adornadas con piedras preciosas, en especial diamantes, esmeraldas y rubíes. Doña Pilar escogió para la ocasión cubrir su amplio escote con un collar de oro de veinticuatro quilates a juego con unos pendientes de diamantes en forma de gota. Al conjunto se le sumaba un hermoso brazalete de oro y rubíes, regalo de Ortuño por el nacimiento de la pequeña Amalia.

La condesa observó por unos instantes su reflejo en el espejo veneciano de su tocador. Estaba realmente hermosa. La doncella acababa de abrochar el último botón de su vestido de seda. Doña Pilar recordó que lo había encargado en Lyon y que era del mismo color que el del vino que José había elogiado tras brindar dichosos después de hacer el amor la última de las noches que pasó entre sus brazos.

—¿Está usted bien, señora? —preguntó la joven doncella al notar el suave temblor en las manos de la condesa.

—Sí, no se preocupe. Se trata de una noche importante y todos debemos estar a la altura.

El gran salón comenzó a llenarse poco a poco de invitados. Allí se encontraban las mejores familias de la ciudad y sus voces fueron adueñándose de la casa como murmullos crecientes que hervían con fuerza. La mayor parte de ellos provenían de gargantas vendidas a la diplomacia que, tratando de evitar el exilio, se entregaban al mejor postor, chismorreando en corrillos y expectantes ante la inminente llegada del emperador. Para ellos, como para la mayor parte de los invitados, el rey José era solo un pelele que acataba, sumiso, las órdenes de su hermano, a quien debía la corona y la gloria que algún día esperaba alcanzar ocupando el trono de España.

El sol se ocultaba tras los montes de Álava y doña Pilar se movía entre los invitados con una sonrisa medida, tratando de esconder el fuego que hervía en su interior. Cada instante transcurrido corría a su favor, pues estaba más cerca de cruzarse con la mirada del rey. La condesa se percató de que Ortuño, nervioso también, pero por circunstancias diferentes a las suyas, observaba de soslayo la

puerta de entrada mientras mantenía una conversación trivial con el general Hugo y el coronel Echarri.

Doña Pilar, para intentar sentirse cómoda, se fue entonces en busca de Loreto y Teresa. Caminaba como absorta entre militares condecorados, elegantes damas vestidas a la moda francesa y una burguesía local floreciente que ya se había adueñado de la ciudad. Apenas pudo abrirse paso entre ellos cuando un ruido de caballos enmudeció a los invitados. El sonido de las voces se apagó de pronto. Fue entonces cuando el carruaje del emperador se detuvo frente a la residencia. Era de un negro intenso sobre el que relucía el dorado del escudo imperial grabado en las puertas.

Los dos lacayos que lo conducían, vestidos también a la moda francesa, se apresuraron a abrirlas siguiendo el protocolo. Napoleón no descendió de inmediato, sino que fue José quien lo hizo primero. Mostraba cierta elegancia ensayada, como la de un hombre que carga sobre su sien una corona prestada, frágil como los sueños que se desvanecen una vez llega la luz del día. Ortuño fue el primero que saludó al monarca. Estaba pletórico. ¡El rey en su casa y delante de muchos de sus más audaces detractores! La política, al igual que el amor, era contradictoria y exigía sacrificios que pocas veces se cumplían sin complicaciones.

La condesa sintió un nudo en el estómago. Su mirada se cruzó con la del rey. Un instante fue más que suficiente. Su amor seguía vivo, latente, oculto, pero en pie a pesar de lo ocurrido con Amaia. José le ofreció la mano para el saludo protocolario. Ella la tomó y se inclinó ante él. Sus dedos se rozaron y el corazón de doña Pilar latió con una fuerza inusitada.

Unos pasos después, descendió el emperador. Era más bajo de lo que la condesa había imaginado, pero su sola presencia resultaba abrumadora. Los murmullos de los invitados resurgieron, aunque en tono más reverente.

—Alteza, majestad —dijo Ortuño dirigiéndose a los homenajeados —. Sean bienvenidos.

Mientras los invitados iban tomando asiento alrededor de la gran mesa rectangular de madera de roble perfectamente adornada para la ocasión, la condesa no podía apartar sus ojos de José. Por

su parte, el emperador, situado en la cabecera, miraba con meticulosidad a su alrededor escrutándolo todo, analizando cada gesto de los comensales como si tuviera que enfrentarse a un enemigo al que aún no había terminado de identificar. El rey de España a su derecha y Ortuño a su izquierda completaban la presidencia de la cena. La condesa, sentada junto a su esposo, tenía lejos a Teresa y a Loreto, por lo que no podría charlar con ellas hasta más tarde. Luego tendría tiempo de contarles el trágico suceso del aya (aunque quizá ya lo supieran) y comprobar si realmente conocían la auténtica relación que mantenía con el rey.

Los criados comenzaron a servir el sencillo menú que la condesa había preparado atendiendo a las instrucciones dadas por su esposo. El entrante, un sabroso consomé de verduras, hizo las delicias del emperador que, tras asentir con gesto complaciente tras la primera cucharada, comenzó a hablar. Era un hombre autoritario, seguro de sí mismo, y cada palabra que pronunciaba parecía ocultar cierto intento de imponer su voluntad.

—España es una nación que, bien conducida, puede ser muy útil en el futuro de Europa. Lamentablemente, resiste de modo irracional mostrando un apego al clero que constituye una evidente traba para su modernización —dijo mientras daba un sorbo a una copa de vino tinto de Burdeos servida en cristal de Bohemia.

Ortuño asintió con gesto prudente.

—Los españoles somos gente orgullosa, pero sabemos cómo y cuándo debemos adaptarnos a las circunstancias. Aquí, alteza, respetamos el nuevo orden y somos conscientes de la prosperidad que Francia traerá a nuestro país. Es momento de avanzar.

José, en tono cortés pero distante, intervino en la conversación:

—El problema no son los españoles en sí, sino los intereses que los manipulan. Inglaterra terminará por agitar las brasas en cada aldea y los fanáticos y los curas azuzarán al pueblo para que no ceje en su empeño de detener lo irremediable.

Napoleón volvió a sorber el vino complacido.

—Solo la educación y la fuerza pueden doblegar la ignorancia y la superchería. España debe elegir entre sernos útil o pasar a ser

historia.

La condesa escuchaba atenta sin mediar palabra mientras jugueteaba con un tenedor de plata. No se atrevió a mirar al rey, aunque le sentía muy cerca, incendiándole la piel a cada gesto, a cada palabra que dejaba que se deslizara sutil entre sus labios.

El buey y el cordero, los platos principales del menú, se aderezaron con una ensalada de la huerta y patatas asadas y, por último, y siguiendo lo establecido por doña Pilar, el pastel relleno de frutos rojos terminó por encandilar a todos los invitados, incluidos los franceses, que se deshicieron en halagos hacia la señora de la casa y el buen gusto con que todo había sido organizado.

—Condesa, tiene usted un toque exquisito para la decoración. Esta mesa no tiene nada que envidiar a las más elegantes de París —dijo José dirigiéndose a ella en tono amable.

Doña Pilar inclinó levemente el rostro mostrándole una sonrisa serena a pesar de que su corazón, invisible para el resto, viajaba lejos, a la habitación donde se amaron por última vez.

—El mérito no es mío, majestad. La luz de esta ciudad transforma en bella cualquier residencia. Incluso las más antiguas y nobles.

José se contuvo unos segundos sin dejar de mirarla.

—Sin embargo, hay sombras que persisten hasta en los lugares más iluminados —respondió el rey con tono sombrío.

—Las sombras tienen su encanto, majestad. Protegen lo que debe permanecer oculto.

—Cierto, condesa. Hay cosas tan valiosas que no deben ser entregadas a la luz.

Un silencio breve se levantó entre ambos hasta que doña Pilar rompió la tensión.

—Creo que ya es hora de que los caballeros continúen hablando de política para que las mujeres podamos chismorrear de nuestros asuntos —propuso la condesa haciendo un gesto a su esposo.

—Pasen por favor al *fumoir*. Allí estaremos más cómodos. —Ortuño señaló la puerta para que los hombres le acompañaran.

La estancia, sobria y elegante, era de uso exclusivamente masculino, un lugar escogido por los varones para fumar, hablar

de política o simplemente descansar. En el caso de las féminas, estas tenían la opción de pasar a una pequeña salita, muy confortable y provista de chimenea, donde podían tomar el té y charlar animadamente. Sin embargo, doña Pilar prefirió ir en busca de Loreto y Teresa y dirigirse al *boudoir*, una estancia más íntima, situada entre el salón principal y el comedor, donde poder hablar alejadas de miradas indiscretas. Ya en el interior de la sala, Loreto no dejaba de observar a la condesa con una ceja levemente alzada mientras miraba de reojo a Teresa.

—Pilar, ¿te encuentras bien? Te noto distinta esta noche. ¿Es la visita del rey la que te tiene tan alterada?

—¿Yo? No lo creo, querida. Son solo los nervios y la tensión acumulada. Además, no me encuentro bien.

—¿Qué te ocurre? —respondió Teresa con rostro de preocupación—. Ya sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea.

—Necesito deciros algo —susurró Pilar—. Pero os ruego absoluta discreción.

La condesa titubeó un segundo. Le costaba poner en palabras lo que había significado para ella la pérdida de Amaia. No había podido hablar con nadie desde que su esposo le diera la fatídica noticia. Ni siquiera se había sentido con fuerzas para contárselo a su pequeña Amalia, y ahora, más que nunca, necesitaba exteriorizar sus sentimientos.

—Se trata de Amaia, la institutriz de mi hija. —La condesa tragó saliva antes de continuar—. Ha aparecido muerta junto al río.

El silencio se hizo de pronto.

—¿Muerta? —dijo Teresa en un hilo de voz.

Loreto frunció el ceño.

—Pero ¿quién iba a querer acabar con la vida de una simple aya? ¿O es que, acaso, andaba metida en asuntos que no le correspondían? No debéis olvidar que toda Vitoria sabía de su relación con el rey…

—¿Es que crees que ha podido tener algo que ver con eso? —preguntó Teresa extrañada.

—¡Dejadlo ya, os lo ruego! —Doña Pilar levantó el tono, presa de los nervios.

Por un instante pensó que no debía haberles contado nada, aunque, de todos modos, acabarían por enterarse y, si no era a través de ella, lo harían por medios menos fiables, así que continuó hablando:

—Últimamente estaba extraña. A veces se ausentaba sin avisar. Creo que simpatizaba con los enemigos del rey.

Teresa se llevó la mano a la boca en un gesto de sorpresa.

—Debía conocer demasiados secretos para terminar muerta. —Esta vez fue Loreto la que dio su parecer—. Si no, no tendría ningún sentido que una joven e ingenua institutriz fuera víctima de un destino tan desdichado. ¿Creéis que podría haber alguien más detrás de todo este asunto?

—¿A qué te refieres exactamente? —le interrogó la condesa.

—Pudiera ser que fueran otros quienes movieran los hilos y que ella quizá estuviera al servicio de personas más influyentes y poderosas que, en las sombras, pretenderían convertirse en testigos de la caída de un rey. Ya sabéis que son muchos nuestros enemigos y que, buena parte de ellos, campan ocultos a sus anchas entre nosotros.

Ninguna supo qué decir. Solo unos instantes después fue Teresa la que cambió ligeramente el rumbo de la conversación.

—Y tu hija, Pilar, ¿sabe algo? ¿Se lo has contado ya?

—No —respondió la condesa tajante—. Aún no me he sentido con fuerzas para decírselo. Mañana, cuando todo esto termine, hablaré con ella.

Teresa se acercó con cariño a doña Pilar. Tomó con suavidad su mano y se dirigió a su amiga con ternura.

—Ya sabes que estamos contigo, querida. No hablaremos de esto con nadie, pero, si necesitas que te ayudemos a recabar información y tratar de aclarar este asunto, puedes contar conmigo. En la parroquia a veces llegan rumores que no circulan por los salones.

—También me tienes a mí. —Loreto no quería ser menos que su amiga, así que no rehusó ofrecer su ayuda a la condesa—. Tengo contactos que saben escuchar a los criados.

El silencio se hizo de nuevo entre ellas, esta vez solo roto por la risa forzada de algún oficial francés perceptible al otro lado del salón.

—Vayamos a brindar —dijo Loreto tomando a sus amigas por el brazo hasta sacarlas de la habitación—. Es hora de que Pilar regrese con sus invitados. El rey debe de estar preocupado.

La condesa miró de soslayo a su amiga sin hacer ningún comentario, aunque era obvio que la frase no carecía de intención.

De regreso al salón principal, doña Pilar comprobó, asomándose discretamente a través de la puerta del *fumoir*, cómo su esposo Ortuño conversaba con el emperador Bonaparte. Trató de escrutar, de un rápido vistazo, si José se encontraba entre aquellos hombres que no querían perder la oportunidad de charlar con el hombre más poderoso de la tierra, sin embargo, el rey no estaba entre ellos.

Por su parte, Loreto y Teresa se detuvieron a hablar con la baronesa de Campo de Castro, una dama algo altanera y sofisticada que siempre estaba al tanto de todo lo que ocurría en la ciudad. Mientras, la condesa, distraída en sus pensamientos, cogió una copa de vino de una de las bandejas de plata que los criados portaban y caminó entre los invitados con la intención de incorporarse al grupo. Quizá la baronesa hubiera oído algo respecto a la muerte de Amaia, pensó.

De pronto notó una suave caricia sobre su brazo. Era un gesto sutil, casi ingenuo, con el que el rey trataba de indicarle que le siguiera. Cuando quiso darse cuenta, él ya había desaparecido. La condesa, con el corazón latiendo como una tormenta de verano, se excusó con sus amistades.

—Disculpadme, os lo ruego, pero he de comprobar algunos pequeños detalles con el servicio —dijo dirigiéndose a la baronesa de Campo de Castro.

—No te preocupes, querida. La velada ha resultado deliciosa. Te felicito —respondió esta con una media sonrisa.

Doña Pilar se alejó en busca de su amante. Caminó en dirección al ventanal que llevaba al jardín trasero cuando, tras la puerta de uno de los gabinetes reservado a la lectura, la silueta de José le

indicó que le siguiera. La condesa entró y cerró la puerta tras ella. Las pesadas cortinas cubrían por completo las ventanas y las únicas luces que iluminaban la habitación eran las de un par de candelabros colocados sobre la mesa principal.

José se acercó a ella.

—No sabes lo duro que se hace tener que fingir constantemente delante de todos, ocultando que estoy loco por besarte, por acariciarte y por sentir tu cuerpo entre mis manos. —Su voz sonaba melancólica.

La condesa bajó la mirada.

—¿Acaso crees que yo no he tenido que hacer lo mismo? Todos los invitados te miran con devoción, anhelan ocupar un lugar a tu lado, y yo, mientras tanto, solo puedo sonreír a pesar de que estoy rota por dentro.

El rey la miró intensamente.

—No logro entender cómo he llegado a desear con tanta fuerza algo que nunca podrá pertenecerme.

Doña Pilar avanzó hacia él con firmeza. Estaba tan cerca que sentía su respiración acompasada en el rostro.

—No digas eso —le susurró—. Yo también soy culpable. ¿No te has dado cuenta de que ya no me pertenezco a mí misma?

Él se llevó las manos de la condesa al rostro.

—Este país, esta guerra, todo me está consumiendo. Nada parece real, excepto tú. Solo contigo me siento yo. Un hombre sin corona, libre del yugo de mi hermano.

La condesa cerró los ojos y apoyó la frente contra su pecho.

—Necesito volver a verte. ¿Recuerdas la última vez que nos amamos? —le preguntó el rey con cierta ingenuidad.

Doña Pilar no podía sacudir de su mente aquellas imágenes, pero no fue capaz de decir nada. Se incorporó y le miró a los ojos. El sonido de una fina lluvia comenzó a golpear los cristales. La condesa quería hablarle de Amaia. Sentía que debía hacerlo. Se lo debía. Así que se dirigió a él con el rostro ensombrecido por la pena.

—¿Tú lo sabías?

El rey la miró extrañado sin responder. Solo se limitó a clavar sus pequeños ojos marrones sobre ella mientras permanecía en silencio.

—Me estoy refiriendo a Amaia. Ha aparecido muerta junto al río.

José calló como respuesta.

—¿Fuiste tú? ¿Fue una orden tuya? ¿La mandaste matar? ¡Dime la verdad, te lo suplico!

El rey apretó los labios y respondió sin mirarla.

—Había informes. Sabíamos que transmitía mensajes a los insurgentes. No podíamos permitir que…

—¿No podías permitir? —interrumpió la condesa furiosa—. ¡Era simplemente la aya de mi pequeña! ¿Realmente te sentías tan amenazado por ella?

—Pilar, escúchame, te lo ruego. Ella era un puente, una hábil transmisora de información. Y los puentes, cuando están minados, deben destruirse. ¿Es que no eres capaz de comprenderlo?

La condesa le abofeteó.

—¡Era parte de mi hogar! ¿Por qué no me lo contaste antes de actuar? ¿Es que no confías en mí?

José bajó la mirada mientras doña Pilar se deshacía en un llanto incontrolado. Por un instante ambos parecieron un hombre derrotado y una mujer rota, encerrados en una pequeña y penumbrosa habitación.

Amalia se descubrió a sí misma soltando una lágrima solitaria que bajó rodando por una de sus mejillas. El rey había ordenado la muerte de su institutriz para salvar su propia vida, a pesar de los ruegos de la condesa. Todo había resultado en balde y Amaia había sido la primera víctima de una locura que, con enorme crudeza, se presentaba ante ella en forma de despiadado diario. A fin de cuentas, pensó, todos eran, en parte, víctimas de aquel amor que se había convertido en delirio.

La noche ya había caído y la marquesa seguía sin probar bocado. Junto a la botella de vino tinto de Burdeos, Josefa había tenido la deferencia de traerle un pequeño trozo de pastel de carne junto con

un racimo de uvas maduras de color rosado. Amalia se lo agradeció. Renaud había avivado el fuego y echado más troncos. La chimenea llevaba todo el día encendida, y el salón, a pesar de su considerable tamaño y de los muros de piedra que lo circundaban, se había convertido en un espacio confortable y cálido. Un mausoleo de recuerdos de pronto resucitados por las páginas de un diario.

Amalia quería continuar leyendo. Necesitaba saber qué pasaría y si su madre y el rey acabaron por desenmascarar a la cabeza pensante de la traición. De algo Amalia no tenía dudas: la condesa siempre había intentado protegerla. Tanto era así que le había suplicado a José hasta lo indecible para que este dejara libre a Amaia. Pero esto había sido imposible. Además, Amalia sabía bien que las madres no siempre pueden evitarles el sufrimiento a sus hijos, no todo al menos. La vida a veces exige sus ritmos y lecciones.

Amalia había aprendido con su doble maternidad a aceptar que los hijos debían volar solos y errar para aprender. Aun así, ella había sido afortunada: los suyos habían estado lejos de ser díscolos o complicados. Amalia había sido una buena madre, o al menos eso creía. Sufrió mucho cuando José María se alistó en el ejército, pues bien sabía por su propia madre de los sinsabores de la guerra, pero todo había acabado bien y ambos se habían convertido en excelentes personas. Hacía tiempo que no los veía y, a pesar de que su ausencia a veces resultaba dolorosa, Amalia había decidido quedarse en Carresse, que ahora era de su propiedad. Sabía que eso supondría visitas más escasas y espaciadas de sus hijos y que sobrellevaría la soledad entre los recuerdos de aquellos muros, pero sentía que aquel pequeño y apartado lugar del mundo era su sitio.

Les escribía cartas con frecuencia, aunque aún no había sido capaz de anunciarles la muerte de su abuela. Cada vez que tomaba la pluma, un grueso nudo en la garganta la detenía, y aún se sentía incapaz de poner por escrito una noticia tan desgarradora como aquella. Tiempo y silencio, eso le quedaba.

Después de apurar de un buen trago el resto del vino en su copa, prosiguió con la lectura.

—Lo único que intentaba hacer era protegerte —le respondió José en tono de arrepentimiento.

—No me protegías. Me traicionaste. Le arrebataste a mi hija una parte importante de su vida.

—Te juro que traté de que esto no sucediera. Quise evitarlo, pero hay decisiones que, aunque parezca imposible de creer, un rey no puede tomar y son otros quienes lo hacen por él. No solo mi vida estaba en juego. ¿Crees que eso es lo único que me importa? A menudo desearía que esta vida mía no me perteneciera, Pilar, quisiera desvanecerme en la niebla de estos parajes, olvidarme del reino que me ha sido dado y me desprecia. Mi existencia, más veces de las que imaginas, me resulta indiferente. Pero el país sobre el que gobierno y lo que represento son mucho más grandes que yo. No te atrevas a sugerir que he obrado a la ligera o que he sido drástico o cruel. Esa joven por la que tanto lloras conspiraba contra todo lo que amas, no solo contra mí, sino contra la posición de la que disfrutas y los privilegios que tanto anhela tu marido.

La condesa trató de zafarse de él, asombrada por sus palabras, pero, segundos después, agotada por el esfuerzo, se dejó caer abatida entre sus brazos.

—Perdóname, Pilar. Me he excedido. Debí confiar en ti y contarte que la orden había sido dada. Me he comportado como un estúpido.

José la cogió de la mano y, con un gesto de desesperación, de hambre, de dolor, la besó intensamente.

—Daría cualquier cosa por volver a tenerte entre mis brazos, por escuchar tu respiración cuando el mundo calla, por recorrer todo tu cuerpo y leer cada uno de sus rincones como si de un mapa secreto se tratara y que solo yo puedo descifrar.

Ella le miró con los ojos empañados en lágrimas.

—Perdóname tú. No he pensado en todas las aristas de mis palabras. No…

José no la dejó continuar.

—No imaginas las veces que he pensado en huir, en alejarme de esta realidad que detesto, en marcharme lejos. —Tragó saliva antes de seguir—: ¿Vendrías conmigo? Podríamos escapar juntos a

un lugar donde nadie pudiera encontrarnos. ¿Lo harías? Dime si lo harías, te lo ruego.

La condesa temblaba.

—No podemos, José. No aún. Me arrebatarían a mi hija y a ti te despojarían de la corona de España. Este país y yo te necesitamos.

El rey asintió abatido. La cordura que mostraba doña Pilar le había desarmado por completo.

—Entonces juremos algo —le propuso—. Que esta no será la última noche que te bese, que habrá más momentos para poder decirte que te amo de modo temerario, indómito, feroz.

La condesa le besó con el peso de quien ama en silencio.

—Te lo prometo —le respondió—. Pero tú también debes prometerme algo. No quiero ser solo un secreto en medio de esta absurda guerra.

Sin tiempo a responder, el ruido lejano de unos pasos los obligó a separarse. José le acarició la mejilla antes de que la condesa saliera de la estancia, dejando tras de sí el olor a su perfume. El rey se quedó solo unos instantes. Necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido. Los reproches hechos por la condesa sobre la muerte de Amaia habían minado su ánimo. Sin embargo, sabía que había actuado bien.

Desde luego, no era ningún asesino, pero la corona debía ser protegida, y había jurado que lo haría, si era menester, hasta con su propia vida. Por tanto, ¿no había sido la institutriz un mero daño colateral en todo este despropósito? Además, algo le preocupaba. Amaia solo era una pieza de un engranaje más complejo manejado por hilos no del todo invisibles que él mismo estaba tratando de identificar. De hecho, algunas pistas indicaban nombres concretos que, de ser relevados, harían saltar por completo los cimientos de la sociedad vitoriana y, por supuesto, los de la vida de la propia condesa. ¿Merecería la pena causarle a ella tanto dolor? José no tenía la respuesta, pero estaba dispuesto a comprobarlo. Solo era cuestión de tiempo.

La cena finalizó sin contratiempos. Napoleón estaba satisfecho. No era fácil complacer al emperador a pesar de su carácter

austero, pero nadie podía negar que todo había salido a pedir de boca. La noche ya había caído sobre Vitoria y se había levantado un viento gélido que incrementaba la sensación de frío sobre las casas y las calles. El carruaje del emperador esperaba en la puerta para llevar de vuelta a los anfitriones a su residencia, localizada a muy poca distancia. Napoleón abría la comitiva, acompañado de cerca por su hermano. Ortuño y la condesa los seguían algo más retrasados.

—Señores, ha sido un placer compartir esta magnífica velada con ustedes.

La brisa agitaba la capa de piel del emperador. Se ajustó los guantes que le cubrían las manos y, sin apenas mirar atrás, ascendió por los tres peldaños que le conducían al interior del carruaje.

José se demoró un poco más. Sus ojos buscaron los de doña Pilar. Tomó su mano y, a modo de despedida improvisada, se dirigió a ella.

—Señora condesa. Su amabilidad estará siempre muy presente en mi memoria. —Luego, volviéndose hacia Ortuño, añadió con cortesía impecable—: Te estamos muy agradecidos por tu acogida. Eres un gran anfitrión. Confío en que nuestros caminos vuelvan a encontrarse. Ya sabes que valoro mucho tu fidelidad y tu clarividencia.

El rey lanzó una última mirada a la condesa antes de seguir el mismo camino que su hermano hacia el interior del carruaje.

Instantes después, fue el sonido de las ruedas sobre el empedrado lo que despertó a doña Pilar del letargo. ¿Y si no volvía a ver a José nunca más? Desechó pronto la idea. Necesitaba tenerle de manera muda, desesperada, como si solo él pudiera salvarla de una vida que no había elegido y que se desvanecía lentamente a cada paso que avanzaba hacia sus brazos. Sintió el frío calarse en sus huesos, por lo que no esperó más tiempo y entró de nuevo en casa. La noche había sido larga y necesitaba descansar.

Al amanecer decidió que había llegado el momento de hablar con Amalia. No podía retrasarlo más, aunque hubiera deseado no tener que hacerlo nunca. La mañana se había levantado soleada y eso despertó cierto optimismo en la condesa. Además, la charla con José le había hecho comprender que, sucediese lo que sucediese, amaría a aquel hombre hasta el resto de sus días.

No es que esa convicción fuera una noticia alentadora, pero el amor, por peligroso y temerario que fuera, otorgaba a doña Pilar una fuerza poderosa que la elevaba por encima de todo imprevisto, de cualquier complicación.

La niña estaba en su cuarto de juegos. Ya había pasado la hora del desayuno y pronto debía comenzar su lección del día, por lo que empezaría a echar de menos a Amaia. La condesa no demoró más lo inevitable, entró en la estancia y se sentó al borde del diván. Amalia jugaba con una muñeca de porcelana de grandes ojos negros y pestañas bien marcadas. Su hija levantó la mirada con una expresión confiada y le sonrió.

—Ven, cariño, siéntate aquí, a mi lado —le dijo con dulzura—. ¿Puedes dejar un momento a la señorita Adelina para que descanse? Tu madre tiene que decirte algo.

La niña obedeció sin protestar y dejó a la muñeca sentada en el suelo. Doña Pilar tomó aire, respiró profundamente y habló:

—Hay veces que en la vida suceden cosas tristes. Cosas que no somos capaces de comprender, pero que no podemos evitar que ocurran.

Amalia parpadeó muy atenta con las manos recogidas sobre el regazo.

—La señorita Amaia se ha ido al cielo y ya no podrá volver.

La pequeña frunció los labios como tratando de comprender aquellas palabras.

—Pero ¿ya no estará más aquí, con nosotras?

—No, cariño, ya no.

—Y entonces ¿quién va a explicarme ahora la historia de países lejanos donde las personas hablan otras lenguas distintas a la nuestra?

Doña Pilar sintió que algo se quebraba en su interior, pero continuó hablando con un gesto contenido.

—Tu madre lo hará, no te preocupes. Ahora podremos estar más tiempo juntas. Y voy a cuidarte muchísimo. Ya sabes que, a mi lado, nada malo podrá pasarte nunca.

Amalia sonrió y se abrazó al cuello de la condesa, que la apretó fuerte contra su pecho. Doña Pilar sintió el leve temblor de su pequeño cuerpo, así que la sostuvo con fuerza entre sus brazos durante unos instantes. Quería que se sintiera segura, confiada, querida. No fue capaz de llorar, pero el peso de la culpa y la imagen de la joven, muerta a la orilla del río, ardió como una brasa bajo la máscara de su cruel pantomima.

La marquesa de Montehermoso cerró el diario y se quitó los lentes. Recordaba vagamente aquel día, pues había tratado de olvidarlo de un modo inocente, invertebrado, como todo lo que estaba viviendo. Nada parecía real y, sin embargo, el dolor que le atravesaba las entrañas sí lo era.

Estaba agotada. Llevaba horas leyendo y necesitaba descansar y recuperarse. Estaba segura de que esa noche dormiría sin perturbaciones y de que el insomnio no aparecería. Ya no le quedaban fuerzas para lamentarse. Al menos no por ahora. Dejó la botella de vino a la mitad, cerró el diario y, con él en las manos, se dirigió escaleras arriba hacia su alcoba.

15
Un traslado inoportuno

Vitoria, comienzos de diciembre de 1808

Los días que siguieron a la muerte de Amaia fueron sombríos y tristes. Sin embargo, Amalia parecía haber encajado bien el golpe y disfrutaba de la presencia de su madre, que no la dejaba sola ni un momento. Era ella quien la acostaba y quien le daba el último beso antes de arrojarse a los brazos del sueño. Después, la condesa podía disponer de algo de tiempo para ella, para detener sus pensamientos en la imagen de José, en su voz grave y en sus manos vigorosas dominándola entre las sábanas de lino.

Las noches se habían vuelto interminables y le echaba de menos con desesperación. A veces, cerraba los ojos y le imaginaba entrando despacio en su habitación, acercándose a ella con sigilo para desabrocharle, poco a poco, los botones de su vestido mientras le murmuraba al oído palabras que hacían que su interior ardiera como las mismísimas entrañas del infierno. Pensaba en su boca hambrienta, tierna, en el peso de su cuerpo sobre el suyo. ¡Solo Dios sabía cómo le deseaba!

Desconocía cuánto tiempo podría seguir viviendo así, fingiendo ser la madre ejemplar, la mujer virtuosa siempre tras la estela de su esposo. A veces colocaba las manos sobre su pecho para sentir la fuerza del latido de su corazón y tratar de apaciguar ese deseo salvaje, pero todo resultaba inútil. Era como el hambre que no cesa, como la herida supurando en carne viva que no termina de cerrar.

A todo ello se sumaba la intranquilidad que le producía tener que trasladarse a Madrid. No había vuelto a hablar con Ortuño de

aquello, pero las órdenes eran claras. Quizá hasta resultara más conveniente para todos tras la pérdida de Amaia. Pronto toda la ciudad comenzaría a hablar (si no lo había hecho ya), y no era buen momento para un escándalo. En realidad, nunca lo era, pero, ahora que su esposo iba a obtener un importante cargo en la corte, no podían permitirse más contratiempos.

Antes de acostarse aquella noche, la condesa se había quedado adormilada contemplando cómo las brasas se consumían en medio de la chimenea del salón. Le gustaba pasar tiempo delante del fuego. Era como una cadencia hipnótica, como una especie de música antigua que silenciaba el mundo exterior y que le proporcionaba paz. El calor le envolvía todo el cuerpo y la protegía con un resplandor y una quietud ajenos al dolor. Todo se detenía ante su poder, y la culpa, el deber, la ausencia, e incluso el deseo, dejaban de existir.

Doña Pilar no oyó cómo su marido entraba en el salón hasta que abrió los ojos y le vio sentado frente a la chimenea. Su visión estaba fija en las brasas mientras una escasa luz dibujaba suaves sombras en las paredes.

—¿Te encuentras bien, querida? —dijo Ortuño con una voz tan seca como las hojas que ya se habían desparramado por el suelo del jardín.

—Sí, solo estaba medio dormida —respondió sin ganas.

—Esta mañana he tenido noticias del rey. Napoleón quiere instalarse en Madrid cuanto antes. Ha elegido para hospedarse el palacio del duque del Infantado. José también hará lo propio, aunque antes ha de revisar el estado de las tropas en tierras manchegas. La idea es que el rey entre en Madrid en el mes de enero y, para entonces, nosotros ya tendríamos que estar en la capital.

La condesa alzó la mirada.

—Tendré que decírselo a Amalia. No sé si es buen momento…

—Es muy pequeña, se acostumbrará. Los niños no ven las cosas como los mayores, para ellos todo es como un juego.

Doña Pilar no respondió, lo que permitió que Ortuño siguiera explicándole los planes que José tenía para España.

—El rey va a disponer la creación de una guardia real y de nuevos regimientos en Infantería. Pero lo que realmente me preocupa es el tema financiero. El país está completamente endeudado, Pilar. Le he sugerido a Cabarrús que deberíamos poner en marcha de inmediato la desamortización de los bienes del clero.

—Pero ¿es que te has vuelto loco? Eso es un auténtico sacrilegio. Todo lo que pertenece a la iglesia también le pertenece a Dios.

—No es ningún sacrilegio, Pilar, se trata de una necesidad. El Estado se desangra, y esos bienes han de ponerse al servicio del pueblo, de la razón.

—¿Y desde cuándo la razón debe imponerse al espíritu? ¿Desde cuándo el hombre puede arrebatarle a Dios lo que es suyo? Es la fe la que nos salva, Ortuño. Al menos a mí.

—No podemos permitir que la Iglesia siga adoctrinando a un pueblo ignorante que no es capaz de distinguir entre lo que le conviene y lo que no.

La condesa hizo oídos sordos a esta última frase.

—En cualquier caso, las puertas del cielo ya están cerradas para mí —concluyó doña Pilar dando por zanjada la conversación.

Resultaba más que evidente que Ortuño no tenía la misma opinión del clero y de la Iglesia que su esposa, por lo que, para evitar una discusión innecesaria, se mantuvo en silencio. Era un hombre inteligente y era muy consciente de que, al menos en ese campo, perdería la batalla incluso antes de haberse iniciado.

El sol había ido abriéndose paso entre las nubes y, a pesar de que hacía ya unos minutos que había amanecido, Amalia se había quedado en la cama leyendo el diario. La noche la había reconfortado. Tras el descanso nocturno, había decidido continuar, empujada por el impulso de seguir descubriendo aquella parte desconocida de su propia vida.

El traslado a Madrid se hacía evidente a juzgar por la cronología de los escritos. Amalia lo recordaba con cariño, pues en la capital española se había sentido feliz y había disfrutado de la amistad y del

cariño de uno de sus más queridos amigos de la infancia y con quien aún hoy seguía manteniendo cierto contacto. La marquesa estaba expectante. ¿Recogerían aquellas líneas esos recuerdos tan especiales para ella?

Vitoria, 12 de diciembre de 1808

Las semanas siguientes fueron frenéticas. Había que embalar las porcelanas, parte de la cubertería de plata, la vajilla, algunos de los libros de su esposo y lo más indispensable del ropero familiar. El traslado no era algo definitivo, por lo que buena parte de sus enseres permanecerían en Vitoria, pero, de todos modos, el trabajo era ingente y no disponían de mucho tiempo.

Tal y como Ortuño había presagiado, Amalia aceptó sin reparos el traslado e incluso le pareció emocionante emprender viaje hacia un lugar desconocido para convertirse en protagonista de su propia aventura, del mismo modo que hacían los personajes de las historias que su antigua aya le contaba.

Los baúles, que se amontonaban de forma ordenada en las habitaciones, viajarían antes en varios carruajes y, días más tarde, lo haría toda la familia. El lugar escogido por el rey para que se alojaran era el palacio de Masserano, un enorme caserón levantado en el siglo XVII y situado en el número 8 de la calle de la Reina, en pleno corazón de la capital.

La condesa no quería irse de Vitoria sin antes despedirse de Loreto y de Teresa. Además, la muerte de Amaia seguía en su cabeza, volteándola como un carrusel que giraba sin tregua bajo un sonido chirriante. Quizá ellas hubieran averiguado algo más. Ambas estaban muy bien relacionadas y tenían oídos en los rincones más recónditos de la ciudad. Doña Pilar sabía que el fallecimiento de la institutriz había sido un asunto de Estado, pero seguía convencida de que había algo más, alguien que movía los hilos de una conspiración que se estaba fraguando para derrocar al rey, al amor de su vida.

Decidió entonces preparar una merienda de despedida y escribió una nota a modo de invitación, firmada de su puño y letra, para que un criado la hiciera llegar a la residencia de sus dos fieles amigas. Las emplazaba para una semana antes de emprender viaje a Madrid. De este modo, todos pasarían ya las Navidades en su nueva residencia. Doña Pilar tenía la esperanza de reanudar entonces sus encuentros con José. Estaría, sin duda, más cerca de él, y eso la hacía feliz.

La tarde era fría y una ligera lluvia había terminado por aparecer poco antes de que Loreto y Teresa llegaran a casa de la condesa. Las tres amigas, reunidas en el cuarto para el té, conversaban animadamente hasta que doña Pilar, mirando fijamente su taza, les anunció la noticia:

—Queridas, la semana que viene parto hacia Madrid. Mi esposo ha sido requerido por el rey y Amalia y yo viajaremos con él.

—¿Requerido, dices? —Loreto esbozó una sonrisa pícara—. ¿No será que esos asuntos de Estado llevan perfume masculino?

La condesa se ruborizó y no fue capaz de levantar la mirada de su taza de té humeante.

—Nosotras te conocemos bien —prosiguió Teresa—. No necesitas fingir. Sabemos lo que te ocurre. Lo vemos en tus ojos cada vez que pronuncias el nombre del rey. Estás perdidamente enamorada.

—Sin remedio —apostilló Loreto.

—Mi deber es acompañar a mi esposo y, si esto implica estar más cerca del monarca, lo haré con gusto y responsabilidad —respondió la condesa en actitud defensiva.

—Pilar, por favor, te lo ruego, no nos malinterpretes. Nosotras no estamos juzgándote, solo tratamos de ayudarte. Nos preocupa que lenguas malintencionadas descubran tu cercanía con el rey. Está en juego tu reputación, la de tu esposo, la de tu propia hija. —Teresa estaba seria y miraba con firmeza a la condesa.

Doña Pilar fue incapaz de decir nada, ya no podía mentir más ante sus amigas, pero tampoco dejarían escapar sus labios confesión alguna. De pronto, el silencio se hizo en la habitación. Nadie pronunció ni una palabra. Los segundos pasaron rápido

hasta que Loreto terminó por romper el hielo cambiando bruscamente el tema de la conversación para evitar más incomodidades.

—Por cierto, he tratado de averiguar, por supuesto con discreción, qué pudo sucederle a Amaia. Mis informantes dicen que solía encontrarse una vez por semana, en la iglesia de San Ildefonso, con un hombre que se hacía pasar por comerciante. Tenía acento del norte, aunque no creen que fuera de la ciudad. Piel cetrina, pelo negro y andares ciertamente arrogantes. Un caballero con buenos modales.

—¿Tal vez tu institutriz fuera una espía? Quizá su muerte no fuera accidental y, tal y como piensas, era contraria a la causa josefina y por eso murió. —Esta vez Teresa sonaba convincente, a pesar de que sus reflexiones no eran más que conjeturas.

—Pero, si ella conspiraba contra José, seguro que no era la única. ¿Quién movía los hilos? —La condesa permaneció pensativa volviendo a las suposiciones que, desde hacía tiempo, la perturbaban. A pesar de eso, se mantuvo en silencio y dejó que sus amigas continuaran hablando.

—Está claro que se trataba de alguien que confiaba plenamente en ella —apuntó Loreto—. Alguien que no dudaba ni por un instante en su fidelidad ni en sus habilidades como informante.

—Es una lástima que no tengamos ningún nombre en claro —disimuló doña Pilar.

Sin embargo, de pronto sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo de pies a cabeza. Un mal presentimiento le hizo contener la respiración. Era como si una mano invisible la estuviera asfixiando lentamente y sin remedio. El aire se volvió espeso, demasiado denso para ser respirado. Su instinto le decía que una dolorosa sombra estaba a punto de ceñirse sobre ella. No obstante, el tiempo de conocer la verdad aún no había llegado.

El palacio de Masserano, de severa fachada de piedra, se alzaba majestuoso en una de las principales vías madrileñas. Los criados, siguiendo las indicaciones de la condesa, organizaban los baúles y las cajas en las distintas estancias. Por lo que había entendido

durante el viaje, la familia del general Hugo ocuparía también parte del enorme palacete, aunque aún no estaba claro cuándo pensaban instalarse. Doña Pilar había escuchado en boca de Loreto que el militar francés tenía un lío de faldas con una tal Catherine, a quien exhibía por todo Madrid sin parecer importarle los comentarios de la gente. Hugo tenía tres hijos y su todavía esposa, que residía en París, parecía ser muy consciente de la situación en la que su matrimonio se encontraba a tenor de los comentarios vertidos por Loreto cuando les habló sin tapujos, a Teresa y a ella, sobre el estado sentimental de algunos de los más relevantes generales de su majestad.

La condesa ordenó que su ropa fuera llevada a las habitaciones del segundo piso y escogió como estancia para su hija una alcoba contigua a la suya para que se sintiera más segura y protegida durante la noche. Amalia no solía desvelarse y tenía un sueño confortable, pero doña Pilar temía que, al tratarse de una nueva localización, este estado pudiera alterarse, aunque solo fuera de modo provisional.

Mientras la condesa organizaba todos los enseres, muebles y objetos personales traídos desde Vitoria, Ortuño escrutaba con esmero cada rincón del palacio. Sabía que era una pieza clave en el tablero de ajedrez que el rey había organizado para él y había llegado el momento de comenzar la partida.

¡Qué hermosos recuerdos vinieron ahora a la mente de Amalia! Habían pasado sesenta años desde aquel traslado y aún conservaba muy viva en su memoria la imagen del imponente palacio situado en el centro de la capital, su hermoso jardín y sus amplios ventanales a través de los que divisaba a los transeúntes caminar.

Lo que ignoraba por completo era que el general Hugo tuviera una amante en Madrid, pero eso no eran asuntos de niños. Sin embargo, se sintió triste porque confirmó que crecer suponía perder la ingenuidad con la que se mira al mundo. Las palabras, los gestos, van adquiriendo nuevos matices y la realidad se vuelve más dura, más compleja, a pesar de que uno esté dispuesto a transitar por ella

y atravesar sus sombras. Amalia suspiró y devolvió la vista cansada y el corazón magullado hacia el marchito diario. Era tiempo de volver a sus dominios.

16
Una llegada accidentada

Madrid, 27 de enero de 1809

Las calles parecían tumbas silenciosas solo ocupadas por muertos que pretendían cobrarse las deudas que la vida aún les debía. El cortejo real, con José I a lomos de un magnífico corcel negro de patas anchas, entró en la capital por la puerta de Atocha. Ortuño, que seguía de cerca la ceremonia junto a la condesa, se revolvió inquieto en el carruaje. No había vítores ni salvas. El silencio espeso solo se veía alterado, de vez en cuando, por gritos aislados en contra del rey.

La comitiva avanzó a buen ritmo por el paseo del Prado y la calle Alcalá. La mañana era desapacible. Parecía que hasta el mismo cielo se negara a recibir como se merecía al rey de España.

—¡Usurpador! —gritó un hombre desde un balcón antes de desaparecer cerrando de golpe las contraventanas.

El rey no se inmutó y siguió avanzando con cierta tensión y el rictus serio. Parecía esperar este recibimiento.

La condesa descorrió las cortinas del interior del carruaje para poder ver a José. España no merecía un monarca sin pueblo, pensó.

—Lo reciben como a un intruso, no como a un salvador —dijo doña Pilar dirigiéndose con tristeza a su esposo.

—Los españoles somos un pueblo ingrato, querida. No somos capaces de valorar lo que tenemos hasta que lo hemos perdido —respondió cabizbajo Ortuño sin mirarla.

De pronto, una vieja sucia y cubierta de harapos se abrió paso entre los soldados que escoltaban a José. Tenía los cabellos canos

y pegajosos y sus ojos parecían estar inyectados en sangre. Se plantó frente al rey y, a los pies de su caballo, gritó:

—¡Maldito seas, franchute de mierda!

Los soldados reaccionaron al instante y se abalanzaron sobre ella mientras la mujer trataba de zafarse escupiéndoles y agitando su cuerpo.

—Déjenla libre —dijo el rey con un gesto de calma pidiéndoles a los soldados que la apartaran de allí sin mayores consecuencias.

La condesa sintió una fuerte punzada en el pecho. Hubiera querido abrazar a su amante, decirle que le amaba y que, para ella, siempre sería su rey. Madrid le pareció, más que nunca, una ciudad sin corazón.

Atravesaron la calle Carretas y, una vez en el interior de la basílica de San Isidro, patrono de la ciudad, dio comienzo la ceremonia religiosa que José había dispuesto celebrar. Se trataba de un gesto hacia los españoles, un modo de decirle al pueblo que entendía y respetaba sus costumbres y que no quería el trono para arrancárselas de cuajo e imponer las suyas, sino para convivir con ellas y comprenderlas. Lamentablemente, esto tampoco fue entendido. Algunos curiosos se agolparon en la entrada del templo para insultarle.

—¡Lárgate de vuelta a tu país, hijo de mala madre! —exclamó un hombre.

—¡Fuera! ¡España es de los españoles! —vociferó otro.

La basílica, levantada siglo y medio atrás, era magnífica y, a pesar de que contaba con una sola nave, tenía gran cantidad de capillas laterales comunicadas entre sí. Durante la misa, doña Pilar buscó incansable la mirada del rey sin encontrarla. José estaba en primera fila, a pocos metros de ella, tan cerca que resultaba inalcanzable. Parecía orar en silencio, concentrado. Cada vez que levantaba la vista, la condesa contenía el aliento esperando que sus miradas se cruzasen en un intento desesperado por decirle con sus ojos tristes que aún le amaba. Sin embargo, el rey, sereno e imperturbable, parecía no reparar en ella.

Cuando finalizó la ceremonia religiosa, el monarca y su séquito continuaron la marcha en dirección al Palacio Real, lugar escogido

por José para iniciar la siguiente etapa de su azaroso reinado. Por su parte, Ortuño dio órdenes a su lacayo de dirigirse a su nueva residencia, un lugar al que comenzaba a tener cierto cariño, pues se sentía especialmente cómodo allí. La condesa, por su parte, estaba desolada. La falta de interés del rey hacia ella había mermado su ánimo y apenas fue capaz de pronunciar unas pocas palabras durante el trayecto de vuelta al palacio de Masserano. ¿Y si se equivocaba y de nada servía que ahora estuvieran en Madrid? ¿Y si incluso en esta ciudad inmensa el monarca optaba por dejar de verla?

La tarde había caído y las primeras gotas de lluvia hicieron su aparición de manera inesperada. La calzada comenzaba a humedecerse y las ruedas del carruaje chirriaban a su paso abriéndose camino entre los pequeños charcos prematuros. Ortuño descendió con rapidez los peldaños del vehículo para cobijarse en el interior de su residencia mientras la condesa, distraída, se quedaba unos pasos por detrás.

—¡Date prisa o terminarás por mojarte! —exclamó Ortuño.

—Voy enseguida. —La condesa tenía los ojos perdidos y un semblante de enorme tristeza.

De pronto, un hombre encapuchado apareció de entre las sombras. Doña Pilar se sobresaltó. Ortuño ya había desaparecido de su vista y la condesa, que era consciente de la inseguridad que se vivía en las calles madrileñas, temió ser asaltada.

—Señora —le susurró el extraño individuo al que no fue capaz de identificar mientras le extendía su mano enguantada para entregarle una pequeña nota doblada.

Doña Pilar, sorprendida, solo acertó a preguntar:

—¿Qué es esto? ¿Quién os envía?

—Lea lo que os entrego. Y le suplico que tenga mucho cuidado. Solo usted debe saber su contenido.

La condesa agarró la nota con fuerza y la ocultó bajo la manga izquierda de su vestido. A continuación, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la había visto y entró al palacio con pasos apresurados y el corazón a punto de salírsele del pecho. Subió las escaleras y se cobijó en su habitación. Estaba tan agitada que

olvidó cerrar la puerta con llave. En general nunca solía hacerlo a no ser que fuera a cambiarse de ropa para un acto importante. Entonces solo una de sus criadas de confianza se quedaba con ella y la preparaba concienzudamente para brillar más que nadie. La condesa se sentó delante del tocador y extrajo la nota de la manga. Estaba escrita en tinta negra y la caligrafía le resultaba familiar. Era una letra firme, precisa, inconfundible.

Mi adorada Pilar:

Hoy es un día importante para mí y sé que comprenderás que me va a resultar imposible buscarte con los ojos, pues estaré rodeado de las personas más influyentes de mi reino. No quiero que pienses que soy indiferente a tu amor ni que soy un hombre cruel porque hoy haya de ignorarte. Solo quiero que sepas que cada gesto, cada palabra no pronunciada, son una máscara que esconden mi ardiente deseo.

Mi voluntad no es capaz de apartarte de mi corazón y el delicado equilibrio que he de mantener para conservar mi trono se vuelve irrelevante frente al delirio que me provoca tu ausencia.

Te deseo, no como el mero capricho de un rey, sino como un hombre al que le quema no sentir tu piel junto a la suya. Necesito tocarte para evitar que esta locura me consuma. Necesito saber si aún me recuerdas en tu lecho y si es por mí por quien desesperas de deseo en tus sueños.

Si tu corazón aún me pertenece, te ruego que vengas a verme a palacio el próximo miércoles. Mi ayudante de cámara, el oficial Valéry, te estará esperando en la puerta del lado sur. Él te conducirá hasta mí. Nadie sospechará.

Solo deseo decirte con mis labios lo que tanto tiempo he callado y amarte como se hace una sola vez en la vida.

La condesa temblaba de pies a cabeza. Por fin iba a encontrarse con el hombre al que amaba y nada ni nadie podrían impedirlo. El momento había llegado.

La marquesa de Montehermoso había decidido, por fin, levantarse de la cama. Era ya más de mediodía y, como había dado órdenes de que no la molestaran durante toda la mañana, no había siquiera desayunado. Tenía un hambre feroz, así que se vistió con premura. Un tímido sol se filtraba por los ventanales de su habitación. Amalia se quedó contemplando el efecto que este producía sobre el suelo de la estancia mientras pensaba que parecía que los encuentros entre los amantes iban a seguir produciéndose, esta vez en Madrid. Su madre arriesgaba mucho y, sin duda, eso acarrearía consecuencias. Un rey, a fin de cuentas, era siempre un rey, aunque fuera rechazado y vilipendiado por su pueblo. A pesar de que su madre no le hubiera confiado en vida aquel secreto, aquella aventura de amor prohibido, Amalia sospechaba que en el silencio había también ecos de realidad. Su progenitora, en algún momento, había tenido que dejar de ver al rey, y su peligrosa relación con él, a su vez, había debido de acabar. ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias? ¿Con qué efectos para la propia condesa? Amalia desconocía todas esas preguntas, pero no cejaba de buscar respuestas perdidas entre las páginas amarillentas de aquel diario.

Después de vestirse, se dirigió al comedor más pequeño pero también más confortable. Para ella sola resultaba suficiente. Antes de doblar la esquina de la habitación que la llevaría directa a la escalera principal, se topó de bruces con Alain. Esto sorprendió a Amalia, pues no era habitual que el viejo cochero entrara en el castillo. Vivía en una pequeña estancia ubicada al lado de las caballerizas y su vida transcurría prácticamente allí.

—Disculpe, pero ¿qué está haciendo usted aquí? —le preguntó con amabilidad sin dejar de mirarle.

—Lo lamento, señora. Estaba buscándola —respondió el cochero visiblemente nervioso antes de continuar—: Solo quería preguntarle si, entre las pertenencias de su madre, había encontrado alguna nota referente a la compra del pura sangre español que tenemos en las cuadras. Creo que ya tiene algo más de veinte años y quería darle un descanso.

Amalia no había hallado referencias ni anotaciones concretas sobre caballos en ninguno de los papeles que su madre había dejado, así

que le respondió con seguridad:

—Nada en absoluto, Alain. Siento no poder ayudarle.

—No se preocupe, señora. De igual modo dejaré que el animal descanse un tiempo y recupere fuerzas —respondió el anciano mientras daba media vuelta para descender por las escaleras en dirección a la planta baja del castillo.

La marquesa, por su parte, tenía pensado continuar con la lectura durante la comida, así que, instantes después, ya estaba sentada a la mesa dando buena cuenta de una deliciosa variedad de quesos y una pierna de cordero acompañada de patatas asadas que un sirviente había dejado sobre una bandeja de plata, junto a una botella de vino tinto y una copa de cristal de Bohemia. Sirvió con delicadeza el caldo, abrió el diario, se colocó los lentes y siguió leyendo.

Amalia parecía adaptarse bien al cambio de residencia y doña Pilar decidió buscar otra institutriz para que la niña continuara con su aprendizaje. La veía restablecida y, a pesar de que algunas veces preguntaba por Amaia y la recordaba con ternura, el tiempo era la mejor medicina para curar la ausencia.

No había vuelto a tener noticias de Loreto y Teresa. Había transcurrido ya tiempo desde su salida de Vitoria, pero le extrañó que sus dos amigas aún no le hubieran escrito, especialmente para contarle alguna noticia respecto a sus indagaciones sobre quién o quiénes podrían estar tras el complot urdido por la difunta institutriz. Por eso, aquella misma mañana, justo en el día en que iba a reunirse con José en el Palacio Real, decidió escribirles a ambas por separado. Necesitaba saber si habían descubierto algo que pudiera ayudarla a espantar los malos presagios que la acompañaban.

Por otra parte, doña Pilar estaba preocupada. ¿Cómo iba a explicarle a Ortuño que debía salir casi de noche del palacete? ¿Qué absurda excusa podría inventarse para tratar de ocultar su encuentro con el rey? Desde que recibiera la nota de José, su cabeza no había dejado de buscar, ni por un instante, una solución

a tal entuerto. La única que se le ocurrió fue la de ser pareja improvisada de la marquesa de Villafranca en su visita al Teatro del Príncipe para ver actuar a Manuela Carmona, una de las actrices más destacadas del panorama patrio del momento.

A las diez de la noche las puertas principales de la ciudad se cerraban para los carruajes y viandantes y nadie podía entrar o salir de Madrid hasta el día siguiente. Por supuesto, la condesa pensaba regresar mucho antes a su residencia, pero estaba inquieta. Había esperado muchas noches volver a los brazos del hombre al que amaba por encima de sí misma y estaba dispuesta a prolongar aquel encuentro el mayor tiempo posible. ¿Y si fuera esa la última vez que pudiera sentir su piel junto a la suya?

La puerta sur del Palacio Real no solía estar muy transitada. Los jardines que se abrían ante ella serpenteaban entre dos fuentes de piedra que conducían a una amplia escalinata. Varias columnas con capiteles cubiertos de volutas y decoración vegetal sostenían la entrada a las estancias privadas del palacio. Parecía no haber nadie por los alrededores. La noche era gélida y, a pesar del frío, la condesa sentía que ardía en lo más hondo de su alma.

—Sois muy puntual —dijo el oficial Valéry, que ya aguardaba a doña Pilar enfundado en una gruesa túnica de color gris—. El rey os espera.

La condesa asintió sin hablar y siguió al oficial con la mirada turbada. Caminó por pasillos cubiertos de alfombras suntuosas y mullidas y atravesó estancias repletas de obras de arte mientras el corazón le martilleaba con fuerza todo el cuerpo. De pronto, Valéry se detuvo frente a una enorme puerta. Era más sobria que las anteriores, de madera oscura y con un pequeño pomo de plata. El ayudante de cámara del rey le hizo una reverencia y, sin mediar palabra, se retiró siguiendo la misma ruta que los había llevado a ambos hasta allí. Doña Pilar respiró profundamente y giró el pomo antes de entrar.

La habitación, apenas iluminada por la luz de dos candelabros y por una confortable lumbre encendida, era pequeña y acogedora. Las paredes, de madera de nogal oscura, estaban cubiertas por tapices flamencos con escenas mitológicas de ninfas y pastores

que correteaban alegres entre pastos de un verde intenso, y en el ambiente se respiraba un aroma cálido y ligeramente perfumado. La chimenea, de mármol blanco, crepitaba en un rincón, lanzando sombras alargadas que parecían seres venidos de otros mundos. En el centro, bajo un discreto dosel, se encontraba una hermosa cama de madera tallada cubierta por sábanas de lino y cojines de seda de color marfil. A un lado, una pequeña mesita de noche con dos copas de vino y una botella de burdeos.

—Has venido. —El rey habló en un susurro.

—No podía ignorar tu nota. Eres la razón de mi vida y la causa de mis desvelos.

José caminó despacio hacia ella. Sin prisa, como si el tiempo esperase a que pudiera alcanzarla.

—He imaginado tantas veces este encuentro. Incluso llegué a pensar que nunca volvería a verte de este modo. No sabía si tendrías valor, pero veo que eres una mujer realmente asombrosa.

—Aquí estoy. Soy tuya, te pertenezco. —La condesa temblaba a pesar de no sentir frío.

Los dos se miraron en silencio. José la agarró por la cintura y la atrajo hacia él. Luego le acarició con suavidad las mejillas y la besó. Al principio sus labios se encontraron con tibieza, como quien acaricia una reliquia sagrada, para luego hacerlo con la pasión y el ansia de la impaciencia. Sus manos se exploraron, se desnudaron para reconocerse y se buscaron con la fuerza de dos cuerpos rendidos a una ternura feroz que les llenaba el alma. Todo lo que habían tratado de esconder era ahora una explosión de deseo, de palabras de amor susurradas al oído mientras la noche seguía su curso.

La lumbre crujía y sus cuerpos resplandecían dejando que el sudor los empapara y se mezclara entre ambos.

—Cuando atraviese la puerta de esta habitación para marcharme, volveré a ser la esposa de otro hombre. —Una enorme tristeza embargó a la condesa tras pronunciar estas palabras.

—Pero eres mía, tú lo dices, y ningún hombre, ningún ejército ni ninguna nación puede arrebatarnos eso.

El rey parecía abatido, estaba cansado y acariciaba el cabello de doña Pilar en silencio mientras ella se encontraba recostada sobre su pecho.

—Yo también tengo una esposa.

La condesa se mordió los labios con suavidad. Era la primera vez que José la mencionaba.

—Se llama Julia y es una mujer prudente, digna y honesta.

—Pero ¿tú la amas? —Doña Pilar se arrepintió de realizar esa pregunta nada más terminar de formularla. No estaba segura de si quería conocer la respuesta.

—La admiro y le estoy tremendamente agradecido por darme dos hermosas hijas. Hemos vivido años de paz y tranquilidad, pero nunca hubo pasión, nunca hubo lo que tenemos nosotros.

José sonó melancólico, apesadumbrado, como si el peso de una antigua culpa que no había podido sacudirse nunca volviera a aparecer de pronto y sin previo aviso.

—Yo tenía veinticinco años cuando la conocí. Era un joven soñador e inexperto, siempre plegado a los deseos de mi hermano Napoleón, a pesar de que yo era el mayor.

La condesa estaba presa del brillo de las llamas en los ojos de José. Necesitaba que siguiera hablando, conocerlo todo sobre él, alargar ese momento.

—¿Y qué pasó?

—Ambos cortejábamos a dos hermanas. Yo estaba enamorado, o al menos eso creía, de la más joven de ambas, Désirée. Apenas tenía dieciséis años. Julia era la mayor y Napoleón se encaprichó de ella. Era una muchacha tímida, muy reservada, inteligente y dulce, con ojos bonitos y unas manos delicadas y aristocráticas.

Doña Pilar se incorporó sobre el lecho para escucharle con más atención.

—Solíamos pasear los cuatro juntos y hablábamos de la vida, de nuestros sueños. Ellas eran hijas de un rico comerciante marsellés y poseían buenas dotes, por lo que Napoleón pensó que sería una gran idea que los dos nos casáramos cuanto antes. Sin embargo, su voluntad y su carácter, siempre autoritario e impasible, hizo que los acontecimientos girasen de modo extraordinario.

—Y ¿qué sucedió entonces? —La condesa se acomodó sobre el pecho de su amante mientras se apartaba un mechón de pelo negro del rostro.

—Creo que Julia siempre estuvo enamorada de mí y yo, como tantas otras veces, me plegué a los deseos de mi hermano. Decidió que él se casaría con Désirée y que yo lo haría con su hermana. Así que eso hice, sin cuestionarle, sin poner ningún reparo a sus designios. A fin de cuentas, nada ha cambiado desde entonces.

Doña Pilar se incorporó y le besó con ternura mientras le acariciaba la cara.

—No es culpa tuya. Tú tienes un corazón noble y bueno y por eso te amo —le dijo para tratar de consolarle.

Sin embargo, José parecía no escucharla. Estaba absorto en sus pensamientos, sumido en un mar de recuerdos que no terminaban por devolverle a la realidad.

—Mi boda con Julia quedó fijada y el 1 de agosto de 1795 nos casamos a las afueras de Marsella. Fue un matrimonio civil, ¡imagina si este pueblo mío, tan fieramente católico, llega a enterarse de que su rey no está casado atendiendo a los designios de la iglesia!

—¿Y qué sucedió con tu hermano? Tengo entendido que no llegó a casarse con Désirée… ¿Por qué nunca llegó a producirse el enlace?

—Napoleón alcanzó el grado de general por la defensa de la ciudad de Tolón contra los ingleses y fue destinado a Niza. Robespierre había caído y se había formado el Directorio. Désirée estaba ansiosa por reencontrarse con mi hermano. Le había estado esperando y deseaba con todas sus fuerzas casarse con él. Sin embargo, poco tiempo después se enteró de que se había comprometido en París con Josefina, viuda y madre de dos hijos, que nunca fue del agrado de nuestra madre, a quien estábamos ambos muy unidos.

José esbozó una sonrisa al recordarla.

—Háblame de tus hijas —le pidió la condesa—. Nunca lo has hecho. Ya sabes que yo también tengo una niña. Es hermosa y

muy inteligente, la razón más importante de mi vida.

El rey suspiró profundamente. Tomó aire con fuerza y abrazó a doña Pilar. Sus ojos vivaces se detuvieron en las estilizadas llamas de la chimenea.

—Tuve una hija, Zenaida. Falleció con algo más de un año de vida. Esto me destrozó por completo. —La voz de José se quebró.

La condesa no supo qué decir, así que permaneció en silencio. Jamás podría imaginar su existencia sin la presencia de la pequeña Amalia a su lado, por lo que comprendía bien el dolor de su amante ante semejante pérdida.

—Me obsesioné tanto que, cuando Julia volvió a decirme que estaba encinta, me empeñé en que, si era niña, nuestra segunda hija llevara el nombre de la que habíamos perdido. El destino quiso que así fuera y Zenaida cumplirá en unos meses ocho años. Después vendría al mundo Carlota. Tiene seis y es una auténtica dulzura. Ambas lo son. Desde luego, soy un hombre con suerte —concluyó mientras besaba con ternura a la condesa en la frente.

El rey la agarró con fuerza de la cintura. Quería volver a sentirla, volver a explorar con los labios todos los rincones de su cuerpo. Doña Pilar se aferró a él con el alma encendida, grabando en su mente cada caricia, cada roce.

—Te amo —dijo la condesa susurrándole al oído—. Jamás podré olvidarte.

Hicieron el amor con deseo desesperado. José hundió sus manos en la espalda de la condesa y esta se arqueó para dejarle entrar en su cuerpo mientras un grito ahogado la estremecía. Se movían agitados con embestidas cortas envueltos en momentos de sosegada calma hasta que, exhaustos y abatidos, terminaron por grabarse el uno al otro de modo perenne en la memoria para no olvidar aquella noche.

Habían pasado más de dos horas desde que doña Pilar entrara en aquella habitación. La noche era ya cerrada y tenía que regresar a casa. El momento de la despedida llegó como llegaría el día dejando paso a una nueva mañana.

—Voy a nombrar a tu esposo gentilhombre de cámara. —El rey la miró con los ojos vidriosos.

Apenas quedaban unas brasas en la chimenea y el ambiente cálido que antes había reconfortado sus cuerpos era ahora más desapacible.

—Estoy segura de que se sentirá muy honrado al aceptarlo.

—Está bien remunerado además de ser un cargo muy respetable —continuó José—. Ahora eres tú quien debe tener cuidado. Se está haciendo tarde y tienes que regresar a casa.

La condesa miró a su amante con los ojos empañados por las lágrimas.

—Te lo ruego, no llores. No quiero que sufras por mí —le dijo tratando de calmar su zozobra—. Tú volverás a tu vida junto a un hombre que no amas y yo volveré a reinar sobre un pueblo que me detesta. En el fondo no somos tan distintos.

Ella se acercó a la puerta con pasos cortos y titubeantes tras vestirse lo más rápido que pudo. No quería irse, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Para las mujeres siempre es todo mucho más complicado, ¿no crees?

José no comprendió muy bien lo que la condesa quiso decirle, pero evitó volver a iniciar una conversación que retrasaría más la marcha de su amante hasta ponerla en peligro.

—Ahora debes irte —le dijo mientras la besaba por última vez.

Después doña Pilar dio media vuelta y salió de la estancia con el firme convencimiento de que sus caminos volverían a encontrarse.

Amalia cerró el diario y, tras retirarse los lentes, comenzó a pensar en lo que acababa de leer. No tenía ninguna duda de que los sentimientos de ambos eran sinceros. ¿De qué modo si no su madre iba a poner en juego a su familia y su reputación? En el caso del rey, las confidencias que compartía con la condesa delataban su irremediable afecto, pero también mostraban al hombre más que al monarca, una persona de carácter débil por la que Amalia comenzaba a tener cierta compasión.

Después de ordenar que los sirvientes recogieran la mesa de la comida, la marquesa de Montehermoso se dirigió de nuevo al salón principal. Había comenzado a llover con fuerza y, a pesar de que no

era un día especialmente frío, el tiempo obligaba a quedarse en casa. Las gotas de lluvia golpeaban los ventanales con un ritmo acompasado y Amalia, antes de sentarse en el sillón junto a la chimenea, observó con nostalgia el verdor del paisaje que rodeaba el castillo. Echaba mucho de menos a su madre y le dolía pensar en la cantidad de momentos que había dejado escapar junto a ella y que ahora solo podía imaginar. Se preguntaba por qué no había sido capaz de sincerarse con ella, pues le hubiera gustado decirle que la entendía más de lo que imaginaba.

La marquesa había decidido que se quedaría allí, sentada, leyendo el diario hasta la hora de la cena. Sentía que cada página era una especie de conversación pendiente, un modo de seguir estando cerca de su madre y de reconstruir un vínculo que solo la muerte había podido desafiar.

El día se había levantado lluvioso y Ortuño se encontraba sentado en la larga mesa del comedor principal degustando su café del desayuno cuando doña Pilar entró para sentarse a su lado.

—¿Has dormido bien, querida? —le preguntó distraído mientras miraba la hora en el enorme reloj de pared que estaba colgado frente al ventanal.

—Bien en la medida en que la situación política en la que estamos inmersos me lo permite. ¿Tú? ¿Has dormido bien?

—No demasiado. Te escuché llegar y era ya tarde. ¿Fue divertida la velada con la marquesa de Villafranca?

—Sí, realmente entretenida. Hacía tiempo que no hablábamos con tranquilidad, y ya sabes lo que ocurre cuando las mujeres nos juntamos. Está también muy preocupada por el desarrollo de esta absurda guerra.

—El rey hace lo que puede, Pilar. Ha decretado el respeto al catolicismo, otorgado garantías para que quienes quieran huir de España puedan hacerlo libremente y acaba de establecer que la población no esté obligada a alojar en sus casas a soldados franceses. ¡No sé qué más puede hacer!

—Tu lealtad hacia él me conmueve. Ojalá todos fueran capaces de ver en José a un soberano que lucha y sufre por su pueblo y

que solo desea ser amado por él.

Ortuño no respondió a pesar de que le extrañó la familiaridad con la que su esposa se dirigía al rey de España. El día acababa de comenzar y asuntos importantes en la Corte reclamaban su atención. Los meses siguientes serían más complicados aún y debía estar al lado del monarca si quería seguir gozando de sus favores, así que, después de besar a su esposa en la frente, salió del comedor con la idea de regresar para la cena.

Entre tanto, Amalia aprendía rápido y se mostraba interesada por todo. Era una niña despierta y cariñosa, y la condesa procuraba pasar tiempo con ella para que no se sintiera demasiado sola tras la muerte de Amaia.

El sol entraba tímido a través de la ventana del cuarto de la niña mientras doña Pilar acariciaba su cabello con delicadeza.

—¿Sabes que los reyes de España, desde hace algo más de cien años, son de descendencia francesa?

Amalia miró a su madre con curiosidad, aunque sin terminar de comprender del todo lo que esta quería decirle. La condesa prosiguió:

—Felipe V fue el primero de ellos y era nieto del rey Sol.

Los ojos de la niña se iluminaron. ¿Es que había reyes también que podían llamarse luna, estrella o cielo?, pensó sin decir nada.

—El rey Felipe V fundó academias, fábricas, trajo a España las costumbres francesas y se rodeó de artistas que le retrataron siguiendo los modelos de su país de origen.

—¿Y todo eso fue bueno, madre? —le preguntó Amalia con inocencia.

—Sí, hija mía. Lo fue, aunque muchos temieron los cambios porque no los comprendieron a pesar de que trajeron muchas cosas que mejoraron nuestras vidas. Igual que sucede ahora.

—A mí no me importa que haya cambios, madre. Si tú dices que son buenos, entonces, yo también creo que lo son.

La condesa sonrió.

—¿Sabes que eres una niña preciosa? He estado pensando que quizá te gustaría posar para un pintor muy importante y que te

hiciera un retrato.

Amalia se tapó la boca con la mano para evitar que un gritito de emoción se escapara de su garganta.

—No se trata de un pintor cualquiera. Me gustaría que lo hiciera el señor Francisco de Goya en persona. Tengo intención de conocerle pronto —añadió con una sonrisa cómplice.

—¿Y podré estar en un cuadro como los reyes famosos de los que me has hablado, madre?

—Claro. Así, cuando seas mayor y mires la pintura, me recordarás siempre y no olvidarás nunca quién eres.

—Pero ¿y si no le gusto al señor don Francisco? ¿Y si no quiere pintarme? —De pronto, el rostro de Amalia se mostró abatido antes de mirar a su madre con desesperanza.

—¡Le gustarás, mi pequeña! Además, Goya no solo es capaz de apreciar la belleza en los rostros, sino también en lo más profundo del alma de las personas, y tú tienes un corazón limpio y puro.

—¿Y podré ponerme el vestido que me regalaste cuando me retrate?

—¿Qué vestido es ese? —respondió la condesa encantada de ver que la idea del cuadro había despertado tanto entusiasmo en su hija.

La niña se mordió el labio inferior en un gesto pensativo.

—El largo de color blanco que me llega hasta los tobillos. Fue un regalo por mi cumpleaños, ¿te acuerdas?

—Por supuesto que me acuerdo, cariño. —La condesa le acarició la mejilla con ternura—. Puedes ponértelo para el cuadro.

—¿Y va a venir aquí don Francisco? ¿A nuestra casa?

—Sí, trataremos de que así sea. Al menos para comenzar el retrato. Luego quizá quiera terminarlo en su taller. Los artistas suelen trabajar de ese modo.

—Y ¿podré hablar con él mientras me pinta y preguntarle cómo lo hace? —Amalia no dejaba de interrogar a su madre, visiblemente emocionada.

—Podrás hacerlo, hija mía. Dicen que es muy amable con los niños y seguro que te cuenta muchas cosas interesantes. ¡Serás una jovencita con mucha suerte!

La tarde acababa de caer sobre Madrid cuando Ortuño regresó a casa. Tenía noticias interesantes que contarle a su esposa, pero estaba cansado, así que pensó que sería mejor dejarlo para otro momento. Creía que la posibilidad de tener nuevos huéspedes en el palacio, tal y como le habían confirmado esa mañana, les alegraría a ambas. Su hija Amalia ya no estaría tan sola y su esposa podría dedicarse a disfrutar más de la ciudad. Era una residencia enorme y precisamente por eso el rey había decidido que no fueran ellos los únicos en habitarla. A Ortuño, como casi siempre, cualquier idea que procediera del monarca le parecía brillante, así que acató la orden con pleitesía y natural sumisión. Todo esto terminaría por convertirle en grande de España, pensó, y los esfuerzos que hasta ahora había realizado acabarían mereciendo la pena.

A Amalia se le escapó una ligera sonrisa cuando leyó entre aquellas páginas el nombre de don Francisco. Le recordaba como un anciano encantador y diligente, un hombre paciente y cariñoso al que siempre le profesó un gran afecto. Además, el retrato que le había realizado había causado una enorme admiración entre sus amistades y para su madre, sin duda, era uno de sus más preciados tesoros artísticos.

La condesa se encontraba aquella mañana en su cuarto de lectura. Había comenzado, hacía apenas unos días, una novela de corte epistolar escrita por Jean-Jacques Rousseau, uno de los hombres más relevantes de las letras francesas. *Julia, o la nueva Eloísa* narraba la pasión amorosa existente entre una joven procedente de la nobleza y su preceptor, un hombre de origen humilde cuya condición social le impedía expresar libremente su amor por Julia. La relación secreta y prohibida entre ambos y la imposibilidad de verse desatarían una intensa correspondencia donde el cuestionamiento de los principios morales de la época y los sentimientos de los amantes formarían parte de la trama principal de la novela. La condesa no podía dejar de pensar en los

paralelismos entre la relación de los protagonistas y la que ella mantenía con el rey. No eran las mismas razones las que hacían imposible que su amor prosperase, pero sí era igual la intensidad de los sentimientos que ambas parejas compartían.

La condesa no podía dejar de pensar en José, en el olor de su cuerpo rozándose contra el suyo y en la intensidad desgarradora de sus besos. De pronto, la puerta de la habitación se tornó ligeramente. Esto la descolocó un poco y trató de sacudirse la fuerza con la que las imágenes de su último encuentro con el rey se acumulaban en su mente.

—Permiso, señora. Hay una carta para usted.

Doña Pilar le dirigió una mirada expectante y le indicó al criado que pasara.

—Gracias —dijo mientras tomaba la nota entre las manos con delicadeza, recogiéndola de una hermosa bandeja de plata repujada.

La condesa reconoció la escritura al instante tras romper el lacre con manos temblorosas.

Querida Pilar:

Espero que estés bien y que, poco a poco, vayas acostumbrándote a tu nueva vida en la capital. He tardado en escribirte, pues quería estar segura de que las noticias que voy a transmitirte no son puras habladurías de personas malintencionadas.

Uno de mis criados conocía muy bien a Amaia, tu antigua institutriz, pues habían trabajado juntos a las órdenes de la señora De la Fe hacía ya algunos años. He conseguido confirmar a través de él que alguien poderoso, perteneciente a los círculos burgueses de la ciudad, ordenó a la joven envenenar al rey. Según él, y por lo que había podido escuchar de boca de la difunta, se trataría de una mujer a la que consideraría como casi de la familia, a quien debía su estabilidad profesional y a la que le unían fuertes vínculos personales. En definitiva, una mujer

poderosa, capaz de influir en su ánimo y con un enorme odio a nuestro rey y a todo lo que este representa.

No imaginas la desazón y sorpresa que esto me causa y, aunque espero que esto no influya muy negativamente en tu ánimo, todo parece indicar que la persona que está detrás de este terrible incidente es alguien muy cercana a vuestro núcleo familiar y que, con casi total certeza, hayáis tratado.

Te ruego que tengas mucho cuidado. Los tiempos en los que nos ha tocado vivir son complejos y nada seguros para ti. Entiendo muy bien que trates de buscar tu felicidad, pero no olvides que somos mujeres y nuestras opciones y posibilidades de éxito son escasas. Estoy convencida de que llegará el día en que esto cambie y las circunstancias puedan resultarnos más favorables, pero, hasta entonces, cuídate y acepta con elegancia y resignación que nuestro tiempo aún no ha llegado.

LORETO

Doña Pilar leyó la carta tres veces y, en cada una de ellas, una tremenda punzada le atravesó las entrañas. Su rostro era la viva imagen de alguien venido de otro mundo, con la mirada perdida, ausente, las manos temblorosas y el cuerpo desencajado. Una sospecha se había anidado en su mente desde hacía días y esta carta había venido a terminar de confirmarla. Sin embargo, le resultaba tan descabellada y perturbadora que trató de alejarla de su pensamiento. En modo alguno se atrevía a admitir que pudiera ser cierta. Así, la condesa guardó esta sospecha en el más absoluto de los silencios. Sabía que, hasta que descubriera la verdad, el nombre que tenía en mente le golpearía la sien con la fuerza de una losa que se hunde en el océano. Pero ¿cómo podría tener la certeza de que no estaba equivocada? ¿Cómo descubrir si su corazonada era cierta?

17
Encuentros desafortunados

Madrid, marzo de 1809

—¿Sabes, querida? El rey tiene intención de llevar a cabo un plan de obras públicas. —Ortuño parecía muy animado aquella mañana.

La condesa, por su parte, se sentía algo abatida. No solo por el contenido de la carta de Loreto, sino porque, desde la última noche que pasaron juntos en palacio, José no había dado señales de vida. El marqués continuó hablando:

—Va a abrir plazas por toda la ciudad e incluso se le ha ocurrido remodelar la de Oriente. La verdad es que nuestro rey es un hombre digno de admiración. A pesar de que aquí todo el mundo le odia, él no ceja en su empeño. Realmente debe ser importante sentirse amado…

La primavera estaba a punto de hacer su entrada. El frío invierno había dado paso a la calidez seca de una mañana sin apenas brisa. Ortuño prosiguió con su alegato.

—De hecho, los madrileños le llaman Pepe Botella —dijo con la mirada fija en su taza de café.

—¿Cómo dices? —respondió doña Pilar despertando de su inicial abatimiento.

—Nuestros enemigos, siempre al acecho y armados con lenguas afiladas, han difundido el bulo por toda la ciudad de que José es un alcohólico, un hombre sin moral que se entrega a la bebida con tanto gusto como desatiende las cuestiones de esta España nuestra.

—José ¿un borracho? Pero ¡si es casi abstemio! —exclamó la condesa sin poder evitar emitir una sonora carcajada.

A Ortuño no le sorprendió el tono familiar con el que su esposa se dirigió al monarca, pues no era la primera vez que lo hacía. Dio un nuevo sorbo a su taza de café y continuó, bienhumorado, con la conversación:

—Desde luego, tiene un gran interés por todo lo español, pero no por la bebida. Va a instaurar de nuevo las corridas de toros, a pesar de que las considera un espectáculo bochornoso, y ¡acude a misa casi todos los días! Sin embargo, sus esfuerzos son en balde y nada parece ser suficiente para que el pueblo se ponga de su lado. —De la voz del marqués se desprendía un cierto resquicio de tristeza.

Doña Pilar no podía soportar saber que el hombre a quien amaba se desvivía por ser correspondido en unos afectos y un vasallaje que jamás llegarían. El pueblo español era orgulloso y poco dado a amar lo que desconocía. Ortuño pareció darse cuenta de que la conversación entristecía a su esposa, así que cambió el rumbo de sus cavilaciones.

—Por cierto, llevo días queriendo comentarte algo.

—Tú dirás —respondió doña Pilar expectante.

—Vamos a tener compañía en esta casa.

La condesa apenas se inmutó mientras miraba a su esposo con firmeza esperando que continuara.

—El general Hugo llegará a Madrid en unos días y tiene intención de instalarse aquí con su familia. La guerra está resultando tremendamente agotadora y necesita un sitio confortable donde poder descansar y dirigir los asuntos militares que le ocupan. Además, estará cerca del rey en caso de que este le necesite, por lo que debemos procurar hacerle la estancia lo más agradable posible.

—Este lugar es lo suficientemente grande para todos —exclamó doña Pilar emitiendo un pequeño suspiro—. Además, podré charlar y hacer amistad con su esposa. Estoy segura de que será una mujer de lo más agradable.

—Lamentablemente, querida, la señora Hugo no viajará a Madrid con su marido. Ha preferido permanecer en París. Creo que las cosas en su matrimonio no marchan como debieran. El general es un hombre muy apuesto que resulta de gran atractivo para las mujeres y parece que no gusta de conformarse únicamente con la suya…

—¿Qué estás queriendo decir con eso? —La condesa sabía muy bien a qué se estaba refiriendo su esposo, pero prefirió formularle la pregunta con la intención de transmitirle una ingenuidad de la que ya no gozaba.

—Querida, sabes que no es de caballeros hablar con sus mujeres de las relaciones que otros hombres mantienen fuera del matrimonio. El varón, por naturaleza, tiene necesidades de las que vosotras carecéis.

La rotundidad de Ortuño sorprendió a la condesa. No podía cuestionar ni a su esposo ni lo que acababa de decir, pero ella estaba segura de que sentía la misma urgencia y necesidad que los hombres. Un instinto casi animal que la arrastraba continuamente al origen de sus desvelos.

—En cualquier caso —continuó el marqués—, no te dejes engañar por la afición del general al coqueteo. Conoce el ejército como nadie y es uno de los hombres de confianza del rey. A muchos les cuesta admitirlo, pero su opinión pesa más de lo que algunos quieren creer.

—¿Pero dices que vendrá acompañado por sus hijos? —preguntó la condesa intentando reorientar la conversación.

—Así es. Creo que son tres varones. El general quiere que conozcan nuestras costumbres y aprendan bien el idioma. Además, seguro que alguno es de la edad de Amalia y podrán hacer buenas migas. ¡También nuestra hijita necesita relacionarse y hacer amistades!

Doña Pilar esbozó una sonrisa. Estaba segura de que a su pequeña le vendría muy bien conocer a niños de su edad y divertirse un poco. La muerte de la institutriz no había minado su carácter afable ni su alegría natural, pero resultaba imprescindible que continuara así, y esto sería un buen modo de lograrlo.

Madrid, 12 de mayo de 1809

La primavera estaba a punto de hacer su aparición y la ciudad hervía de agitación con la llegada de los primeros días cálidos. El invierno había sido duro y la guerra continuaba librándose en los campos de batalla de toda España. La de Uclés, al noroeste de

Cuenca y ocurrida a comienzos de ese año, había supuesto un importante triunfo del ejército francés para asegurar la apertura de la puerta al control de Andalucía. A esta siguieron algunos triunfos importantes de los extranjeros, alentados por el empuje de sus generales, especialmente en la zona de Extremadura y también en Galicia de la mano del gran estratega Jean-de-Dieu Soult.

Por su parte, las calles de Madrid estaban atestadas de gente con vidas dispares que seguían su curso. Carros con mercancías, criadas, caballeros y hasta algún borracho rezagado formaban parte de un pintoresco bodegón que tenía como fondo algunas de las principales vías de la ciudad. Las conversaciones elevadas, los olores intensos y la actividad incesante obligaban a despertar de la melancolía.

Aquella mañana la condesa había salido a pasear por los alrededores del palacio acompañada de una de sus criadas. El sol lucía espléndido y solo unas ligeras nubes impedían que el cielo estuviera completamente despejado. Tenía intención de visitar a la condesa del Valle de San Juan en su residencia de la plaza de los Mostenses, pero, en lugar de trasladarse en carruaje, esta vez necesitaba mezclarse con la gente. Sin noticias de José y sin ninguna pista más sobre la muerte de Amaia, el tiempo transcurría lento y la vida carecía de interés. Sentía que solo su hija Amalia llenaba parte de ese vacío que la hacía estremecer cuando, de noche, las sombras de su habitación terminaban por empañar su evocadora mirada de antaño. Se había convertido, sin apenas darse cuenta, en una caricatura de sí misma y necesitaba sentirse de nuevo viva. Por eso pensó que el pálpito del mundo, su latir y su continuo movimiento la empujarían a no quedarse atrás, a querer continuar a pesar de saberse nada en medio de él.

Ortuño estaba siempre ocupado en asuntos políticos y militares y cada vez pasaba más tiempo fuera de casa. Apenas veía a Amalia para darle un beso de buenas noches, y esto preocupaba mucho a doña Pilar. Sabía que, como hombre que era, no tenía ninguna responsabilidad sobre el cuidado y la educación de su hija y que esa tarea le correspondía en exclusiva a ella. Sin embargo, no podía evitar pensar que el cariño y el amor de Ortuño proporcionarían a Amalia herramientas más sólidas con las que construirse

afectivamente, aunque nada pudiera hacer para lograrlo. No eran más que pensamientos descabellados fruto de una melancolía que no terminaba por desaparecer.

Si José se sentía atado al trono de España, ella se sentía encadenada a él. Una condena que, a pesar de ir consumiéndola, le resultaba placentera.

Doña Pilar caminaba entre la gente absorta en sus pensamientos, desganada, pero con sus sentidos llameantes. Era una mujer curiosa, sensible e inteligente, y esas cualidades permanecían aún latentes en ella.

El calor se hacía notar y decidió pararse, junto a su criada, a descansar bajo la sombra de un árbol de hojas frondosas que se alineaba siguiendo el estrecho trazado de una calle donde un grupo de hombres de aspecto distinguido estaban charlando.

—Es un auténtico despropósito lo de este rey nuestro, señores. —Un hombre de pelo cano, vestido con levita de paño oscuro y apoyado sobre un bastón hablaba dirigiéndose al grupo.

—¿Nuestro, dice usted? Ese no es más que un usurpador, un intruso, ¡un ladrón coronado! —exclamó otro de tez rojiza y barriga prominente.

—Un francés que no tiene alma ni tiene fe —completó el más joven antes de extraer del bolsillo de su chaleco un reloj de cadena para consultar la hora.

El más anciano continuó hablando:

—¿Saben que nuestros conventos, monasterios e iglesias están siendo expoliados para mayor gloria del imperio? Sus bienes han sido nacionalizados y ha llegado hasta mis oídos la intención del Plazuelas de crear, con todos ellos, un museo que lleve su nombre a semejanza del Museo Napoleón de París.

—No hay derecho a que un extranjero robe a nuestro clero lo que por derecho les pertenece. Solo espero que arda en el infierno —replicó el más orondo.

—Ten por seguro que así será, amigo mío. No podrá escapar de su destino, y este ya está trazado. La furia de lo alto caerá sobre él inmisericorde como un rayo atraviesa el cielo en mitad de una tormenta de verano —respondió con vehemencia el anciano.

—Las glorias artísticas de este país son sagradas y Madrid ha de custodiarlas como símbolos de nuestro pasado y de nuestro presente —concluyó el más joven.

—Al menos parece que va a volver a instaurar las corridas de toros. Ya va siendo hora de que podamos disfrutar de una buena faena. ¡Qué lástima que ya no volvamos a ver a Pepe-Hillo, señores! ¡Maldito el morlaco que le hirió de muerte! Aún lo recuerdo… —El mal humor del gordinflón pareció evaporarse de pronto para dar paso a la nostalgia.

—No me fío ni un pelo de los gabachos. Y menos de este, un pelele en manos de su hermano. —El hombre joven cambió el rumbo de la conversación mientras se atusaba su escueto bigote antes de continuar hablando—: Todos saben que es un rey sin personalidad al arbitrio de los designios de Napoleón.

—Además de estar rodeado de una corte de ineptos que siguen sus órdenes sin cuestionarlas a cambio de una posición holgada desde la que complacer a sus fulanas —sentenció el tercero.

El veneno de aquellas palabras le llegó muy hondo a la condesa. Tanto que su ánimo terminó por resquebrajarse.

—Volvamos a casa —dijo dirigiéndose a su criada y tratando de contener las lágrimas.

Durante el camino de regreso al palacio de Masserano fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Se encontraba sin fuerzas y la única imagen que, recurrente, volvía una y otra vez a su mente era la de José. No la del rey desalmado de la que aquellos hombres hablaban, sino la del hombre al que amaba, sensible, cálido, apasionado.

Ya en su residencia, y tras atravesar la entrada principal del palacio, se dirigió, escaleras arriba, hacia su habitación. Sin fuerzas para desvestirse y aún con un grácil tocado en la cabeza, se arrojó sobre la cama y lloró desconsolada. ¡Se sentía tan desgraciada! Nada había salido como ella hubiera deseado. Jamás imaginó que la España a la que tanto amaba se resquebrajara asolada por la guerra y, mucho menos, que iba a enamorarse de un rey extranjero que debía reconducir el destino de esa patria que sentía cada vez más lejana.

Lloró tanto que se quedó dormida, inmersa en una pena sólida como una muralla silenciosa. No fue consciente del tiempo que había

transcurrido hasta que un suave golpe en la puerta la sobresaltó.

Doña Pilar se incorporó con rapidez, se secó los restos de lágrimas que habían empapado sus mejillas, se colocó el tocado sin ni siquiera mirarse al espejo y respondió a la llamada.

—Adelante, puede pasar.

La criada que la había acompañado durante el funesto paseo vespertino se encontraba en el umbral de la puerta de su habitación con una nota de papel entre las manos.

—Acaba de traerla el ayudante de cámara del rey, señora —dijo mientras se la entregaba con sutil delicadeza, a pesar de que no había empleado la bandeja de plata de rigor para su traslado.

La condesa trató de disimular su evidente excitación y no reparó en la obvia falta protocolaria.

—Muchas gracias, puede retirarse —respondió, deseando que la criada saliera de la habitación para leer con calma la misiva.

Doña Pilar desdobló la hoja y leyó.

A la atención de los marqueses de Montehermoso:

La condesa levantó la mirada. La carta iba dirigida al matrimonio, pues era el marquesado de Montehermoso, título ostentado por Ortuño tras varias generaciones, el que primaba para dirigirse a ambos. Sin embargo, a doña Pilar le gustaba que la distinguieran por los suyos propios, III condesa de Echauz y V condesa del Vado, ambos con fuertes raíces en la zona navarra.

La nota continuaba de modo escueto:

> Su majestad, el rey de España, tiene el gusto de invitarlos a la corrida de toros que tendrá lugar, el próximo 28 de mayo, a las 4 de la tarde, en la plaza de la Puerta de Alcalá.
>
> José Napoleón I

La condesa temblaba de arriba abajo fruto de la emoción. Se trataba de una especie de vértigo dulce que le subía desde el estómago hasta el rostro como olas salvajes en medio del océano. ¡Volvería a verle de nuevo! Apretó la nota contra el pecho mientras caminaba alterada por la habitación sin dejar de pensar qué vestido

elegiría para la ocasión. Tal vez el azul de encaje de Bruselas o quizá mejor el de color carmesí, a juego con sus carnosos labios.

El único inconveniente era que Ortuño debía acompañarla. Un pequeño contratiempo que se evaporaba por completo al volver a pensar en tener a José cerca de ella. Quería estar radiante para él y, a pesar de que aún quedaban varios días para su encuentro, los había comenzado a contar como se cuentan los pétalos de las flores que se deshojan esperando al amado. La incertidumbre y la tristeza de la mañana se habían vuelto ligeras, livianas, y la luz del mundo había vuelto a encenderse para ella.

—Querido. —La condesa había estado esperando la llegada de su esposo para comentarle la buena noticia—. Ha llegado una invitación de su majestad el rey. Quiere que le acompañemos a presenciar una corrida de toros que tendrá lugar el próximo día 28.

—¿El 28 de mayo, dices? Me va a resultar imposible. Iba a comentártelo, pero te has adelantado. Tengo previsto viajar a Vitoria. Quiero trasladar aquí algunos de los ejemplares de mi biblioteca y, además, me pasaré por la Real Sociedad de Amigos del País. Es importante que charlemos sobre la situación económica que estamos viviendo y cómo hemos de afrontarla, especialmente desde el punto de vista cultural.

La condesa ya había perdido el hilo de lo que su esposo trataba de explicarle. En ausencia de Ortuño, no tendría que disimular en exceso lo que sentía por José, a pesar de que muchas miradas estuvieran puestas en ella. Cada vez le importaba menos lo que la gente pudiera pensar y más lo que su corazón y su cuerpo deseaban. Y eso no era otra cosa más que a él.

18
Una confesión muy dolorosa

Madrid, 28 de mayo de 1809

El cielo de Madrid era de un azul resplandeciente y la luz del mediodía se colaba por los elevados ventanales de la alcoba de la condesa para reflejar su dorada silueta.

En las calles ya se escuchaba el bullicio de la ciudad expectante por la restauración de un espectáculo que entusiasmaba al pueblo madrileño. Había sido Carlos IV quien, a instancias de su ministro Godoy, había prohibido las corridas de toros mediante una real pragmática en 1805. No obstante, muchas localidades y regiones del reino habían hecho caso omiso de la prohibición y continuaron celebrando un evento tan arraigado en la sociedad española.

La condesa se encontraba en ropa interior, de pie, frente a un gran espejo de cuerpo entero. Sobre su cama se desplegaban varios vestidos: uno de seda verde con encajes bordados en el escote, dos de muselina con decoraciones de hilos de oro y plata en las mangas y en la parte inferior de la falda y otro de color azul turquesa de mangas abullonadas y talle delicado que ensalzaba su esplendorosa figura.

Doña Pilar se había hecho acompañar de dos criadas que, coordinadas a la perfección, se encargaban de distintas tareas. La más joven le recogía el cabello en un moño a media altura fijándolo con dos peinetas de carey con decoración floral mientras la criada de más edad le colocaba premeditadamente a ambos lados del rostro dos tirabuzones simétricos.

—Creo que voy a decantarme por el azul turquesa —dijo mientras señalaba con su índice el vestido que se encontraba sobre su

cama.

Una de las doncellas se apresuró a cogerlo para entregárselo.

—Ayúdeme a ponérmelo —le solicitó emocionada.

La condesa estaba radiante. Para completar el conjunto sacó de uno de sus joyeros un collar de perlas que había pertenecido a su abuela paterna, unos pendientes a juego en forma de lágrima y una pulsera de brillantes que relucía como el mismo sol que atravesaba tímidamente los amplios ventanales del palacio. A continuación extrajo del cajón superior del tocador un hermoso abanico de seda pintado a mano con bordes de encaje negro y lo agitó con fuerza para tratar de paliar el calor que le recorría todo el cuerpo.

Caminó hacia una de las ventanas. Las doncellas acababan de retirarse y la soledad volvió a invadirla, una vez más. Miró a través del cristal en dirección a la calle. El sol seguía brillando y las damas, tocadas con mantillas, tomaban asiento en sus carruajes que traqueteaban por las calles polvorientas rumbo a la plaza. Sin embargo, ella se dirigía a un destino más incierto y peligroso, aunque aún no lo supiera.

El coso era un clamor. La multitud rugía enfervorizada y el colorido de las guirnaldas y de las banderas y pañuelos colocados sobre las gradas y balcones daba al ruedo un aspecto cargado de simbolismo y de cierta tensión. Para facilitar la sombra, para los asistentes más distinguidos se habían dispuesto toldos que cobijaban a las damas de la alta sociedad, a los nobles y a algunos militares franceses de rango ubicados, en su mayor parte, en los balcones y palcos. Debajo de estos se encontraba la grada cubierta con varios tipos de asientos, mientras que la contrabarrera, la parte más cercana al ruedo, estaba reservada a los toreros y sus cuadrillas. Por su parte, las clases populares se apretujaban de pie en los lugares más alejados, siempre al sol esperando el comienzo de la faena.

La condesa había ido acompañada por la marquesa de Lazán, María Gabriela de Palafox Portocarrero, una de las mujeres más hermosas de la corte madrileña y hermana de la marquesa de Villafranca. Se les había asignado un lugar cerca del rey, pero este

aún estaba por llegar, así que las dos amigas se pusieron a conversar animadamente.

—¿Has visto quién está dos palcos más a la derecha, querida? —preguntó la marquesa de Lazán, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—No, no alcanzo a distinguirlo desde aquí —contestó doña Pilar con curiosidad.

—Es Goya. Me retrató hace ya algunos años. ¡Es tan armonioso en sus composiciones!

—¡Goya! —exclamó la condesa—. Me encantaría conocerle. Llevo tiempo pensando en que podría hacerle un retrato a mi hija Amalia. Nada me gustaría más.

—¡Pues claro! Es un hombre muy amable y cordial, aunque ya entrado en años y con muchos achaques. ¿Quieres que nos acerquemos a saludarle y así te lo presento? —La marquesa de Lazán ya se había levantado de su asiento y se dirigía hacia el palco del pintor.

Doña Pilar la siguió. El público estaba inquieto y el barullo iba en aumento. Por su parte, los oficiales franceses, con sus uniformes impolutos, parecían expectantes, con una mezcla de desdén y curiosidad que les profería un singular atractivo.

—¡Don Francisco! —exclamó la marquesa haciendo señas desde lejos al pintor sin ningún resultado—. Está bastante sordo, así que tendremos que acercarnos más.

La condesa sonrió tímidamente a su amiga ante el comentario.

Apenas habían llegado al palco del artista cuando este reconoció de inmediato a una de sus más distinguidas clientas.

—Me da mucha alegría verla, señora marquesa. Está usted más hermosa si cabe que la última vez que nos encontramos.

La mujer esbozó una tímida mueca de complacencia.

—Es usted muy amable, don Francisco, pero permítame que le presente a mi amiga la condesa de Echauz y del Vado, marquesa de Montehermoso.

—Es todo un placer conocerla, señora. —Goya permaneció unos instantes mirándola.

—El placer es mío —respondió doña Pilar agitando con gracia su abanico—. Le admiro desde hace tiempo. Sus retratos y su forma de pintar encierran mucha verdad, tanta que conmueve.

El viejo pintor inclinó levemente la cabeza sin realizar ningún comentario.

—Por eso, si me lo permite, me atrevo a formularle una petición. Me encantaría que pintase un retrato de mi hija Amalia. Tiene casi nueve años y posee una personalidad inocente y tierna que desearía inmortalizar antes de que el tiempo la marchite.

—Será un gusto cumplir su petición —respondió el artista asintiendo—. Los niños tienen una mirada tan especial que exige que sean retratados con franqueza.

—¡Entonces debe conocer el palacio de Masserano! —La marquesa de Lazán intervino en la conversación para facilitar el encuentro del pintor con su amiga—. Es una residencia agradable y luminosa, además de muy confortable para llevar a cabo su trabajo.

—Cuente con mi visita, señora condesa. Si todo es como dicen y si su hija es solo la mitad de bella que usted, el retrato será todo un éxito —replicó el pintor besando la mano de doña Pilar.

De pronto se hizo el silencio. El rey acababa de hacer su entrada en la plaza flanqueado por un grupo de militares y por sus hombres de confianza. Caminaba con paso firme y rostro sereno.

Las dos amigas volvieron rápidamente a su palco antes de que José se instalase en el suyo. El murmullo de la gente terminó por convertirse en una especie de zumbido molesto hasta que algunos silbidos, toses forzadas y gritos comenzaron a escucharse.

—¡Franchute de mierda! —se oyó de pronto en medio del jaleo.

—¡Vuélvete a tu país, aquí no eres bien recibido! —exclamó alguien al que ninguna de las dos amigas logró distinguir entre la muchedumbre.

El monarca, haciendo caso omiso de los comentarios, saludó al respetable antes de indicar con un gesto el comienzo del festejo.

Tras el sonido de los clarines y timbales, el primero de los seis morlacos de la ganadería de Zalduendo saltó al ruedo entre gritos y aplausos. Negro azabache, de hocico espumeante y porte bravío,

fue guiado por el capote de un peón hasta dejarlo listo para iniciar el tercio de varas. Era el momento en que los picadores, a lomos de caballos, herían con picas al animal con la intención de debilitarlo para la lidia. Tras esto, los banderilleros clavaban pares de banderillas en el lomo de los toros para aumentar el dolor del animal e ir mermando sus fuerzas hasta que, finalmente, los matadores lidiaban con el capote los toros que les correspondían a cada uno para terminar dándoles muerte con la espada.

La condesa, que era una gran aficionada al arte de la tauromaquia, conocía muy bien cada una de las fases de la lidia y gustaba de disfrutar de un buen espectáculo si la tarde se presentaba propicia. Sin embargo, le resultaba muy complicado concentrarse en la corrida teniendo a su amante a solo unos pocos pasos de ella. Ni siquiera se habían saludado aún y sus ojos buscaban los suyos como el toro manso busca las tablas para protegerse del dolor.

Aunque el festejo transcurrió sin incidentes, el público aún vociferó exaltado varias veces más contra el rey y contra la presencia francesa en Madrid.

Poco antes de que José Cándido entrara a matar a Bailaor, un jabonero de cuernos largos y afilados con los cuartos delanteros bien asentados, uno de los hombres del rey, de mediana estatura, pelo negro corto, ojos hundidos y nariz prominente, se acercó a ella y le susurró al oído:

—Su majestad solicita su presencia en palacio cuando finalice el espectáculo. Un coche negro tirado por dos corceles pardos la está esperando desde ahora mismo en la puerta de entrada. Salga ya con discreción.

El rostro de doña Pilar palideció por un instante antes de responder. Para entonces, el misterioso hombre había desaparecido. De todos modos, ya no necesitaba nada más de él. Saber que su amante deseaba encontrarse con ella una vez más la colmó de una felicidad tan intensa como frágil.

—Discúlpame, querida Gabriela, pero he de irme. Parece que Amalia, mi hija, se encuentra resfriada y no puedo dejarla sola por

más tiempo. Espero que lo comprendas —dijo la condesa tratando de parecer preocupada.

—¡Vaya! No pasa nada, seguro que no será de gravedad. Con los cambios de temperatura y la llegada de la primavera es algo bastante frecuente —restó importancia la marquesa—. Además, la corrida prácticamente ha terminado.

—Gracias, Gabriela. Ha sido una tarde realmente agradable. Y ya sabes que estás invitada a tomar el té a mi residencia en cuanto estés libre de tus incesantes ocupaciones benéficas. Me encantará que charlemos sobre Goya y su capacidad para el retrato. ¡Quizá para entonces haya ya comenzado el de mi pequeña!

La condesa esbozó una sonrisa mientras salía en dirección al lugar indicado por el hombre del rey. El último de los toros ya había sido retirado después de la lidia y la gente, entre vítores y ovaciones, había dado por concluida la jornada. Sin embargo, aquella tarde no solo se lidiaron media docena de lustrosos morlacos, sino que también se combatió contra el orgullo de un pueblo y contra la tradición de un país que resistía con firmeza en tiempos de guerra.

Amalia no estaba del todo preparada para volver a leer las emociones vividas por su madre en un nuevo encuentro amoroso con el rey, por lo que pidió a Josefa que trajera los restos de la botella de vino que habían sobrado de la noche anterior.

Era temprano aún para comenzar a beber, pero estaba segura de que aquel delicioso caldo terminaría por reconfortarla.

De pronto una corazonada le golpeó el pecho. ¿Había sido su relación con José la que había precipitado el exilio de su madre? ¿Había antepuesto el amor por aquel hombre no solo a su familia, sino también a su patria? Ella sabía bien que la condesa jamás había querido vivir lejos de su país. Hablaba de España desde la distancia con devoción y había escrito muchas cartas al rey Fernando para que le permitiera volver sin ningún resultado. Hasta había tratado de que miembros importantes de la burguesía afines al Borbón intercedieran por ella, pero todo había sido en vano. Sin duda el

precio que había pagado por ser fiel a sus convicciones y sentimientos había sido alto.

Amalia recordaba muy bien el momento en que su abuela paterna le contó que su madre se había marchado de España como consecuencia de la guerra. Tenía apenas catorce años y, a pesar de que ya no era una niña, jamás sospechó que la principal causa de su exilio había sido seguir al hombre al que amaba. España estaba dividida, el peligro era patente para quienes se codeaban con las altas esferas. Tanto su madre como su padre habían tenido contactos al más alto nivel político, económico y militar, por lo que Amalia entendió como razonable, desde sus ojos de muchacha, el exilio de su madre. Era cierto, no obstante, que las prisas llegaron a llamar su atención. En alguna que otra ocasión se preguntó si la condesa no habría olvidado que dejaba atrás a su única hija.

Con el tiempo, Amalia se esforzó en maquillar la distancia y la premura de su madre con comprensión. Ella la quería, no podía dudar de un principio tan fundamental. Pero no siempre fue capaz de mantener a flote esa creencia. Durante algunos años, cuando dejó de ser una chiquilla y se convirtió en una mujer, Amalia permaneció quizá algo lejos de doña Pilar. Sentía cariño, pero también frialdad, si pensaba en ella. Le dolían el tiempo y la distancia. ¿Era rencor? Poco importaba. Este no ganó la batalla y madre e hija volvieron a estar juntas cuando tuvieron la oportunidad. Ahora, al fin, Amalia comprendía el dolor devastador que las había consumido a ambas en silencio. No eran tan diferentes la una de la otra.

La siempre servicial Josefa le sirvió una copa de vino y se retiró dejándola de nuevo a solas, así que se dispuso a continuar leyendo.

> Cuando llegó al Palacio Real ya había anochecido. Fue de nuevo el ayudante de cámara de José quien recibió a la condesa, pero, esta vez, no la condujo a la discreta habitación donde los amantes habían compartido lecho la última vez. Ahora, el ayudante de su majestad la acompañó hasta un salón de dimensiones considerables, más frío e impersonal, y le pidió que esperase la llegada del rey.

Doña Pilar respiraba entrecortada fruto de la excitación del momento. De pronto escuchó unos pasos. Su corazón latía con fuerza. José abrió la puerta de la estancia. Vestía uniforme militar y se movía de forma elegante, aunque contenida. Se acercó a ella y, mientras la tomaba de la cintura, le susurró al oído:

—Estás realmente hermosa.

La condesa ya estaba absorta en sus ojos y no supo qué responder. José la miró con calma, como recreándose en cada una de las líneas de su rostro.

—Te he hecho llamar porque tengo algo importante que decirte, algo que no puede esperar. —El rey cambió el gesto—. Algo doloroso para ti y también para mí.

Doña Pilar tensó su cuerpo, se enderezó y escuchó con atención, a pesar de que toda ella era como una frágil y delicada rama que el viento mecía a su antojo.

—Se trata de Amaia.

La condesa no parpadeó y siguió escuchando al monarca.

—Ella sola no podía estar detrás de la empresa de atentar contra mí, así que mandé investigar el asunto para descubrir quién o quiénes dirigían los hilos de la operación.

—¿Y? —se atrevió a balbucear doña Pilar apenas con un hilo de voz.

José suspiró y la miró con gravedad, con compasión.

—Fue tu madre quien urdió este descabellado plan, querida. Quiere verme muerto y, junto con su esposo, tu padre, están reclutando hombres armados y trabajando mano a mano con miembros del clero y con personas leales a su causa con la intención de consolidar guerrillas que se enfrenten con firmeza a mis ejércitos.

La condesa dudó, los párpados le temblaron, pero luego volvió en sí e intentó dar sentido a los pensamientos que bullían en su mente.

—¿Mi madre? ¿Una asesina?

No podía mentirse a sí misma ni a José y confesar que no lo había sospechado. Doña Luisa mantenía una relación estrecha con Amaia y, además, era famosa su animadversión por todo lo

francés. Pero una cosa era imaginarlo y otra oírlo de los labios de José. ¿De veras había intentado su madre matar al hombre que amaba?

—La política cambia a las personas y tu madre odia todo lo que tiene que ver con Francia y, por supuesto, conmigo. Incluso detesta lo que sientes por mí. ¿O acaso crees que no lo sabe?

Doña Pilar trató de disimular, pero fue en vano. José la conocía demasiado bien, aunque evitó hurgar más en la herida.

—¿Y tú? —respondió la condesa tratando de olvidar por un instante a su madre y todo lo que estaba por venir—. ¿Qué es lo que sientes por mí?

El rey la miró a los ojos antes de responder. Tenía una mirada dulce y sus ojos, pequeños y brillantes, la traspasaron por completo.

—Desde el primer día que te vi supe que serías mía —respondió con rotundidad mientras le acariciaba con suavidad las mejillas—. Pero sabes que tengo otra familia y que nuestros destinos, hoy unidos por esta causa y por el amor que nos profesamos, no podrán permanecer siempre juntos.

Doña Pilar, aún a sabiendas de que el rey tenía razón, no pudo evitar dejar escapar una lágrima solitaria que fue a detenerse en el borde de su boca.

—Vendrán días difíciles, querida. Y no solo necesito tu amor, sino también tu lealtad. —José le retiró con su índice aquella lágrima furtiva.

—¿Y qué le ocurrirá a mi familia? —acertó a decir temerosa de escuchar una respuesta para la que no estaba preparada.

—Son muy cuidadosos y están muy bien relacionados, pero has de comprender que quien se enfrenta a mí también se enfrenta a Francia, y ni siquiera los de tu misma sangre podrán salir indemnes de tan alta traición.

Las palabras de José atravesaron el estómago de la condesa como puñales afilados.

—Ahora debo irme —continuó el rey—. Solo necesitaba decírtelo y que escucharas de mis labios la verdad. Pero tú no puedes hacer ya nada por ellos.

El monarca abandonó la estancia dejando tras de sí una cortina densa y pesada de angustia y padecimiento en doña Pilar. Sola, temblando y asustada, miró hacia la puerta cerrada del salón y se acarició la mano que él había rozado minutos antes.

Las peores sospechas de Amalia se habían cumplido. Su abuela doña Luisa había estado detrás del complot para matar al rey de España. La marquesa de Montehermoso bebió de un trago el vaso del burdeos que se encontraba sobre la mesita de madera de caoba colocada junto al sillón. ¿Qué iba a ocurrirle ahora a su abuela? Nada sabía de esta historia y jamás había tenido noticias de que ella hubiera padecido ningún sufrimiento por causa alguna, así que por unos instantes se quedó paralizada, contemplando sin pestañear la cubierta desgastada de cuero rojo del diario. ¿Cómo había sido posible guardar ese secreto durante tantos años y por qué nunca nadie le había contado nada?

19
Invitados ilustres

Madrid, 14 de junio de 1809

Doña Pilar no contó nada a su esposo del episodio ocurrido con el rey. Se limitó a narrarle todo lo que se había divertido en la plaza junto a la marquesa de Lazán y su intención de invitarla a tomar el té en pocos días.

Ortuño se encontraba aquella mañana y, como casi siempre durante los últimos meses, ocupado en asuntos de Estado. La guerra estaba recrudeciéndose y los españoles no daban su brazo a torcer. Tenían como aliados a los ingleses y confiaban en darle la vuelta a una situación que no les resultaba para nada favorable. Las batallas se estaban librando por doquier en todos los rincones de España. El ejército del mariscal Víctor se había concentrado en la ciudad de Mérida asolado por las tropas inglesas de Arthur Wellesley y Ortuño le había contado que el rey había ordenado que se trasladasen a Talavera para poder marchar en su auxilio desde Madrid. Por su parte, el recién nombrado capitán general de Castilla la Nueva, García de la Cuesta, había llegado a un acuerdo con los ingleses y la situación para el ejército napoleónico había cambiado drásticamente, pues ahora era mucho más vulnerable.

Nada parecía indicar en el hogar de doña Pilar que, fuera de sus muros, el reino entero estuviera librando mil batallas y que su propio cuerpo sirviera de trinchera para tantas otras. Amalia crecía feliz en el palacete, que hacía las veces de oasis, de bastión ante las desgracias. En algunas ocasiones, doña Pilar añoraba a la institutriz y también recordaba con nostalgia Vitoria, caminar tranquila por sus calles, las visitas de Loreto y de Teresa y las

hermosas tardes de verano impregnadas del inconfundible aroma a tierra húmeda.

Sumida en sus recuerdos, apenas se dio cuenta del conjunto de voces que, unas a otras, se superponían agitadas y que parecían proceder de la planta baja. Salió de su habitación atusándose el cabello recogido en un moño y, con su natural encanto, descendió la escalinata principal hacia el lugar donde procedían los gritos.

Tres encantadores niños jugaban despreocupados mientras varios criados trasladaban un abultado equipaje desde dos carruajes situados a la entrada. Tras ellos, un hombre vestido de uniforme militar, de porte poderoso y cabellos ondulados, daba órdenes sin parar para que movieran con cuidado todos aquellos bultos. La condesa pronto cayó en la cuenta de que se trataba del general Hugo y de que aquellos tiernos muchachos no eran otros que sus tres hijos. Doña Pilar recordaba al militar, pues había sido uno de los invitados a la cena que se celebró en el palacio vitoriano de Montehermoso. No había pasado mucho tiempo de aquello, pero lo encontró envejecido y con el rostro más cansado. La guerra nunca sentaba bien a nadie, ni siquiera a los vencedores, pensó.

—¡Mi querido general! —exclamó con entusiasmo mientras descendía los últimos peldaños de la escalera—. Es un auténtico placer recibirle.

Hugo le besó la mano cortésmente.

—Ya ve la jauría que me acompaña. Le pido disculpas. Acabamos de llegar y mis hijos ya han conquistado el palacio antes de pedir permiso. Tienen, sin duda, a quien parecerse —dijo el general emitiendo una sonora risotada.

—No es necesario que se disculpe. Es un regalo ver este lugar lleno de vida en días tan inestables. Además, mi hija Amalia estoy segura de que lo agradecerá. Ya es hora de que comparta su tiempo con niños de su edad.

—Tengo intención de que estudien en el internado de San Antón, en la calle Hortaleza. Apenas son unos veinte muchachos. Así aprenderán el idioma y cómo funciona el país que no tardaremos en conquistar.

La condesa no respondió. Tampoco fue capaz de sonreír. El recuerdo de las palabras de su madre aún seguía muy vivo en su mente y una sensación de intranquilidad se apoderó de ella por unos instantes. Afortunadamente no duró mucho. La pequeña figura de su hija Amalia, ingenua y sonriente, apareció tras ella agarrándose, tímida, a la falda de su vestido. Tenía la tez pálida, unos grandes ojos almendrados casi negros y el cabello liso recogido en una larga trenza que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

—¡Mirad lo que tenemos aquí! —El general Hugo sonreía pícaro tratando de mostrar sorpresa ante la grata aparición de la niña.

La condesa se dirigió a su hija acariciándole el cabello y exhortándola a que saliera de su escondite improvisado.

—Cariño, te presento a nuestros nuevos amigos. Van a quedarse aquí con nosotros durante algún tiempo.

La pequeña salió de detrás de las faldas de su madre y saludó cortésmente.

—Encantada. Soy Amalia —dijo con un hilo de voz apenas audible.

Uno de los hijos del general, el menor en estatura, se acercó a ella y, con voz infantil, le correspondió en las presentaciones.

—Yo soy Víctor. Víctor Hugo. Y quiero escribirte un poema.

El general y la condesa rieron al unísono.

—¿Un poema, dices? —El militar, incrédulo y algo contrariado, no acabó de comprender la ocurrencia del menor de sus hijos, por lo que no dudó en replicar—. ¡Déjate de sandeces y subid todos a vuestras habitaciones! Aún queda mucho trabajo por hacer antes de terminar de instalarnos y no queremos molestar ni resultar un incordio a estas amables damas, ¿verdad?

Los tres niños se dirigieron a trompicones al piso superior del palacio. Sin embargo, Víctor aún se detuvo una vez más para contemplar a Amalia. El joven era casi de su misma edad y tenía una sonrisa enternecedora. Moreno, vivaracho y muy despierto, aunque no especialmente guapo. La niña le lanzó una última mirada, una especie de gesto aprobatorio antes de que el muchacho desapareciera escaleras arriba junto al resto de sus

hermanos. Desde luego, pensó la condesa, Amalia ya había encontrado nuevos compañeros de juego durante una buena temporada.

La marquesa de Montehermoso se sirvió otro vaso de vino antes de continuar leyendo. Por fin Víctor había aparecido entre líneas para calmar su dolor, pero lo más curioso de todo y en lo que no podía dejar de pensar Amalia era en la persona que había escrito todo aquello. Un testigo de sus momentos familiares, una voz que narraba con evidente lujo de detalles lo que incluso ella misma había olvidado. ¿Quién era aquella persona que se movía entre bastidores con tanta habilidad que parecía invisible a los ojos de todos?

Madrid, 5 de julio de 1809

El reloj de péndulo de la pared marcaba casi las once de la mañana. La condesa se encontraba leyendo en el *boudoir* de palacio y el silencio reinaba en toda la estancia. Amalia había ido al mercado en compañía de una de las doncellas para adquirir algunos productos que doña Pilar encargaba con carácter semanal y la mañana era cálida y apacible. Poco podía imaginar la condesa cuán rápido eso iba a cambiar.

Todo transcurría en la más absoluta calma cuando uno de los criados golpeó la puerta de su habitación para anunciarle una visita inesperada.

—Señora, su madre está aquí. Quiere verla. Ha venido desde Vitoria y se quedará unos días como invitada en la residencia de los condes de Velayos —dijo en tono solemne proporcionándole más información de la que un sirviente debía conocer.

La condesa se levantó de su asiento sobresaltada. ¿Su madre, aquí, en Madrid? Desde luego, algo no marchaba bien, pues doña Luisa no era muy dada a viajar a la capital. De cualquier modo, doña Pilar casi se alegraba de la circunstancia, ya que tendría la oportunidad de mantener con ella la conversación que hacía tiempo debían haber tenido y que giraba en torno a José, su

intento de asesinato y la implicación de Amaia en toda esta descabellada trama.

—Hágala pasar —respondió sin miramientos.

Doña Luisa de Sarriá, con un vestido de lino color marfil y bordado con hilos dorados, mostraba un rostro abatido y cansado. Entró en la habitación y se quedó a solas con su hija.

—Veo que estáis prosperando —dijo en tono irónico mientras echaba un vistazo rápido al *boudoir*—. Aunque te advierto, querida, que estar cerca del rey no te saldrá gratis.

La condesa hizo caso omiso a la afirmación de su madre y, sin permitirle continuar, se acercó a ella mirándola fijamente a los ojos.

—Exijo saber la verdad —le espetó.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué verdad te refieres? —respondió doña Luisa desafiante.

—No juegue conmigo. Sé que fue usted quien ordenó a Amaia que envenenara al rey. ¡Quería terminar con su vida! —gritó con desesperación sin temor a que los criados pudieran oírla.

Doña Luisa avanzó en silencio hacia uno de los ventanales.

—Así que ya lo sabes —confirmó sin tapujos.

—Pero ¿por qué tuvo que elegirla a ella? ¡Era inocente y Amalia la quería tanto! —Doña Pilar se tapó la cara con las manos.

—Hay veces en la vida, querida hija, que la lealtad ha de estar por encima de la familia, e incluso del amor a los tuyos. Y yo soy leal a España y a los españoles y no dejaré que este país al que tanto amo sucumba a los designios de Napoleón y sus huestes. Antes prefiero la muerte.

—Pero no ha sido su vida con la que ha pagado —le reprochó la condesa con aire de suficiencia y secándose las lágrimas del rostro —. Ha utilizado a una inocente, y no creo que pueda salir indemne. El rey lo sabe.

—Tu vergonzosa devoción por el Bonaparte es insultante para esta familia. Tuya es la decisión, querida hija. Tu rey usurpador tiene los días contados. Cuando caiga, caerás con él.

Doña Pilar no respondió. Su alma se había roto para siempre y, a pesar de que no se arrepentía ni por un instante del amor que

sentía por José, sabía que el firme lazo que antaño la unió a su familia se había resquebrajado para siempre.

—La miro y aún soy capaz de ver a esa madre que me leía siendo niña hermosas historias de castillos encantados antes de dormir. —La voz de doña Pilar denotaba una profunda tristeza.

—Yo, sin embargo, ya no sé si eres mi hija o una sombra de traición que nos envían nuestros enemigos —respondió doña Luisa cortante.

—He elegido amar y eso es lo único que me sostiene ahora. Eso y mi pequeña Amalia. Rezo para que ella no herede esta guerra, para que un día nadie tenga que morir por defender una bandera.

—Ni tú ni yo veremos llegar esos días.

—Tal vez así sea, pero no quiero tener que perderla como madre.

—Ya has elegido. Y yo también lo he hecho. —Doña Luisa apretó los puños con fuerza en un gesto de rabia contenida.

—Pero aún podemos dar marcha atrás, podemos volver a mirarnos como lo que somos, madre e hija —respondió con ternura la condesa mientras bajaba la mirada.

—Debo irme, es tarde y no quiero hacer esperar a los condes de Velayos. Me alojaré unos días con ellos. —Doña Luisa dio por concluida la conversación. No parecía tener ninguna intención de dar su brazo a torcer.

—Tenga cuidado, madre. Rezaré por usted. Confío en que recapacite y que trate de evitar aún más dolor.

—Yo haré lo mismo, querida. Pediré a Dios que te proteja del infierno de un amor abocado al fracaso.

20
Días de gloria

Madrid, 27 de agosto de 1809

Hacía ya casi tres meses que la condesa no había recibido noticias de José. Sabía que eran momentos cruciales en el desarrollo de la guerra, y así se lo había hecho saber Ortuño, más esperanzado que nunca ante el devenir de los acontecimientos. Los ejércitos franceses, numerosos y bien posicionados en el campo de batalla, habían cosechado importantes victorias, y aquella mañana de verano, calurosa y seca, el esposo de doña Pilar no dudó en hacerle partícipe de la nueva situación.

—Buenos días, querida. Espero que hayas descansado. Hace un día espléndido.

—A decir verdad, no llevo muy bien el calor de esta ciudad —respondió la condesa abanicándose con vehemencia mientras daba un sorbo a su taza de té del desayuno.

—Es importante estar aquí, junto al rey. Ya no falta mucho para que todo esto termine. Hoy he sabido que las tropas del general Hugo han capturado a la madre y a algunos familiares del agitador ese al que llaman Empecinado. Sin duda un duro golpe para las malditas guerrillas que acosan a nuestro ejército en cada rincón de este país terco y obstinado en el que vivimos.

—No había oído hablar nunca de él. ¿Tan importante es para que Hugo dedique parte de su precioso tiempo a perseguir a un agitador? —preguntó doña Pilar con cierta curiosidad.

—Lo es, querida. Está muy bien organizado y ya nos ha combatido con éxito por toda la cuenca del Duero. Parece que ahora su radio de acción se ha extendido por las zonas de Salamanca y Ávila,

además de Cuenca, Guadalajara y la sierra de Gredos. Es un hombre peligroso que poco tiene ya que perder. Hugo ha sabido leer muy acertadamente que solo a través de su familia podemos hacerle verdadero daño. Que su madre haya sido detenida por nuestros hombres es una excelente noticia para todos.

El comedor del palacio parecía aún más grande de lo habitual. Amalia ya había desayunado y la solemne luz del mes de agosto entraba a raudales a través de los amplios ventanales a pesar de que todavía era temprano. Se adivinaba que el calor iba a ser sofocante.

Las calles de Madrid sonaban a rumor de carruajes, a voces de vendedores y a un bullicio que anunciaba el despertar de la ciudad. La condesa se había levantado de buen humor y sonreía a su esposo con franqueza. Parecía querer transmitirle toda su atención en cada gesto, inclinándose hacia él al hablar y buscando su atención mirándole a los ojos.

Sin embargo, su pensamiento recurrente era una y otra vez José. Seguro que estaría feliz porque las cosas, por fin, marchaban como todos los afines a su causa deseaban y porque quizá los días de gloria estaban a punto de llegar. ¡Incluso podrían volver a verse!

Nada hacía más dichosa a la condesa que recrearse en la posibilidad de disfrutar de los besos y de las apasionadas caricias de su amante. Si no era con él, el placer carecía de sentido. Ortuño se mostraba inapetente, pasivo frente a sus evidentes encantos, y, a pesar de que esto no exasperaba a la condesa, mermaba ligeramente su confianza en sí misma como mujer.

—Estoy muy feliz por Amalia, querido. Por fin la veo disfrutando de la compañía de niños de su edad. Los hijos del general han sido una auténtica bendición para ella.

Doña Pilar había decidido cambiar de tema para alejar de su mente la imagen de José sobre ella acariciando con ternura su pecho mientras se introducía con fuerza en su interior.

—Desde luego, parecen unos jóvenes encantadores y muy bien educados —continuó Ortuño.

—Amalia ha hecho muy buenas migas con el pequeño Víctor. Es un chico con muchas cualidades artísticas. —La condesa apuró el último

sorbo de su taza de té y continuó—: Hablando precisamente de eso, querido… Ya sabes que me gustaría que Goya le hiciera un retrato a nuestra pequeña. Querría invitarle, siempre que a ti te parezca oportuno, aquí, a nuestra residencia.

—¡Por supuesto! Todas las personas importantes e ilustres de esta ciudad han sido retratadas por el maestro. Debes invitarle y, si quieres, podría retratarte a ti también. ¡Nada es suficiente para las mujeres más importantes de mi vida! —exclamó Ortuño sonriendo a su esposa mientras se encaminaba en dirección a la puerta del comedor.

—¿Te vas ya? —preguntó la condesa sin más intención que la de confirmar la evidencia.

—Sí, así es. He de reunirme con Cabarrús para repasar los asuntos de la Hacienda Real. No sé si recuerdas que te comenté que estamos nacionalizando los bienes pertenecientes a congregaciones religiosas, conventos y monasterios para crear un gran museo para mayor gloria de nuestro rey. Estamos barajando algunos nombres, pero lo que parece más pertinente es denominarlo Museo Josefino.

La condesa se estremeció. A su pensamiento volvió la imagen de su amante asiendo con fuerza su pecho. Trató de sacudir la escena de su mente, pero no lo logró. Solo tuvo tiempo de ver salir a su esposo del comedor antes de lanzar un suspiro ahogado.

21
Un poema para Amalia

Madrid, 12 de septiembre de 1809

El verano llegaba a su fin, pero la confianza y amistad que Víctor y Amalia se profesaban no hacía más que aumentar. Los jóvenes se entendían a la perfección, compartían su amor por la lectura, y especialmente por la poesía, y no había día que no se reunieran en el pequeño jardín trasero del palacio para comentar sus impresiones sobre las lecturas que los ocupaban en esos momentos.

Aquella tarde, ya con el sol declinando y tiñendo de dorado las primeras hojas secas que se desprendían de algunos de los pequeños árboles del jardín, Amalia se encontraba sentada en los peldaños de la escalinata que daba a una de las entradas traseras del palacio con un libro en su regazo. Víctor, por su parte, caminaba nervioso con las manos en los bolsillos.

—¿De nuevo dando vueltas como un loco? ¿Qué te ocurre esta vez? —La pequeña Amalia sonreía inquieta viendo cómo su amigo no paraba de revolotear alrededor del jardín.

—Las palabras se agolpan en mi mente y me queman por dentro. Necesito caminar para sacudir este fuego —respondió el joven sin levantar la vista del suelo.

—Creo que las letras tienen voluntad propia y que, muchas veces, salen disparadas para que no estalles.

—Sí, lo que ocurre es que ahora, cuando estoy triste, vienen a mí con más fuerza.

Amalia se quedó mirando a su amigo con cierta aflicción antes de preguntarle:

—¿Y por qué estás triste? ¿Qué te ocurre? Ya sabes que a mí puedes contármelo.

Víctor se quedó callado un instante. Con furia, le propinó un puntapié a un grupo de hojas que se acumulaban junto a las raíces de uno de los árboles hasta que, finalmente, respondió a su amiga:

—Echo mucho de menos a mi madre. Está en París y, aunque ya le he escrito un par de cartas, aún no he recibido ninguna noticia de ella.

Amalia se levantó y caminó en dirección a su amigo. Cuando llegó a su altura, le tomó de la mano con suavidad y, tratando de consolarle, le dijo:

—Mientras estés aquí, conmigo, nunca estarás solo. Incluso cuando no quieras decir nada me tendrás a tu lado.

—Gracias —respondió el joven apretando con fuerza la mano de Amalia—. A veces siento que la tristeza me ayuda a crear obras más bellas.

—Si te apetece, podemos leer algo juntos. Hoy he traído a Beaumarchais. Tiene una obra de teatro titulada *El barbero de Sevilla* que parece divertida —dijo la joven mientras acariciaba la cubierta del libro que tenía entre las manos.

—No, gracias. Hoy no me apetece leer. Lo que me gustaría es mostrarte algo. —Víctor sacó del bolsillo derecho de su pantalón una hoja de papel arrugada y doblada en varias partes—. Lo escribí hace ya varios días, pero hasta hoy no me he atrevido a decírtelo.

Amalia sonrió nerviosa mientras su joven amigo desplegaba el papel y lo alisaba con mucho cuidado. Pasaron unos segundos hasta que Víctor, tomando aire con fuerza, se decidió a leer:

> Pequeña española, de grandes ojos, piel morena y dorada, labios rojos y mejillas sonrosadas. Apóyate en mi brazo. Me siento orgulloso, conmovido. Caminemos lentamente, hablemos en voz baja. Deja caer tu pañuelo, que yo lo recojo. Que tiemble tu mano al tocarme. Háblame de los pájaros, de la estrella que vemos a lo lejos, del ocaso rojo tras los árboles o bien de tu

vestido y de sus cintas. Estoy sin aliento. Me río. Solo soy capaz de mirar tus negras pupilas a través de tus pestañas negras.

La joven permaneció callada. Estaba conmovida y esperó unos instantes antes de hablar.

—Es realmente bello. Como lo son los poemas que nacen del alma.

Víctor esbozó una sonrisa tímida.

—Tenía miedo de hacer el ridículo y parecerte un tonto sentimental.

—Nada de eso. Las palabras que escribes son tan hermosas que pocos podrían igualar el modo que tienes de mostrarte a través de ellas.

—Entonces ¿crees que algún día podría convertirme en un gran escritor?

—Ya lo eres, Víctor, aunque tú ni siquiera seas capaz de darte cuenta.

La tarde quedó suspendida en medio de la dorada luz que incidía sobre las hojas secas del jardín. Una suave brisa las acariciaba antes de dejarlas desvanecerse sobre la tierra. A lo lejos, se oyó el canto de un ave triste, como si supiera que el sol declinaría al igual que los días felices que aún estaban por llegar.

Amalia se estremeció al volver a leer el poema que su amigo Víctor le había dedicado hacía ya sesenta años. Parecía que el tiempo se había detenido y recordó con espléndida nitidez el momento en que él se lo había recitado por primera vez, en voz baja para que nadie pudiera oírlo, en el jardín del palacio de Masserano. La nostalgia y el eco de la infancia despertaron en ella una ternura que creía ya perdida. Entonces lloró con la serenidad de los años, convencida de que debía seguir leyendo.

22
Ante los ojos de todos

Madrid, 28 y 29 de septiembre de 1809

Doña Pilar recibió la invitación del rey con una mezcla de emoción y temor. El sobre, sellado con el escudo de la Casa Real, estaba dirigido a los marqueses de Montehermoso. Lo sostuvo entre las manos y, tras leer la cortés y cálida misiva en la que se les invitaba a asistir al Teatro del Príncipe, se dirigió a Ortuño con los ojos brillantes de excitación.

—Querido, ha llegado una invitación de su majestad. Quiere que le acompañemos mañana por la noche al teatro. Isidoro Máiquez va a protagonizar el *Macbeth* de Shakespeare. ¡Será todo un acontecimiento!

—¿Máiquez? ¡Pero si es un traidor a la causa! —exclamó el marqués mientras se tocaba con un gesto de dolor el costado derecho—. Participó activamente en los terribles sucesos de mayo y tuvo que partir hacia el exilio francés por orden del propio rey. ¿Es que se le ha permitido regresar?

La condesa no respondió, así que Ortuño continuó exponiendo sus quejas:

—Desde luego, nuestro monarca es un hombre de buena fe. Demasiado benévolo con los conspiradores, diría yo.

—Es un hombre inteligente —replicó doña Pilar—. Sabe que el público español adora a Máiquez y quiere ganarse, una vez más, la confianza del pueblo.

—Me resulta realmente agotador ver cómo se desgasta en algo tan inútil como lo son estos españoles. —Ortuño cerró los ojos y emitió un quejido antes de cambiarse de posición en el sofá.

—¿Te encuentras bien, querido? No tienes buena cara.

—Llevo días con dolores en las articulaciones y no estoy descansado bien últimamente. Creo que será mejor que vayas tú sola al teatro.

Doña Pilar bajó la mirada sin responder deseando que su esposo argumentara su afirmación.

—Al menos uno de nosotros debería ir —continuó Ortuño—. No podemos obviar la invitación del rey de España. Supongo que lo comprendes.

Una sensación de completa liberación embargó a la condesa que, sin poder evitarlo, comenzó a recrear en su mente el futuro encuentro con su amante. Tenía ganas de sentirle, de mirarse en sus ojos y de escuchar el latir de su corazón en medio de la noche callada. No tenía tiempo que perder, así que, mientras Ortuño cerraba los ojos y se quedaba dormitando en el sofá, ella se dirigió a su habitación para escoger el vestido que llevaría puesto la noche siguiente. Luciría tan hermosa que hasta un rey caería rendido a sus encantos.

El teatro brillaba aquella noche como en una de sus más esplendorosas veladas y la luz de los quinqués alumbraba las elegantes galas de los invitados. La condesa llegó sola y tomó asiento en uno de los palcos principales. Estaba realmente deslumbrante. Llevaba un vestido de seda color carmesí con el talle marcando su escultural silueta y mangas largas ligeramente abullonadas, además de una discreta diadema de diamantes que sostenía sobre su pelo azabache recogido en un moño algo más alto de lo habitual.

Junto a ella, el asiento vacío de Ortuño la hizo sentir culpable. No recordaba haber tenido antes esa sensación desde que comenzara su idilio con el rey, pero sintió que quizá, y solo quizá, amar a otro hombre y vivir en una mentira que cada día la sepultaba más y más no había sido una gran idea. Pensó en dar marcha atrás, en tratar de olvidar a José y en volver a la vida que tenía antes de conocerle. A fin de cuentas, era una existencia tranquila, dedicada a Ortuño y a su pequeña Amalia y a cultivar sus amistades, a las

que echaba ahora más de menos que nunca. No era una vida llena de emociones ni con el frenesí de los encuentros amorosos de los que disfrutó antaño, pero, ¡qué diantres!, la mayoría de las personas pasaban sus días de ese modo y parecían felices, así que ¿por qué ella no podría serlo también?

Entre estos pensamientos deambulaba cuando el rey hizo su aparición. Entró en su palco acompañado por su ayudante de cámara (al que doña Pilar identificó de inmediato) y por otro hombre de pequeña estatura y ojos chispeantes que vestía uniforme militar. Las miradas de todos los asistentes se clavaron en él y el teatro se puso en pie mientras José inclinaba levemente la cabeza en señal de saludo y les pedía con un categórico gesto que se sentaran. La condesa, que estaba completamente sorprendida, le miraba extasiada sin saber qué decir. El rey se acercó a ella, le besó la mano y tomó asiento en el lugar reservado para Ortuño. Doña Pilar no fue capaz de articular ni una sola palabra. ¿Cómo era posible que su amante, delante de todo el mundo, decidiera ocupar el asiento de su esposo y presenciar la función a su lado?

Estaban juntos y eso era lo único que importaba ahora. A la condesa se le disiparon todas las dudas que instantes antes habían aparecido en su mente y pensó únicamente en disfrutar de la presencia de José. Era la primera vez que se mostraban así en público y la esperanza de que su amor pudiera triunfar en mitad de tantas dificultades insufló en su corazón un vigor que hacía tiempo que no experimentaba.

—El teatro está resplandeciente esta noche, pero tú, Pilar, brillas con una luz más intensa que la de las propias estrellas —le susurró el rey al oído rozándolo con sus labios.

Ella bajó la mirada. Sintió el murmullo de algunos invitados en los palcos adyacentes y el girar de cabezas cuyos ojos se clavaban en ellos con una mezcla de fascinación y pudor.

—No te preocupes, querida, y déjalos que hablen. No me importa en absoluto. Esta noche me perteneces. —El rey detuvo su mirada en ella.

—¿Hacemos lo correcto, José? Estoy acostumbrada a las habladurías, pero soy mujer y muy consciente de lo que eso significa. A veces no puedo evitar pensar que las cosas podrían haber sido de otro modo.

—¿De qué modo, Pilar? ¿Es que entonces te arrepientes de amarme?

—Tú sabes que no. Pero tendré que pagar un precio muy alto por eso.

—¿A qué te refieres? —le preguntó el rey extrañado.

—Ni siquiera yo misma lo sé, pero estoy dispuesta a asumir el riesgo. ¡He perdido ya tantas cosas! —exclamó la condesa con aire melancólico.

José le tomó la mano y le preguntó mirándola directamente a los ojos:

—Entonces ¿qué es lo que deseas?

—Que no termine esta noche —respondió la condesa sin apartar su vista de él.

—Pues hagamos que así sea. Quiero que vengas conmigo a palacio cuando termine la función. Mi ayudante te llevará a mi encuentro como la última vez. Solo tienes que seguir sus indicaciones.

Doña Pilar permaneció pensativa. Parecía dudar y el rey se dio cuenta de ello.

—Si van a hablar de nosotros, lo harán de todos modos. ¿Vas a dejar que eso nos detenga? —le preguntó tratando de disipar sus dudas—. Ya sabes que estaré esperándote.

—Esta noche, José, necesito olvidarme del mundo.

—Esta noche, Pilar, serás solo mía.

La puerta se cerró tras la condesa y el silencio lo envolvió todo. José acababa de entrar en la habitación y doña Pilar permaneció quieta, de pie junto a la chimenea encendida, dejando que su corazón latiera hasta alcanzarle la garganta.

—Llegué a pensar que quizá no vinieras.

—Pues aquí estoy —respondió la condesa avanzando lentamente hasta llegar a la altura del rey.

Ambos se encontraban apenas a un palmo de distancia.

—Solo quiero dejar de fingir —dijo doña Pilar al mismo tiempo que su delicada mano comenzaba a desabrochar los botones de la casaca del rey—. Esta noche quiero ser solo una mujer que desea ser amada.

José la atrajo con brusquedad hacia sí y la besó en los labios. Ella se estremeció y respondió a su llamada acariciándole primero el cuello y luego el pecho. Sus ropas se deslizaron sobre el suelo sin prisa, detenidos ambos en disfrutar del viaje y memorizándose con lentitud.

No hubo palabras, solo respiraciones entrecortadas, murmullos inteligibles. Se buscaron como los ríos buscan el océano para morir en su inmensidad, tocándose, acariciándose, recorriéndose con las yemas de los dedos y escribiendo su historia en sus cuerpos para que no pudiera borrarse nunca. Y, a pesar de que entre ellos las distancias pudieran resultar insalvables, aquella noche se unieron con desgarro, con una lentitud tan intensa que hasta dolía.

La condesa le envolvió con sus piernas y se abandonó a un ritmo primero pausado, salvaje después. Él la agarró de la cintura con un grito ahogado de placer para agitarse sobre ella hasta que se vació en su interior. Allí permaneció borrando cualquier recuerdo anterior que ella hubiera tenido. Después, en silencio y al calor de la lumbre, la condesa se apoyó sobre su pecho cerrando los ojos con fuerza y aspirando su olor.

—¿Y si no hubiera más noches como esta? —El rey rompió el silencio con la pregunta.

—Lo que me has dado esta noche vivirá en mí para siempre y este recuerdo me llenará por completo hasta el final de mis días —respondió doña Pilar con total entereza.

—No sé qué ocurrirá con esta maldita guerra. Los acontecimientos ahora nos sonríen, pero no termino de vislumbrar un desenlace favorable. Tú me haces sentir más humano.

—Yo veo al hombre, no al rey.

El monarca le acarició las mejillas y la acercó a su rostro para besarla en los labios.

—Mi madre vino a verme hace unos días —murmuró doña Pilar cambiando de tema—. Me ha confesado entre lágrimas que fue ella la que planificó tu intento de asesinato. Pero me ha suplicado con tanto ahínco tu perdón que quería que lo supieras y recapacitaras sobre tu decisión. —Los ojos de la condesa estaban a punto de romper a llorar. Aun así, continuó hablando—: Entiendo que como rey debas castigar a quienes te son desleales, pero ahora soy yo quien te suplica que le perdones la vida. Te lo ruego por el amor que dices que me profesas y porque tú, mejor que nadie, sabes de la importancia que tiene una madre.

El rey volvió a incorporarse del lecho. Estaba desnudo, así que se envolvió en una amplia manta de lana merina de color blanco crudo mientras avanzaba lento en dirección a la chimenea. Pensativo, se detuvo a contemplar las brasas que aún ardían con ímpetu. Pasaron unos instantes hasta que, por fin, se decidió a hablar:

—Tu madre ha cometido el delito más grave que alguien podría llevar a cabo contra su soberano y no es digna de alcanzar mi perdón.

La condesa le miró, pero sus lágrimas aún no fueron capaces de salir de sus ojos. Era como si una fuerza extraña las detuviera, como si por alguna causa que no lograba entender estuvieran contenidas, a pesar de que quisiera darles cauce.

—Te ruego por su vida, José. —La condesa se incorporó del lecho y se dirigió, desnuda, hacia él—. Esto es todo lo que puedo ofrecerte —dijo mientras extendía sus brazos en cruz mostrándole su cuerpo cual ofrenda.

Amalia detuvo la lectura ruborizada. La súplica de su madre la había conmovido tanto que tuvo que levantarse del sillón. Dejó el diario y los lentes apoyados junto a uno de los brazos del asiento y, a pesar de la lluvia, se dirigió a la puerta principal para salir al exterior y respirar aire puro. Bajo el porche del palacio, resguardada del agua

que no paraba de caer, inhaló profundamente. Tardó unos minutos en recomponerse para volver a entrar en el castillo. Caminó despacio de regreso al salón, abrió la puerta con delicadeza y vio a Alain en el interior de la estancia, inmóvil junto al sillón donde instantes antes ella había dejado el diario.

—¿Busca usted algo? —le preguntó Amalia extrañada—. ¿No debería estar herrando los caballos que aún están por calzar?

—Disculpe, señora. Solo venía a comprobar que había suficiente leña para encender el fuego.

—No se preocupe, Alain. Dedíquese a los animales y deje en manos de otros el acarrear leña. Usted ya no tiene edad para eso. Ninguno de los dos la tenemos. —Sonrió la marquesa mientras se giraba para volver a tomar asiento.

El viejo cochero no dijo nada más y salió por la puerta del salón arrastrando los pies.

Más tarde, Amalia pidió a Josefa que le trajera una bandeja con el almuerzo. Había avanzado mucho en la lectura del diario, pero aún le quedaban numerosos misterios por desentrañar, así que no dudó en continuar.

El monarca contempló con detenimiento el cuerpo que se le ofrecía. Se detuvo en sus senos blanquecinos, en sus pezones sonrosados, en su ombligo bien definido y en su sexo aún ardiente de deseo. Entonces se acercó a ella y la tomó fuerte de la cintura para atraerla hacia sí. Le acarició con suavidad el pecho mientras la besaba apasionadamente para, instantes más tarde, volver a entregarse al amor sin límites.

—Será la última petición que me hagas, Pilar. Mis hombres serán incapaces de comprender por qué le perdono la vida a una traidora y comenzarán a desconfiar. Espero que entiendas que me juego mucho. Una vez haga esto por ti, ya nunca más podré ayudarte. Debes pensarlo bien. —José se dirigió a ella, aún agotado por el esfuerzo de haberla poseído.

La condesa le besó con suavidad en la mejilla derecha antes de decirle:

—Ya lo he pensado, mi rey, y esta es la mejor forma que tengo de agradecértelo.

Doña Pilar sonrió con gratitud. La noche había llegado a su fin. Y quizá, aunque aún ninguno de los amantes lo supiera, también más cosas habían terminado.

23
El retrato

Madrid, 19 de octubre de 1809

—Adelante —dijo la condesa esbozando una sonrisa.

La mañana era desapacible y un frío viento del norte se había levantado golpeando con vehemencia los amplios ventanales del piso superior del palacio. La condesa estaba emocionada, algo nerviosa incluso. Al fin había logrado que el gran retratista don Francisco de Goya inmortalizara a su hija.

Cuando le vio por primera vez en la corrida de toros organizada por José este le resultó, a pesar de su edad, un hombre cortés y lisonjero, un conquistador nato que, con toda probabilidad, hubo disfrutado de los placeres que la vida le había ido ofreciendo. Ahora ya, entrado en años, a pesar de que no había perdido su natural inclinación hacia las mujeres, resultaba un hombre interesante, un ilustrado que entendía bien la necesidad que tenía España de liberarse de la superchería enquistada en el corazón del populacho y avanzar hacia la luz de la razón.

—Es todo un honor recibirle en mi casa —dijo la condesa cuando tuvo enfrente al pintor extendiendo su mano derecha para que el artista la besara.

—Me siento muy honrado de poder retratar a su querida hija. —Goya se inclinó levemente tomando la mano de doña Pilar—. Estoy seguro de que el resultado será plenamente satisfactorio. Pero, dígame, ¿finalmente recibieron mis pinceles, paletas y lienzos para iniciar sin más demora el trabajo?

—¡Dios mío! ¡Qué cabeza la mía! Le ruego me disculpe —se lamentó la condesa—. Debí mandarle recado a través de alguno de

mis sirvientes. Lo recibimos todo correctamente y ya está dispuesto en la parte que le hemos habilitado como taller para que pueda comenzar cuanto antes el encargo.

—¡Excelente entonces! —Goya sonrió mientras se frotaba las manos con cierta impaciencia—. Pero primero debemos conocer a Amalia. Tengo muchas ganas de verla.

—Por supuesto. Mi hija está deseando encontrarse con usted. Le he hablado mucho de su trabajo. Hágala llamar, por favor —le dijo al criado, que aún permanecía junto a la puerta.

Pasados unos minutos, la joven apareció tímidamente vestida con un hermoso traje blanco semitransparente que le llegaba hasta los tobillos. Llevaba el cabello recogido en una trenza enroscada alrededor de la cabeza, de manera que dejaba ver su joven rostro de mejillas sonrosadas. Tenía los ojos grandes y oscuros y un gesto de cierta melancolía en su rostro.

—Encantada de conocerla, señorita Amalia. —Goya se agachó para estar a la altura de la niña—. Resulta usted de lo más encantadora. ¿Sabe que voy a pintarla?

La niña sonrió nerviosa antes de responder mirando de reojo a su madre.

—Sí, lo sé. Voy a salir bien guapa en el cuadro, ¿verdad?

Goya emitió una sonora carcajada. La condesa, por su parte, trató de reprimir la risa.

—¡Por supuesto, querida! Pero tienes que estar muy quieta. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo intentaré —concluyó la pequeña—. Me gustaría salir con mi vestido nuevo —dijo mientras giraba sobre sí misma para mostrárselo al pintor.

—Creo que podremos arreglarlo. Sería estupendo que también pudiera sostener algo entre las manos. Como en los cuadros de los grandes reyes y reinas.

Amalia abrió mucho los ojos. Estaba entusiasmada y buscó a su madre con la mirada para obtener su aprobación.

—Podría pintarla con un hermoso ramo de azucenas. Son símbolo de pureza y virginidad. Resultaría realmente bello.

La condesa asintió con la cabeza dando su beneplácito.

—Lo dejo en sus manos. Usted conoce mejor que nadie el alma humana y estoy segura de que sabrá inmortalizar a mi hija con la naturalidad y la serenidad que la caracterizan.

Cuando Goya regresó del taller improvisado que la condesa había preparado en la planta superior del palacio, habían pasado más de dos horas. Doña Pilar se encontraba leyendo una novela epistolar escrita por Choderlos de Laclos titulada *Las amistades peligrosas*. Detuvo su lectura de repente y, tras cerrar el libro, se dirigió al artista:

—¿Qué tal se ha portado Amalia? Espero que haya sido obediente y haya seguido sus indicaciones sin demasiadas protestas.

—Es una niña muy buena y dócil. Apenas se ha movido y tiene una inteligencia natural fuera de toda duda. Comprendía muy bien lo que estábamos haciendo y lo que quería de ella. No todos los niños son capaces de entenderlo.

—Me alegran y alivian a partes iguales sus comentarios. No sabe lo importante que es para mí que usted también se sienta cómodo pintando a mi hija.

—Por cierto, debo visitarlas al menos un par de veces más hasta que ya tenga casi listo el retrato. Los últimos retoques podré realizarlos en mi taller, pero, por el momento y si me permite, debería tratar de avanzar algo más aquí.

—Desde luego, cuente con ello. Para eso he dispuesto que todo estuviera a su gusto en el estudio que he preparado para usted. ¿He acertado? ¿Se ha sentido cómodo?

—Ha dispuesto usted un lugar realmente confortable, señora condesa. ¡Hasta parece que no me he movido de mi propia casa!

—Puede usted llamarme Pilar, se lo ruego. —La condesa le miró con franqueza antes de preguntarle algo que desde que le había conocido rondaba por su cabeza—. ¿Por qué pinta usted?

—Pinto porque siempre ha sido mi pasión, pero también porque creo que el arte tiene que mostrar algo más, cuestionarse la realidad de la vida, enseñar y abrir los ojos a quien los tiene cerrados.

—Entonces ¿cree usted que el arte puede ser un instrumento de educación para el pueblo?

—La pintura, señora —dijo mirándola con ternura—, puede enseñar más que muchos libros. Puede y debe hacer pensar, sentir, vivir. Basta con mirar más allá de lo que nuestros ojos pueden ver.

24
Un triunfo muy deseado

Madrid, 25 de noviembre de 1809

—¡Hemos ganado, hemos ganado! —Ortuño entró en el comedor haciendo aspavientos con las manos mientras una enorme sonrisa invadía su rostro.

—¿Qué ocurre, querido? Como no te expliques mejor, no sé a qué te refieres y no me gustaría aventurar nada que no sepa con certeza.

Doña Pilar miraba a su esposo con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—La batalla en Ocaña. Nuestras tropas han aplastado a los malditos rebeldes. ¡Por fin la victoria se pone de nuestro lado! —Alzó el puño en un gesto de victoria—. Acaban de llegar noticias del frente. El mariscal Soult ha obtenido un gran triunfo, querida. Además, el ejército al mando del general Aréizaga era más numeroso que el nuestro y, aun así, hemos vencido. Estoy seguro de que esto es una señal. El final está cerca y, por fin, derrotaremos a los insurgentes.

La condesa no estaba tan convencida, quizá por cautela, quizá por intuición, pero trató de disimular su escepticismo.

—El rey estará pletórico —alcanzó a decir.

Su primer pensamiento siempre era para José, y eso ya no la incomodaba demasiado. A decir verdad, apenas trataba de ocultarlo y no había día en que no tuviera en su mente la imagen del rey acariciándola bajo las ropas y sintiendo el calor de su piel fundirse con la suya hasta derretirla.

—Sí, así es, querida. Ha llegado el momento en que nuestro glorioso monarca pueda saborear una gran victoria después de todo lo que ha pasado. Es un hombre digno de admiración y su firmeza por fin ha dado sus frutos.

Doña Pilar estaba completamente de acuerdo con Ortuño, pero, por esta vez, se mantuvo en silencio. De pronto la puerta del salón principal se abrió de golpe. La pequeña Amalia se encontraba allí, quieta, bajo el quicio de una enorme puerta de madera de roble oscurecida, con sus enormes ojos relucientes abiertos como platos.

—Madre, ¿puedo ir a jugar con Víctor? Me ha dicho que vaya a su cuarto. Quiere enseñarme lo último que ha escrito.

—¿A su cuarto? —La condesa miró de reojo a su esposo esperando obtener alguna respuesta.

—Está triste y se siente muy solo. Hace tiempo que no ve a su madre y la echa mucho de menos —trató de justificar Amalia.

—¿Es que el hijo del general Hugo es escritor? —Ortuño se carcajeó—. No estoy muy seguro de que su padre apruebe esa faceta suya. Creo que preferiría que empuñara un arma en nombre de Francia que una pluma en nombre de…

—De la libertad —respondió Amalia antes de que su padre pudiera terminar la frase.

Ortuño la miró con sorpresa antes de responder con una sonrisa condescendiente.

—¿Y qué sabes tú de la libertad?

—Que significa vivir con responsabilidad de acuerdo a lo que somos. Eso dice Víctor. Nos hace más dignos y nos permite soñar, amar, equivocarnos.

La condesa caminó, atravesando el salón, en dirección a su hija y, cuando hubo llegado a su altura, se agachó para abrazarla con fuerza.

—¿Es eso, madre? ¿He acertado? ¿Es eso la libertad?

Doña Pilar tomó las pequeñas manos de su hija entre las suyas.

—Ve a jugar al cuarto de Víctor. Y luego no te olvides de contarme qué ha escrito ese joven muchacho. Le auguro un gran porvenir.

Ortuño no dijo nada más. Solo vio alejarse a su pequeña hija precipitadamente y dando pequeños saltitos de júbilo en dirección al piso superior del palacio.

—La verdad es que estos pobres chicos me producen mucha ternura y cierta tristeza. Separarlos de su madre no creo que haya sido una buena idea.

Doña Pilar volvió a tomar asiento en uno de los confortables sofás que se encontraban en el salón.

—El general me ha comentado que espera la visita de su esposa Sophie. Sin embargo, no resulta conveniente que se quede en la ciudad por mucho tiempo. Todos sabemos que Hugo se exhibe sin reparos con su amante por todo Madrid y no es necesario que su mujer sufra un escarnio público, ni tampoco sus hijos.

La condesa, con la mirada perdida, respondió:

—A veces el corazón manda y ninguno de nosotros somos quién para juzgar a nadie.

—Por supuesto, querida. Pero el general debería ser más cauto. No es solo su reputación la que está en juego, sino la de la monarquía.

—¿Crees entonces que debemos poner por encima de nosotros mismos los intereses de España?

—Así debe ser. Hemos sido formados para guiar al pueblo en su camino hacia la educación y el bienestar. Somos los encargados de abrirles los ojos, aunque, a veces, tengamos que pagar un alto precio para lograrlo.

Doña Pilar pensó entonces que su esposo no había hecho grandes sacrificios permaneciendo al lado de José. En realidad, eran muchos más los logros que había obtenido y que le habían granjeado importantes amistades, puestos de responsabilidad, títulos y una indudable posición junto al rey que despertaba las envidias de muchos. Tal vez, las verdaderas cargas tuviera que terminar por soportarlas ella. A fin de cuentas, las mujeres casadas (en los mejores casos) poco o nada podían hacer más que acompañar a sus maridos a recepciones elegantes, ser buenas y amables anfitrionas y ejemplares en la crianza y educación de los

hijos. El amor era otra cuestión que nada tenía que ver con el matrimonio.

Ortuño era mucho mayor que ella y, a pesar de que siempre le había admirado, nunca había estado realmente enamorada de él. Ahora lo sabía, pues en los brazos de José había descubierto la plenitud de aquel sentimiento que era la razón de su existencia. Sin embargo, la culpa le aplastaba el corazón porque entendía bien que estaba traicionando la confianza de su esposo. Por otra parte, solía pensar con frecuencia que Ortuño era conocedor de todo lo que su corazón encerraba y que, para evitar sentirse herido, miraba hacia otro lado ante su deslealtad. Por eso, muchas veces, con la finalidad de sacudirse la indignidad que tejía cada día con aquel engaño silencioso, pensaba que Ortuño se sentía cómodo en una situación que le proporcionaba muchos más beneficios que inconvenientes. De todos modos, la condesa pensaba que nadie merecía eso. Su esposo era un buen hombre, de férreas convicciones y muy inteligente, aunque poco dotado para los afectos y carente de la pasión amatoria que José mostraba en el lecho.

Pero lo que más alteraba el ánimo de doña Pilar era pensar en su hija Amalia. Ella, que tanto la admiraba y que, con ojos de adoración incondicional, seguía sus pasos con la firme certeza de que su madre era su principal refugio; ¿qué pasaría si descubriera su traición? ¿Cómo podría evitarle el dolor si supiera lo que ocultaba?

La condesa se encontraba partida por la mitad. Por supuesto, no podía contárselo a nadie, y mucho menos a Amalia, y ese silencio también se convertía en una carga difícil de soportar. Si lo hacía, si revelaba su secreto, la frágil situación de la que ahora disfrutaba y de la que a veces sentía la necesidad de huir saltaría en mil pedazos.

No podía confiar en nadie y cuidaba hasta el más mínimo detalle para que sus criados no se percataran de las entradas y salidas a deshoras que, siguiendo las indicaciones del rey, había tenido que protagonizar. Tampoco tenía cerca a Loreto ni a Teresa, y esa distancia también pesaba sobre su ánimo como una losa. ¡Solo

Dios era testigo de las veces que estuvo tentada de escribirles lo que su corazón gritaba a voces! Sin embargo, sabía bien que nada podía decirles, ni mucho menos insinuarles entre líneas. Era demasiado peligroso.

La condesa no encontraba consuelo más que en ella misma y en la voz interna que le repetía, una y otra vez, que lo que estaba viviendo era una auténtica locura. Se sentía desesperada, incomprendida, a punto de perder la cordura. Ella, que siempre había sido una mujer sensata y que conocía bien las reglas de su mundo, se veía ahora desbordada por sus sentimientos, oculta en una bruma que le impedía avanzar hasta alcanzar la luz. ¿Por qué, de entre todos los hombres del mundo, había tenido que ser un rey? La falta de respuestas la desconcertaba aún más. Trataba de convencerse de que su amor era tan solo una ilusión que su mente proyectaba nacida de la soledad y de la tediosa vida a la que estaba abocada, pero todo resultaba inútil. Se decía a sí misma que debía recuperar el control sobre su propia vida, sin embargo, hacía ya tiempo que no era dueña de nada. El amor que sentía por José la había desarmado por completo.

¿Cuánto se puede vivir así?, se preguntaba casi sin quererlo. Cada día que pasaba se acercaba más al abismo, al borde de un precipicio profundo y peligroso, oscuro y, en cierto modo, revelador.

Después de haber leído más de la mitad de aquel diario, por fin Amalia había escuchado hablar a su madre. A pesar de que no fuera ella la autora de aquellas líneas, estas explicaban sus más profundos miedos y dudas. Ya tenía todas las certezas de que la persona que había escrito aquello era casi como una prolongación de la propia condesa. ¡La comprendía tan bien!

Sintió ciertos celos por no haber sido capaz de entender de ese modo a su madre y se lamentó por haber dejado escapar tantas veces la posibilidad de aceptar su dolor. Además, la condesa siempre había tratado de protegerla para evitarle cualquier sufrimiento. Por

eso guardó su secreto hasta después de muerta confiándoselo solo a quien, ahora, seguía narrando su historia.

25
La sevillana que enamora

Madrid, 10 de diciembre de 1809

Goya contemplaba en silencio el retrato de Amalia. El taller se encontraba sumergido en un ordenado caos. Su pincel, firme y seguro, se movía con rapidez sobre el lienzo mientras la condesa observaba al pintor extasiada. Era ágil a pesar de su edad y trabajaba concentrado y de forma precisa mientras Amalia posaba paciente bajo su atenta mirada.

No hablaba, pero sus ojos se desplazaban en rápidos movimientos buscando el rostro, las manos, el cuerpo de la retratada. La niña, a veces inquieta, lanzaba una mirada a su madre buscando su aprobación mientras doña Pilar se detenía en aquella especie de ritual en el más absoluto de los silencios. Ese ambiente la tranquilizaba, le proporcionaba una especie de seguridad de la que carecía, y eso le hacía bien.

Tras unos minutos, Goya se detuvo. Se apartó un poco del lienzo y dejó el pincel sobre la mesa.

—Ya casi está listo —dijo de modo solemne sin apartar los ojos del retrato.

—Es usted un auténtico genio —respondió la condesa, satisfecha con el resultado.

—Se lo agradezco, pero su hija ha hecho mucho para que el resultado fuera óptimo. Es una niña de gran belleza y con una expresión noble.

Amalia parecía cansada y la condesa se percató de inmediato. Por eso no quiso prolongar más la sesión y decidió concederle un descanso.

—Puedes ir un rato a jugar con Víctor. Te has portado muy bien, pequeña —le dijo con ternura mientras le acariciaba las mejillas.

—Gracias, madre —respondió antes de dirigirse hacia la puerta del estudio.

—No te olvides de agradecerle al señor don Francisco su trabajo y lo bonita que te está pintando.

La niña se volvió hacia el artista y, sonriendo, le dijo:

—Le agradezco mucho su visita y lo que se está esforzando por dejarme así de guapa.

Goya se acercó a Amalia y le removió el pelo con ternura.

—Es usted un verdadero encanto. No pinto nada que su esencia no me muestre.

La pequeña miró por última vez a su madre antes de irse. Ya a solas, el artista se dirigió a doña Pilar mientras ordenaba con meticulosidad su material de trabajo.

—Me gustaría pintarla a usted.

La condesa arqueó las cejas, sorprendida.

—Tal vez podemos hablar sobre ello en otro momento. No esperaba esta propuesta, pero me siento enormemente halagada.

—Como guste, pero quería comentarle que en los próximos meses estaré algo más ocupado. No sé si sabe que el rey tiene la firme intención de fundar un museo de pinturas en el palacio de Buenavista. Pronto firmará su decreto de creación. Quizá me designe para elaborar la lista de obras seleccionadas para formar parte de tan insigne colección. No hay nada definitivo aún, pero considero una buena iniciativa poner al servicio de la nación nuestros grandes tesoros artísticos.

—Sin duda se trata de una magnífica noticia. Había oído algo y me alegro de que el proyecto siga adelante.

—Piense lo del retrato. Creo que su belleza es digna de inmortalizarse.

Madrid, 12 de febrero de 1810

Los grandes días del reinado de José I habían llegado. Tras la victoria en la batalla de Ocaña, el rey decidió poner rumbo a Andalucía para iniciar, así, una campaña que, atravesando la Mancha con más de sesenta mil hombres, terminaría por entrar en Córdoba el 26 de enero de 1810. Sin embargo, el objetivo del monarca era tomar Sevilla, una de las capitales españolas que menos oposición presentó al francés. José agradeció el gesto y evitó saquearla, gobernando desde el Alcázar con la idea de devolver a la ciudad la antigua gloria de la que disfrutó en tiempos de Roma.

La condesa conocía todas estas noticias de boca de su esposo. No había recibido ninguna carta de él desde hacía semanas y las conversaciones que mantenía con Ortuño solo le transmitían desazón. A veces deseaba no pensar tanto y entonces tocaba el piano o dedicaba su tiempo a la lectura, pero una y otra vez sus pensamientos volvían al punto de partida. Era como un pequeño y asustadizo ratón atrapado en una rueda que giraba en un movimiento perpetuo de la que no tenía modo de apearse.

Aquella mañana de frío invierno, doña Pilar estaba ensimismada en sus pensamientos sentada frente al tocador de su cuarto cuando un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—Señora —dijo la doncella desde el otro lado sin atreverse a entrar—. Ha llegado una carta para usted.

A la condesa el corazón le dio un brinco. ¿Serían noticias de José?

Doña Pilar tomó el sobre entre las manos. Sin embargo, la decepción fue mayúscula al comprobar que la letra no era la del rey. Era una caligrafía más redondeada y pequeña y la condesa se dio cuenta enseguida de que la carta había sido remitida por su amiga Teresa. A pesar de la desilusión inicial, no tardó en sentirse feliz de recibir noticias de uno de los principales pilares con los que había contado durante su vida en Vitoria.

Según la misiva, las cosas no marchaban del todo bien y la guerra había terminado por enfrentarlos a todos. Hasta miembros de una misma familia, con ideales diferentes, se habían visto abocados a combatir entre ellos y el hambre y la miseria habían hecho su aparición por doquier hasta en hogares de notable

reputación. Teresa y su familia seguían disfrutando de una situación holgada, pero eran conscientes de que el devenir de los acontecimientos podía tornarse en su contra en cualquier momento, por lo que habían pensado en huir a Francia si la guerra persistía. Pero lo que realmente causó una enorme desazón en el corazón de la condesa fueron las líneas que su amiga le dedicaba al rey. A pesar del estado de fragilidad en el que se encontraba, doña Pilar no puedo evitar seguir leyendo:

> He dudado mucho en atreverme a escribirte esto, pero no sé si sabes que hasta mí han llegado rumores de que el rey disfruta de la compañía de una hermosa sevillana de ojos negros y de nombre Carmen con la que pasea en calesa por los jardines del Alcázar. Se ríen juntos, se toman del brazo y comparten confidencias.
>
> Por nada del mundo quiero verte sufrir, y mucho menos por alguien que no te merece, aunque se trate de un rey. Solo quiero que abras los ojos. José Bonaparte no es hombre de una única mujer. No lo fue en Nápoles y tampoco lo será aquí. Te ruego recapacites y no te hagas más daño ni se lo hagas a las personas que más te quieren.

La condesa cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalaran a borbotones por sus mejillas. Un dolor intenso la había partido en dos. No fue capaz de seguir leyendo. La imagen de José con otra mujer le atravesó la mente como un rayo fugaz atraviesa un cielo que anuncia tormenta. Se llevó la mano a la garganta mientras un grito ahogado, apenas perceptible, terminó por estrellarse contra los cristales del ventanal de aquel cuarto hastiado de tanto padecimiento.

Rompió la carta en varios pedazos y los arrojó al suelo con furia.

—Voy a olvidarte —musitó respirando hondo—. Te arrancaré de mi corazón, aunque este muera contigo.

Sin embargo, bajo aquellas palabras, la herida seguía abierta y de ella manaba una sangre tan viva y espesa como las nubes que

cubrían el cielo. Ese debía ser el principio del camino para lograr la redención, pero algo le decía que no resultaría tan fácil.

Antes de que Josefa le sirviera la comida en el salón, Amalia estuvo unos minutos pensando si verdaderamente el rey había mantenido un nuevo escarceo amoroso con aquella bella sevillana. No era de extrañar que así fuera. Sintió una profunda lástima por su madre y por las constantes humillaciones que tuvo que sufrir en silencio. Se la imaginaba cargando con ese dolor sin poder compartirlo con nadie.

Amalia se sorprendió de pronto derramando unas lágrimas inesperadas. Se las secó y dejó que Josefa entrara en el salón junto a otro de los criados. Portaban una bandeja de plata cada uno y entre ambas se repartía un plato de perdiz acompañado de patatas asadas, una botella de vino tinto, una delicada variedad de quesos y una confitura de frutos rojos de textura suave y homogénea.

Amalia les dio las gracias antes de que ambos se retirasen. Tenía hambre, pues en los últimos días apenas había probado bocado. La perdiz era uno de sus platos predilectos. Tomó aliento antes de degustar el almuerzo y de reabrir el diario allí donde lo había dejado en pausa. Mientras saboreaba la deliciosa ave, prosiguió.

26
Advertencias

Madrid, 30 de marzo de 1810

Los días pasaban lentos. Doña Pilar se sumió en una profunda tristeza y apenas salía del palacio. Aquella mañana primaveral, el sol entraba radiante a través de los ventanales del cuarto de la condesa. Las criadas habían dispuesto sobre la mesa del tocador un hermoso ramo de azucenas (las favoritas de doña Pilar) para darle a la estancia un toque de alegría que, sin duda, necesitaba.

A pesar de todo, estaba nerviosa. Había recibido la tarde anterior un telegrama de su suegra, Concepción del Corral y Aguirre, para anunciar su visita, y algo le hacía presagiar que no sería del todo agradable. La relación que ambas mantenían nunca había sido especialmente buena, aunque se respetaban, sobre todo por Amalia. Doña Concepción era una mujer con un carácter fuerte, muy autoritaria y directa, una liberal convencida y poco dada al halago. Doña Pilar estaba segura de que había sido hermosa en su juventud, sin embargo, los años le habían pasado factura y, aunque gozaba de una excelente salud a sus más de sesenta, su rostro había perdido la fuerza de antaño. Lo que sin duda aún conservaba era la viveza de sus enormes ojos negros.

Doña Concepción se mostraba muy protectora con Ortuño, al igual que lo hacía con Amalia. No era cariñosa, pero siempre anteponía los intereses de ambos a los suyos propios. Disfrutaba de una excelente posición en la sociedad vitoriana y era una gran aficionada al arte. No en vano la colección que había formado con su esposo, José María Aguirre (del que su marido Ortuño había heredado el título de marqués de Montehermoso), era una de las

más relevantes del país, por lo que la condesa podría limar asperezas cuando le contara que su nieta estaba siendo retratada por don Francisco.

Doña Pilar salió de su habitación en dirección al salón principal del palacio para recibir allí a su suegra. Caminaba desganada y arrastraba los pies tanto como su corazón ya sin latido desde que leyó aquella maldita carta en la que Teresa le había abierto los ojos respecto a José.

La condesa tomó asiento en un canapé de brazos y respaldo acolchado con patas torneadas y realizado en madera de caoba y esperó a que su suegra fuera anunciada. Un criado abrió las puertas de salón. Doña Concepción, erguida como una estatua antigua, entró sin miramientos. Tenía el rostro serio, casi desencajado por la ira, pero la condesa apenas reparó en él.

—No he venido a perder el tiempo contigo, Pilar —dijo con voz seca—. Quiero que oigas de mi boca lo que todo el pueblo de Madrid grita a voces.

La condesa se puso en pie. Estaba pálida y algo mareada, pero trató de disimular su evidente malestar.

—¿A qué se está usted refiriendo? —respondió desconcertada.

—¡No te hagas la tonta conmigo! Me refiero al rey y a ti. ¿No te das cuenta de que estás dejando en ridículo a mi familia? Eres la comidilla de toda la ciudad. ¿Acaso no has oído la coplilla que dice que la dama de Montehermoso tiene un plumero donde moja su pluma José I?

Doña Pilar estuvo a punto de desvanecerse, así que no le quedó más remedio que volver a sentarse. Tuvo que esperar unos segundos hasta que, tratando de recomponerse, se levantó de nuevo y terminó por responder:

—No sé qué comentarios ha podido escuchar sobre mí, pero le aseguro que…

—¡No estás en condiciones de asegurarme nada! Además, me basta con mirarte a los ojos para saber que es verdad lo que digo —la cortó tajante doña Concepción sin dejarla terminar la frase—. ¿Es que quieres que mi nieta pague tus pecados como esposa? ¿Quieres destrozar su reputación como ya has hecho con la tuya?

—Nunca he descuidado mis deberes como madre —se atrevió a replicar la condesa.

—Tampoco vas a tener la oportunidad de hacerlo. No voy a permitir que una casquivana con títulos de dama arruine el futuro de mi nieta.

—¡No consentiré que me insulte en mi propia casa! —La condesa estaba ahora fuera de sí y parecía haber despertado del letargo previo.

—Tú eres la que con tu actitud te delatas. —Doña Concepción se acercó a doña Pilar mientras hablaba. Cuando estuvo a su altura prosiguió—: Escúchame bien porque esta será la primera y la última vez que te lo diga. No me interesa lo más mínimo con quién te revuelques ni en qué cama despliegues tus encantos. Ya tengo muchos años para escandalizarme con esas menudencias. Pero te lo advierto: no vas a arrastrar contigo ni a Amalia ni a mi hijo.

La condesa retrocedió unos pasos para no sentir en el rostro el aliento de aquella insoportable mujer.

—Yo nunca haría eso —respondió a punto de echarse a llorar.

—No tienes ni un ápice de dignidad. Y, si no terminas con la relación que te une al rey, te juro que te arrebataré a tu hija para criarla yo misma, lejos de tu pésima influencia y de la vida de escándalos a la que la arrojarías sin remilgos.

—¡Basta ya, se lo imploro! Amalia es lo único que tengo —dijo temblorosa y bañada en un mar de lágrimas.

—No juegues conmigo, Pilar. No habrá más oportunidades. Mi boca estará sellada y, por el momento, no le diré ni una sola palabra a Ortuño de esto, pero, si no terminas con esa relación, cumpliré mi promesa. No me obligues a hacerlo.

Los enormes ojos negros de doña Concepción la atravesaron hasta quemarle las entrañas. La condesa estaba segura de que lo haría.

—He vivido en una terrible soledad todo este tiempo tratando de ocultar lo que mi corazón sentía. ¡Nadie sabe lo que he sufrido y lo que aún lo hago! —exclamó doña Pilar tratando de encontrar algo de comprensión en una mujer que la detestaba.

—No me digas lo que es vivir en soledad, querida —respondió con sarcasmo doña Concepción—. Sé muy bien lo que supone sacrificar el deseo por el deber. Te recomiendo que tú también lo aprendas o, en caso contrario, terminarás por perderlo todo.

La madre de Ortuño se giró bruscamente antes de abrir de nuevo la puerta del salón para marcharse. Doña Pilar se dejó caer sin fuerzas en el canapé mientras un silencio espeso invadía la habitación. Un intenso olor a primavera la embriagó de pronto y el sonido del canto de un ave se coló con ironía en la estancia procedente del jardín. Las palabras de su suegra resonaban con fuerza en su interior marchito. Sabía que debía alejarse de José para siempre, pero la idea de no volver a verle nunca más era para ella más terrible que la propia muerte. Por eso pensó que quizá sería una opción la de no volver a sufrir. Terminar de una vez para dejar de fingir, de pensar, de amar. Ya lo había perdido todo, ni siquiera le quedaba la esperanza. Podría dormir, dejar que todo se apagara. Así la guerra también terminaría y, con ella, el sufrimiento y el dolor.

Pensó entonces en Amalia. Si ella moría, ¿quién la protegería? ¿Aquella terrible mujer que estaba dispuesta a alejarla de lo que más quería en el mundo? No podía dejar sola a su hija, no en manos de un monstruo. Debía enseñarle a ser fuerte, libre, a no rendirse nunca.

Se incorporó del canapé mientras apretaba los puños con fuerza y se secaba las lágrimas de las mejillas. Olvidaría a José, se centraría en proteger a su pequeña Amalia y trataría de hacerla feliz, ya que ella jamás volvería a serlo. La vida debía continuar su curso.

La marquesa de Montehermoso estuvo a punto de detener la lectura en varias ocasiones. Conforme avanzaba, su estómago se hacía más y más pequeño y a punto estuvo de vomitar cuando terminó de leer el fragmento. ¿Sería verdad esa posibilidad que ahora brillaba en el fondo del túnel que se abría ante sus ojos? Ella, que había crecido

lejos de su madre y nunca había comprendido por qué, ¿estaría ahora ante la razón de la distancia?

Amalia siempre había sospechado (no sin cierto dolor, sobre todo en la primera juventud) que su madre había preferido tenerla lejos por considerarla, quién sabe, un estorbo, una distracción, una carga superflua. Luego, con su entrada en la madurez, eso había cambiado. Madre e hija se habían reunido y habían construido un vínculo antaño debilitado. Pero ¿acaso estaba ahora delante de los motivos que justificaban el distanciamiento de su madre? ¿Había fracasado la condesa en su intento de olvidar a José? Y lo que era más inquietante y aterrador: ¿había su abuela Concepción cumplido su amenaza? ¡Qué terrible crueldad tener que renunciar hasta a su propia hija! Amalia era madre también y por eso comprendía lo que aquello significaba.

—¿Es eso? —se sorprendió de pronto Amalia hablando entre susurros, dirigiéndose al retrato de doña Pilar—. ¿Te alejaste porque te obligaron a renunciar a mí?

Sintió, en lo más profundo de su corazón, el dolor de haberla juzgado injustamente y entendió, de una vez por todas, el amor que su madre le había profesado a pesar de las despiadadas circunstancias que la habían ahogado. Más que nunca precisaba descubrir cómo había ocurrido todo, quién la había empujado al abismo y si a la condesa le había merecido la pena aquel tormento.

27
Cambio de aires

Madrid, 25 de abril de 1810

La fiesta había sido idea de Ortuño para tratar de distraer a su esposa y levantarle el ánimo. Llevaba algunos meses decaída y solo la compañía de Amalia parecía aliviarla. Los avances militares de las tropas francesas en Andalucía y la llegada de la primavera a la ciudad también eran excusas más que suficientes para organizar una recepción en el palacio de Masserano. Además, el general Hugo, poco inclinado a las celebraciones, estaba acompañando al rey en el sur de España, por lo que se encontraba fuera de casa y todo había sido dispuesto al gusto del marqués.

—Ya está todo listo, querida. Anoche llegaron los vinos procedentes de Burdeos y la orquesta vendrá un poco antes de las seis para ensayar un repertorio que he escogido especialmente para ti.

Ortuño se mostraba amable y de buen humor. Había estado muy atento a las necesidades de la condesa en los últimos tiempos, pues, al no encontrarse el rey en Madrid, había podido dedicarle más atención. Salían a pasear casi todas las tardes cuando ya el sol había caído, compartían conversaciones animadas sobre literatura, música y arte, y doña Pilar hasta se había atrevido a pedirle consejo sobre si debía o no dejarse retratar por don Francisco. La única razón por lo que no lo había hecho hasta ahora era porque no se encontraba con fuerzas suficientes para posar ante el maestro y temía aparecer en el lienzo como una dama presa de la melancolía y del hastío.

—Eres tan hermosa, querida, que no es de extrañar que Goya te haya propuesto hacerte un retrato. Creo que debes aceptar, sin duda. Una gran dama como tú no debe dejar pasar la oportunidad

de ser inmortalizada por el mejor artista de nuestra historia reciente. ¡Si Velázquez levantara la cabeza, estaría entusiasmado con tan eminente genio!

—Hasta ahora no me encontraba con fuerzas, pero quizá tengas razón y posar para don Francisco me levante el ánimo.

—No ha confirmado su asistencia a la fiesta. Sabes que tiene una salud frágil y que no es muy amigo de celebraciones, pero estoy seguro de que se sentirá enormemente feliz si le invitas a tomar el té un día de estos y le dices que aceptas su propuesta.

Ortuño se acercó a su esposa y le besó en la frente.

—Por otro lado, he recibido noticias esta mañana de que el rey se ha hecho acompañar de Quilliet para realizar la selección de obras que habrán de trasladarse al palacio de Buenavista como sede del futuro Museo Josefino.

La condesa no pudo evitar estremecerse al escuchar que su esposo nombraba a José. Su relación estaba muerta como muerto se encontraba su corazón, sin embargo, no podía dominar su mente ni mucho menos controlar su cuerpo, que actuaba ajeno a toda voluntad.

—¿Quilliet? —preguntó doña Pilar con cierta curiosidad para tratar de alejar la figura del rey de sus pensamientos—. Nunca había oído hablar de ese hombre.

—Se trata del inspector artístico de la corona. Un experto en antigüedades cuya visión resultará determinante para la creación del museo. Además, el rey también ha decretado que se lleve a cabo una selección de unas cincuenta obras de los más célebres pintores españoles como regalo a Napoleón para que cuelguen de las salas de su museo en París.

—¡Qué extraño y contradictorio me resulta todo! —exclamó Pilar sin poder contenerse—. Una expedición cultural en medio de una guerra no parece que tenga mucho sentido, ¿no es cierto?

La pregunta pareció sorprender a Ortuño, que la miró con cierta extrañeza.

—Algunos lo vemos como un acto de civilización en medio de la sinrazón de la barbarie. Los franceses entienden muy bien esa

combinación, querida. Se trata de escoger lo valioso de entre el caos. Simplemente sacar rédito de situaciones poco ventajosas.

—Goya me ha comentado que el rey le ha confiado la selección de algunas de estas obras —respondió doña Pilar sin darle demasiada importancia a sus palabras.

—Sí, así es. Y parece que Mariano Maella y el pintor italiano Manuel Napoli formarán también parte de la comisión que se encargue de escoger los trabajos. El problema estriba en el palacio de Buenavista como sede del nuevo museo. Se encuentra en un estado ruinoso y los techos pueden hundirse en cualquier momento. Parece que el conde Melito, superintendente de la Casa Real, es muy consciente de la situación.

—Pero, entonces, sería un enorme gasto para el erario público el hacerse cargo de la rehabilitación del palacio. Quizá una buena opción sería vender algunos de los trabajos menos relevantes para costear la suma a la que ascienda su acondicionamiento —reflexionó en voz alta doña Pilar.

—Muchas de las obras confiscadas a las instituciones religiosas están almacenadas en el convento del Rosario, pero este se encuentra también en unas condiciones lamentables y la falta de espacio y de una correcta conservación están poniéndolas en peligro. Sinceramente, querida, no creo que haya dinero para acometer tantas reformas.

El reloj del comedor dio las doce del mediodía. Era ya tarde y el palacio era un hormiguero de criados apresurados por los pasillos. Puertas que se abrían y cerraban, conversaciones nerviosas y cazuelas en ebullición sobre el fuego. Un aprendiz deshuesaba varias codornices al fondo de la cocina bajo la atenta mirada del cocinero jefe. Se laminaban las trufas con delicadeza, se limpiaban las bandejas de plata para que estuvieran relucientes durante el servicio y se disponían los manteles de lino bordado sobre las mesas organizadas para la cena. Los candelabros esperaban a ser prendidos y las flores, colocadas en jarrones de porcelana de Sèvres, conferían a las estancias un olor discreto pero encantador. Todo estaba perfectamente diseñado para que doña Pilar olvidara por una noche el dolor de la ausencia, de la falta de esperanza.

La condesa se detuvo a mirar su reflejo en el espejo de su tocador. Las primeras arrugas habían hecho su aparición alrededor de la comisura de los labios. No sintió desazón por ello. No temía envejecer. Había aprendido que lo verdaderamente necio era resistirse a ello. Quizá en esa transformación se escondiera una belleza distinta, menos deseada, pero tal vez más sabia. No quería volver atrás, no quería volver a sentirse frágil. Ahora al menos era consciente de su dolor, lo comprendía e incluso había aprendido a convivir con él.

Una doncella comenzó a peinarle el cabello hasta formar largos tirabuzones que terminaron por enmarcar su blanquecino rostro. Sobre una silla de madera de nogal tapizada en seda de color cobalto, descansaba el vestido que había elegido para la velada. Era azul turquesa, hasta los tobillos, de manga corta y escote en bañera con decoración de pequeñas perlas alrededor de la cintura y en la parte baja de la falda.

De pronto la melancolía la invadió. A pesar de que se había propuesto sonreír, no pudo evitar que a su mente viniera el recuerdo de la noche en la que vio por primera vez a José en la cena de gala que ella misma organizó en su residencia de Vitoria. Había pasado casi un año y a ella le parecía un siglo. Le recordaba mirándola fijamente, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir. Aquel extranjero de modales exquisitos e inteligencia despierta era capaz de ver el interior de su alma. Así lo había sentido. Era tan cálido y atractivo que no había podido olvidarlo.

Un nudo se instaló en su garganta. No podía flaquear. Debía estar lista para atender a sus invitados, ser la mujer más bella, la anfitriona perfecta. Una de sus doncellas le colocó los pendientes de zafiros mientras la otra le ajustaba la gargantilla de brillantes al cuello. Aquella noche solo llevaría un brazalete de oro, también de zafiros, a juego con los pendientes.

Contempló su rostro por última vez ante el espejo, respiró hondo, abrió la puerta de su habitación y comenzó a descender por la escalera principal en dirección a la entrada del palacio para recibir a sus invitados. Podía escuchar la música de fondo y el rumor de voces en la lejanía. Esa noche estaba dispuesta a brillar con luz

propia, aunque el hombre al que amaba no estuviera allí para presenciarlo.

28
El regreso del rey

Madrid, 24 de mayo de 1810

José I había vuelto a Madrid. La casualidad hizo que la condesa escuchara una conversación entre dos criadas que, entre cuchicheos, hablaban en una de las galerías del palacio. Ella, absorta en sus pensamientos, no había reparado en la presencia de las mujeres hasta que oyó el nombre del rey. Fue entonces cuando lo supo. El corazón le dio un vuelco para volver a latir con la fuerza de antaño. Comentaban las doncellas que el monarca estaba desmejorado y que la guerra había terminado por pasarle factura, pero que aún conservaba ese atractivo porte que tantas simpatías había levantado entre el género femenino.

La condesa no dejaba de repetirse a sí misma que la historia de amor que ambos habían protagonizado formaba ya parte del pasado, sin embargo, los recuerdos lo invadían todo. Solo con el simple hecho de escuchar su nombre, doña Pilar se volvía una mujer insegura. Maldijo su debilidad, su incapacidad para cumplir la promesa de no entregarse de nuevo a un hombre que nada podía ofrecerle más que angustia. Aún recordaba con precisión la carta de Teresa en la que esta le confirmaba la relación de su amante con otra mujer. Los celos la carcomieron por dentro durante meses, emponzoñando su interior, convirtiéndola en una sombra de sí misma, pero ese tiempo ya había pasado. O, al menos, eso creía ella.

Por eso la nota remitida por José le cogió de improviso. Se encontraba en el jardín del palacio contemplando extasiada el nacimiento de los primeros lirios mientras Víctor y Amalia jugaban

distraídos a la gallinita ciega. Fue entonces cuando el criado, en su tradicional bandeja de plata, le acercó un papel blanco doblado con el sello de la Casa Real a la vista.

Doña Pilar estuvo a punto de destruir la nota en mil pedazos sin ni siquiera haberla leído, pero no lo hizo. Finalmente, y a pesar de que era muy consciente de que su lectura podría afectarle, decidió desdoblar el papel y leer.

Querida Pilar:

Acabo de regresar a Madrid y este tiempo alejado de ti ha pesado en mi corazón casi tanto como la misma guerra. Traigo conmigo la sombra de la muerte, el polvo y el pesado calor de las tierras del sur que ahora ya conozco, y lo único que me ha permitido soportar todo eso ha sido tu recuerdo. Ni una sola noche he conseguido apartar de mi mente el calor que me quema por dentro cuando rozo tu cuerpo. Por eso y por lo que sé que aún sientes por mí, aunque hayas intentado apartarme de tu pensamiento, te pido una última cita. No puedo soportar pasar una noche más sin sentirte mía. Ven a verme al lugar donde nos amamos la última vez.

Ya sabes que yo te esperaré siempre,

JOSÉ

La condesa apretó con fuerza la nota contra su pecho. ¿A quién quería engañar? Todavía lo amaba y se castigaba una y otra vez tratando de fingir que no lo hacía. Había levantado muros que creía sólidos para enterrar, tras ellos, unos sentimientos que ahora afloraban con viveza. Habían bastado solo unas líneas para que aquello que había estado enterrado durante meses volviera a la luz.

Doña Pilar pensó entonces en las duras amenazas de su suegra y en que no dudaría en cumplir la promesa de separarla de Amalia si volvía a ver al rey. La conocía muy bien; era dura, fría e implacable. Sabía que el riesgo que corría era inmenso. ¿Y si alguien se enteraba? Había ojos por todas partes. Si la descubrieran, toda su

vida se desmoronaría por completo como un castillo de naipes, pero ¿acaso podía vivir con miedo? ¿Debía doblegarse a los deseos de otros anteponiéndolos a los suyos propios? No podía hacerlo. Debía enfrentarse a su dolor. Necesitaba estar una vez más frente a su rostro. Mirarle a los ojos y sentir que nada de lo que le había entregado había sido en balde. Le vería, acudiría a su encuentro una última vez. Sería su regalo de despedida.

De pronto, y sin esperarlo, Amalia apareció tras un arbusto con una expresión luminosa y cautivadora. La condesa dobló la nota con cuidado sin que su hija se diera cuenta y la ocultó en una mano.

—Madre —dijo mirándola fijamente a los ojos.

—Pero ¿no estabas jugando con Víctor? ¿Dónde le has dejado? —Le sonrió la condesa con ternura.

—Se ha ido a su cuarto. No se encuentra con ganas. Por eso quería hablarle. Tenemos que ayudarle. —La dulzura con la que hablaba era realmente conmovedora.

—¿Y qué podemos hacer por él?

—Está muy triste. ¿Recuerda que su madre iba a venir a visitarlos?

—Sí, claro que lo recuerdo —respondió la condesa frunciendo suavemente el ceño.

—Ha cancelado su viaje y finalmente se quedará en París.

—Vaya, lo siento mucho.

—Por eso quería pedirle que le llevemos nosotros. Podemos ir todos juntos y darle una sorpresa a su madre. Así Víctor dejará de estar triste y de llorar por las noches. Me ha dicho que a veces se despierta asustado en medio de la oscuridad y la llama para que vuelva.

A la condesa se le puso un nudo en la garganta. Tragó saliva. La inocencia de su hija la desarmaba. ¿Cómo explicarle que la vida dolía? ¿Cómo hacerle entender que las personas tomaban decisiones que herían a otras sin quererlo?

—No podemos ir a París. Víctor debe esperar a que ella venga. Seguro que cumplirá su promesa. Pero debes comprender que son tiempos difíciles y que la guerra hace que sea más complicado viajar. Es peligroso y no queremos que a ninguno le ocurra nada malo, ¿verdad?

Amalia asintió y abrazó a su madre. Un aroma limpio embriagó a la condesa, que inspiró el olor de su hija mientras la apretaba contra su pecho. El tiempo se detuvo y doña Pilar sintió entonces una profunda tristeza. Sabía que encontrarse de nuevo con el rey suponía arriesgarse a perderla.

Sintió una punzada de culpa y lloró en silencio. Un llanto sin lágrimas que no buscaba consuelo. Con el corazón desgarrado cerró los ojos y pidió perdón a su hija sin pronunciar palabra, en lo más hondo de su corazón.

—Gracias. Le diré a Víctor que no debe preocuparse y que su madre siempre estará con él, aunque no pueda verla —dijo antes de desaparecer, a toda prisa, entre las flores del jardín.

29
Ni inocentes ni culpables

Madrid, 28 de mayo de 1810

La condesa tuvo que esperar unos días para encontrarse con José. La tarde había traído una pesada bruma y, desde el amplio ventanal de su habitación, doña Pilar observó cómo su esposo esperaba a que los criados cargaran en el carruaje las últimas maletas.

Ortuño tenía que atender asuntos políticos en Vasconia, pues Napoleón había creado allí un gobierno militar, además de en Cataluña, Aragón y Navarra. Estos gobiernos estaban controlados por subordinados colocados directamente desde París por el emperador y sin tener en cuenta los dictados del rey José, por lo que Ortuño, bajo el mandato del rey de España, tenía la misión de conocer el estado de la situación de primera mano.

Su esposo regresaría en una semana, pero ella no estaba dispuesta a esperar más tiempo para ver al monarca. Estaba decidida a terminar con aquel amor que la consumía por dentro, a contarle que no podía continuar viéndole a escondidas porque estaba en juego perder a su hija. Amalia no podía crecer lejos de ella, en una casa donde el amor se mediaba en silencios, y, a pesar de que solo Dios sabía lo mucho que amaba a ese hombre, la aventura entre ambos tenía que acabar.

Quería ser fuerte, pero se sentía frágil, perdida. ¡Qué ingenua había sido! Al igual que su belleza, la esperanza en un futuro al lado de José se había ido marchitando con el paso del tiempo, con cada decepción, con cada partida. Por un instante, ahí, de pie, sola, en medio de la oscuridad de su cuarto, pensó en no acudir a su encuentro. Una nota bastaría para decirle adiós. Así no tendría que

salir envuelta en las sombras, ocultándose para no ser vista y arriesgándose a ser descubierta. Sin embargo, no tuvo valor. Necesitaba volver a verle, sentir que había merecido la pena amarle hasta la extenuación, que había merecido la pena poner todo su mundo en riesgo por sentir sus manos entrelazadas a las suyas sobre las sábanas de lino.

No podía perder más tiempo, así que cogió su abrigo y se dirigió al palacio. El silencio de la noche la envolvió durante el trayecto. El carruaje avanzaba despacio por las calles de la ciudad bajo la luz de una intensa luna. Las ruedas golpeaban el pavimento irregular produciendo un sonido rítmico y constante. Dentro, la condesa, sumida en la tristeza de sus pensamientos, respiraba un aire denso, cargado de la nostalgia de un tiempo que ya no era. El cochero apenas tenía que guiar a los caballos. Parecía que conocían bien el camino, y esto le produjo a doña Pilar una ligera zozobra. Aunque no estaba lejos de su residencia, aquella noche el trayecto se le estaba haciendo eterno.

El carruaje giró hacia la derecha y la silueta imponente del Palacio Real se elevó de entre las sombras de la noche para darle la bienvenida. Las manos temblorosas de la condesa se agarraron con fuerza a la solapa de su abrigo mientras ella se repetía en voz baja, casi en una letanía, que aquella sería la última vez que volvería a encontrarse a solas con José. Tenía que poner fin a aquella locura de una vez por todas. Sintió una punzada en el pecho, tragó saliva y se persignó. Solo Dios podía ayudarla porque solo Él sabía lo que iba a dejar atrás.

El carruaje se detuvo frente a una de las entradas laterales del palacio. Allí la esperaba el ayudante de cámara del rey, que, atento, le indicó que le siguiera sin pronunciar palabra. La condesa caminaba despacio, pero su corazón latía tan fuerte que parecía estar a punto de estallar. Una vez más, en el interior de aquella habitación casi en penumbra y solo alumbrada por las llamas de varios candiles, doña Pilar esperó la llegada del rey. Tenía la mirada fija en la puerta y las manos entrelazadas bajo el pecho. Le costaba respirar.

No fue realmente consciente del tiempo que permaneció allí hasta que su silueta imponente atravesó la estancia para detenerse en seco frente a ella. Se miraron intensamente, en silencio. La condesa estaba paralizada, pero el brillo de sus ojos la delataba. El monarca se acercó a ella y la abrazó con fuerza. Sus cuerpos se apretaron con desesperación, con una necesidad dolorosa.

—No imaginas cuánto te he echado de menos. —José tenía la voz quebrada presa de una emoción contenida.

Doña Pilar se alejó unos pasos del rey. Tenía el corazón roto.

—¿Por eso te paseabas por Sevilla con otra mujer? —dijo con los ojos encendidos por la rabia.

José agachó la cabeza sin negarlo. Entonces la condesa continuó:

—No creo que hayas sufrido tanto como dices. Desde luego, has empleado bien el tiempo.

—Escúchame, te lo ruego. —José se acercó de nuevo a ella y la tomó de las manos apretándolas con fuerza entre las suyas—. No significó nada para mí. Estaba perdido sin ti y traté de buscar consuelo en otros brazos creyendo que lograría olvidar tu ausencia. Sin embargo, no he podido conseguirlo porque tú eres la mujer a la que amo.

La condesa le acarició la mejilla y recorrió con el dedo índice el contorno de sus labios.

—Perdóname, Pilar —continuó el rey—. He sido un estúpido y he traicionado tu amor. Solo te pido que comprendas la tremenda soledad que me ha acompañado estos meses y que seas capaz de volver a amarme.

—Yo nunca he dejado de hacerlo.

La condesa buscó los labios de José precipitadamente, con un deseo incontrolable, ahogado, primitivo. Abrazados, se arrojaron sobre el lecho mientras se acariciaban agradecidos de sentirse de nuevo. José recorrió todo su cuerpo deteniéndose en cada curva, en cada uno de los rincones que ella le indicaba tomándole con suavidad de las manos. Sus movimientos eran delicados al principio hasta que la pasión y el deseo acabó arrastrándolos a ambos. La condesa gemía pronunciando su nombre y el rey, empapado en sudor, la poseía con el ímpetu de una juventud ya casi olvidada.

Cuando todo terminó, José se derrumbó sobre ella besándole el cuello, los hombros, el rostro. La condesa, con la respiración entrecortada, se aferró a él hasta casi derretirle.

—Dime que me amas —le pidió doña Pilar sin vacilar.

El rey escribió algo sobre la piel. Era como una señal invisible, una marca de pertenencia de la que ya no podría desprenderse nunca.

—Te amo. Y a pesar de que nuestros destinos…

Doña Pilar le selló los labios con un beso sin dejar que terminara. Probablemente sabía muy bien lo que él iba a decirle, pero esa noche no estaba dispuesta a escucharlo.

—Mi hermano va a volver a casarse. —José cambió de tema.

—¿Y Josefina? No sabía que las cosas iban mal entre ellos.

—Él la ama profundamente, pero no es capaz de darle un heredero que continúe con nuestra dinastía. Y para Napoleón y por el bien de Francia esto es más importante que cualquier otra cosa.

—¿Más importante que el amor? —preguntó la condesa sin ocultar su ironía.

El rey hizo caso omiso a la pregunta de doña Pilar y continuó hablando:

—Esta vez la elegida ha sido la hija mayor del emperador de Austria, María Luisa. Apenas tiene dieciocho años y, si todo sale como espera mi hermano, pronto quedará encinta. Además, de este modo, fortalecerá su relación política con la casa de los Habsburgo.

La condesa no era capaz de prestar atención a las explicaciones del rey. Sabía que él necesitaba hablar, sentirse comprendido, pero era ella la que no tenía ahora fuerzas para sostenerle.

José prosiguió.

—Por eso he de marcharme a París para el enlace. No tardaré en volver, te lo prometo. Nunca más te dejaré sola tanto tiempo.

Doña Pilar apretó los labios para evitar que las palabras salieran de su boca.

—¿Sabes que creo que tú serías una gran reina? —le dijo mientras le acariciaba los cabellos acompasadamente—. Serías justa y el pueblo te amaría por ello.

—Tú eres un buen rey, José —acertó a decir la condesa—. Pero a veces la compasión no es una de las mejores cualidades que debe

poseer quien sostiene el peso de una corona sobre los hombros.

—Solo intento que el pueblo me quiera.

—Lo que debes es intentar gobernar. El resto vendrá como consecuencia de lo anterior.

—¿Ves cómo serías una estupenda reina? —José sonrió sin dejar de acariciarle el pelo.

—Yo no puedo reinar, solo puedo quererte —respondió la condesa mientras se acomodaba en su pecho cerrando los ojos.

—Entonces no te vayas, quédate conmigo hasta que amanezca.

—Sabes que no puedo hacerlo.

El rey permaneció unos instantes en silencio.

—He venido porque necesitaba verte, pero también para decirte algo. —Doña Pilar se incorporó y apoyó la cabeza sobre la almohada.

José estaba frente a ella absorto, contemplando la desnudez de su pecho y tratando de concentrarse en las palabras que a continuación la condesa iba a pronunciar.

—No podemos volver a vernos. No de este modo. —Sus ojos se humedecieron tratando de evitar las lágrimas.

—No te comprendo. ¿Qué ha sucedido? Creía que me habías perdonado. Ya te he dicho que no volvería a traicionar tu amor, que no…

—No se trata de eso, José —le cortó la condesa con brusquedad—. Hace unos días la madre de Ortuño vino a verme para decirme que todo Madrid sabe de nuestra relación. Me amenazó con que, si no terminaba con esto, me quitaría a mi hija. Y Dios sabe que cumplirá su promesa. Es una mujer despiadada y sin escrúpulos.

—Pero no puede hacer eso, ¡eres su madre! Nadie en su sano juicio separaría a una hija de la mujer que le dio la vida.

—Lo hará, tenlo por seguro. Me presentará ante todos como una adúltera, una deshonra para la familia y para su hijo.

—Yo te protegeré. Soy el rey. No podrá hacer nada contra ti.

—No debes hacerlo, José. Te delatarías y terminarías por sepultarme aún más. Sería el mejor modo de darle la razón y confirmar lo que todo el mundo sabe.

—Entonces ¿este es el final?

Doña Pilar no pudo responder, solo asintió ligeramente mientras las lágrimas manaban a borbotones de sus ojos negros.

Permanecieron abrazados en silencio. La condesa no quería separarse de él y prolongó el momento aun a sabiendas de que cada segundo que pasaba el peligro aumentaba para ella. No faltaba mucho tiempo para que amaneciera.

Cuando se levantó para vestirse escuchó la voz del rey maldecir en voz alta.

—Dios condene a este mundo y a todo lo que nos separa.

Con el corazón hecho pedazos, la condesa le besó en los labios. Había elegido a su hija dejando tras ella lo que era como mujer, perdiéndose a sí misma para no volver a encontrarse jamás. Solo el tiempo diría si su elección había sido la acertada. Entre tanto, tenía que vivir con la certeza cruel de que nunca volvería a verlo.

Cuando salió del palacio, el aire de la mañana, fresco y primaveral, le resultó irrespirable. El carruaje estaba esperándola para regresar a casa.

30
Madre no hay más que una

Madrid, 5 de junio de 1810

Ortuño acababa de regresar de Vitoria. Estaba cansado y no tenía muchas ganas de conversar.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó la condesa tratando de mostrarse amable con su esposo.

—Vitoria ha cambiado mucho en estos últimos tiempos —respondió Ortuño con una mezcla de tristeza y melancolía—. Lo cierto es que tengo muchas ganas de regresar. La guerra está resultando muy dura para todos.

Doña Pilar asintió en silencio. Ella también echaba de menos los días en los que todo era más fácil, en los que disfrutaba de largos paseos por la ciudad acompañada de Teresa y de Loreto mientras compartían confidencias y sonrisas. Ahora la condesa sabía que aquellos días no volverían jamás. Había descubierto la verdadera felicidad en los brazos de un hombre al que no podía tener y eso la había condenado. Caminaba como una sombra que envejecía silenciosa dejando pasar los días a sabiendas de que esto no le granjearía el ansiado olvido.

En silencio, pensativa, apenas se dio cuenta de que su esposo se acercaba a ella y le extendía una carta sellada.

—Es de tu madre. Me ha dicho que te la entregue. Vino a casa mientras estaba recogiendo algunos libros solo para eso. Ella está bien, no debes preocuparte.

La condesa tomó el sobre entre las manos. No quería leer la carta delante de Ortuño, por lo que la guardó con discreción en el bolsillo de su vestido.

—Te noto cansado, querido. Deberías subir arriba y tomarte un buen baño. Diré a los criados que te lo preparen.

El marqués no respondió y se dirigió a la ventana para contemplar a los últimos transeúntes que caminaban parsimoniosos al filo del día.

—El conde de Cabarrús falleció la semana pasada en Sevilla —dijo con un hilo de voz imperceptible—. Tuve noticias de ello en Vitoria, pero es imposible y muy peligroso atravesar el país en estos tiempos de guerra. No sabes lo que he sentido no poder acompañarle en su último adiós.

—Vaya, lo lamento mucho, querido. Hemos de enviar un telegrama de condolencias a su esposa, María Antonia. Es una mujer adorable.

—Sí, lo envié nada más enterarme de la noticia. La vida puede ser muy caprichosa a veces —reflexionó Ortuño en voz alta—. Don Francisco fue un gran ministro y un excelente visionario. Lo vamos a echar de menos, especialmente el rey.

La condesa se estremeció. Por mucho que quisiera apartar a José de su pensamiento siempre había alguien que la hacía recordarle. Y ese alguien solía ser su esposo.

—Creo que seguiré tu consejo y me tomaré ese baño.

—Te hará bien y descansarás mucho mejor —respondió la condesa. Intentaba quedarse a solas para leer la carta de su madre.

Ortuño sonrió a doña Pilar, le dio un beso en la frente y se dirigió hacia el piso superior en el mismo instante en el que el reloj del salón daba las seis.

Por fin la condesa se encontraba a solas. Estaba nerviosa. Sacó entre estertores la carta y se sentó en uno de los sofás tapizados en terciopelo marrón.

Querida hija:

A pesar de que creía que iba a costarme mucho escribir estas líneas, he olvidado el orgullo y las palabras cargadas de reproches que nos dijimos en la última conversación que

mantuvimos para decirte que mi amor por ti como madre sigue intacto.

Ha llegado hasta mí la dolorosa noticia de lo que tu suegra pretende hacer si no terminas tu relación con el rey. Puedo imaginar bien el dolor inmenso que supone apartar a una madre de su hijo, tener que renunciar a tu sangre por unas circunstancias que ni una misma puede controlar. No hay nada más cruel que vivir con esa herida, y tú no mereces eso. En realidad, nadie lo merece. Por eso te pido que luches por tu hija y no permitas que nadie te robe tu derecho a ser madre.

Sabes que estaré siempre aquí para ti. Yo también he sufrido a pesar de que, muchas veces, he intentado ocultarlo para que tuvieras una infancia feliz, una vida hermosa. Nunca he querido que mis silencios y debilidades te afectaran lo más mínimo. Una madre siempre debe proteger a sus hijos, y tú debes hacer lo mismo con Amalia. Es contigo con quien debe estar, de lo contrario, te arrepentirás siempre porque lo único que es irrecuperable es el tiempo que ya ha pasado.

Las dos somos mujeres fuertes y siempre hemos sido capaces de superar los escollos que la vida nos ha ido poniendo delante. No dejes que nadie te haga creer lo contrario. Cuanto más crueles y dolorosas son las heridas del alma, más encuentra el corazón un refugio para hacerse fuerte y valeroso.

Confía en ti misma y en tu valía como madre, y no olvides que en mí siempre tendrás tu refugio y tu verdadero hogar.

Luisa de Sarriá y Villafañe,
condesa del Vado

Las lágrimas de doña Pilar salpicaron el papel. Había dejado de sentirse sola. Las palabras de su madre la habían conmovido. Transmitían una compasión hasta entonces tan desconocida para ella que incluso a la condesa le había dado la impresión de que aquella carta era una especie de confesión velada, la constatación silenciosa de un sufrimiento y una lucha que su propia madre había mantenido ocultos a los ojos del mundo. ¿Acaso doña Luisa

sabría por propia experiencia lo que era el amor verdadero más allá del matrimonio? ¿La habría instado tan ferozmente a acabar su aventura con el rey porque sabía de antemano, y con seguridad, que aquel romance no podía acabar bien? ¿Era protección, y no severidad, lo que había querido para ella? No se detuvo en tratar de encontrar una respuesta a sus preguntas, solo se sentía aliviada y quería disfrutar de una felicidad que últimamente se le había negado mientras le fuera posible.

Se recostó en el sofá aún con la carta entre las manos y lloró porque se supo comprendida, amada, reconocida. Encontró, por fin, el consuelo que tanto había buscado y la esperanza de que, a pesar de seguir rota por dentro, su madre abrigaba su llanto con la honda serenidad de quien ama sin condición.

Amalia cerró el diario. Comenzaba a caer la tarde y la temperatura del salón había bajado. Estaba incómoda y tenía algo de frío, por lo que ordenó a Renaud que encendiera la chimenea y trajera más leña, pues de seguro haría falta pronto.

La abuela doña Luisa se había reconciliado con su madre y eso la reconfortaba, pero había algo que no terminaba de encajar. ¿Por qué había cambiado tan radicalmente de opinión al saber que podían alejarla de su nieta? ¿Eran totalmente sinceras las palabras de esa carta o escondían algo más? Solo había una forma de averiguarlo.

31
Una falsa alarma

Madrid, 12 de julio de 1810

—¡Qué terrible calor hace esta mañana! —se quejó la condesa a una criada mientras esta abría uno de los grandes ventanales de su cuarto.

Una ráfaga de aire caliente golpeó el rostro de doña Pilar. Madrid ardía y el sofoco, que se acumulaba ya desde hacía varios días, hizo que la condesa tuviera que sujetarse a la criada para evitar caer desplomada.

—Está usted muy pálida, señora. ¿Se encuentra bien? ¿Quiere que le prepare un té frío?

La condesa se llevó las manos a la sien mientras respiraba con dificultad tratando de vencer las náuseas.

—No, déjelo, no se preocupe, estoy bien —respondió intentando recomponerse.

—Hoy tiene visita. Recuerde que las señoras Teresa y Loreto están en Madrid solo para verla. —La doncella miró a doña Pilar de reojo para comprobar si recordaba su cita.

A decir verdad, la condesa se había olvidado por completo de que sus dos amigas vendrían a visitarla desde Vitoria. Hacía meses que no las veía y nada le hacía más ilusión que poder compartir con ellas confidencias y emociones, pero últimamente se encontraba muy inquieta y preocupada. El último encuentro con el rey, aquella última noche de despedida, su entrega sin reservas, le había pasado factura. Se sentía débil, agotada, sin fuerzas. Además, hacía más de un mes que no sangraba. El miedo se instaló en su

estómago. ¿Un embarazo ahora? El escándalo sería mayúsculo. Daría a luz al hijo bastardo de un rey.

Amalia no pudo continuar leyendo. Sintió que el aire no le llegaba a los pulmones y se ahogaba. ¿Es que acaso podría estar su madre embarazada del rey? Se levantó de un salto del sillón mientras un frío helador le recorría la espalda. El miedo se apoderó de ella. ¿Tendría un hermanastro oculto en alguna parte? Se llevó una mano al pecho tratando de controlar los latidos de su corazón.

De pronto, Renaud entró en el salón con cierta parsimonia y un buen número de troncos para encender la chimenea. Amalia, pálida y con la mirada desencajada, solo acertó a pedirle que terminara pronto su cometido y la dejara sola. Aún no podía creerlo. Su madre… ¿encinta?

Se sirvió otra copa de vino. Necesitaba tiempo para asimilar aquello. Contempló durante varios minutos las esplendorosas llamas que ya crepitaban con fuerza tratando de encontrar entre ellas una respuesta a sus dudas. Pero las respuestas no se encontraban ahí, sino entre las páginas del diario.

La condesa desechó de inmediato esos terribles pensamientos de su mente. Hacía muchos meses que no mantenía relaciones íntimas con Ortuño, por lo que no le cabía ninguna duda de que, en el caso de que estuviera encinta, el hijo fuera de José. Sin embargo, no sería ni la primera ni la última mujer que hiciera creer a su esposo que la criatura que esperaba fuera suya. Así que, a pesar de que la sola idea de tener que dejar que Ortuño la tocara la incomodaba, pensó que no podía permitirse pasar una noche más sin acostarse con su esposo.

Sintió un vértigo hasta ahora desconocido para ella. Comenzó a caminar en círculos por su cuarto mientras se lamentaba por haber actuado de manera tan inconsciente e irresponsable. El amor y la pasión habían anulado su juicio y ahora las consecuencias podían resultar tan terribles como incontrolables. ¿Qué pensaría José si se enteraba de la noticia? ¿Creería que lo había preparado todo para chantajearle?

La mente de doña Pilar viajaba muy rápido y demasiado lejos, por lo que se prometió dejar de lanzar al aire suposiciones que, de momento, no podía confirmar. Tenía que prepararse para recibir a sus invitadas. ¿Sería bueno contarles a Loreto y a Teresa su preocupación?, pensó mientras se refrescaba el rostro espolvoreándolo para ocultar unas incipientes ojeras.

Cuando la doncella anunció la presencia en el jardín de sus dos amigas, la condesa se encontraba mucho más repuesta. El calor había amainado y los criados habían dispuesto una amplia mesa a la sombra, donde las tres mujeres pudieran sentarse y charlar mientras disfrutaban de un agradable aperitivo.

—¡Qué enorme alegría! —exclamó doña Pilar sin poder contener su júbilo—. Por fin estáis aquí. No sabéis cuánto os he echado de menos.

Las amigas se intercambiaron los correspondientes besos de cortesía antes de tomar asiento.

—Teníamos muchas ganas de venir a verte, querida —dijo Loreto dando un sorbo a su granizado de limón—. Esta guerra se está alargando demasiado y en Vitoria las cosas ya no son como antes.

—Sí, Ortuño me ha dicho que se vive una especie de calma tensa. Es lo mismo que sucede aquí en Madrid.

—Hay mucho miedo, aunque parece ser que los franceses están ahora mejor organizados. —Fue Teresa la que habló mientras una suave brisa hizo que tuviera que apartarse los cabellos del rostro.

—Sin embargo, dicen que los ingleses siguen apoyando a los insurrectos y que el general Wellesley está más convencido que nunca de su triunfo —apostilló Loreto.

Doña Pilar se encogió de hombros. No parecía demasiado interesada en la conversación. Cogió un pequeño trozo de pastel de arándanos y se lo llevó a la boca. De pronto una náusea le atravesó la garganta. Para contenerla se tapó la boca con ambas manos y dejó el trozo de pastel sobre la mesa con disimulo.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Teresa mirándola con preocupación—. Estás un poco pálida.

Antes de que la condesa pudiera responder, la pequeña Amalia apareció de improviso junto con Víctor. Llevaba un ramo de

jazmines entre las manos y sonreía amigablemente.

—Pero ¡si es Amalia! —exclamó Loreto levantándose de su asiento para besar a la niña—. ¡Cuánto has crecido! Estás hecha una mujercita.

La joven se acercó a las amigas de su madre con cierta timidez y las saludó haciendo una graciosa reverencia.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo? —Teresa se dirigió al joven que tenía el rostro algo más tenso y contenido.

—Es Víctor Hugo. Será uno de los escritores más famosos del mundo —respondió Amalia mirando a su amigo con orgullo.

—¡Oh, un escritor! ¡Eso es maravilloso! —se alegró Loreto mientras extendía su mano para saludar al joven—. Procuraré no olvidarme de su nombre, jovencito.

La condesa acarició el cabello de su hija. Estaba muy orgullosa de la mujer en la que se había convertido.

—Nos vamos a leer un rato. —Amalia miró a su madre buscando su aprobación—. ¿Ha visto el hermoso ramo que ha cortado Víctor para mí?

El joven se sonrojó y bajó la cabeza para evitar que su mirada coincidiera con la de la condesa.

—Es precioso. Tienes muy buen gusto, querido.

—Gracias, señora —respondió él con voz dulce y segura.

Los dos abandonaron el jardín entre confidencias mientras las tres amigas se miraban complacientes.

—Hacen una pareja realmente encantadora —comentó Teresa siguiéndolos con la mirada antes de que desaparecieran.

—Son solo amigos. Grandes amigos —respondió la condesa con la mirada perdida.

—A ti te pasa algo, Pilar —replicó Loreto—. Deja de fingir y cuéntanos de una vez por todas qué te ocurre.

Un silencio incómodo, solo alterado por el sonido de la brisa, envolvió la atmósfera, que seguía siendo densa y calurosa. Doña Pilar tomó aire y tragó saliva antes de comenzar a hablar:

—No estoy segura, pero quizá…

—¿Encinta? —preguntó Loreto sin tapujos abriendo los ojos como platos mientras esperaba expectante la respuesta de la condesa.

—¿Del rey? —apostilló Teresa mientras tomaba a su amiga de la mano.

—No lo sé. No estoy segura aún. Pero, si lo estuviera, no sería de Ortuño.

Loreto y Teresa se miraron sin decir nada. Parecían calmadas, como si aquello no las sorprendiera en absoluto. Fue Teresa la que rompió el hielo.

—Quédate tranquila, lo primero es salir de dudas. Nosotras estamos contigo y no vamos a dejarte sola.

—Así es —coincidió Loreto—. Sea como sea, encontraremos una solución. Además, el nacimiento de un hijo siempre es una buena noticia.

Doña Pilar sonrió tímidamente. Se encontraba menos crispada y su rostro había recobrado de nuevo el color. Se sirvió un vaso de granizado y dejó que su garganta se aliviara con el trago.

La mañana transcurrió y el sol fue perdiendo intensidad. Las amigas charlaban tratando de evitar cualquier tema que les causara zozobra o inquietud. De pronto, mientras Teresa estaba contando una animada anécdota protagonizada por uno de sus criados durante la celebración del cumpleaños de su prima Isabel, la condesa notó que un reguero tibio de sangre descendía lentamente entre sus piernas. Se quedó quieta.

Con una mezcla de alivio e incomodidad miró hacia abajo y vio un pequeño cerco de sangre en la tapicería floral de su silla. A punto estuvo de echarse a reír, pero evitó cualquier comentario jocoso. Se levantó con discreción y se dirigió a sus amigas para decirles:

—Disculpadme, queridas, pero necesito ir a cambiarme. Seguid con el almuerzo. Enseguida vuelvo.

Teresa y Loreto dirigieron su mirada hacia la mancha de sangre y sonrieron aliviadas.

—Gracias a Dios ha sido una falsa alarma. Pero debes tener más cuidado, Pilar. Quien juega con fuego, al final, termina quemándose. —Loreto miró a la condesa con seriedad antes de volver a servirse otro vaso.

—La historia entre el rey y yo ha terminado —doña Pilar hablaba con rotundidad, pero con una tristeza infinita que trató de disimular sin ningún éxito—. Le sigo amando como nunca lo había hecho, pero estamos abocados al fracaso y ambos lo sabemos. Ahora, si me disculpáis… Regresaré enseguida.

La condesa avanzó arrastrando sus pasos hacia el interior del palacio y desapareció antes de que ninguna de sus amigas pudiera responderle.

A su vuelta, Teresa y Loreto habían dado buena cuenta del pastel de arándanos y habían apurado casi por completo el granizado de limón. Doña Pilar pidió a uno de los criados que trajera otra jarra mientras les explicaba a sus amigas la visita de su suegra, sus amenazas con respecto a Amalia y el último encuentro que había tenido con el monarca.

—De lo que no hay duda, querida Pilar, es de que eres una mujer valiente. A veces envidio tu enorme capacidad para afrontar la vida como viene. —Teresa sonaba convincente y la condesa le sonrió con amabilidad.

—No me queda más remedio que hacerlo. A pesar de todo el sufrimiento, no tengo otra opción. O me alejo del amor de mi vida, o pierdo lo que más quiero en el mundo, a Amalia.

—Renunciar al amor de mujer es morir en vida, querida. Pero perder a un hijo, ¡no quisiera ni imaginarlo! —exclamó Loreto persignándose para apartar de ella cualquier atisbo de infortunio.

—Quizá no tengas que ser tan drástica —dijo Teresa antes de dar otro sorbo a su granizado.

—¿A qué te refieres? —respondió la condesa algo contrariada.

—Una madre nunca deja de serlo, por mucho que quieran alejar a tu hija de ti, querida. Y he comprobado la devoción que siente Amalia por ti. Además —continuó Teresa—, el corazón de una mujer no pasa página si de verdad ama, y tú lo haces con todo tu ser. No puedes renunciar a eso, o acabarás por traicionar cuanto eres.

32
El heredero

Madrid, 8 de septiembre de 1810

El esplendor del verano estaba a punto de diluirse y una brisa otoñal golpeaba los ventanales del comedor del palacio de Masserano. Los marqueses de Montehermoso estaban sentados en una mesa larga cubierta por un mantel de lino donde se disponía una comida ligera compuesta por frutos secos, uvas, quesos, embutidos y una buena botella de vino tinto.

—He recibido noticias de Vitoria —dijo Ortuño con rostro serio mientras se servía una copa—. Tu madre ha enfermado.

—¿Mi madre? Pero ¿qué le ha ocurrido? Qué extraño que no me haya informado ella directamente… O acaso… —La condesa se detuvo de pronto y miró a su esposo con súbita palidez—. ¿Es grave? Dime la verdad, te lo ruego.

Ortuño se dirigió a su esposa de modo compasivo dejando la copa de vino a un lado.

—Sí, parece un tema serio, querida.

La condesa se levantó de golpe de la mesa. Deseó dirigirse hacia algún lugar para tratar de ponerle remedio a la situación, pero se detuvo.

—Tengo que ir a verla. No puedo quedarme aquí. Me necesita.

—Escúchame, Pilar —respondió el marqués en tono paternal tomándola de las manos—. España es un campo de batalla. Los caminos son peligrosos y, aunque fuera contigo, nuestras vidas podrían correr un grave peligro. No podemos arriesgarnos, debes comprenderlo.

—Pero ¡es mi madre! No quiero quedarme aquí, entre los muros de este palacio, mientras sufre. Quiero estar con ella, poder despedirme si algo malo sucediera.

—La situación es muy inestable y, además, nuestra hija nos necesita. ¿Y si nos ocurriera algo? Amalia se quedaría completamente sola.

Doña Pilar desvió la mirada y terminó por claudicar para darle la razón a Ortuño.

—Entonces tendrás que prometerme que tus contactos en la ciudad me informarán de todo. No puedo vivir con la incertidumbre de que algo malo pueda ocurrirle y yo esté aquí, lejos y sin saber cómo se encuentra.

—Claro, no te preocupes. Tendrás noticias semanales. Haré todo lo posible para que estés informada.

El marqués la besó en la frente. Tras un silencio algo incómodo y para tratar de evitar que doña Pilar siguiera dándole vueltas al asunto, Ortuño decidió cambiar de tema, esta vez para darle buenas noticias.

—¿Sabes querida que, por fin, el emperador va a tener un heredero?

—¿Napoleón? ¿Un hijo? —preguntó sorprendida la condesa.

—Así es. La emperatriz María Luisa está encinta. París es ya una fiesta y las buenas nuevas están en boca de toda la ciudad. Napoleón está más feliz que nunca y esto nos viene bien a todos. ¡Por fin un heredero para el imperio! —Ortuño estaba pletórico.

—El mundo en el que nos ha tocado vivir no es el mejor lugar para recibir a una criatura.

—No seas tan pesimista, querida. La guerra terminará pronto y solo será un espejismo, un pesado sueño del que despertaremos juntos.

—Esta situación es, más bien, una pesadilla infinita de la que no acierto a vislumbrar el final.

De pronto, una de las doncellas atravesó la puerta del comedor con paso ágil. La condesa pensó que iba a retirar la botella de vino de la que Ortuño y ella habían dado buena cuenta. Sin embargo, se mantuvo de pie, erguida junto a la mesa, con las manos en la

espalda. Antes de que la condesa pudiera darle ninguna orden, anunció una inesperada visita.

—Acaba de llegar la señora Hugo.

—¿Cómo? —Ortuño levantó las cejas en un gesto de evidente sorpresa mientras se dirigía a su esposa—. ¿Tenías noticias de que la mujer del general vendría a visitarnos?

—Claro que no, querido. Estoy tan sorprendida como tú. Pero ¡hágala pasar! —le dijo a la doncella con un gesto de aprobación—. Es una gran alegría, sobre todo para sus pequeños.

Unos instantes después, una mujer de unos treinta y cinco años, robusta y con el pelo recogido en un moño alto, atravesó el comedor. Tenía los ojos saltones, la mirada intensa, una nariz grande y puntiaguda y una boca de labios estrechos y apretados. Llevaba unos pendientes de brillantes en forma de lágrima y un discreto collar de perlas alrededor del cuello.

—Bienvenida, madame Hugo. —El marqués se levantó cortésmente para saludarla, besándole la mano con delicadeza.

—Es un placer tenerla entre nosotros —completó la condesa dirigiéndole una generosa sonrisa.

—Lamento la intromisión. Parece que mi esposo no les ha informado de mi llegada —dijo dirigiéndose a doña Pilar con gesto contrariado y suspicaz—. He venido a visitar a mis hijos. Llevaba tiempo organizando este viaje y, finalmente, ¡aquí estoy!

—Nos sentimos muy honrados. Además, los pequeños estarán encantados. Sé por mi hija Amalia que Víctor la ha echado mucho de menos.

—Sí, así es. Es un chico muy sensible e inteligente —respondió haciendo una pausa algo forzada. Estaba de pie, junto a la mesa, y parecía incómoda. La condesa se dio cuenta enseguida.

—Pero tome asiento, por favor —le pidió ofreciéndole la silla que se encontraba a su lado. Madame Hugo se lo agradeció con una sonrisa complaciente.

—¿Sigue escribiendo su hijo? —preguntó Ortuño apurando el poco vino que aún quedaba en su copa.

—Por supuesto. Ha heredado de mí el amor por las artes y la literatura. La pluma puede cambiar el curso de una guerra y del

mundo. Es más poderosa que la espada —dijo con solemnidad convencida de sus palabras.

—¿Usted también escribe? —quiso saber la condesa intrigada.

—No, Dios no me ha bendecido con tan insigne don. Sin embargo, pinto. Me gusta mostrar la realidad del mundo a través de mis ojos. Pero es muy complicado para una mujer abrirse camino entre hombres.

La condesa suspiró asintiendo. Aquella mujer le resultaba muy interesante y compartía con ella parte de la visión que parecía tener de la vida.

—¿Y cómo está la situación en París? —preguntó Ortuño cambiando drásticamente de tema.

—Las noticias del futuro nacimiento del hijo del emperador han calmado un poco los ánimos —respondió madame Hugo—. Sin embargo, Napoleón sigue sin fiarse de su hermano aquí en España. Sus ojos aún están puestos en él.

La condesa apretó los labios en un gesto de rabia, pero ni su marido ni tampoco su invitada parecieron darse cuenta.

—Le aseguro que el rey José está desempeñando de modo excelente su papel a pesar de las dificultades y contratiempos que supone tener a todo un país en contra —aseveró Ortuño con convicción.

—No lo dudo, pero Napoleón está nervioso y quiere doblegar cuanto antes a este país. Su paciencia está a punto de agotarse. No es un hombre especialmente flemático, se lo aseguro.

La criada trajo otra botella de vino tinto y una copa más para madame Hugo. Ortuño la descorchó con habilidad y sirvió primero a la invitada y, a continuación, volvió a rellenar su copa. La condesa tenía la suya casi llena.

Tras beber un buen trago, el marqués de Montehermoso continuó hablando de tropas, generales y guerras. Harta de ese tema, la condesa aprovechó que madame Hugo era artista para llevar la charla a ese terreno, mencionando el museo que iba a instalarse en el palacio de Buenavista, confiscado a Godoy. Afuera, la tarde iba cayendo y las primeras hojas que anunciaban la llegada del otoño se arremolinaron alrededor de los árboles del jardín. La conversación

entre los tres aún se alargó un poco más. Disfrutaron de un ambiente relajado y brindaron por la estancia de madame Hugo en Madrid.

—Espero que podamos volver a encontrarnos —le dijo doña Pilar antes de despedirse.

—Yo también lo espero —respondió la francesa sonriendo agradecida.

Desgraciadamente, el destino hizo que esto no sucediera, sin embargo, mucho tiempo después, la condesa pudo apreciar algunas de sus obras en varios salones parisinos a los que acudió como invitada. Incluso llegó a adquirir un retrato femenino al pastel firmado con su nombre de soltera: Sophie Trébuchet.

33
Noticias preocupantes

Madrid, 23 de noviembre de 1810

Goya esperaba a la condesa en el taller que esta había dispuesto en el palacio de Masserano. Por fin había finalizado el retrato de Amalia y lo había trasladado allí para mostrarle el resultado. El pintor expresaba en su rostro un cierto cansancio, a pesar de que sonreía. Doña Pilar entró en la estancia con paso firme. Estaba expectante y algo impaciente.

—No imagina las ganas que tengo de ver el retrato terminado —dijo mirando al artista con profunda admiración—. ¿Está usted satisfecho con el resultado?

Don Francisco respondió sin un ápice de vanidad.

—Lo estoy, señora condesa. Y espero que usted también lo esté en cuanto lo vea. Venga por aquí, por favor —respondió entusiasmado mientras la conducía hacia el interior del taller.

En un caballete, junto a un amplio ventanal sobre el que incidía una dorada luz otoñal, se intuía un lienzo vertical de considerables dimensiones cubierto por una amplia tela blanca de lino. El pintor se detuvo frente a él y retiró el paño con ambas manos en un gesto cargado de solemnidad. Los aceites y barnices aún estaban húmedos, pero esto no impidió que la condesa se acercara para ver con sus propios ojos el resultado.

—¡Absolutamente magnífico! —exclamó conmovida sin apartar la vista del retrato—. Es exactamente tal y como había imaginado.

—Me alegra que le guste. No he hecho nada que no haya sentido. Ha sido muy fácil pintarla.

—En él está el alma de mi hija, don Francisco. Realmente lo que dicen de usted se queda muy corto al contemplar esta auténtica obra de arte. —Doña Pilar continuaba embelesada—. ¿Me permite que la haga llamar para que ella misma lo vea?

—Por supuesto. Será muy emocionante ver su carita cuando contemple mi trabajo terminado.

La condesa avisó a una de sus doncellas para que fuera en busca de Amalia. Minutos después, se escucharon unos pasos apresurados corriendo por la galería. La niña entró en el taller sonriente, pero con cierta timidez.

—¡Oh, Dios mío! ¡Soy yo! —exclamó la pequeña dando palmas de alegría al verse retratada.

—¿Verdad que es precioso? —La condesa le sonrió con calidez.

Amalia corrió hacia Goya para abrazarle. El pintor no se esperaba el gesto, pero, enternecido por la actitud de la niña, se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

—Ha sido una suerte tenerla como modelo, señorita.

—Gracias, señor Goya —le respondió la joven aún emocionada—. ¿Podría colocarlo en mi cuarto?

Doña Pilar la miró condescendiente.

—Ya veremos. Ahora ve a jugar. El señor don Francisco y yo tenemos que hablar de cosas de adultos.

Amalia obedeció a su madre sin replicar dándole un beso antes de abandonar el taller.

—Es realmente encantadora. —Goya siguió a Amalia con la mirada hasta que desapareció de su vista—. Y dígame —continuó el artista cuando la niña ya se hubo ido—. ¿Ha pensado en la propuesta que le hice?

La condesa asintió complacida.

—Será un honor que me haga un retrato a mí también. Además, viendo el resultado del de Amalia, no puedo negarme.

—Entonces vendré a visitarla cuando usted me indique para comenzar a trabajar en él. Estoy seguro de que será, al menos, tan buena modelo como su hija.

—Me halaga usted. Además, su pincelada es realmente exquisita. Es tan libre que parece salida de su misma alma.

—Eso intento, condesa. Que el retratado se exprese a través de mis pinceles, que hable, que se muestre tal cual es.

Inmersos como estaban ambos en tan animada conversación, ninguno se dio cuenta de que una doncella joven se encontraba detenida en la puerta de entrada al taller esperando autorización de doña Pilar para entrar.

—Disculpe, señora —repitió, esta vez elevando el tono. Parecía nerviosa y el pintor se dio cuenta enseguida—. Ha llegado una carta de Vitoria.

La condesa dirigió su mirada a la bandeja de plata donde descansaba el sobre. Se acercó y lo tomó con manos temblorosas. No fue capaz de indicarle a la joven que se retirase, pero ella, consciente de la situación, decidió tomar la iniciativa y salir del taller, no sin antes realizar una leve inclinación de cabeza.

—La dejaré a solas si así lo precisa. —Goya habló a la condesa en tono respetuoso, tratando de evitar que se sintiera incómoda.

—No se preocupe, don Francisco. Temo que se cumplan mis peores presagios y no quiero estar sola cuando esto suceda —respondió doña Pilar luchando contra el llanto.

El pintor se mantuvo en silencio observando a la condesa mientras esta leía muy atenta el contenido de la carta. A medida que iba avanzando en su lectura, copiosas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, aunque en ningún momento se detuvo. Cuando hubo terminado de leer, se sentó en una de las sillas de enea que había en el taller y, abatida, dejó caer al suelo la carta tapándose el rostro con las manos.

Goya se acercó a ella con delicadeza y tocó levemente su hombro en señal de consuelo.

—Se trata de mi madre —acertó a decir la condesa entre sollozos —. Ha muerto.

—Lo siento muchísimo —contestó don Francisco con sentida emoción—. Una madre debería ser eterna.

Doña Pilar hizo caso omiso al comentario del veterano pintor y, confusa y empapada en lágrimas, se lamentó.

—No debí dejarla sola. Me necesitaba y no estuve a su lado.

—Deje de castigarse de ese modo, se lo ruego. No es culpa suya, sino de esta maldita guerra. ¿Cómo pretendía usted sola atravesar el país en medio de esta barbarie?

—No fui una buena hija y tampoco soy una buena madre. —Doña Pilar continuaba culpándose sin escuchar los comentarios del artista.

—¡Claro que es usted una buena madre! —exclamó don Francisco deteniendo con firmeza sus ojos en los de la condesa—. Yo mismo he sido testigo de la devoción que le profesa a su hija y de cómo esta le corresponde en afectos. No se martirice. Nadie está preparado para la muerte.

Goya sacó del bolsillo de su casaca un pañuelo y se lo ofreció a la condesa.

—Le agradezco enormemente su amistad y su consuelo en un momento tan delicado —dijo doña Pilar secándose las lágrimas.

—Lo hago de todo corazón, condesa. Ya sabe que le tengo una enorme estima y que me tiene a su entera disposición para cualquier cosa que pueda precisar.

Doña Pilar se levantó y le extendió la mano al artista en señal de despedida. Habían, sin duda, estrechado unos lazos que pervivirían en el corazón de doña Pilar y que jamás olvidaría mientras viviera.

Las últimas entradas del diario habían sido intensas. Amalia había suspirado de alivio al comprobar que, tal y como siempre había creído, no tenía ningún hermano, y mucho menos hijo del rey. Pero le había resultado aterrador solo imaginar la posibilidad y el miedo de su madre ante la duda. Había necesitado dar un paseo después de leer esos fragmentos, aliviar la presión en el pecho y los recuerdos sobre su propia maternidad. Quería y, de hecho, entendía a su madre y todo cuanto había puesto en riesgo, pero al mismo tiempo no podía evitar pensar en lo osada, quizá temeraria, que muchas veces había sido.

En cuanto a doña Luisa, Amalia apenas albergaba recuerdos del fallecimiento de su abuela materna. Cuando se es niño uno vive la

muerte casi como un juego, como una ausencia temporal, como unas buenas vacaciones pagadas en un balneario. Ahora creía que todas las ausencias que había sufrido durante su infancia habían sido solo eso, periodos de descanso merecidos.

Sin embargo, la marquesa de Montehermoso era muy consciente del dolor que sufría su madre al no haber estado cerca de la mujer que le había dado la vida en los momentos más complicados de su existencia. Y ahora ella estaba pasando por lo mismo. La historia se repetía solo una generación después. Y la culpa se cernía sobre ella como antes lo había hecho con su madre.

34
El nacimiento del rey de Roma

Madrid, marzo de 1811

El duelo y el silencio de José tras la ruptura definitiva sumieron a doña Pilar en una terrible desesperanza. Vagaba por el palacio como una autómata sin rumbo. Pasaba las horas muertas tratando de concentrarse en alguna actividad que solo la apesadumbraba. No lograba sacar de su mente la última conversación mantenida con doña Luisa ni la carta en la que le decía que comprendía muy bien lo que suponía que una madre viviera alejada de sus hijos. La recordaba peinándose frente al espejo de su tocador, acariciando con sus manos delicadas las teclas del piano del salón de su domicilio en Vitoria y su caligrafía precisa y bien definida. ¿Cuántos secretos habría guardado en lo más profundo de su corazón? ¿Cuántas veces se habría sentido sola e incomprendida, ocultando su pena para no ser juzgada?

A veces doña Pilar sentía que no la había conocido del todo y que su alma de mujer había sido un auténtico misterio para todos los que trataron con ella.

La condesa se sentía culpable por no haberla entendido, y esa culpa, desde luego, formaba parte de su duelo. Y tal vez el tiempo la ayudara a sanar la herida, pero, al menos de momento, esta sangraba a borbotones con la fuerza descontrolada de un manantial.

—Querida, te he estado buscando durante un buen rato —dijo Ortuño entrando en el cuarto donde doña Pilar trataba de concentrarse bordando—. Estaba preocupado por ti.

—Llevo aquí desde hace más de una hora. He intentado leer un poco, pero no he sido capaz de concentrarme, así que me he puesto a bordar —respondió la condesa mientras le enseñaba una especie de paño de color púrpura con decoración de flores y frutos.

—Sé que tardará en curarse tu herida, querida. Pero debes tratar de animarte un poco. Sería bueno que salieras. La primavera ya ha llegado y hace un tiempo muy agradable para pasear o ir al teatro.

—Aún no tengo ganas de nada. No dejo de pensar en ella, en lo sola que debió de haberse sentido. No lo supe ver hasta que fue demasiado tarde. Teníamos que haber hablado más, debería haberle dedicado más tiempo.

—Por favor, Pilar, déjalo ya. No puedes cambiar las cosas que han sucedido, pero sí puedes tratar de no hacerte más daño. Tu madre era una gran mujer.

La condesa miró a su esposo con cierta melancolía.

—Me hubiera gustado que hubiera confiado en mí. Tengo la sensación de que llevaba dentro una pesada culpa que la acompañó hasta su muerte.

—Doña Luisa era una mujer muy reservada. No le gustaba ser el centro de atención —dijo Ortuño sin apartar la vista de su esposa. Esta asintió mientras dirigía su mirada hacia el exterior a través del ventanal.

—Pero te buscaba para comentarte algo. —El marqués se sentó junto a doña Pilar arrimando ligeramente la silla para estar más cerca de ella—. El primogénito del emperador acaba de nacer y esta mañana he recibido una invitación oficial del rey José para que le acompañe a París al bautizo de su sobrino. El acto tendrá lugar en la catedral de Nuestra Señora, pero parece ser que mañana mismo será anunciado aquí en Madrid con una salva de ciento un cañonazos. Además, el rey tiene previsto organizar una recepción en el Palacio Real para celebrar el nacimiento.

—¿A París? —La condesa alzó la vista sin demasiado interés.

—Sí, querida. —Ortuño se mostraba orgulloso, pero no quería resultar demasiado banal, por lo que trató de ocultar su satisfacción antes de continuar—: El monarca ha decidido que le

acompañemos algunos de sus más fieles colaboradores, así que viajaremos, además de yo mismo, el duque de Campo Alange, el secretario de Estado y el ministro de Guerra, el teniente general O'Farrill.

Doña Pilar se mantuvo en silencio. No podía comprender que su esposo fuera a marcharse cuando más le necesitaba. Se sentía frágil y sola, y aquella nueva situación minaba más aún su ánimo, si es que eso era posible.

—Serán solo unos días. En cuanto te des cuenta ya habré regresado.

El marqués percibió con claridad el desasosiego de su esposa. Carraspeó y pensó que, quizá, un cotilleo la distraería o, al menos, la entretendría más que la costura.

—¿Sabes que ha llegado a mis oídos que su majestad tiene una amante?

La condesa miró a Ortuño, pero no mostró emoción alguna.

—Parece ser que se pasea por todo Madrid con ella sin ningún pudor. Dicen que es actriz, y muy bella.

—Los hombres y sus debilidades —reflexionó doña Pilar en voz alta con una lucidez que ni ella misma esperaba.

¿Cuántas veces se había preguntado qué buscaban en realidad? ¿Qué los impulsaba a mentir, a traicionar, a necesitar siempre un nuevo cuerpo al que abrazar? A ninguno les bastaba con el amor de una única mujer, querían el reconocimiento y sentirse triunfantes sobre el paso del tiempo. Se levantó lentamente y caminó hacia la ventana pensativa.

Quizá por eso su madre había guardado tantos secretos, para evitar que la hicieran daño.

En la habitación de Amalia la luz del atardecer entraba por el alfeizar de la ventana que daba al jardín. Víctor, a su lado, disfrutaba de su presencia en silencio, como dos buenos amigos que se conocían tan bien que no necesitaban hablar para entenderse. El joven quería decirle algo desde hacía días, pero no encontraba el mejor momento para hacerlo. En realidad, sabía que

ninguno sería bueno, por lo que se armó de valor y, finalmente, terminó por hablar:

—Amalia, tengo que regresar a París con mi madre —dijo con una enorme tristeza en su voz.

Ella le miró con sorpresa. No esperaba una noticia así y aquella frase la partió en dos. Era la primera vez que le ocurría.

—¿Marcharte? ¿Es que no eres feliz aquí?

—Claro que lo soy. No sabes cuánto bien me ha hecho conocerte. Tú has sido mi refugio y mi consuelo todo este tiempo. Si no hubiera sido por ti, por tu compañía, tu sonrisa, nuestras lecturas, todo hubiera sido muy diferente, mucho más triste y vacío.

—Entonces ¿por qué quieres marcharte? —insistió de nuevo Amalia sin poder asimilar la noticia de la marcha de su amigo.

—Mi madre nos necesita. Y nosotros a ella. Además, mi padre siempre está lejos, ocupado en sus asuntos políticos. Es hora de que compartamos más tiempo con ella.

Amalia asintió. Por un instante pensó en estar lejos de la suya, sin poder disfrutar de su cálido abrazo, de su hermosa sonrisa, de su cariño y comprensión, y se sintió triste por Víctor.

—Te voy a echar mucho de menos —le dijo el joven acariciándole la mano con suavidad—. Te recordaré siempre, al igual que haré con los días pasados aquí, en esta casa, en este hermoso país.

Entre ambos se hizo el silencio. Una ausencia de palabras pesada, densa; ellos, que tantas confidencias y lecturas habían compartido, dejando escapar las letras con la convicción de quienes se saben aptos para emplearlas.

De pronto Amalia miró hacia el exterior. Le pareció ver que, tras un arbusto del jardín, un hombre los contemplaba inmóvil, detenido, con la mirada concentrada en ellos.

—¿Te has fijado en ese tipo? —La joven señaló con el índice hacia el lugar en el que instantes antes había visto al desconocido.

—No, no veo a nadie —respondió Víctor tratando de distinguir alguna silueta entre los árboles del jardín.

—Vaya, me pareció ver a alguien. Tal vez fuera un criado.

—No te preocupes, no tiene ninguna importancia. —Víctor la tomó de la mano para tranquilizarla.

La marquesa de Montehermoso cerró el diario y lo colocó sobre sus rodillas. Recordaba muy nítidamente cuando Víctor le anunció que debía regresar a París para estar con su madre. Sentía auténtica devoción por ella y, a pesar de que su ausencia la hizo mucho daño, en el fondo de su corazón sabía que debía dejarle ir. Aún se intercambiaban cartas y, aunque hacía muchos años que no se veían, Amalia se sentía orgullosa del éxito que su querido amigo había cosechado en el mundo de la literatura, especialmente tras la publicación de su novela *Nuestra Señora de París*. Sin embargo, no recordaba que ningún hombre la hubiera estado siguiendo ni observando por aquel entonces. Quizá esa imagen, como muchas otras antes, se había desvanecido de su cabeza para dejar espacio a recuerdos más amables. Lo que parecía claro era que ella le había hablado a su madre de todo aquello, y esta, a su vez, había hecho partícipe de esos sucesos a la persona que se ocultaba tras la autoría del diario.

35
Una muerte que alivia

Madrid, 11 de junio de 1811

El 23 de abril, el rey José I salió de Madrid con destino a París acompañado de Ortuño y de varios de sus hombres de confianza. El marqués de Montehermoso no se encontraba del todo bien, pues días antes de su partida había padecido unas fiebres altas y aún no estaba repuesto. Sin embargo, dada la importancia del acontecimiento, decidió emprender viaje.

El bautizo de Napoleón II fue recibido en Madrid de modo dispar. Por una parte, los afrancesados lo celebraban como un excelente modo de continuar con el linaje del emperador, mientras que los rebeldes lo consideraban una amenaza, ya que garantizaba la continuidad del tirano.

Hasta la capital española llegaron noticias del evento, celebrado el 9 de junio en la catedral de Nuestra Señora de París y en el que se coronaba al recién nacido como rey de Roma. De haber sido niña, habría recibido el título de reina de Venecia. Sin embargo, la guerra en España continuaba y se recrudecía alentada por la ayuda de las tropas británicas y portuguesas. Los franceses habían sufrido una estrepitosa derrota en la batalla de Chiclana, en la zona conocida como la Loma del Puerco, en las mismas costas de Cádiz. Tal y como Ortuño le había hecho saber a la condesa, los aliados estaban decididos a atacar a los franceses por la retaguardia, pero estos, al darse cuenta de sus intenciones, decidieron salir a su encuentro en la parte llamada de La Barrosa. Fue un error fatal. Tras un crudo enfrentamiento y numerosas bajas, los rebeldes lograron un triunfo

que elevaría enormemente su moral a pesar de que esta victoria estaba lejos de ser definitiva.

A esta derrota francesa se había sumado, apenas un par de meses después, la de la batalla de La Albuera, al sur de la ciudad de Badajoz, y más recientemente la de Usagre, en la que la caballería del comandante británico William Lumley había hecho añicos a la de uno de los generales más laureados del mismísimo Napoleón, Víctor de Fay.

Ortuño parecía muy preocupado por el devenir de los acontecimientos. Las victorias de los aliados, aunque no decisivas, demostraban una enorme capacidad de resistencia que podía poner en jaque al imperio más poderoso del mundo. Además, las guerrillas que campaban a sus anchas por toda la geografía española minaban también los ánimos de los ejércitos napoleónicos.

Al mismo tiempo, los marqueses habían recibido noticias de que, en la ciudad de Cádiz y en medio del conflicto bélico, las Cortes Generales y Extraordinarias se habían reunido con el fin de redactar una constitución para dar respuesta a las intenciones invasoras de Napoleón. El pueblo español no estaba dispuesto a convertirse en una monarquía al servicio del emperador y los instrumentos para evitarlo estaban ya poniéndose en marcha sin demora.

Aquella mañana el incipiente calor parecía anunciar la llegada del verano. La condesa, sentada bajo la sombra de un ciprés, leía sin mucha convicción un ejemplar de *Evelina*, una obra firmada por la británica Fanny Burney de corte romántico que narraba la historia de la hija ilegítima de un aristócrata inglés criada en el aislamiento rural hasta cumplir los diecisiete años. No había recibido noticias de su esposo desde hacía ya más de una semana y sentía curiosidad por conocer, de primera mano, lo que estaba sucediendo en París ante el inminente bautizo del heredero del imperio. Estaba detenida en estos pensamientos sin poder concentrarse en la lectura cuando una doncella se acercó con voz temblorosa.

—Señora, acaba de llegar. Parece un telegrama urgente.

La condesa se levantó de un salto y le arrancó la nota de entre las manos.

A la atención de la señora marquesa de Montehermoso:

Lamentamos comunicarle el inesperado fallecimiento del ilustrísimo señor don Ortuño María de Aguirre-Zuazo Corral, VI marqués de Montehermoso y X conde de Triviana, en la ciudad de París, el día 8 de junio, como consecuencia de unas fiebres desconocidas.

Su majestad el rey de España ha dispuesto que se encargue de las exequias un pariente del difunto, el marqués de Narros, que también se encuentra en París.

Doña Pilar enmudeció.

—Ortuño muerto. No puede ser cierto —susurró para sí aún paralizada.

Lo primero fue la nada, el vacío, un fulgor blanco en los ojos y un pitido monocorde en la sien. Luego la voz titubeante de la criada, después de nuevo el telegrama entre sus dedos y finalmente el recuerdo de sus propias palabras. Ortuño había muerto. Sin aspavientos, aún pétrea, las lágrimas empezaron a regar sus ojos. Al cabo de un instante, todo se precipitó a su alrededor. La realidad caía a plomo sobre sus hombros. Pensó en su hija Amalia y en que ahora, más que nunca, debía ser fuerte por ella. Solo se tenían la una a la otra. ¿Cómo iba a decírselo? Le rompería de nuevo el corazón justo después de la partida de Víctor. Era ya casi una mujer, pero su alma cándida aún ignoraba lo cruel e injusta que podría llegar a ser la vida.

Al primer golpe de efecto le siguió una calma estanca, fría. La condesa usó su ya tan acostumbrada mente racional para afrontar la situación. No tenía que hacerse cargo de las exequias y entendía que el marqués de Narros se encargaría de los tediosos trámites del traslado del cuerpo de su esposo a Vitoria, lo que, desde luego, suponía un gran alivio. No era algo que la enorgulleciera, pero se sintió al fin libre, y eso le generó un cierto respiro. Ya no debía someterse a más mentiras ni ocultarse bajo una máscara que no le pertenecía. Asegurada su posición, inertes los rumores a sus espaldas, se sentía liviana. No pudo evitar que José apareciera en su

mente dando alas a su corazón. Era el hombre a quien amaba y no quería ni podía renunciar a él. Ya había sufrido bastante y no estaba dispuesta a volver a caer en el tedio de unos días que la habían convertido en una mujer vacía, en un fantasma sin rumbo que solo esperaba que llegara el final de la jornada para comenzar, sin esperanzas, la siguiente. ¿Significaba eso que ahora se atrevería a soñar con compartir más tiempo con el monarca? No lo sabía, pero al menos el miedo que la atenazaba de pronto parecía menor.

La condesa se levantó de su asiento y caminó hacia el interior de su residencia. Mandaría llamar a Amalia, le trataría de explicar lo sucedido y aún tendría que fingir algún tiempo más hasta que su esposo fuera enterrado. A pesar de eso, todo aquello tenía fecha de caducidad, su luto en vida terminaría y podría comenzar a sentir con libertad otra vez, sin esconderse y quizá junto al hombre del que estaba enamorada.

36
Recuperar el tiempo perdido

Madrid, septiembre de 1811

Amalia encajó con mucha entereza la muerte de su padre. Las lecciones de piano con la profesora Bubois le habían servido para canalizar la tristeza y la soledad, y, poco a poco, se había convertido en una gran intérprete. Admiraba especialmente a Rameau y, por supuesto, a Bach, y no había día que no se sentara delante del instrumento acariciando con sutileza sus teclas como forma de dirigir lo que bullía en lo más profundo de su alma.

La condesa, por su parte, apenas había tenido tiempo para pensar en sí misma.

Desde que Ortuño falleciera no había hecho otra cosa que responder a las decenas de telegramas de pésame que cada día llegaban al palacio de Masserano procedentes de todos los rincones de la península. La verdad es que le resultaba realmente aburrido, pero, a su vez, estaba impresionada al comprobar cómo de respetado y admirado era su esposo y del relevante papel que este había desempeñado en el entramado social, económico, político y cultural del país.

Sentada a su escritorio personal, respondía con elegante caligrafía a todos ellos, confiada en que pronto terminaría aquella tediosa pero obligada tarea.

Sus amigas Teresa y Loreto habían sido las primeras en escribirle, sentían mucho el fallecimiento de Ortuño y la animaban a regresar a Vitoria. Sin embargo, la condesa sentía que su lugar estaba, a pesar de todo, en Madrid, cerca del rey.

La situación económica que vivía el país era realmente alarmante y hasta sus oídos había llegado la intención de José de abdicar. Las arcas del Estado se encontraban en bancarrota y el hambre y la miseria se acentuaban en cada rincón, en cada familia, en cada hombre, mujer y niño. Los aliados se habían hecho fuertes con las victorias cosechadas meses atrás y los franceses, perseverantes pese a todo, seguían peleando con convicción en cada pueblo y en cada ciudad.

El final del verano se acercaba sin remedio y la condesa se encontraba en su cuarto, vestida de riguroso luto, respondiendo aún a varias cartas procedentes de Vitoria que le daban el pésame por el fallecimiento de su esposo. Los remitentes eran hombres, familias enteras que le habían conocido y admirado, que habían compartido con él momentos de intimidad o que simplemente le recordaban con cariño y respeto. ¿Recibiría ella a su muerte un reconocimiento similar al de su difunto esposo?, pensaba cada vez que rubricaba las respuestas.

De pronto, doña Pilar escuchó un pequeño golpe seco detrás de la puerta. Otra carta más de condolencias, supuso. Una de las criadas le entregó la misiva directamente en mano.

—Le ruego que la próxima vez utilice para la correspondencia las bandejas de plata que hay en el mueble de la entrada —le aclaró la condesa malhumorada, consciente aun así de que era una recién llegada al servicio, muy joven todavía.

—Lo lamento, señora —respondió la criada ruborizada—. No ha sido mi intención ofenderla.

—Déjelo, pero que no vuelva a ocurrir. Retírese, por favor.

La condesa volvió a quedarse sola y dejó la carta sobre la mesa del escritorio pensando en responderla al día siguiente. Ya había contestado a demasiadas y no tenía muchas ganas de repetir las mismas frases como letanías huecas, sin más sentido que el del agradecimiento. Sin embargo, algo le hizo detenerse en el sello. No fue de inmediato, sino de forma improvisada mientras dirigía su mirada hacia el tintero para comprobar si aún quedaba tinta en él. Entonces se dio cuenta. Se trataba del sello real. En ese momento, se sorprendió a sí misma sonriendo al recordar la coplilla que su

odiosa suegra le había recitado y que el ingenioso pueblo de Madrid cantaba por sus calles.

Su respiración se volvió más agitada a medida que leía las palabras del rey.

Mi adorada Pilar:

Lamento enormemente el repentino fallecimiento de tu esposo. Era un hombre leal y su muerte nos ha conmocionado a todos. Sé que serán momentos muy duros para ti y no sé si es justo que te pida esto, pero me gustaría verte.

He de confesarte que no puedo sacarte de mi mente, aunque lo intente, y que tu recuerdo, doloroso a veces, llena mi corazón de júbilo.

La corona pesa ahora más que nunca y no sé por cuánto tiempo mis tropas podrán resistir las embestidas feroces de los aliados. Subestimé al pueblo español y ahora estoy pagando las consecuencias. Creo que también mi hermano lo hizo y siento su aliento en mi nuca amenazando con reemplazarme si vuelvo a caer derrotado en el campo de batalla.

Si te soy sincero, nada me haría más feliz que abandonar este maldito país del que ya nada espero. Tal vez mi error fue pensar que, algún día, este pueblo orgulloso e inconsciente podría jurarme fidelidad. Creo que en lo único que no he errado ha sido en amarte y entregarme por entero a ti. Te necesito y por eso te ruego que nos veamos.

No quiero que vuelvas a arriesgarte por mí. Esta vez seré yo quien lo haga. Si consientes que así sea y no recibo noticias tuyas expresando lo contrario, mañana estaré en el palacio de Masserano cuando caiga el sol. Solo deseo abrazarte de nuevo y sentirte mía.

Tuyo siempre,

JOSÉ

Se levantó de la silla en la que se encontraba y comenzó a caminar despacio por la habitación. Quería volver a verle, sentir cómo sus manos recorrían todo su cuerpo mientras ella le guiaba confiada. Sabía que ambos estaban hechos para amarse y que la muerte de Ortuño había logrado que sus caminos, por fin, se encontrasen. Curiosamente, doña Pilar nunca pensaba en Julia, la esposa de José, ni tampoco en sus dos hijas. Quizá que estuvieran lejos y que el rey no hablara apenas de ellas se lo hacía mucho más fácil. Pero ¿realmente lo era?

La condesa no respondió a la carta enviada por José. Deseaba tanto verle que ni siquiera pensó en Amalia. Era una niña muy inteligente e intuitiva, pero doña Pilar estaba convencida de que si la acostaba pronto leyéndole una de las historias que Víctor había escrito para ella no se daría cuenta de la visita del monarca. Ciertamente sus habitaciones eran contiguas, pero la joven tenía un sueño profundo y no solía levantarse a medianoche buscando el consuelo o amparo de su madre.

Otra cosa bien distinta eran los criados. Que un rey visitara en su residencia a una viuda respetable al caer la tarde desde luego era algo inusual y despertaría más de una suspicacia. Por eso decidió darles a todos el día libre. Así evitaría los comentarios malintencionados y las sospechas. A fin de cuentas, seguía jugándose mucho. La imagen de su suegra doña Concha se le aparecía en sueños de modo recurrente repitiéndole una y otra vez que la apartaría de Amalia porque era una mujer indigna, una arpía lujuriosa que había antepuesto sus deseos a sus obligaciones como madre. Era en esos momentos cuando la voluntad de la condesa más flaqueaba. Sin embargo, se aferraba al recuerdo de su madre y a las últimas palabras que escribió para ella insuflándole fuerzas para seguir adelante y luchar por su hija.

El sol caía para dar paso a la luna y a través de los ventanales se vislumbraba el reflejo de su intensa luz. La condesa abrió uno y un aire cálido le golpeó el rostro. Era denso y olía a hierba fresca. De pronto oyó un carruaje que atravesaba el patio. Había dejado a

Amalia dormida, pero se sintió algo inquieta por si el ruido la hubiera podido despertar, así que, antes de bajar a recibir a José, abrió con cuidado la puerta de su habitación para comprobar que nada le había alterado el sueño. Su hija dormía plácidamente.

Cuando doña Pilar llegó al patio de carruajes, un cochero delgado, de cabellos oscuros y manos delicadas, descendió a toda prisa para abrirle la puerta al monarca. La condesa, serena y expectante, permaneció de pie esperando a que su ilustre invitado descendiera. José parecía cansado. Instaladas bajo sus pequeños ojos chispeantes, dos enormes bolsas mostraban la huella indeleble de sus preocupaciones y desvelos. Alrededor de la comisura de los labios y sobre la frente se marcaban varios surcos de arrugas y su pelo había perdido el espesor que doña Pilar recordaba. Daba la impresión de que había envejecido varios años.

Cuando bajó del carruaje, buscó con desesperación los ojos de la condesa. Caminó hacia ella con paso firme y, sin decir nada, la abrazó con fuerza. Ella le correspondió dejando que su olor la invadiera por completo y atravesara todos los poros de su delicada piel.

—Por fin estás aquí —le dijo susurrándole al oído.

El rey la besó tomándole el rostro con las manos. Fue un beso largo, intenso, doloroso. Después la condesa le pidió que la siguiera hasta el piso superior. De camino a su alcoba ninguno de los dos habló. Se conocían tanto que eran capaces de verse, de explorarse, de analizar sus miedos y luchas con solo una mirada. Cuando el rey cerró la puerta tras de sí, fue ella quien tomó la iniciativa.

—No imaginas lo que te he echado de menos —dijo mientras le desabrochaba los botones de la casaca.

José estaba inquieto, tenso, preocupado, pero se dejó hacer con docilidad. No parecía un rey poderoso y autoritario, sino simplemente un hombre cansado de enfrentarse a un destino que no había escogido. La condesa le besó en el cuello y acarició su pecho con lentitud. Sus labios volvieron a encontrarse. Él le quitó la ropa, le acarició el pecho y el vientre, rozó con la boca la cara interna de sus muslos y se perdió entre ellos para olvidarse de él; llamaba a su puerta con una urgencia que la devoraba. Hicieron el amor entre las

sombras de la noche sabiendo que quizá el amanecer los sentenciaría.

Cuando hubieron terminado, el rey se abrazó a ella. Parecía desvalido y temblaba.

—Todo se derrumba tras de mí, Pilar —le dijo acariciando sus cabellos—. Mis enemigos quieren verme muerto o en el exilio, mis ejércitos son aplastados por las tropas aliadas y mi pueblo me desprecia.

La condesa suspiró sin saber bien qué decir.

—En Cádiz se está redactando una constitución a mis espaldas y, para colmo, mi hermano sigue ignorando mis opiniones dándole más credibilidad a cualquiera de sus generales que a alguien de su propia sangre —continuó José en un intento desesperado por desahogarse y lograr algo de comprensión por parte de su amante.

—Entiendo bien lo que dices —respondió la condesa en tono comprensivo—. No es fácil sentirse solo en medio de fieras que solo pretenden devorarte.

—Solo en ti encuentro refugio frente al mundo que me ahoga —dijo besándola de nuevo y apretando su cuerpo contra el de ella—. Si tú no estuvieras a mi lado, la vida resultaría aún mucho más dolorosa. Ni siquiera en París me siento cómodo. Mi mujer y mis hijas continúan en Mortefontaine y, aunque he tratado de que vinieran a Madrid para paliar la difícil situación en la que me encuentro, no he obtenido de ellas más que indiferencia.

La condesa le miró con compasión. Sentía celos de Julia, a pesar de que no pensaba en ella casi nunca. ¿Qué habría pasado si se hubiera quedado embarazada del monarca? Poco importaban las suposiciones. José volvió a apretarla con fuerza con la intención de comenzar de nuevo el juego amatorio del que ambos estaban presos. La condesa no se resistió y le besó con urgencia, como queriendo exprimir a fondo todo lo que su boca pudiera ofrecerle. Entre las sábanas ya revueltas, agitaron sus cuerpos humedecidos por el sudor y, agotados por el esfuerzo, se quedaron dormidos después de haber disfrutado el uno del otro con furia.

Fue el rey quien primero se despertó. Aún no había amanecido, pero las primeras luces del alba estaban a punto de acariciar los

pliegues de las delicadas sábanas con las que ambos se cubrían. La condesa se desperezó poco a poco y, ya despierta y en silencio, observó a su amante con devoción.

—Las arcas del Estado están en bancarrota —habló el rey rompiendo de repente todo el encanto—. Ni siquiera puedo acometer la reforma del palacio de Buenavista para albergar en él un museo que lleve mi nombre.

Doña Pilar se incorporó de la cama y colocó la cabeza sobre la almohada y se tapó el pecho con la sábana.

—Sabía por mi difunto esposo y también por el maestro Goya de tus intenciones con respecto al nuevo museo. Siempre me ha parecido una idea excelente. El arte debe ser un instrumento no solo estético, sino educativo, y debe enseñar al pueblo a comprender su historia para llegar a entenderse a sí mismo.

El rey asintió en silencio antes de continuar.

—Precisamente por eso quería tratar contigo un tema algo delicado. La verdad es que me avergüenza y me produce una enorme incomodidad tener que pedirte esto, pero…

—Habla, José —interpeló la condesa—. ¿Qué ocurre? ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, necesito un préstamo. Te prometo que te lo devolveré. La situación en la que me encuentro es crítica. De otro modo no reclamaría tu ayuda.

La condesa le besó en los labios antes de responder:

—Ya sabes que te amo y que haría cualquier cosa por ti. A pesar de tus traiciones y de la poca consideración que a veces me has mostrado, tu amor es una condena a la que estaré sometida el resto de mis días.

José no pretendió explicarse. No buscó excusas ni pidió perdón. Se limitó a asentir y a dejar que las luces de la mañana terminaran por salpicar las paredes de la habitación de la condesa. Amalia no tardaría en despertarse y en entrar en la habitación de su madre para besarla y darle los buenos días. El tiempo entre ambos había terminado.

Pero mientras el rey acababa de vestirse para regresar al Palacio Real, entre las luces doradas del día, una sombra como salida de

otro mundo se coló sigilosamente en el patio de carruajes. Sin temor a ser visto, esperó paciente la salida del rey, aunque este no llegó a percibir su presencia. Estaba cansado y el día que le esperaba iba a ser largo, así que se subió al carruaje que le aguardaba sin mirar atrás. El cochero tampoco lo hizo y emprendió la marcha. Ambos desaparecieron entre las calles de la ciudad mientras aquel espectro sonreía con malicia. Había logrado su propósito: confirmar que el monarca y la condesa habían disfrutado juntos de la oscura noche.

37
Miedo a no volver a verte

Madrid, diciembre de 1811

A Madrid llegaron noticias de que las tropas francesas habían comenzado una nueva ofensiva ante las graves derrotas sufridas. El lugar escogido para el enfrentamiento era, una vez más, la costa gaditana de Tarifa, punto estratégico muy cercano al estrecho de Gibraltar y objetivo importante para el ejército napoleónico.

Los soldados franceses, unos diez mil, estaban liderados por los mariscales Soult y Perrin, mientras que el ejército aliado, que no sumaba más de unas tres mil almas, estaba bajo el mando del general malagueño Francisco de Copons.

Sin embargo, y a pesar de que la ciudad costera era una posición débil para defender, las fuertes lluvias y la enorme resistencia opuesta por el combinado anglo-español obligó a retirarse a los franceses, incapaces de tomar la ciudad.

La situación para las tropas de José I era dramática y, aunque el gobierno del rey resistía a duras penas, todo indicaba que el final de la contienda estaba cerca y que este no resultaría favorable al ejército francés.

La condesa no había vuelto a ver al monarca, pero estaba informada de todo lo que ocurría en la corte gracias a varios amigos fieles que Ortuño mantenía incluso hasta después de muerto y que ahora le guardaban absoluta fidelidad.

Un intenso frío se filtraba a través de las paredes del palacio. El invierno en Madrid se presentaba especialmente duro y los primeros copos de nieve ya habían caído sobre la ciudad

derritiéndose con rapidez. Los días eran cada vez más cortos y la noche aparecía tan deprisa que el crepúsculo apenas tenía tiempo para volver a despertar de su descanso.

Amalia y la condesa pasaban el tiempo tocando el piano, leyendo y hablando sobre arte. Ambas habían aprendido mucho gracias a la amistosa cercanía que mantenían con el maestro Goya, y eso les había permitido apreciar aún más a los grandes pintores españoles, a los que el artista aragonés veneraba, especialmente a Velázquez.

Aquella noche la condesa se había entretenido en explicarle a su hija como el genio sevillano se interesaba por retratar a bufones, enanos y personajes marginales que socialmente podían resultar de poco interés. Amalia se había quedado absorta escuchando que muchos de ellos se casaban e incluso tenían hijos y que recibían un sueldo por parte del rey por hacerle reír con sus burlas y gracias.

La niña se había quedado felizmente dormida después de que su madre la hubiera arropado. Aunque a veces echaba de menos a su padre, doña Pilar trataba de paliar su falta manteniéndola siempre entretenida y centrada en su formación. Además, Amalia era una joven muy despierta, responsable y con infinidad de curiosidades intelectuales que la salvaban de la nostalgia de la ausencia.

Cuando la condesa regresó al salón, la chimenea palpitaba aún muy viva y sus llamas alargadas se retorcían chispeantes provocando en la estancia un olor confortable. Doña Pilar, sentada en uno de los sillones, fijó su mirada en las brasas. Se dejó envolver por el calor que desprendían y cerró los ojos recostándose en su asiento. Pensó en José y en la terrible situación en la que se encontraba: acorralado por sus enemigos, utilizado por su propio hermano y odiado por su pueblo. Pero también detuvo sus pensamientos en el país que tanto amaba. España ardía en unas llamas como las que ahora la reconfortaban; empobrecida, iletrada y devastada, aunque, desde luego, orgullosa. La condesa no sabía muy bien hacia dónde le dirigiría ese sentimiento casi enfermizo, pero lo que estaba claro era que, para bien o para mal, España sería la dueña de su propio destino.

Un extraño ruido la sobresaltó. Parecía provenir del piso superior. Algo asustada, se levantó y se dirigió hacia las escaleras. Sin embargo, antes de subir, se detuvo.

Probablemente hubiera sido el viento, pensó. Esta noche soplaba con fuerza, así que le pediría a uno de los criados que se asegurase de cerrar bien los ventanales de la galería superior.

Estaba cansada y regresó al salón para dejarse caer en el sillón junto al fuego. Quería volver a pensar en José, pero esta vez no pretendía centrarse en sus debilidades ni flaquezas, sino en sus caricias y en el recuerdo de los momentos vividos entre sus brazos. Añoraba su modo de besarla, el peso de su cuerpo cuando la envolvía por completo, la fogosidad con la que transgredía todas las normas que otros habían construido por ellos. Lo recordaba dentro de ella suplicándole al oído que le dejara quedarse. La condesa se estremeció al pensar en todo aquello.

Fuera había comenzado a nevar.

El ruido que doña Pilar había escuchado instantes antes no fue provocado por el viento. La sombra que tiempo atrás ya vigilaba a Amalia se había deslizado sigilosa hacia el interior del palacio a través del patio de carruajes como consecuencia del descuido de uno de los cocheros al dejar abierta la puerta de paso hacia el piso inferior.

El intruso sabía bien dónde se encontraba la habitación de la niña. Había recibido instrucciones precisas de no hacerle daño, pero debía llevarla con él, separarla de su madre. En realidad, a él nada le importaba quién fuera y lo que había hecho aquella mujer para merecer perder a su hija de un modo tan cruel. Además, la recompensa económica que le proporcionaría el servicio ya merecía con creces arriesgarse a ser descubierto y pagar, con las llamas del infierno, una acción tan deplorable como aquella. Ni trabajando toda su vida podría alcanzar la cifra que le habían ofrecido, y por eso no se lo pensó dos veces y emprendió viaje rumbo a Madrid.

Llevaba algunos meses siguiendo el rastro de la condesa y de su hija. Espiándolas a escondidas, analizando y estudiando sus

rutinas. Por eso hoy le pareció la noche perfecta para hacerlo. Una noche oscura, sin apenas luna, donde el viento soplara con fuerza y en la que la joven Amalia durmiera con placidez.

Amalia cerró el diario y se revolvió inquieta en el sillón mientras sentía un leve estremecimiento. Comenzaba a recordar el rostro de un hombre al que durante años había mantenido oculto en un lugar recóndito de su mente. Ella siempre había pensado que todo había sido fruto de su imaginación. Sin embargo, ahora, las páginas de aquel cuaderno desgastado por el tiempo confirmaban sus peores pesadillas. Se armó de valor y continuó leyendo.

Subió las escaleras despacio, sin hacer ruido, y, restregando el pañuelo que llevaba en el bolsillo de su pantalón con unas extrañas hojas, se dirigió hacia la habitación de la niña. Estaba tranquila y descansaba abrazada a su inseparable muñeca de porcelana, así que, cuando presionó con fuerza el pañuelo sobre la boca de Amalia, esta apenas tuvo tiempo de reaccionar. Movió ligeramente las piernas tratando de resistirse y agitó sus cortos brazos dejando caer la muñeca al suelo, que terminó por romperse en varios pedazos.

—¡Maldita sea! —susurró el desconocido llevándose en brazos a la niña.

Cuando bajó las escaleras con ella a cuestas, el palacio se encontraba casi en penumbra. La condesa seguía en el salón principal y los criados ya habían ido a acostarse. El último de ellos estuvo comprobando el cierre de todos los ventanales, pero, una vez terminada la última tarea del día, también se había retirado a descansar.

Amalia estaba inconsciente y su delgado cuerpo no resultaba en absoluto una carga pesada. Cuando salió con la niña por la puerta del patio de carruajes seguía nevando. El frío calaba hasta los huesos, pero un coche tirado por dos caballos pardos los estaba esperando en la esquina contigua al palacio. El cochero, un hombre sin apenas dientes, con el pelo fino, enormes orejas y nariz rechoncha, descendió de su asiento para abrir la portezuela

del carruaje. El raptor colocó a Amalia con suavidad en el asiento y, a continuación, se sentó a su lado sosteniéndole la cabeza con ambas manos para evitar que oscilara.

La nieve comenzaba a cubrir algunos tejados y dejaba una ligera capa blanquecina sobre las calles de la ciudad. En medio de la oscuridad, el carruaje avanzaba despacio. El viaje hasta Vitoria sería largo, pero lo más difícil ya estaba hecho. Él ya había cumplido su parte.

Con el dinero obtenido se marcharía a Portugal y comenzaría allí una nueva vida. Lo había decidido hacía tiempo, y, por fin, el momento había llegado.

Entre tanto, la condesa dormitaba frente al fuego con las manos caídas sobre el regazo. Sin embargo, un incómodo presentimiento la hizo sobresaltarse. Estaba inquieta. Quería ver a Amalia antes de acostarse y comprobar que todo estaba en orden. Subió, ahora sí, las escaleras principales del palacio en dirección al cuarto de su hija. La puerta estaba entreabierta. Un grito desesperado salió de su garganta al ver los pedazos de la muñeca de porcelana desperdigados por el suelo. Lo que tanto temía había terminado por suceder. Alguien se había llevado a su hija.

38
Una ayuda nunca se rechaza

Palacio de Masserano, Madrid, febrero de 1812

Tuvo que pasar una semana antes de que la condesa recibiera noticias de su querida Amalia. Ese tiempo fue el más duro de toda su existencia. No comía, no podía dormir, no salía de su habitación y hasta estuvo tentada de acabar con su vida empleando el láudano que Ortuño utilizaba como remedio para el insomnio. Fue entonces cuando recibió la primera de las cartas enviadas desde Vitoria:

> Como ya sabes, siempre cumplo mis promesas. Tú has sido la que no ha cumplido las tuyas y, por eso, me he visto obligada a separarte de tu hija.
>
> Con la muerte de Ortuño y tu manifiesta incapacidad como mujer adúltera para dar un hogar decente a mi nieta, es mi obligación, ahora más que nunca, encargarme de su educación y correcto desarrollo. Aquí no le faltará de nada.
>
> Siempre he sido una mujer justa, por lo que tendrás noticias de tu hija, de eso no voy a privarte, pero será como y cuando yo considere apropiado.
>
> Amalia está tranquila y sabe que su abuela cuidará de ella porque su madre no puede hacerlo. Es lo único que necesita saber. Es una niña dócil, brillante y muy consciente de sus deberes y responsabilidades, algo que, sin duda, ha heredado de su padre. Por él y por su memoria, mi nieta tendrá la vida que merece, alejada del escándalo y de las habladurías que, no exentas de razón, salpican a su madre.

A partir de ahora será ella quien ostente el título de marquesa de Montehermoso, concedido por el primer Borbón a la familia de mi esposo y que él y su linaje con tanto orgullo y respeto han sabido honrar. Tú no eres digna de mancharlo con tus indecentes actos.

Espero que estés de acuerdo conmigo en que, por encima de nosotras, se encuentra la felicidad de Amalia, aunque, si no fuera así, ciertamente no me importa lo más mínimo.

CONCEPCIÓN DEL CORRAL Y AGUIRRE

Cuando la condesa terminó de leer la carta de su suegra, un sentimiento profundo de ira le recorrió todo el cuerpo. La sangre le hervía y notaba como se había concentrado en su cabeza hasta provocarle una terrible punzada que, seguro, derivaría en un insoportable dolor de cabeza. Al menos sabía dónde estaba su hija, pero eso no era consuelo suficiente. ¿Y si nunca más volvía a verla? ¿Qué iba a ser de ella sin sus abrazos, sin su dulce sonrisa y sin la generosidad que cada día le demostraba?

No podía dejar que esa mujer, aunque fuera su abuela, la separase de ella. Pero lo que más la desconcertaba era el modo en que doña Concepción tenía de enterarse de todos sus pasos. Sabía que la relación con José seguía más viva que nunca y no le había temblado el pulso a la hora de actuar. Era una mujer implacable y no iba a resultarle nada fácil recuperar a Amalia. De eso estaba segura. Así que no podría hacerlo sola, tendría que pedir ayuda.

Pensó de inmediato en el rey. Quién mejor que él, a través de alguno de sus hombres de confianza, para persuadir a su suegra de que secuestrar a su nieta no había sido una buena idea. Escribiría a José y le contaría lo sucedido.

Doña Pilar hizo llamar a una de las criadas para que le sirviera un té bien caliente. El mes de febrero estaba siendo gélido y, a pesar de que hacía ya más de una semana que había dejado de nevar, no conseguía sacudirse el tremendo frío que convertía la ciudad en un lugar hostil. La soledad en la que se encontraba la perturbaba y, de noche, tenía miedo al escuchar el silencio vagar por los

pasillos de las galerías tensando el aire. Las manos se le habían agrietado y solo el fuego de la chimenea la reconfortaba, a pesar de que ese incómodo frío siempre se colaba por alguna rendija o ventana mal cerrada.

El té estaba ardiendo, como a ella le gustaba. Dio un pequeño sorbo a la taza y comenzó a escribir a su amante. En su carta le explicaba la situación en la que se encontraba, el desamparo que sentía y la imperiosa necesidad que tenía de recuperar a su pequeña. Estaba segura de que José se mostraría compasivo. No en vano era padre y, a pesar de todos los sinsabores que esto le proporcionaba, adoraba a sus hijas.

No pasó mucho tiempo desde que entregó la carta a una de sus criadas para su envío cuando le anunciaron la visita del maestro Goya. La condesa sentía un enorme aprecio por el pintor y, en un momento tan delicado como el que estaba viviendo, un encuentro con un buen amigo siempre era bienvenido.

—¡No imagina la alegría que me da volver a verle, don Francisco! —exclamó doña Pilar extendiendo su mano para que el artista la besara—. Pero siéntese, se lo ruego. Cerca del fuego estará más cómodo. Hace un frío horrible. ¿Quiere tomar algo? ¿Qué puedo ofrecerle?

Goya sonrió y tomó asiento cerca de la chimenea.

—Una copa de vino tinto me hará entrar en calor, muchas gracias —respondió mientras acercaba las manos a la lumbre frotándolas con viveza.

El maestro parecía cansado. Era ya un hombre anciano y su rostro le delataba. Además, su mirada era triste, como si en ella se reflejara el peso de un mundo del que ya no esperaba nada. Había servido a reyes, nobles y burgueses, y ahora era testigo del desgarro de un país que era para él una herida siempre abierta, una causa de desvelo. El fanatismo del pueblo, la ignorancia, la corrupción política y la frivolidad de la corte habían terminado por minar su espíritu, a lo que se había sumado una sordera aguda que le aislaba aún más del mundo.

—Pero, dígame, ¿a qué debo esta maravillosa sorpresa? —le preguntó la condesa con cierta curiosidad.

—Solo quería verla y saber cómo se encontraba. Estoy ciertamente muy preocupado por el devenir de la guerra y por las consecuencias que está acarreando. No sé si ha oído que en Cádiz se está redactando una constitución basada en principios liberales como la soberanía popular y la separación de poderes, a pesar de que también mantiene algunos aspectos de nuestra tradición monárquica.

—Sí, lo he oído —respondió doña Pilar sin demasiado interés, apurando una taza de té que ya se había enfriado.

—Además, parece ser que Napoleón va a retirar parte de los ejércitos que tiene en España para intentar una ofensiva definitiva contra Rusia.

—Pero eso debilitaría enormemente la posición del rey José. —La condesa parecía ahora más intranquila.

—Sí, así es. Las tropas aliadas están cosechando importantes victorias y creo que, si quiere mantenerse a salvo, usted y su hija deberían pensar en salir del país.

Doña Pilar torció el gesto. Solamente pensar en Amalia la rompía por dentro.

—Ya no está aquí. Se ha ido a Vitoria, con mi suegra —dijo tragando saliva y con la voz completamente quebrada—. Me he quedado muy sola, don Francisco, no imagina lo que la echo de menos.

La condesa no podía explicarle al pintor las razones que habían desembocado en la partida de su hija. Era demasiado arriesgado. Ahora necesitaba ser prudente y esperar.

El pintor la miró con gesto compasivo.

—Lamento que la pequeña Amalia haya tenido que irse, pero Madrid ya no es un lugar seguro para nadie. Hágame caso. La situación no hará más que empeorar. Piénselo. Huir es lo mejor que puede hacer antes de que sea demasiado tarde.

Doña Pilar bajó la mirada entornando los ojos.

—¿Y a dónde voy a ir? En Vitoria las cosas no están mucho mejor que aquí y además…

—Francia podría ser un buen destino, un lugar para comenzar de nuevo —la cortó don Francisco—. Yo ya soy un anciano y no es

tan fácil para mí. Pero usted es aún joven y tiene mucha vida por delante. Podría volver a enamorarse y tener un futuro lejos de esta España que languidece.

—¿Y dejar mi país, mi vida aquí?

Goya le dio un buen sorbo a su vaso de vino y respiró hondo.

—Aquí ya no le queda mucho.

La condesa enmudeció. El comentario de su amigo la entristecía, pero al mismo tiempo escondía una gran verdad.

—Lo que sí nos queda es un retrato pendiente, ¿lo recuerda? —añadió el anciano intentando robarle a la condesa, y a sí mismo, una sonrisa—. Ya sabe que le prometí que la pintaría y soy un hombre de palabra.

Doña Pilar asintió, cabizbaja, con la mirada fija en la chimenea.

—Quizá no sea el mejor momento.

—Desde luego que no, condesa, pero estoy seguro de que llegará.

Habían pasado tres días desde que doña Pilar escribiera al rey solicitándole ayuda para recuperar a Amalia y, por fin, la respuesta de José había llegado.

Ya había oscurecido cuando la más joven de las doncellas, esta vez sobre una elegante bandeja de plata, traía una carta para la condesa. La impaciencia la devoraba y, como deseaba quedarse a solas cuanto antes en su habitación para leer con tranquilidad la misiva, despidió a la criada de muy malos modos. Pronto se arrepintió de haberlo hecho, pero no tenía tiempo para excusarse por ello, así que desdobló el papel con manos firmes.

Querida Pilar:

Tu carta ha quebrado mi ánimo y no dejo de pensar en cómo ha podido ocurrir una atrocidad semejante. Las madres deben estar con sus hijos, y cualquier separación que se produzca entre ambos atenta contra la naturaleza y contra cualquier atisbo de sentido común. Sin embargo, nada puedo hacer para ayudarte. Si intervengo, estaríamos confirmando las razones por

las que esa inhumana mujer te ha arrebatado a tu hija y no haríamos más que darle alas para que consumara por más tiempo su venganza.

Te pido que tengas calma y que recapacites. La situación en la que nos encontramos es crítica y mis poderes se debilitan a cada segundo que pasa. Ya no me queda mucho tiempo. Mi ejército está muy mermado y la salida más honrosa que tengo es la huida. Los ingleses nos asedian a cada paso. Están muy bien organizados y la guerra de guerrillas continúa sin descanso. Tengo la sensación de que podrían aplastarnos en cualquier momento.

No sé qué nos espera ni si tenemos algún futuro lejos de aquí. Solo te ruego que te protejas y que cuides de tu hija. Quizá, a fin de cuentas, esté más segura allí.

Te escribiré en cuanto me sea posible.

Siempre tuyo,

JOSÉ

Amalia se frotó con cuidado sus ojos cansados. Llevaba horas leyendo aquel diario, pero no quería dejar de hacerlo, no podía. Apenas levantaba la vista para lanzar al aire algún suspiro o para apurar las copas de vino que una tras otra vaciaba tratando de no pensar. La noche había caído y la penumbra lo invadía todo. Estaba agotada. Sentía la cabeza embotada y las extremidades entumecidas.

Josefa entró en el salón. Se detuvo junto al sillón y con un gesto de preocupación se dirigió a ella para preguntarle si necesitaba algo más. La marquesa dio indicaciones para que apagara el fuego y lentamente se levantó con el diario y los lentes en la mano en dirección a su alcoba. Mañana continuaría leyendo, pero, por el momento, necesitaba reposar todo aquello.

Su madre, en plena desesperación por tratar de recuperarla, había pedido ayuda hasta al mismísimo rey sin obtenerla. Al final, después de todo, pensó Amalia, siempre estamos solos.

39
Huir es de valientes

Agosto de 1812

El rey José I huyó por primera vez de Madrid el 10 de agosto de 1812 acompañado por su guardia y un ejército de dieciocho mil soldados. La estrepitosa derrota sufrida en Arapiles, al sur de Salamanca, supuso un punto de inflexión definitivo en las ambiciones francesas para España. Las tropas comandadas por el mariscal Marmont soportaron innumerables bajas mientras el ejército aliado, al mando de Arthur Wellesley, recién nombrado conde de Wellington, logró una victoria crucial y fortaleció su posición en la guerra.

Dos días después de la huida del rey, los aliados entraron en la capital siendo recibidos por el pueblo de Madrid como auténticos héroes. Las esperanzas de lograr el triunfo final en la contienda se reavivaron y todo era júbilo y alegría.

Por su parte, las tropas francesas permanecieron en Valencia esperando un cambio en el rumbo de los acontecimientos para terminar huyendo al país vecino por Zaragoza. Para colmo, unos días antes, el monarca había recibido la noticia de la muerte de su ministro de Marina, el teniente general de la Real Armada José de Mazarredo, un experto en tácticas navales y un gran hombre de ciencia.

Las Cortes de Cádiz habían aprobado una constitución y la ciudad, que se resistía a la ocupación francesa, se convirtió en un lugar en constante efervescencia política que pretendía asentar los principios del liberalismo. Se vivía un ambiente de optimismo y de esperanza y, aunque se mantuvo la defensa del sistema tradicional monárquico,

se aprobó que este estuviera siempre sometido al régimen constitucional, algo absolutamente novedoso y muy inquietante para cualquier rey.

En medio de toda esta situación, la condesa no había vuelto a tener noticias directas de José, aunque sabía que había huido de la ciudad rumbo a Francia. Fue a partir de entonces cuando comenzó a pensar más seriamente en las palabras de don Francisco. Quizá resultara conveniente que ella también se marchara. Los ingleses no parecía que quisieran quedarse mucho tiempo en la capital, pero la situación iba a complicarse y si descubrían su simpatía por el régimen napoleónico las cosas no pintarían nada bien para sus intereses.

Por otra parte, había recibido noticias de Amalia y eso insuflaba esperanzas a su maltrecho corazón. Dos escuetas notas firmadas por su suegra la hacían saber que la joven se encontraba bien y que avanzaba en sus conocimientos de francés y de piano a muy buen ritmo.

Por supuesto, doña Concepción seguía reprochándole su comportamiento inmoral haciendo siempre hincapié en que era del todo imposible que ella pudiera criar a su hija.

En Madrid se vivía un ambiente festivo y se notaba que la mayoría se alegraba de la llegada de las tropas aliadas. Se aclamaba como rey al príncipe Fernando y hasta la condesa vio desde uno de los ventanales de su habitación cómo un grupo de rebeldes pisoteaba y prendía fuego a una bandera con el escudo del rey José. Sin embargo, los franceses aún esperaban que sucediera un milagro, y los milagros, a veces, ocurren.

40
Promesas en la frontera

Octubre de 1812

La condesa decidió abandonar Madrid después del verano e instalarse por un tiempo en la ciudad francesa de San Juan de Luz, una hermosa localidad costera muy cerca de la frontera. Allí seguía los acontecimientos que ocurrían en España y se sentía mucho más segura que en la capital. Además, la población era un lugar estratégico en la contienda, pues las tropas francesas recibían, a través de su puerto, los materiales y suministros que requerían para seguir resistiendo al bloqueo naval que los ingleses mantenían.

Fue allí, en ese pequeño exilio, donde doña Pilar comenzó a entablar amistad con Josefina Luisa de Montaut, duquesa de Gontaut. Ambas vivían a escasos metros la una de la otra, en confortables residencias de dimensión considerable y con un pequeño jardín en su parte trasera.

Aquella tarde, tomando el té en casa de la condesa, Josefina estaba más habladora que de costumbre.

—¿Sabes que los ingleses se han marchado de Madrid para disgusto del pueblo? Nadie entiende las causas de tal abandono y la negativa de Wellington de defender la capital.

—¡Dios mío! —exclamó la condesa. Eran grandes noticias, prometedoras—. Quizá entonces el rey pueda regresar y volver a tomar la ciudad con su ejército.

—Así es, querida. Parece que el monarca va a instalarse de nuevo en España. Además, antes de abandonar Madrid, los ingleses,

arrogantes como son, volaron en pedazos la fábrica de porcelanas de El Retiro.

—Pero ¡no puedo creerlo! Tengo varios jarrones y una vajilla con decoración de cenefas doradas adquiridos allí que resultan realmente deliciosos y de una factura exquisitita. ¿Cómo han podido hacer una cosa así?

—La versión oficial es que han temido que sirviera de cobijo a las tropas francesas, pero el pueblo de Madrid ya no se fía de nadie, así que se muestran molestos y, por supuesto, descreídos ante tan pobres explicaciones.

La condesa sostenía la taza de té entre las manos mientras su mente se detenía en la imagen de José, sonriente, mirándola con sus pequeños y chispeantes ojos. ¡Deseaba tanto volver a verle! Sin embargo, era muy consciente de que quizá no pudiera regresar nunca al país que tanto amaba, y por eso se atrevió a preguntar a la duquesa:

—Quería comentarte algo que llevo pensando desde hace unos meses. Me gustaría adquirir una propiedad discreta, en un lugar tranquilo que me sirva de retiro. Creo que es muy necesario que nos protejamos frente a lo que pueda venir, y no me cabe la menor duda de que también sería una buena inversión para un futuro no muy lejano.

—Eres muy perspicaz, querida —respondió la duquesa mientras miraba distraída por una de las ventanas del cálido salón—. Precisamente poseo una propiedad que no habito y que resultaría perfecta para ti.

A la condesa se le iluminaron los ojos, pero dejó que su amiga continuara hablando:

—Se trata del castillo de Carresse, a orillas del río Olorón. Es un lugar magnífico y lleno de paz. No está lejos de Pau y allí estarías protegida y a salvo.

—Me gustaría visitarlo en tu compañía. Si, tal y como dices, es tan especial, ¡estoy segura de que acabará siendo mío! —exclamó la condesa mientras emitía una estrepitosa carcajada.

—¿No vas a preguntar ni siquiera el precio?

—¿Y por qué creo que vas a terminar por decírmelo? —se mofó doña Pilar apurando su taza de té—. ¿No te han enseñado que hablar de dinero es de pésima educación, querida?

—Tienes toda la razón —respondió la duquesa asintiendo—. De todos modos, trescientos mil francos son calderilla para ti.

Ambas mujeres rieron al unísono encantadas de haberse conocido. Al menos doña Pilar había encontrado un apoyo en los momentos más duros de su vida, y eso le había devuelto cierta alegría que ya creía perdida.

Amalia amaneció con fuerzas renovadas. Había descansado bien y el día se presentaba soleado, a pesar de que algunas pequeñas nubes salpicaban el cielo, de un azul intenso. Ya no faltaba mucho para concluir la lectura del diario, así que decidió quedarse en la cama para continuar leyendo. Pidió a Josefa que le trajera un chocolate caliente con un brioche y un poco de pan blanco acompañado de queso.

La había conmovido descubrir cómo se había gestado la adquisición del castillo. A fin de cuentas, ahora Carresse era su hogar. Vitoria también lo había sido, pues recordaba con enorme cariño su infancia en el palacio de Montehermoso y, poco tiempo después, su estancia con la abuela Concepción, también en la ciudad. Al principio le había resultado extraño alejarse de su madre, aunque nunca lo entendió como una separación cruel ni desgarradora. La echaba mucho de menos, pero la abuela le había hablado de la guerra y de que ella estaría más segura en Vitoria, bajo su mismo techo. Poco a poco el miedo al abandono y a la ausencia se fue transformando en serenidad y protección, aunque dentro de Amalia siempre existió una inquietud que jamás la abandonó: la angustia de pensar si su madre estaría bien y no saber si algún día volvería a verla. Se trataba de mantener un extraño equilibrio que jamás logró: vivir entre la calma que su abuela le ofrecía y la zozobra que le producía la ausencia de la condesa.

Además, doña Concepción siempre la había tratado con amor, la había animado con sus clases de idiomas y había favorecido su

educación mediante la lectura, el estudio de los clásicos y el descubrimiento del arte a través de su imponente colección personal. Sin embargo, que su abuela la hubiera separado de su madre de esa forma se le antojaba atroz, salvaje. De muchacha tuvo de cuando en cuando pesadillas que se mezclaban con imágenes de auténtico terror. Durante mucho tiempo creyó que había imaginado el encuentro con aquel desconocido en su habitación, ignorante de que se trataba del enviado de su abuela para secuestrarla y llevarla a Vitoria con ella. ¿Cómo se le había ocurrido a doña Concepción algo semejante? A Amalia no le entraba en la cabeza. Su madre debió de sufrir tantísimo al descubrir su desaparición y esperar durante días hasta tener noticias de los responsables…

Amalia se sintió entonces más cerca de su madre, más cerca de su dolor silencioso, de su renuncia impuesta. Quizá esa empatía que ahora la abrasaba era fruto de la madurez, de ese lazo invisible que las uniría para siempre con más fuerza que nunca.

Amalia había permanecido durante un largo rato leyendo en su alcoba y el tiempo invitaba a salir y a dar un reconfortante paseo por los alrededores del castillo, así que no dudó en levantarse. Se llevaría el diario y terminaría de leerlo junto al Olorón, escuchando el suave discurrir del agua. Sería un modo de purificarse y de renacer, de encontrar de nuevo su lugar en el mundo.

Después de vestirse, abandonó su habitación y se dirigió, escaleras abajo, hacia la cocina para avisar a Josefa de que saldría a pasear y volvería para el almuerzo.

El sendero de piedras y guijarros que la conduciría hasta el río permanecía silencioso, y solo se escuchaba el trino de algunas aves que descansaban entre las ramas de los frondosos árboles, que ya habían comenzado a deshojarse. La temperatura era muy agradable y una suave brisa le rozaba la piel. Todo era calma, así que decidió buscar la sombra de uno de los centenarios troncos que se disponían en las márgenes del río para sentarse, dejarse envolver por el silencio y continuar leyendo.

41
Empezar de nuevo

Castillo de Carresse, Francia, Navidades de 1812

El castillo de Carresse no se encontraba amueblado, así que la condesa tuvo que hacer traer todos sus objetos y enseres personales desde España. El cortejo de carruajes que salió de Madrid estaba cargado de muebles, vajillas y jarrones de exquisita porcelana, libros, obras de arte (entre ellas el retrato que Goya le había pintado a su hija) y hasta un busto de la emperatriz Josefina, regalo de su difunto esposo.

Pronto el lugar quedó hermosamente decorado y parecía un auténtico hogar cuando llegaron las Navidades más tristes que la condesa recordaría jamás. Sola, alejada de su hija y sin noticias del hombre al que amaba, el frío entraba inmisericorde, no solo a través de las antiguas piedras que conformaban el castillo, sino también a través de su perforado corazón. Envuelta en una densa capa de lana parda podía escuchar el rumor del río. Eso la calmaba y le hacía pensar en lo libre que se sentía el agua discurriendo a su antojo entre las rocas y guijarros. Así era también ella, aunque había tenido que pagar un excesivo peaje.

La condesa se había trasladado al castillo únicamente con tres de sus criados de confianza y había dejado dicho que toda la correspondencia que hasta entonces recibía en el palacio de Masserano la reenviaran a Carresse. También había tenido tiempo de escribir a Teresa y a Loreto para remitirles su nueva dirección y ambas le habían respondido con inmediatez deseando encontrarse las tres cuando las circunstancias resultaran más propicias. Tampoco se había olvidado de escribir a don Francisco para

agradecerle sus buenos consejos y facilitarle su nueva ubicación, con el impetuoso deseo de que pudiera visitarla y ser su huésped durante unos días.

Aquella mañana discurría tranquila y la condesa, a pesar del frío, paseaba junto al río bien abrigada para evitar cualquier contratiempo. El aire helado se colaba a través de sus densos guantes y solo el ruido de sus botas pisando con firmeza sobre la nieve interrumpía el silencio. De pronto escuchó unos pasos apresurados a su espalda. Uno de sus criados, apenas sin aliento y expulsando por su boca bruscas nubes de vaho, se acercó a ella. Traía una carta entre las manos.

—Disculpe la intromisión, señora —le dijo—. Ha llegado esto para usted.

La condesa extendió las manos sin quitarse los guantes antes de responder:

—Gracias, y vuelva dentro. Va a coger una pulmonía si permanece más tiempo aquí.

Doña Pilar temblaba, pero no era el frío lo que le causaba esa agitación. Había reconocido de inmediato la caligrafía de su hija Amalia en el remite y a punto estuvo de desvanecerse antes de comenzar a leer. Nunca hubiera imaginado recibir una carta suya.

Querida madre:

¿Cómo estás? Me resulta extraño escribirte y, más aún, estar lejos de ti, pero no temas, yo estoy bien. La abuela me quiere y se preocupa mucho por mí. Sigo estudiando francés y cada vez toco mejor el piano, aunque no soy demasiado buena en geografía.

Aquí en Vitoria tengo nuevas amistades y, aunque sigo echando mucho de menos a Víctor, tengo una nueva amiga, Beatriz, con quien también comparto el gusto por la lectura y los libros. Es muy buena conmigo y, cuando la abuela nos deja, salimos a merendar y a dar paseos por el parque.

Espero que tú también estés bien. Tengo muchas ganas de verte. La abuela dice que aún falta un poco de tiempo porque es

peligroso por la guerra, pero ya sabes que te echo mucho de menos.

Te quiere, tu hija

AMALIA

Por primera vez en meses la condesa sintió que el corazón le volvía a latir con fuerza. No todo estaba perdido. Esa carta breve, sencilla, llena de ingenuidad y de bondad, le había hecho recobrar la esperanza de volver a ver a su pequeña.

Amalia se emocionó al ver transcrita en el diario aquella primera carta que había escrito a su madre después de dos años sin verla. ¡Destilaba tanta ternura e inocencia! En ella se reconoció a sí misma como la niña ingenua y confiada que siempre había sido, ajena al miedo y al dolor que apenas ahora comenzaba a descubrir y a tratar de comprender. Aquellas palabras torpes y sinceras no eran más que las mantenidas en su memoria en los tiempos dichosos en los que vivía, sin saberlo, unida a su madre por hilos invisibles que la condesa mantenía intactos a golpe de renuncias.

42
Todo se complica

Castillo de Carresse, Francia.
Febrero de 1813

Querida Pilar:

Sigo en Madrid, pero por poco tiempo. El asedio de las tropas aliadas es total y ya no me quedan ni dinero ni fieles que puedan continuar alimentando esta absurda locura.

Estoy preparando mi partida y ya he comunicado a mi hermano mis intenciones de abdicar. Parece que él ya está negociando el regreso de Fernando como legítimo rey, restituyéndole con plenos poderes según lo establecido por las leyes españolas. Ya sabes que siempre te dije que no era más que un títere entre sus manos, una pieza necesaria para establecer el control sobre sus intereses, y así ha vuelto a demostrarse.

El maldito español, que desde siempre me ha odiado, sigue exiliado en el castillo de Valençay junto a su hermano, el infante don Carlos, y su tío Antonio, que no se encuentra muy bien de salud por lo que me hacen saber mis esbirros. Ninguno de los tres es de fiar. Son hombres sin moral y sin escrúpulos que, estoy seguro, instaurarán un régimen absolutista en cuanto Fernando vuelva a sentarse en el trono de España. Para entonces, yo ya estaré muy lejos.

En cuanto a nosotros, solo deseo volver a verte, pero no sé si saldré con vida de este último envite que aún está por llegar.

No me escribas. Ya no es posible que reciba ninguna correspondencia en palacio. Además, eso te pondría en un

terrible peligro si saben dónde estás y la relación que te une a mí. Yo trataré de hacerlo en cuanto me sea posible.

Siempre tuyo,

JOSÉ

La condesa terminó de leer la carta del rey y la guardó en una pequeña caja que escondió en un falso cajón localizado en la parte inferior de uno de los armarios de su habitación. Había encontrado un escondite perfecto para atesorar sus recuerdos.

Como no tenía modo de responder a las misivas del rey, su inquietud y desazón se acentuaron con el paso de los meses y la ausencia de noticias. A este lado de la frontera todo llegaba a cuentagotas y con mucho retraso, y, a pesar de que la condesa trataba de mantenerse informada a través de algunos hombres relevantes de la localidad, apenas podía disimular su preocupación.

Rodeado de traidores y de súbditos dispuestos a terminar con su vida, doña Pilar temía que a José le ocurriese algo, y esto la desvelaba. Su angustia se agravaba en mitad de la noche. No podía conciliar el sueño y le imaginaba prisionero en manos de los rebeldes, torturado o incluso algo peor: asesinado. Se sentía tan impotente por no poder hacer nada por ayudarle que ni siquiera sus paseos cerca del río, de los que tanto disfrutaba, la reconfortaban ya. Sin embargo, solo podía esperar y vivir en silencio su dolor como siempre había hecho.

43
Últimos días de gloria

Mayo de 1813

El 17 de marzo de 1813 José dejó la capital de España para no regresar jamás. Doña Pilar tuvo noticias de esto casi dos meses después, lo que supuso un gran alivio para ella. Parece ser que el último de los convoyes que partió rumbo al norte fue el comandado por el general Hugo, quien abandonó Madrid unos diez días después de que lo hiciera el rey.

Wellington lograba abrirse paso victoria tras victoria y la guerra se encontraba en su punto álgido, preparándose el terreno para lo que podía ser la batalla definitiva. El pueblo español seguía prestando apoyo a los aliados, convencido como estaba de que el triunfo no se les podía escapar. Empujando hacia el norte a los ejércitos franceses, a las tropas rebeldes a Francia se les iban sumando miembros de las guerrillas españolas que estaban dispuestos a asestar el golpe de gracia que terminara por arrojar fuera de sus fronteras a los intrusos.

La suerte estaba ya echada y el final estaba cerca.

44
Derrotas

Castillo de Carresse, Francia, julio de 1813

La temperatura era muy agradable en Carresse y el aire olía a flores silvestres. Los pájaros se posaban tranquilos entre las ramas de los árboles y emitían hermosos trinos mientras la condesa los contemplaba desde la ventana abierta de su habitación. El murmullo del río calmaba su corazón inquieto. Había pedido que le trajeran una copa de buen vino antes de comenzar a leer la carta más extensa que hasta entonces había recibido del rey y que acababa de llegar.

Solo hacía unas pocas semanas que doña Pilar había tenido noticias de su hija Amalia. No parecía que la guerra le afectara en absoluto y, desde luego, su suegra estaba haciendo bien su trabajo. En la carta le hablaba de su buena amiga Beatriz, de la conexión que existía entre ambas y de la existencia de un joven militar, algunos años mayor que ella y muy bien posicionado, que, por lo que la condesa pareció entender, comandaba un regimiento que luchaba con valor frente a los franceses.

Amalia era feliz, parecía ilusionada con aquel muchacho y lo transmitía en cada una de sus palabras, a pesar de que nunca olvidaba decirle lo mucho que la quería y lo que la echaba de menos.

Una vez el criado colocó la bandeja de plata con la copa de vino sobre su escritorio, la condesa desdobló las hojas que sostenía entre las manos para comenzar a leer. Estaba nerviosa pero esperanzada. El cielo seguía siendo de un azul intenso.

Mi adorada Pilar:

Wellington llegó a las puertas de Vitoria, tu casa y el lugar donde nos vimos por primera vez, con un ejército de ochenta mil hombres.

Me he visto obligado por las terribles circunstancias a huir camino de la frontera. Se cuentan por miles el número de mis hombres que han muerto y que han caído heridos, además de los que han sido hechos prisioneros. Incluso yo mismo he estado a punto de ser apresado por los ingleses y he tenido que abandonar mi berlina, mi espada y algunos documentos importantes ante el peligro en el que me encontraba. Gracias a la protección del general Maucune, he logrado ponerme a salvo y huir con más de un millar de coches cargados de objetos de gran valor que debo proteger porque se convertirán en mi salvoconducto en un futuro que espero incierto. Los soldados aliados han desvalijado muchos de los convoyes y hasta mi propio perro fue capturado.

He conseguido salvar varias cajas llenas de doblones de oro, lingotes de plata, escopetas de caza, vajillas y joyas importantes. Necesito que lo sepas por si algo malo me ocurriese. Una de ellas es el diamante azul, una pieza única del color del océano que perteneció a la reina Isabel de Farnesio, segunda esposa del primer rey español de origen francés, Felipe V, y que es mi obligación custodiar.

¡No imaginas qué sufrimiento hemos padecido! Los cadáveres se acumulaban en los caminos e incluso los caballos morían de sed y de hambre. Bajo una lluvia incesante terminamos por llegar a Pamplona. Allí he dejado una guarnición de cuatro mil hombres que pronto también terminarán por caer.

Acabo de llegar a San Juan de Luz, desde donde te escribo. Aquí he instalado mi cuartel general. Escribiré a mi hermano para explicarle la situación y que él decida, como siempre lo ha hecho, cuál es la mejor salida para Francia.

Necesito verte, sentirte a mi lado y abrazarte. Me siento muy solo, pero aliviado. Por fin me he sacudido la terrible carga de la

corona que soportaba sin quererlo sobre mi cabeza. Tú mejor que nadie sabes que nunca quise ser rey y que, cuando lo fui, solo esperé recibir el amor de mi pueblo. Al fin todo ha terminado y, a pesar de que he sufrido el dolor de su rechazo, sigo entero.

No podemos vernos aquí, en San Juan de Luz, pues levantaríamos muchas suspicacias. Ya sabes que este es un lugar pequeño y que estoy acompañado por muchos de mis hombres, entre ellos mi fiel conde de Mélito, que se ha convertido en mi sombra. Le he pedido a él que acuda a Vichy, donde mi esposa Julia está tomando las aguas junto a su hermana, para que le traslade la noticia del fin de mi reinado. Es imprescindible que lo sepa cuanto antes y que se proteja y proteja a nuestras hijas en caso de que fuera necesario.

He pensado que podemos vernos en Saint-Pée-sur-Nivelle, muy cerca de donde me encuentro. Creo que allí pasaremos más desapercibidos. Solo deseo tenerte cerca. Te espero con ardiente deseo.

Siempre tuyo,

JOSÉ

La condesa y el rey se alojaron en Saint-Pée-sur-Nivelle durante dos días. El pueblo parecía suspendido en una calma antigua y allí, sin nadie más que enturbiara su pasión, volvieron a reconocerse y a mirarse con la urgencia de quienes ya nada tienen que perder. Habían esperado tanto que sus labios se buscaron hambrientos, desnudándose con lentitud y saboreando cada instante, cada parte de su historia. Hicieron el amor como si fuera la primera vez, sin prisa, con dulzura, acompañándose de largos silencios e intensas miradas. Uno frente a otro, encontraron el refugio que tanto habían buscado y trataron de sanar las heridas que la guerra había abierto tiempo atrás.

El cálido verano provocaba que cada rincón fuera de una candidez irresistible. Una brisa de mar llegaba fresca a través de las ventanas

y el cielo parecía más azul que en ninguna otra parte. La condesa era, por fin, plenamente feliz.

Aquella mañana José estaba pensativo. Había recibido carta de su hermano anunciándole oficialmente su destitución del trono de España. Además, le había reemplazado del mando del ejército y sustituido por el mariscal Soult. «No deseo que volváis a mezclaros en ningún asunto relacionado con mis tropas», le había dicho sin miramientos en su escueta nota. Quería encontrarse con él en Bayona, en el castillo de Marracq, donde cinco años antes curiosamente le había nombrado rey. La paradoja del destino le hizo sonreír.

—He de irme mañana —le anunció José a la condesa con rostro serio—. Mi hermano me reclama en Bayona para oficializar la noticia de mi destitución.

Doña Pilar le miró con tristeza tratando de contener las lágrimas.

—Mi idea es volver a París, al menos durante un tiempo. No quiero perderte. Me gustaría que pudiéramos estar juntos allí. Es una ciudad grande y, si nos escondemos de miradas malintencionadas, quizá…

—José —le cortó la condesa—. Es agotador vivir siempre oculta, en habitaciones prestadas, en esperas interminables. No quiero marchitarme entre las sombras de una libertad que no poseo.

—Te comprendo, pero sabes que no puedo darte más —respondió el rey deteniéndose en sus hermosos ojos—. Ojalá las cosas fueran distintas, pero no soy libre, vivo una vida que me asfixia y que no puedo cambiar.

—Podrías si de verdad quisieras. —La frase de la condesa sonaba a reproche.

—Lo que no podré nunca cambiar es lo que siento por ti —apostilló José besándola en los labios con enorme ternura.

Transcurridos varios días y en medio de un calor sofocante, el rey llegó al castillo de Mortefontaine para encontrarse con su esposa y sus hijas. Nadie supo de su regreso y guardó el más severo incógnito sin recibir a nadie durante varias semanas.

La condesa también puso rumbo a París.

45
El camino solo de vuelta

París, septiembre de 1813

La ciudad de San Sebastián cayó en manos del ejército aliado el 31 de agosto. Napoleón tenía previsto devolver la corona de España al príncipe Fernando, que se encontraba en el castillo de Valençay, y todo estaba ya previsto para que los franceses abandonasen definitivamente el país.

A esto se sumó la estrepitosa derrota del ejército napoleónico durante la conquista de Rusia, con más de medio millón de bajas que dejaron a las tropas francesas mermadas por el hambre, el frío y las enfermedades.

Además, con posterioridad a esta debacle, se produjeron un buen número de derrotas significativas para los franceses debido al empeño del emperador por restablecer su dominio sobre Alemania. Definitivamente, el imperio más poderoso del mundo se desmoronaba mientras la condesa y José se burlaban de la suerte citándose en secreto en la capital del Sena.

París bullía espléndida a pesar del recrudecimiento de las guerras que Napoleón mantenía en activo en buena parte de Europa. Doña Pilar, alojada en un discreto pero elegante palacete del centro de la ciudad, escribía a su hija a Vitoria un par de cartas semanales (de las que nunca obtuvo respuesta) esperando que José acudiera a su encuentro para buscar su compañía y su consuelo. Habían logrado no solo compartir caricias y momentos de pasión, sino disfrutar de una complicidad que les permitía paliar su soledad.

Hablaban de España, de los sueños incumplidos, de los miedos que aún los acechaban. José le confesó que había logrado preservar un

importante número de obras de arte y llevárselas con él para protegerlas del pillaje de los ingleses. «Cuando sea el momento, se las devolveré a su legítimo propietario, que no es otro que el pueblo español», le confesó un día entre caricias.

Una tarde, después de que el mundo se tomara un descanso mientras los amantes se estremecían de pasión entre las sábanas de la cama del cuarto de la condesa, José decidió contarle sus planes:

—Querida, he estado hablando con mi hermano y la situación en Francia va a volverse muy complicada para nuestros intereses. Toda Europa reclama venganza y hasta él mismo está pensando en abdicar en su hijo. —José tragó saliva antes de continuar—: He pensado en la posibilidad de marchar a Suiza y comprar allí una propiedad en las inmediaciones del lago Lemán. Se trata de un lugar cómodo y de una belleza incomparable.

—¿Y qué pasará con nosotros? ¿Qué futuro nos espera? ¿No te das cuenta de que cada día que pasa más difícil se vuelve todo? —La condesa suspiró hastiada.

—Francamente, no sé qué ocurrirá, pero creo que debes regresar a Carresse. Ahí está ahora tu sitio y, más que nunca, debemos mantener la prudencia. Ya hemos pasado por esto muchas veces.

—Precisamente por eso, José. Estoy cansada, apenas me quedan fuerzas para un después.

A la condesa tampoco le quedaban lágrimas, así que no dijo nada más. Aceptó la situación y, después de que su amante se hubo marchado con la promesa de volver a encontrarse, comenzó a preparar su equipaje. Volvería a Carresse, un lugar donde, por fin, era una mujer sin etiquetas y donde la vida transcurría sin sobresaltos.

46
En el exilio

Castillo de Carresse, Francia,
octubre de 1813-febrero de 1814

Doña Pilar había regresado a su destierro en el mes de septiembre. El otoño había traído consigo la caída de las primeras hojas que flotaban en el aire con la delicadeza de quien no quiere molestar. Los frondosos árboles alrededor del castillo y en las márgenes del río se desprendían de ellas con solemnidad.

La habitación de la condesa, que daba a la parte del Olorón, tenía bajo sus ventanas la iglesia y el cementerio, algo que la incomodaba. Las campanas que llamaban a celebrar los oficios religiosos o que anunciaban el fallecimiento de algún vecino la despertaban sin miramientos.

Hasta ella llegaron noticias de la caída de Pamplona en manos de los ingleses y de la subida al trono de Fernando VII, quien iba a comenzar una caza de brujas contra los que apoyaron a los traidores a España haciéndoselo pagar.

Doña Pilar realizaba con asiduidad viajes a Bayona, donde una pequeña comunidad de exiliados se reunía en la clandestinidad. Con ellos compartía sus experiencias, sus miedos y dolores, y eso paliaba ligeramente su soledad.

La vida lejos de España no resultaba sencilla. La nostalgia, siempre persistente, se instalaba en las cosas más pequeñas, e incluso la belleza de Carresse se teñía de una tristeza tan profunda que la condesa no acababa de sacudirse del todo. A eso se sumaba la siempre perenne ausencia de Amalia. Hacía tiempo que no recibía noticias suyas, así que aquella mañana de frío invierno, envuelta en

una gruesa manta regalo de su difunta madre y a la que tenía un especial cariño, decidió escribirle.

Mi muy querida hija:

Tu falta de noticias me resulta insoportable. Necesito saber que estás bien y que piensas en mí como yo lo hago cada día en ti. Te he escrito varias veces, pero sin suerte, pues no he obtenido ninguna señal por tu parte, ninguna carta, nada.

Tuve que huir de España, a pesar de que nunca quise hacerlo. La guerra nos ha cambiado a todos. Adquirí una hermosa propiedad en un lugar tranquilo llamado Carresse. Estoy deseando tenerte aquí y que disfrutes de la naturaleza que rodea este sitio. La casa está junto al río y en verano se llena de pescadores locales que con gran habilidad logran obtener botines deliciosos. Estoy segura de que te encantará.

Espero que seas feliz, ya sabes que no hay nada en el mundo que me importe más que eso. ¿Cómo está tu amiga Beatriz? ¿Y el joven del que me hablaste? ¿Sigues viéndole? No imaginas las ganas que tengo de abrazarte ahora que parece que la guerra ya ha terminado.

Por favor, escríbeme en cuanto leas estas líneas.

Tu madre, que te quiere y nunca te olvida,

PILAR DE ACEDO

En enero de 1814 las tropas de Wellington cercaron Bayona y la condesa, ante la posibilidad de ser capturada por afrancesada, abandonó precipitadamente Carresse en dirección a París. Solo un mes después, ingleses y españoles se asentaron en las riberas del río Olorón, y hasta llegaron a acampar cerca del castillo propiedad de doña Pilar. El ejército francés, abatido y sin esperanzas, se vio obligado a retroceder hasta la capital mientras Napoleón se preparaba para abdicar en su hijo.

Sin noticias de José y deseando regresar a Carresse, la condesa fue consciente de que ese sería su último destino. Estaba segura de que

jamás podría regresar a España.

47
Un tesoro oculto

Castillo de Prangins, Suiza, 25 de junio de 1814

A finales del mes de mayo, Fernando VII, su hermano y su tío entraron en España procedentes de su exilio en el castillo de Valençay para ser recibidos en la localidad gerundense de Báscara por el capitán general de Cataluña Francisco Copons.

Durante su regreso, el recién reconocido rey de España fraguó un golpe de Estado que puso fin al régimen constitucional instaurado en las Cortes de Cádiz para volver al absolutismo. La capital fue tomada por los partidarios de Fernando y comenzaron a desatarse las persecuciones contra los liberales, considerados unos auténticos traidores al nuevo rey y casi a la altura de los propios afrancesados.

Los ingleses, con el recién nombrado duque de Wellington a la cabeza, parecieron oponerse en un primer momento a la vuelta del Antiguo Régimen, sin embargo, tras la visita del vencedor de Napoleón a Madrid, los presagios se cumplieron y el Gobierno inglés aprobó el cambio de rumbo que el rey Fernando había decidido.

El pueblo español había recibido con júbilo la llegada del monarca. Agotado por la larguísima guerra que había librado para expulsar a los franceses de su territorio, deseaba ansioso que volviera la calma. Por fin el rey por el que tanto habían luchado se encontraba de nuevo en España y ahora solo deseaban una paz duradera que les permitiera recobrar su confianza en las instituciones.

Por su parte, el depuesto José Bonaparte terminó por cumplir la promesa que le había hecho a su amante y adquirió una propiedad en Suiza, el hermoso castillo de Prangins, donde se instaló a mediados del mes de junio.

Desde allí escribió a la condesa para pedirle que volvieran a encontrarse. Buena parte de sus pertenencias habían viajado con él mientras otras se encontraban distribuidas entre sus numerosas residencias o en manos de familiares directos.

Mientras ambos paseaban por las inmediaciones del viejo castillo suizo, el suave aire veraniego les golpeaba el rostro como acariciándolos. José caminaba con las manos a la espalda junto a doña Pilar, mirándola embelesado. Ella no se había podido resistir a aceptar la propuesta que el rey depuesto le había hecho. Le amaba sin condiciones, rendida por completo a su corazón indomable, y no había dudado ni un instante en hacer el equipaje para correr a su lado.

—Quizá este tiempo sea el último que nos quede —le dijo José observando con calma las inmediaciones del lago Lemán.

La condesa bajó la mirada, pero no dijo nada.

—Hemos vivido demasiadas cosas, padecido muchos sinsabores. Nada ha sido fácil para ninguno de los dos —continuó, esta vez tomando de la mano a doña Pilar.

—Mi lugar es estar donde tú estés —le respondió la condesa con un cierto halo de tristeza en la mirada. Sabía que aquello era del todo imposible, pero se resistía a reconocerlo en voz alta.

—Me gustaría que me prometieras algo. Jamás te he pedido que hicieras nada por mí, pero necesito que me escuches. —José se detuvo de nuevo. La suave brisa había cesado y el calor se volvió más intenso—. Debes tratar de recuperar a tu hija por todos los medios posibles. De lo contrario, jamás alcanzarás la paz ni podrás ser feliz.

—Lo sé, y no hay día que pase que no la recuerde, pero sin ti nada tiene sentido para mí —habló la condesa apretando su mano.

José sostuvo la mirada deteniéndose en los ojos tristes de doña Pilar antes de añadir:

—Ya nada puedo darte. Ni siquiera tengo un lugar en el que estar. Vivo alejado de mis hijas, errante de un lado para otro tratando de protegerme y de que nadie me reconozca. Apenas recibo visitas y la mayoría de los que antes eran amigos ahora me matarían sin pensarlo si fueran a recibir un suculento botín por ello. No quiero

que tú pases por lo mismo. Debes tratar de recomponerte y buscar la felicidad. En mi caso eso ya carece de sentido.

—Pero te amo. Te he amado desde el primer instante en que te vi, aunque sabía que esto sucedería. Lo he dejado todo por seguirte. Te elegí y renuncié a mi nombre, a mi hogar, a mi hija. ¿Qué me queda si no te tengo?

Cada palabra que la condesa pronunciaba abría más la herida que sangraba a borbotones en el corazón de su amante. Él también la quería, pero no sabía cómo ayudarla a entenderle.

—Tú eres la única certeza que he conocido, la única verdad en medio de las sombras y de las derrotas que siempre me han acompañado. No quiero renunciar a ti y, sin embargo, siento que el mundo se empeña en separarnos. ¿Cómo hacer para tenerte cerca si estamos a cientos de kilómetros de distancia?

—No tengo la respuesta, José, así que tendré que aprender a vivir sin ti —respondió la condesa respirando hondo y acercando los labios a los suyos para besarle.

El calor apretaba a aquella hora del mediodía y ambos decidieron detenerse bajo la sombra de un inmenso roble que se alzaba solitario sobre una suave colina. El sol caía silencioso sobre sus ramas, robustas como brazos, que los acunaban y los protegían de los dorados rayos que se deslizaban entre ellas. Los amantes se sentaron en silencio sobre la hierba seca. Primero se buscaron con la mirada y luego se besaron con una pasión antigua, hermosa, desesperada. Allí hicieron el amor como sellando una promesa que el tiempo no pudiera borrar jamás. Como una ofrenda que quedaría grabada para siempre en su memoria, en la tierra misma, solo visible para la eternidad. Nadie podría ya borrar su historia, que quedaría por los siglos de los siglos sepultada bajo tierra.

Fue la condesa quien primero decidió regresar al castillo. Necesitaba estar sola y emprendió el camino de vuelta sin la compañía de su amante con la promesa de que él la alcanzaría durante el trayecto. José agradeció el gesto. Llevaba días pensando en que su vida podría correr peligro y sabía que el nuevo rey español había ordenado encontrarle. Por eso quería proteger a doña Pilar y agradecerle su lealtad y veneración. No había olvidado el

préstamo que un día le hizo cuando las arcas del Estado se encontraban en bancarrota y sus posibilidades de triunfo se habían visto mermadas, y ese gesto también merecía su recompensa.

José extrajo con sumo cuidado del bolsillo de su chaleco una saca de terciopelo carmesí con sus iniciales JB grabadas en letras doradas. Deshizo el nudo que la cerraba y abrió la palma de la mano derecha. Sobre ella se deslizó una deslumbrante piedra del color del azul del cielo. Brillaba con tanta intensidad que el reflejo del sol sobre ella llegó a cegarla. Era el diamante azul, la joya más preciada de todas las que había logrado sacar de España. Mientras la contemplaba sonriente pensó en la condesa, en lo hermosa que luciría con ella colgada de su delicado cuello. Así le recordaría siempre. Como hacía unos instantes, bajo el roble que fue testigo de su promesa de amor eterno.

Después de colocarla de nuevo en la saca comenzó a excavar. Abrió con sus manos un pequeño hueco en la tierra blanda y seca, junto al lado oeste del tronco del robusto árbol, y allí la enterró. Al hacerlo sintió que una parte de sí mismo se quedaría para siempre en aquel lugar. Imaginó a la condesa tiempo después escarbando con sus propias manos para hallar el tesoro escondido. Esa sería su ofrenda, una prueba silenciosa que hablaría por él para decirle que siempre la había amado, que sus promesas de eternidad no morirían con él y que ese testamento secreto sería la prueba de un amor que perviviría mucho tiempo después del final de su vida.

48
Correspondencia

Castillo de Carresse, Francia, octubre de 1814

Estimada Concepción:

Todo ha terminado entre José y yo, por lo que le ruego que me devuelva a mi hija. La penitencia que he tenido que pagar por mis culpas ya ha sido demasiado larga. Ella me necesita más que nunca y no voy a permitir que me aleje durante más tiempo de ella. La guerra ha terminado y ahora solo quiero recuperarla. Tengo derecho a que mi dolor pueda acabar. No hay nada más cruel y despiadado que seguir alimentando mi culpa.

A pesar de todo, agradezco que durante este tiempo haya sido su prioridad y le haya proporcionado las atenciones que a mí me ha negado.

Ya no quiero sufrir más su ausencia.

Atentamente,

Pilar de Acedo,
condesa de Echauz y del Vado

Llevaba tanto tiempo queriendo escribir estas palabras a su suegra que por fin se había liberado. Necesitaba decirle cuánto había sufrido y que seguía dispuesta, ahora más que nunca, a luchar por el amor de Amalia. José tenía razón. Ella era lo más importante y, si no la recuperaba, jamás se lo perdonaría.

Aquella mujer era imperturbable, tan severa y fría que hasta le producía miedo. La conocía bien y no solía permitirse dejar que el amor y la compasión traspasaran su férrea coraza construida a

través de los años. Pero tenía que intentarlo, buscar un resquicio para penetrar en aquel corazón de puro hielo.

El otoño era la estación favorita de la condesa. Carresse era un lugar encantador en esa época del año. Los senderos se cubrían de hojas de tonalidades doradas y rojizas y el río, con su densa corriente, permanecía silencioso esperando la llegada de algún pescador solitario. Doña Pilar comenzaba a sentirse protegida allí. Aquel pequeño pueblo se había convertido en lo más parecido a un hogar desde que saliera de Vitoria hacía ya casi cinco años. La quietud de la naturaleza la reconfortaba y en ella encontraba el consuelo que a veces el mundo le negaba.

La gente era cercana, sencilla, y siempre la trataban con respeto. Algunos se habían acercado a las inmediaciones del castillo para saludarla e incluso para ofrecerle frutas frescas o pan caliente. Todos sabían de su exilio y que había huido de la guerra en España para tratar de proteger su vida, pero ninguno conocía realmente su desdicha ni la relación que la unía al hermano del emperador de Francia, Napoleón Bonaparte.

Durante aquellos días de octubre la condesa recibió una carta de su amiga Teresa. En ella le explicaba como la situación se había restablecido en Vitoria y que el pueblo había recibido jubiloso la restauración en el trono del rey Fernando. También le hacía notar su desconfianza en el nuevo monarca, al que consideraba un hombre inculto y sin escrúpulos que estaba dispuesto a lo que fuera por mantenerse en un trono que había entregado a Francia sin ningún reparo. En definitiva, un ser rastrero e indigno de confianza. Teresa también se interesaba por el estado de su relación con José, por el paradero del rey depuesto y por su hija Amalia.

La condesa era muy consciente de que no podía hablarle abiertamente del último encuentro mantenido con su amante en el castillo de Prangins, pues eso pondría a José en un auténtico peligro. No era una cuestión de desconfianza, sino de prudencia. Sí le explicó con sinceridad la situación que vivía con su hija, el tremendo dolor que sentía como resultado de su ausencia y lo bien que se encontraba en su nueva residencia, que ya consideraba un verdadero hogar. Por supuesto, la invitaba a visitarla y a pasar unos

días con ella compartiendo confidencias como antaño. Deseaba disfrutar de su amistad y recuperar el tiempo perdido, si es que aquello era posible.

Pero doña Pilar no solo recibió esa carta de Teresa, sino que Goya también se interesó en aquellos días por su situación. Eran momentos confusos en los que todo en España resultaba incierto y la amistad que la unía al pintor exigía por su parte una cálida respuesta.

Con la prudencia que le caracterizaba, el artista la hacía partícipe de la creación de su última obra, un homenaje al pueblo de Madrid y a su heroica resistencia frente a las tropas napoleónicas en la que mostraba el fusilamiento de varios patriotas ocurrido la noche del 3 de mayo de 1808. A la condesa no le había quedado muy claro si esta nueva composición había sido un encargo de la regencia como consecuencia del regreso de Fernando VII al trono o si había sido un ofrecimiento del aragonés a la corona. En cualquier caso, estaría muy bien pagado, pensó. Don Francisco no olvidó preguntarle en su carta por su hija Amalia, transmitiéndole todo su cariño hacia ella y recordando lo fácil que había sido retratarla en Madrid. A propósito de eso, le insistía en el compromiso adquirido de servirle como modelo para un nuevo retrato que esperaba llevar a cabo si se producía el tan ansiado reencuentro entre ambos.

Ciertamente, aquellas misivas la reconfortaban en medio de un exilio que jamás hubiera imaginado que se produciría. Ya no se sentía tan sola y su tristeza comenzaba a disiparse. A pesar de que no había vuelto a tener noticias de José, se había tornado más fuerte, más segura. Una luz empezaba a abrirse camino entre las sombras que durante tanto tiempo la habían acompañado.

49
Y, de nuevo, el amor

Barèges, Francia, verano de 1816

Habían transcurrido dos años desde el último encuentro de la condesa con su amante. Aunque al principio el tiempo había pasado lento y sido un castigo para doña Pilar, aquello había quedado atrás. Los paisajes, las estaciones y las nuevas y calmas compañías alrededor del castillo habían construido algo parecido a la paz en el corazón de la condesa.

En cuanto a su suegra, y aunque no había logrado ablandar su corazón ni conseguido ver a su hija, esta le escribía con asiduidad contándole sus avances en los estudios y la relación de amor que había comenzado. En cada línea de Amalia vibraba un sentimiento profundo hacia un joven militar, José María de Ezpeleta, que la había conquistado por completo. Era un hombre valiente, un oficial de guerra que había luchado junto al bando aliado, en la batalla de Vitoria y en la caída de San Sebastián, por la que había recibido la Cruz Laureada de San Fernando. Por lo que sabía, ostentaba el mando de la comandancia militar de esta ciudad, aunque estaba esperando ser trasladado a la Capitanía General de Navarra en unos meses. La joven estaba prendada y la condesa se sintió feliz por ella. Además, Amalia le hablaba sin tapujos de que aguardaba con ansia que el joven le pidiera en matrimonio, pues, si ella y su abuela consentían, se casaría con él sin pensarlo.

La condesa se recordó a sí misma cuando se comprometió con Ortuño con casi la misma edad que su hija tenía ahora. Su matrimonio no había sido ni mucho menos lo que esperaba y, a pesar de que su esposo siempre fue un hombre recto, un intelectual

bien posicionado, nunca había sido feliz a su lado. La diferencia de edad entre ambos, la falta de intereses comunes y la ambición desmedida de este por medrar en la Corte habían terminado por alejarlos. Solo José le había proporcionado la intimidad y la pasión que siempre deseó de un hombre, a pesar de que ambas fueron intermitentes. Solo esperaba que Amalia lograra encontrar la dicha junto a aquel joven, una felicidad de la que ella no había podido disfrutar.

Aquel verano de 1816 la condesa se había propuesto visitar el balneario de Barèges, una localidad en el corazón de los Pirineos, donde se reunía una pequeña corte de nostálgicos afrancesados que había defendido con uñas y dientes el reinado de José. Entre ellos se encontraban los generales Lucotte (que a punto estuvo de ser capturado por los aliados) y Thouvenot (que llegó a ser gobernador de Vizcaya), a quienes la condesa tenía especial interés en conocer por si podían proporcionarle alguna noticia sobre su amante.

Ciertamente nada obtuvo de ellos respecto a José, pero sí le dieron buena cuenta del desdichado destino que sufrió Napoleón, derrotado en Waterloo hacía apenas un año por un combinado de tropas británicas, alemanas y neerlandesas comandadas de nuevo por el incombustible duque de Wellington y por el mariscal Von Blücher. Exiliado en la isla de Santa Elena, de la que la condesa jamás había oído hablar, pero que parecía estar localizada en la costa africana, el antaño hombre más poderoso del mundo se deterioraba viviendo en un exilio al que se había visto abocado, al igual que la propia condesa.

Una agradable mañana, mientras doña Pilar tomaba un té frío en una de las terrazas que daban a la parte sur del balneario, se percató de que un hombre la observaba. Parecía de su misma edad, alto, moreno y de profundos ojos negros. Vestía con sencillez y con solo una sonrisa terminó por desarmarla cuando se acercó a ella para hablarle.

—¿Me permite que la acompañe? —le dijo haciendo ademán de sentarse mientras apartaba hacia atrás una de las sillas que quedaba libre junto a la condesa—. Hace una mañana magnífica para disfrutar de estas increíbles vistas a las montañas.

Doña Pilar le sonrió tímidamente sin responder.

—¿Puedo sentarme entonces? —insistió el joven, deseando que la condesa no se negara.

—Antes me gustaría conocer su nombre. No suelo invitar a mi mesa a hombres, y mucho menos a desconocidos.

—Soy Amadeo de Carabène, oficial de húsares en la reserva. Serví en la guerra de España con honores y también estuve a las órdenes del rey Luis XVIII —respondió con orgullo mientras tomaba asiento muy cerca de ella.

—Es un placer conocerle. La verdad es que su cara me resulta familiar. ¿No nos hemos visto antes? Quizá en Madrid, en alguna fiesta de gala…

—Si la hubiera conocido antes, señora, estoy seguro de que la recordaría. Es usted tremendamente bella.

La condesa se ruborizó. Hacía mucho tiempo que nadie le hablaba así y se sintió profundamente halagada. El calor le invadió todo el cuerpo hasta instalarse en sus mejillas. Ambos se miraron en silencio para dejar que algo casi invisible se tejiera entre ellos. Amadeo vivía en la parisina calle de Saint-Lazare y hacía apenas unos meses que, con la nueva reorganización del Ejército francés, había pasado a formar parte de la reserva después de doce años de servicio. Acababa de cumplir los treinta (era apenas un año más joven que la condesa) y nunca se había casado ni tampoco había tenido hijos. Era un hombre muy interesado por la política y bien relacionado, con don de gentes, generoso y atento.

A ambos les gustaba la conversación animada y Amadeo sentía una especial inclinación por los caballos y por el mundo del arte, en este último caso una afición compartida con la propia doña Pilar. Esta le habló de su amistad con Goya y de cómo el pintor había retratado en Madrid a su hija Amalia. Con el paso de los días, las confidencias entre ambos aumentaron y la condesa le contó la terrible situación en la que se encontraba al verse separada de su única hija. No le mencionó nada referente a José ni a su relación con él, ni tampoco los verdaderos motivos de aquel cruel alejamiento. Solo que la guerra había sido inmisericorde con ambas y que había terminado por alejarlas.

Amadeo se mostró muy comprensivo con la condesa y, tras los maravillosos días transcurridos en Barèges, prometió escribirle desde París, e incluso visitarla en Carresse. No tardó en demostrar que era un hombre de palabra.

Cada semana doña Pilar recibía una cariñosa misiva del joven que, sin apenas darse cuenta, se había convertido en un verdadero apoyo. Era tierno y muy considerado, un hombre respetuoso que la halagaba y le mostraba sus sentimientos sin tapujos.

La condesa llenó así su falta de afecto con el cariño de Amadeo, dejándose seducir por él hasta que la complicidad entre ambos fue creciendo silenciosa y envolvente.

Doña Pilar nunca le habló de José, su secreto moriría con ella, pero aprendió a volver a amar y logró reblandecer su corazón para dejar paso a un nuevo comienzo. Se sentía ilusionada, viva de nuevo. Quería gritar al mundo que aún había una oportunidad para ella y, a pesar de que sabía que nunca iba a volver a sentir la pasión y entrega que había vivido con el depuesto rey, quizá pudiera intentar ser feliz de algún modo.

Por eso se decidió a escribir a Teresa y a Loreto. Quería contarles cómo aquel apuesto joven le había robado el corazón y que, a pesar de todo el dolor, la vida, tan caprichosa como imprevisible, le ofrecía nuevas oportunidades de regeneración.

50
Una boda en España

Castillo de Carresse, Francia, 1817

La condesa invitó a Amadeo a visitar su residencia en Carresse en el verano de 1817. Fueron días de una inmensa felicidad en los que el oficial le juró amor eterno y hasta le pidió que se casara con ella.

—Eres la mujer de mi vida y por eso me gustaría hacerte mi esposa —le dijo una hermosa tarde del mes de julio mientras paseaban a orillas del Olorón.

Doña Pilar le sonrió no sin antes ruborizarse.

—Ya sabes que soy una mujer viuda, que tengo una hija y que mi prioridad es recuperarla y volver a tenerla a mi lado.

—Lo sé y lo acepto, pero no hay nada que anhele más que estar a tu lado y hacerte feliz. Cásate conmigo y yo, a cambio, te amaré y te respetaré hasta el fin de mi vida —dijo mientras le tomaba de la mano poniéndose de rodillas.

—Entonces me casaré contigo —respondió la condesa atrayéndole hacia ella para besarle en los labios.

Hacía mucho tiempo que no había vuelto a hacerlo, pero se sintió bien. Era muy diferente a lo que había experimentado con José y, por un instante, hasta llegó a sentirse culpable. ¿Y si estaba traicionando lo que aún quedaba de su amor?

Llevaba tres largos años sin noticias de él y, a pesar de que sabía que no había muerto, era como si ya lo estuviera para ella. No podía permanecer encadenada al pasado, tenía que liberarse y continuar viviendo. Besar a Amadeo no había borrado a José de su mente, pero sí había sido el inicio de una reconstrucción que estaba obligada a iniciar.

Cuando el joven regresó a París lo hizo con la promesa de volver a Carresse para casarse con ella. Vivirían allí, en el castillo donde doña Pilar había recuperado la ilusión por seguir adelante tras la devastadora guerra en España y su posterior exilio. Serían felices y comenzarían una nueva vida juntos.

Los días transcurrían esperanzados y la condesa ya había anunciado a los criados la buena noticia. Les había dado órdenes de que preparasen una habitación amplia para Amadeo y un cuarto confortable para que pudiera estar tranquilo, respondiera la correspondencia y atendiera sus asuntos personales. Sin embargo, aquella tarde de frío invierno, una noticia inesperada vino a alterar la tranquilidad que doña Pilar había logrado alcanzar después de tanto tiempo.

—Señora. —Uno de los criados entró en el salón principal del castillo. La chimenea estaba encendida y la condesa bordaba animadamente mientras escuchaba de fondo el crepitar de las llamas —. Ha llegado esta carta para usted.

La condesa apenas levantó la mirada de la tarea que tenía entre manos y dejó que el sirviente se acercara para entregársela.

El sobre carecía de remitente y a doña Pilar esto le causó cierta desazón. Desdobló con manos temblorosas las hojas y, dejando a un lado del sofá el bordado, comenzó a leer con la respiración entrecortada. Reconoció el encabezado nada más verlo.

Estuvo a punto de desmayarse y el corazón se le encogió de golpe, como si alguien lo apretara con fuerza entre sus manos. Le temblaban las rodillas y tuvo que sujetarse al reposabrazos del sillón para no caer de espaldas.

> Mi adorada Pilar:
>
> Sé que esta espera se ha hecho insoportable para ti. No creas que yo no he sentido lo mismo. Perdóname si mi silencio te ha herido, pero quiero que sepas que te he pensado cada día, a cada instante. Tu recuerdo aún sigue vivo en mi corazón y, aunque ya sé que no tengo derecho a obtener tu perdón, necesito explicarte el porqué de mi ausencia.

He temido muchas veces por mi vida. El rey Fernando me busca sin tregua y me vi obligado a huir de Prangins. No imaginas el calvario que estoy viviendo. He tenido que trasladarme a los Estados Unidos de América y ahora resido en un lugar al sur de Filadelfia llamado Point Breeze. Buena parte de mis pertenencias aún permanecen en Suiza y temo no poder recuperarlas jamás, pero mi seguridad es, desde que partí de España, la principal de mis prioridades.

También quería decirte que voy a devolverte el préstamo que con tanta generosidad me hiciste cuando más lo necesitaba. Enviaré a un par de hombres de mi confianza para que lo depositen donde me indiques o te lo entreguen directamente en tu residencia de Carresse, si así lo consideras.

Espero que algún día puedas perdonarme y que siempre me guardes en un rincón de tu corazón. Nunca he dejado de vivir aferrado a ti, a tus caricias, a las noches de pasión que tantas veces compartimos. Quiero creer que siempre serás mía, a pesar de que ya no pueda tenerte.

Yo siempre seré tuyo,

JOSÉ

Cuando la condesa terminó de leer la carta, le invadieron un conjunto de emociones encontradas que a duras penas pudo controlar. Creía que le había olvidado y que su vida había tomado un nuevo rumbo, pero bastaron solo esas líneas para darse cuenta de que eso era solo un deseo, la voluntad de haber tratado de dejar sus sentimientos a un lado sin haberlo logrado. No conseguiría despojarse del amor de José mientras viviera. Volvieron a ella los recuerdos de los momentos vividos, de las noches furtivas, de los susurros al oído nombrándola. ¿Estaba haciendo lo correcto si se casaba con Amadeo? Hacía apenas unos instantes estaba segura de que sería feliz al lado de aquel hombre amable y cálido que se había enamorado perdidamente de ella, pero ahora la sensatez con la que había tomado la decisión de casarse con él se había convertido en una duda, en una necesidad empujada por las circunstancias.

Doña Pilar estuvo semanas sopesando su decisión mientras Amadeo le escribía cartas llenas de pasión en las que se mostraba entusiasmado por el enlace. «Siento que la vida por fin me ha regalado alcanzar la dicha más completa que puedo desear, que es la de permanecer por siempre a tu lado», repetía su prometido con el ímpetu de quien está deseoso de cumplir un sueño largamente esperado.

La condesa sabía que con José no existirían jamás la tregua ni la calma. No podía entregar de nuevo su vida a la incertidumbre, a la ausencia ni a la distancia. Ya conocía muy bien lo que todo aquello suponía y no estaba dispuesta a pasar por ello otra vez. Entendió entonces que lo más sensato que podía hacer era casarse con Amadeo y tratar de alcanzar la felicidad a su lado, guardando en su corazón el amor que siempre la uniría a José.

A comienzos del mes de noviembre de ese mismo año de 1817, la condesa tuvo, por fin, noticias de su hija Amalia. En su carta le comunicaba que se había casado en la iglesia de San Vicente de Vitoria con José María y que era una mujer dichosa. No se había atrevido a escribirle antes porque temía que se hubiera negado a aprobar el enlace, ya que su ahora esposo era trece años mayor que ella. Lo primero que le vino a la mente a la condesa fue que ella también se había casado demasiado joven con Ortuño y que la diferencia de edad, a medida que transcurría el tiempo, se había hecho más evidente y menos salvable. Ojalá a su hija no le sucediera lo mismo.

Pero, sin duda, la noticia que más alegró a doña Pilar era que el casamiento le otorgaba la mayoría de edad a su hija y, por lo tanto, la liberaba de su abuela. Doña Concepción dejaba por fin de ser la tutora de Amalia, y esta sería ya, a todas luces, una mujer adulta que podría visitar a su madre y mantener un contacto directo con ella en la forma y el modo en que ambas determinasen. ¡Por fin podría volver a verla, abrazarla!

La condesa apenas pudo contener las lágrimas y recreó en su mente el momento de su encuentro. Solo pensaba en escuchar su voz, en acariciar su dulce rostro y en recuperar el tiempo perdido. ¡Tenía que contarle tantas cosas! Sabía que Amalia ya se había

convertido en una mujer y quería compartir con ella todo lo que no había podido hacer con su propia madre. No dejaría que entre ambas se abriera un agujero insalvable como a la condesa le había sucedido con doña Luisa, porque, esta vez, jamás se lo podría perdonar. Así que, apenas terminó de leer la carta de su hija, respondió invitándola a pasar una larga temporada en Carresse para recuperar ese tiempo que ya no regresaría.

51
Hasta que la muerte nos separe

Abril de 1818

La boda entre la condesa y Amadeo se celebró el 11 de abril en la vicaría de Auterrive, cerca de Salies-de-Béarn. Un par de meses antes, dos emisarios de José se presentaron en el castillo de Carresse para entregarle en mano el dinero del préstamo que doña Pilar le había concedido. Amadeo aún no se había instalado en su nueva residencia junto a la condesa, por lo que a esta no le resultó complicado ocultar las verdaderas razones de esta curiosa visita.

Gracias a las ganancias que le devolvió el depuesto rey, la condesa comenzó, siempre respaldada por su esposo, a hacer generosas donaciones a la localidad de Carresse, e incluso llegó a emplear un talonario de cheques para aquellas aportaciones, lo que la convirtió en la primera mujer de toda Francia en utilizar este método.

La vida con Amadeo la reconfortaba. Charlaban sobre política, arte o literatura y les gustaba disfrutar de largos paseos siguiendo el curso del río. La primera vez que hicieron el amor le pareció extraño, una experiencia muy distinta a la que había compartido con José. No había urgencia ni tampoco fascinación ni peligro. Sabía que debía acostumbrarse a esa nueva forma de intimidad compartida y a la devoción comedida que su esposo le profesaba. Con el tiempo aprendería a entenderlo y aceptaría esa forma de amar porque, aunque en lo más profundo de su ser palpitaran las caricias de José, lo que sentía por Amadeo era también una forma de querer.

52
Reencuentros

Castillo de Carresse, Francia, 4 de mayo de 1818

Todo estaba preparado para recibir a Amalia. La condesa se había despertado nerviosa aquella mañana y apenas había podido conciliar el sueño la noche anterior. Amadeo se había mostrado, como siempre lo hacía, muy cariñoso y comprensivo con ella, tratando de calmar sus miedos y haciéndola sentir confiada.

Amalia iba a alojarse tres semanas en el castillo y aquello alteró el ritmo habitual de la residencia, que normalmente era un lugar tranquilo. La condesa había ordenado que se le preparase la habitación más amplia y luminosa para que su hija se sintiera lo más cómoda posible. Los criados colocaban flores frescas en cada rincón y practicaban algunos de los platos favoritos de la joven. Por su parte, la condesa caminaba inquieta por los pasillos. ¿Estaría todo al gusto de Amalia? ¿Habría cambiado mucho en estos años de ausencia? De lo que doña Pilar estaba segura era de que ya no era la niña a la que arrancaron de sus brazos en Madrid y que el paso del tiempo la habría convertido en una mujer madura y segura de sí misma.

Pasado el mediodía el sonido de un carruaje sobre el camino hizo que todos esbozaran una sonrisa. La condesa, acompañada de su esposo y de sus sirvientes más leales, estaba esperándola con expectación en la entrada principal de la imponente construcción. Un silencio denso pareció envolverlo todo y hasta el viento dejó de soplar para recibir a Amalia, marquesa de Montehermoso, título que había heredado de su padre.

El carruaje, tirado por dos caballos blancos, apareció al fondo del camino. Poco a poco el elegante cochero fue aminorando la marcha hasta detenerse frente a la escalinata de entrada al castillo. Uno de los sirvientes de la condesa corrió para abrir la portezuela por la que descendería Amalia instantes después. Doña Pilar se adelantó unos pasos mientras Amadeo permanecía inmóvil en un segundo plano. Quería que su esposa fuera la primera en disfrutar a solas del cálido abrazo de su hija.

La joven era una dama hermosa y refinada y ya había superado a la condesa en altura. Vestía a la moda, con un traje ligero de color terroso que marcaba su silueta algo redondeada, y su rostro, aunque ya había perdido la inocencia de la juventud, seguía mostrando esa mirada inteligente y melancólica que tanto había cautivado al maestro Goya.

Cuando descendió del carruaje permaneció unos instantes muda, contemplándolo todo, escrutándolo callada, pensativa. Su madre se acercó con prudencia sin apartar su vista de ella y tratando de contener las lágrimas.

—Hija mía —le dijo mientras avanzaba en su misma dirección con los brazos abiertos de par en par.

Amalia se acercó a la condesa y la abrazó. Fue como si quisiera recuperar con ese gesto todos los años que habían estado lejos la una de la otra.

Amadeo no fue siquiera capaz de dar un paso. Tampoco los criados se movieron ni un ápice de su posición inicial hasta que la condesa tomó a su hija del brazo y fue presentándolos a todos uno por uno.

No había prisa por deshacer el equipaje ni tampoco por instalarse. El tiempo era para ambas y tenían que aprovecharlo.

—Te he echado tanto de menos —se atrevió a decirle doña Pilar mientras caminaban juntas por los alrededores del castillo.

La primavera lo impregnaba todo de aromas silvestres haciendo vibrar los sonidos de la naturaleza. La brisa agitaba ligeramente el canto de algunas aves y lo trasladaba ligero a uno y otro lado del río.

—Me alegra que por fin estés aquí, a mi lado —continuó mientras la tomaba de la mano.

—A mí también. A veces el tiempo transcurría muy lento lejos de usted.

La condesa sonrió con tristeza antes de que Amalia siguiera hablando.

—La abuela me cuidó con esmero y cariño, pero nunca entendí qué fue lo que nos separó.

Doña Pilar se detuvo. Sabía que quizá algún día su hija le plantearía aquella duda, pero nunca imaginó que fuera tan pronto, justo el mismo día de su encuentro. Aún no estaba preparada para responderle, así que bajó la mirada como tratando de encontrar una respuesta entre los guijarros del camino.

—Hay cosas que no se pueden explicar y mucho menos comprender, hija mía.

—¿Y qué cosas son esas?

La pregunta fue realizada con calma, pero como si hubiera estado guardada en lo más profundo de su ser durante todos los años de ausencia.

—Son decisiones que tomamos y que, a veces, no están determinadas por lo que sentimos, sino por lo que debemos hacer. Yo siempre quise tenerte conmigo, pero otros, por intentar protegerte, pensaron que alejarte de mí era la mejor opción.

—Protegerme ¿de qué? —respondió Amalia mirando a la condesa a los ojos con curiosidad.

—De mis errores, de mis fallos como madre, de mis muchas debilidades como mujer. Por eso te pido que me perdones, ojalá algún día puedas entender que lo que hice fue guiado por el corazón.

—Yo ya la he perdonado, madre. Solo me queda comprenderla, pero espero poder hacerlo poco a poco.

Doña Pilar miró a su hija y le acarició el vientre con delicadeza.

—Cuando mi nieto nazca te darás cuenta de que el oficio más difícil del mundo es el de educar y proteger a un hijo.

Amalia se sonrojó y tornó la mirada antes de responder.

—¿Cómo lo ha sabido, madre?

—Hay cosas que no escapan jamás a la mirada de una mujer.

Los últimos rayos de sol se colaban por entre los árboles dando a sus ramas unas tonalidades anaranjadas que concedían al entorno una belleza singular y casi única. El viento comenzaba a soplar y Amalia dio un respingo.

—¿Tienes frío? —le preguntó la condesa animándola a caminar algo más rápido en dirección al castillo.

—Un poco. Podemos regresar si quiere.

—Claro, además me gustaría enseñarte algo. Es una sorpresa. —Doña Pilar sonrió a su hija. Era plenamente feliz.

Ambas caminaron en silencio mientras la tarde caía discreta a cada paso que daban. Cuando cruzaron juntas la entrada, la condesa pidió a su hija que la siguiera. El castillo, a pesar de ser enorme, resultaba muy cómodo gracias al esmero que había puesto doña Pilar en decorarlo. Alfombras, tapices, retratos, exquisito mobiliario y hermosas lámparas y candelabros hacían del lugar una casa que ya sentía suya.

De pronto la condesa se detuvo frente a una gran puerta con molduras doradas. La abrió con celo y dejó que su hija pasara primero. La estancia era amplia, con techos altos y grandes ventanales que daban a la parte sur del inmenso jardín y que permitían ver un recodo del río.

Había varios armarios, dos tocadores con toda clase de afeites y perfumes, una gran mesa decorada con un jarrón de flores recién cortadas y una cama con dosel cubierta con sábanas de hilo fino. Pero lo que realmente dejó sin palabras a Amalia fue el retrato que colgaba de una de las paredes de la habitación. La joven se acercó a él lentamente. ¡Era el que Goya le había pintado en el palacio de Masserano cuando apenas tenía diez años!

La pincelada de don Francisco seguía siendo tan fresca y espontánea, tan delicada y prodigiosa, que parecía más vivo que nunca. ¡Cuánto había cambiado! Ya no era aquella niña tímida y melancólica que el maestro conociera, pero su mirada curiosa e inteligente seguía aún intacta.

—Lo he guardado todos estos años esperando a que volvieras. Es tuyo. Siempre lo ha sido. —La condesa sonrió a su hija con ternura

desinteresada.

—Gracias —acertó a responder Amalia con un hilo de voz que, apenas audible, logró escaparse de su garganta.

En ese instante algo sanó entre ellas. Fue como si la distancia que antes las había separado se recortara de pronto cientos de kilómetros. El amor había terminado por ganar la batalla al tiempo y al dolor. Esta oportunidad de redención había permitido a la condesa comenzar a sanarse de un pecado que no era otro que haber querido con toda su alma a alguien que no podía corresponderle.

Amalia leyó este fragmento del diario un par de veces antes de detenerse para contemplar el vuelo de un ave que se posaba en una rama baja muy cerca de donde ella se encontraba. Su plumaje era de color pardo, tenía el pecho blanquecino y parecía estar también observándola. La naturaleza, tan hermosa como frágil era aquel pequeño pájaro, le regalaba ahora la misma ternura hacia su madre que había guardado en su pecho durante tantos años. Esta aún seguía ahí, latente y muy viva, como el ave suspendida en la rama.

Aquel encuentro con la condesa había sido para Amalia algo profundamente humano y, a pesar de las preguntas y de las heridas abiertas, guardaba ese recuerdo en lo más profundo de su corazón como si, después de todo el sufrimiento y la distancia, hubiera vuelto a encontrarse a sí misma.

53
El pasado siempre vuelve

Castillo de Carresse, Francia, 28 de enero de 1820

Mi adorada Pilar:

Sé que la distancia entre nosotros puede ser suficiente motivo para olvidarnos del amor que nos une, pero quiero que sepas que ni todos los océanos de este inmenso mundo al que no comprendo podrán alejarme nunca de ti. Eres la razón de mi vida y, a pesar de que sé que nunca fui digno de tu amor, aún lo recuerdo como una brisa de aire fresco que me reconforta en medio de los sinsabores y las dificultades.

Sigo asentado en Point Breeze, sin embargo, una terrible noticia me ha tenido muy ocupado estos últimos días. El 4 de enero mi mansión suiza de Prangins ardió como la pólvora debido a un descuido de los criados. Pudieron salvarse algunos importantes libros de mi biblioteca, cuadros y parte del mobiliario, pero las pérdidas han sido cuantiosas. Afortunadamente, ninguno de nosotros ha sufrido daño alguno, aunque me ha costado mucho entender cómo por este infortunio obras de Rafael, Tiziano, Correggio, Leonardo, Rubens, Velázquez o Murillo han estado a punto de ser pasto de las llamas. Incluso importantes esculturas de los bustos de mi padre y de mis hermanos Luis y Gerónimo realizados por Bartolini, los de mis hermanas Elisa y Paulina firmados por el gran Canova y hasta un retrato de las hijas de esta última realizado por David han estado a punto de desaparecer por

completo. ¡Qué caprichoso es el destino y cuánto cuesta aceptar que estamos en sus manos!

Sin embargo, y a pesar de todos los contratiempos, he decidido reconstruir la casa desde cero sobre las ruinas que aún quedan. Haré un amplio mirador que me permita ver las montañas y muchas ventanas que me recuerden al tiempo pasado en Madrid cuando, a través de ellas, esperaba nervioso tu llegada.

No hay nada que anhele más que volver a verte y tenerte entre mis brazos. Apenas guardo ya esperanzas de que eso vuelva a suceder, y por eso mi mente caprichosa juega conmigo y manipula mis pensamientos con la intención de seguir haciéndome creer que algún día volveremos a encontrarnos.

Tú me has guiado hasta aquí y siempre agradeceré el amor generoso que me entregaste. Renunciaste con enorme dadivosidad a la vida que por cuna te había sido otorgada y solo ahora he sabido entenderlo y valorarlo en la medida que corresponde.

Espero que nunca me olvides y que guardes en tu corazón un pequeño rincón para este hombre que te quiso y te querrá siempre con la misma locura intacta de quien no sabe comprender el amor de otro modo. Tú lograste que así fuera.

Siempre tuyo,

JOSÉ

La condesa apretó la carta sobre su pecho con manos temblorosas. Añoraba tanto a su antiguo amante que, a veces, el dolor se volvía insoportable. Era una herida abierta que jamás terminaría de cerrarse, y ella se sentía culpable por ello a cada instante. Amaba a su esposo, pero no podía arrancar de su mente el recuerdo del antiguo rey.

Como no quería que nadie diera con el paradero de aquella misiva, decidió esconderla. Ninguna persona debía saber de aquel amor que tanto sufrimiento y devastación le habían causado. Con cuidado guardó la carta en el escondite de su armario junto con todas las demás que había recibido de él. Toda la historia entre ambos

permanecería en ese lugar, congelada para siempre en un cajón secreto custodiado por el tiempo. Nadie descubriría aquel escondite y su amor, como hasta entonces, permanecería oculto, inamovible e inconfesable.

54
Cartas

Castillo de Carresse, Francia, 7 de enero de 1821

Mi adorada Pilar:

Parece que tengo por costumbre escribirte casi una carta al año a pesar de que tú no respondas a ninguna. ¿Ya no me amas? Tu silencio es para mí más duro y terrible que la condena de haber perdido una corona que jamás debí aceptar.

Me siento muy solo y apesadumbrado, pues estar lejos de mi patria me hace más vulnerable. Ya no sé qué decisiones debo tomar ni tampoco el futuro que me espera. Parece que es mi destino vivir huyendo y alejado de ti. A pesar de todo, lo más duro es aceptar que la vida sigue y que el mundo, ajeno a mi dolor, continúa su curso imperturbable.

Mi esposa Julia está muy ocupada en los preparativos del enlace de mi hija mayor, Zenaida, con su primo Carlos Bonaparte, hijo mayor de mi hermano Luciano. Nuestra intención es que el enlace se celebre el verano próximo en Bruselas. También estamos acordando el casamiento de mi hija pequeña Carlota con otro de sus primos, mi sobrino preferido, Napoleón Luis.

Por otra parte, han llegado a mí noticias del pésimo estado de salud en el que se encuentra mi hermano. Sigue confinado en Santa Elena, pero parece que su tiempo se acaba. Es visitado con asiduidad por un médico irlandés con el que comparte amistad, un tal O'Meara, que le trata su insomnio y sus frecuentes dolores abdominales. Ha emitido un informe en el

que indica que, si no es trasladado con urgencia, morirá allí sin remedio.

¡Qué increíble es la vida que te da y te quita todo en un abrir y cerrar de ojos! Si nadie lo remedia, el antaño dueño del mundo morirá solo a miles de kilómetros de su amada Francia. Él, que tanto jugó con mis sentimientos y que tan poco tuvo en consideración los deseos de quienes le rodearon, ha tenido un final tristemente inmerecido a pesar de todo. Espero que el mío sea menos trágico y que, al menos, pueda volver a verte por última vez. Si no fuera así, viviré con el recuerdo de tus besos y con el inmenso gozo de haberte amado hasta el fin.

¿Cómo está tu hija? ¿Has logrado recuperarla? Espero sinceramente que lo hayas conseguido, pues eso, como ya te dije, es lo único que podrá proporcionarte una felicidad completa y duradera. En muchas ocasiones recuerdo con qué amor y ternura hablabas de ella y cuantísimo dolor te causaba tenerla lejos. Ojalá tu dicha sea completa teniéndola cerca de ti.

Nada me gustaría más que el que me escribieras y me contaras cómo es tu vida en ese pequeño pueblo en el que has decidido comenzar de nuevo. Estoy seguro de que habrás hecho de él un hogar. Yo aquí no lo he logrado, pero no pierdo la esperanza.

Siempre tuyo,

JOSÉ

Cuando la condesa terminó de leer la carta permaneció unos instantes contemplando las llamas que se elevaban elegantes entre los troncos de la chimenea del salón principal. Era tarde, pero no tenía sueño. Amadeo llevaba unos días fuera de casa. Se había marchado a Pau para comprar un par de caballos y no regresaría aún a Carresse. Fue en ese momento cuando, por primera vez en mucho tiempo, pensó en escribir a José. Su corazón la animaba a tomar la pluma y a expresarle lo que nunca había dejado de sentir por él, a pesar de todos los años transcurridos, la distancia y el tormento. Sin embargo, su mente le impedía materializar estos sentimientos, pues su vida con Amadeo

ya estaba asentada y, aunque el amor que sentía por su actual esposo no fuera el que había experimentado por José, a su manera era feliz.

La condesa seguía enamorada de él y tenía la necesidad de explicarle cómo era su vida ahora y cómo había cambiado en estos últimos años, y que sus sentimientos aún seguían intactos. No estaba segura de que una carta fuera el mejor modo de hacerlo. ¿Y si nunca llegaba a recibirla? Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de viajar a América para encontrarse con él. En su mente recreó el momento en que sus ojos volvieran a mirarse en aquella localidad lejana y de la que apenas sabía nada más que lo que él mismo le había contado en sus cartas. ¡Pero América estaba tan lejos! ¿Cómo iba ella, una mujer sola, a cruzar el mundo para encontrarse con un hombre que había sido su amante y al que no veía desde hacía años? ¿Qué le diría a su esposo?

Fantaseó con la idea de que Amalia la acompañara, pero eso también era muy arriesgado. Tendría que explicarle a su hija su relación con el antiguo rey de España y aún no se encontraba preparada para ello. Quizá nunca lo estuviera del todo. Así que no tuvo más remedio que desechar la idea de ir al encuentro de su amor en Point Breeze. La única opción factible que se le presentaba era la de responder a sus cartas y confiar en que pudiera recibirlas.

Doña Pilar tomó asiento delante del buró de madera de nogal con incrustaciones de taracea frente al ventanal. Abrió con delicadeza uno de los pequeños cajones que se disponían en horizontal bajo el cuerpo principal del mueble y extrajo de él un papel blanco de exquisita calidad. A continuación, tomó la pluma y la mojó en el tintero de plata situado a su derecha.

Querido José:

La verdad es que no sé cómo comenzar esta carta. Hace ya tanto tiempo que no te tengo cerca que se hace complicado expresar mis sentimientos a través de estas líneas. Tampoco tengo la certeza de que vayas a recibirla, por lo que siento que

lo único que hago en ella es plasmar mis pensamientos como si de un diario íntimo se tratara. Quizá a fin de cuentas solo sea eso, un modo unilateral de vaciarme al tenerte tan lejos de mí.

Mi vida en Carresse discurre tranquila y he logrado recuperar la relación que mantenía con mi hija. Ella ya es una mujer, está casada con un buen hombre, un militar español de gran prestigio, y soy abuela de un precioso niño de nombre José María, que hace honor al de su padre. Suelen visitarme dos veces al año, por lo que mi vida, en ese sentido, es más que completa. Siempre tuviste razón al decirme que tratara de luchar por ella, pues tenerla a mi lado me produce una felicidad que, de otro modo, hubiera sido imposible lograr.

Me resulta difícil decirte esto porque nunca pensé que sucedería, pero he vuelto a casarme. Llegó sin esperarlo, como suceden muchas de las cosas que vivimos, y, aunque no fue una decisión impulsiva, sí se produjo en el momento adecuado. Mi esposo es un hombre honesto, sencillo y sin pretensiones que me ha proporcionado algunas herramientas para sobrevivir en medio del dolor de no tenerte. Por supuesto, él no sabe de nuestra historia y quiero que así siga siendo. Le causaría un dolor innecesario que solo le serviría para castigarse.

He logrado cierta paz y soy feliz a mi manera, aunque sigo caminando entre las sombras y entre la pasión que tu amor me dejó. A veces sueño con volver a encontrarnos, con escuchar tu voz en medio del silencio, pero quizá el destino nos tenía preparado este castigo: amarnos en la ausencia como se quiere a los que no están, pero que no dejan de acompañarnos a cada paso.

La mayor parte del tiempo me siento dividida, como si viviera dos vidas; una discreta y ordenada, detenida en este hermoso pueblo, y otra silenciosa y llena de la pasión que tu amor me hizo sentir. Pero la vida sigue y el mundo no se detiene, así que no me paro a pensar si hice lo correcto o si simplemente me he resignado porque no tengo otro remedio. Quizá sea un poco de ambas cosas.

Apenas me queda corazón para seguir amándote y, sin embargo, lo hago con la desesperación de quien siente que aún le queda una oportunidad para volver a ser feliz. No sé si nuestro tiempo ya pasó y lo que queda solo es el recuerdo de aquellos días en una España envuelta en una devastadora guerra. Qué curioso que ahora siento que yo también vivía un conflicto en mi interior de tan magna envergadura que aún no ha cesado.

Como podrás apreciar, el frío invierno no ha helado mi corazón y sigue latiendo con furia al recordar los momentos en que nos amamos. Ya sabes que el alma de una mujer es indomable, pero, cuando se conquista como tú lo hiciste, está condenada a entregarse para siempre y sin medida.

Te quiero y es inútil negarlo, porque jamás podré alejarme de ti. Debería apartarte de mi mente porque contigo jamás podré ganar y no hago más que sentirme presa de un amor que me encarcela. Pero he reconocer que soy culpable y que daría mi vida entera por volver a saborear el dulzor de tus labios.

No sé cómo te recordará la historia. Probablemente de manera injusta, ya que siempre los grandes hombres son los más vilipendiados por quienes desconocen qué sentían estos en lo más profundo de su ser. Yo sí sé quién eres y lo único que me importa es que nosotros no olvidemos lo que somos, lo que fuimos y lo que seremos.

Me he sentido durante mucho tiempo un ser errante, un vagabundo que busca encontrar el camino, pero, si sé que aún me amas, mañana será un nuevo punto de partida para mí. Ya no quiero encontrar una salida entre las sombras que me envolvieron durante tantos años. Solo quiero a alguien para recordar en mi memoria cuando esta se vaya a apagar antes de que llegue el ocaso. Y ese alguien eres tú, siempre serás tú.

Tuya para siempre,

PILAR

Amalia estaba conmovida. Se llevó los dedos al rostro y descubrió que tenía las mejillas húmedas y los ojos hinchados. ¿Había estado llorando? ¿Cuándo? La emoción, la tragedia que desprendían las palabras de su madre, la atravesaban como flechas.

Ya era la hora de regresar al castillo para el almuerzo, pero Amalia se resistía a marcharse de aquel lugar sin haber terminado de leer el diario. Sentía un enorme y sincero agradecimiento hacia la persona que, con tanta delicadeza y respeto, había escrito aquellas páginas que, por fin, le habían hecho comprender la historia de su vida. Aquella lectura le había sanado, le había hecho reconciliarse con ella misma y con su madre y le había permitido comprender la magnitud del amor. Lo vivido por la condesa le había tocado el alma de un modo irreversible, pues había amado tanto que su luz había creado en ella una raíz profunda e indestructible. Comprenderla, quererla en todas sus dimensiones, había sido el mejor de los regalos.

No podía detenerse, no llegada a este punto. Poco importaban la hora, los criados, el viento o el río. Las letras volvían a fundirse ante sus ojos formando relatos de un pasado que le parecía cada vez más próximo, capaces de erigir la figura de su madre ante ella con tal detalle y fuerza como si la pudiera volver a tocar.

55
Un retrato muy esperado

Castillo de Carresse, Francia, verano de 1824

En mayo de 1823, las tropas francesas de los Cien Mil Hijos de San Luis encabezadas por el duque de Angulema, sobrino del rey Luis XVI, entraron en Madrid para restaurar definitivamente el absolutismo en manos de Fernando VII. De este modo, el régimen liberal, instaurado con la Constitución de 1812, llegaba a su fin. Esto trajo como consecuencia inmediata la persecución de quienes habían dado su apoyo al régimen y el encarcelamiento y ajusticiamiento de muchos liberales.

Goya, de edad avanzada y ya enfermo, temió las represalias que el rey pudiera ejercer sobre él por su cercanía a los afrancesados durante la guerra, por lo que comenzó a pensar en el exilio. La mala relación que mantenía con Fernando VII no le impidió solicitarle un permiso para tomar las aguas en el balneario de Plombières y burlar así la presión a la que se estaba viendo sometido. Con esta excusa, y antes de llegar a Burdeos donde tenía pensado asentarse huyendo del nuevo régimen absolutista, se decidió a pasar por Carresse para realizar una visita a la condesa.

Ambos se tenían en alta estima y hacía muchos años que no se veían, por lo que el encuentro entre los dos amigos era muy deseado. Don Francisco, con setenta y ocho años, era un hombre anciano y estaba cansado de la vida, sin embargo, aún conservaba ese brillo en los ojos que le hacía mantenerse despierto observando con esmero todo lo que sucedía a su alrededor. Por su parte, la condesa era ya una mujer madura que había soportado mucho más de lo que hubiera imaginado.

El exilio la había convertido en otra persona, más calmada, aunque melancólica, y no dejaba de pensar en España, a pesar de que sabía que nunca podría regresar.

Aquella mañana el cielo era denso y estaba plagado de nubes bajas y esponjosas. Hacía calor y una brisa ligera había removido el aire trayendo a doña Pilar recuerdos de su vida en Madrid. Era mediodía cuando el carruaje de don Francisco hizo su entrada por el camino principal al castillo. La condesa le esperaba en la puerta de entrada. Desde que se había marchado de España, hacía ya algo más de diez años, no había vuelto a ver al pintor, aunque el retrato que le había hecho a Amalia hacía que estuviera muy presente en la vida de ambas. Al contemplarlo, doña Pilar no podía evitar ver reflejado en él parte del alma del propio artista, su sensibilidad y su mirada profunda centrada en desentrañar la personalidad del retratado.

Cuando le vio bajar del carruaje algo se removió en su interior. Tenía el pelo completamente blanco, caminaba con dificultad apoyado en un bastón y la sordera, posiblemente más acentuada que nunca, le otorgaba un aspecto de aislamiento profundo que le hacía parecer absorto, como en otro mundo.

—¡Mi querido don Francisco! —exclamó la condesa al verle mientras caminaba hacia él para abrazarle con ternura. Hacía ya mucho tiempo que las formalidades no eran parte de su vida y había comenzado a demostrarlo en público.

Goya le sonrió quitándose el sombrero para corresponderle en el abrazo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, condesa? ¿Diez años?

—Más o menos, querido amigo. Y por Dios que no han sido demasiado buenos. Pero pase, por favor. —Doña Pilar le tomó del brazo para guiarle hacia el interior del castillo—. El viaje ha sido largo y estará deseando instalarse y descansar. Cuando lo haga, yo estaré esperándole en el jardín principal. Los criados le llevarán el equipaje a su habitación. Espero que le resulte confortable. Estoy segura de que disfrutará de una estancia muy agradable.

—Es usted encantadora. No imagina las ganas que tenía de volver a verla. Espero que la próxima vez no pase tanto tiempo. —Goya sonrió. Avanzaba despacio, sin prisa, saboreando cada paso y

mirando con atención cada rincón del castillo. Se tomaría su tiempo hasta instalarse. Luego bajaría a charlar con su anfitriona.

La condesa disfrutaba de un té frío en el jardín cuando don Francisco apareció con paso lento para tomar asiento junto a ella alrededor de una delicada mesa que los criados habían preparado.

—¿Qué le apetece? —le preguntó la condesa mirándole con dulzura.

—Una copita de un buen vino de Burdeos, estoy seguro de que me reconfortará y elevará aún más mi ánimo si cabe —respondió el pintor señalando con su índice la botella que apenas se encontraba a dos palmos de él

Fue la condesa quien le sirvió antes de comenzar a hablar.

—He tenido noticias de que la situación en España es muy complicada. Salimos de una terrible guerra y ahora, de nuevo, nos encontramos en otra encrucijada.

—Fernando es un monstruo despiadado, condesa. Ya no hay sitio en el país que tanto amamos ni para la razón ni para la belleza. Todo ha sido devorado por sus ansias de poder. —Goya dio un sorbo a su vaso de vino y suspiró desesperanzado—. Yo he terminado por huir al igual que lo ha hecho usted. Poco o nada tengo ya en España, y créame que eso me duele más que nada. Pero soy un viejo y no me queda más que mi pincel y un retiro digno que me permita oír desde la lejanía el llanto sordo de mi patria.

Doña Pilar sintió una profunda tristeza al escuchar aquellas palabras. ¡Qué rey se perdió España; si tan solo hubiera aceptado en su corazón las ideas que José tenía para ella! Pero el orgullo, que tantas veces había ennegrecido las almas de personas nobles, no dejó paso nunca al sentido común y ahora los ecos de lo que pudo ser golpeaban con fuerza en las gargantas de los oprimidos.

—Pínteme, don Francisco. Si aún sigue en pie la petición que años atrás me hizo, me gustaría que lo hiciera.

Al viejo artista a punto estuvo de derramársele el vino sobre su pantalón ocre antes de poder responder a la condesa.

—¿Está usted segura? Mis facultades ya no son las que eran y apenas puedo sostener la paleta en mis manos un par de horas seguidas.

—Los genios son eternos —respondió sonriente—. Será un magnífico retrato y por fin alguien me mostrará como realmente soy.

La condesa guardó en su corazón las semanas en las que el maestro permaneció en Carresse. Por la mañana bien temprano, y justo después del desayuno, ambos se citaban en el taller improvisado que el artista había montado en una de las estancias del castillo. Como siempre viajaba con sus pinceles y paletas, no le fue difícil comenzar a esbozar el retrato, aunque hubo que pedir a Pau varias cajas de colores y un lienzo adecuado para las necesidades del pintor.

Goya había decidido retratar a la condesa sentada en un amplio sofá, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en la lejanía y un vestido largo, estilo segundo imperio, tocada con un sombrero para otorgarle un toque de refinada elegancia.

—Siempre ha sido usted tremendamente bella —dijo el artista dejando que la pintura poco a poco fuera revelándose.

Doña Pilar tardó unos segundos en responder.

—Cuando termine su trabajo, estoy segura de que contemplarlo me permitirá seguir resistiéndome al paso del tiempo y al olvido.

56
Muertes devastadoras

Castillo de Carresse, Francia, 1836-1844

Durante los últimos años, la condesa vivió una vida tranquila entregada por completo a las obras de caridad que realizaba en el pueblo y a disfrutar de las continuadas visitas de su hija y sus nietos, José María y Pilar. Le había hecho una tremenda ilusión que Amalia hubiera llamado a su segunda hija como ella, y la separación que antes la había hecho tan desgraciada había quedado atrás por completo.

Sin embargo, a menudo doña Pilar solía pensar en José y había días, especialmente en invierno, en los que la melancolía la ahogaba y hasta le costaba respirar. A pesar de los años transcurridos y del amor que le profesaba Amadeo, no lograba alejarlo de su mente, aunque no hacía demasiados esfuerzos por lograrlo. Parecía sentirse feliz en aquella especie de letargo, de ensoñación casi mística en la que se había convertido su amor por José.

La condesa tuvo, en este tiempo, tres noticias del depuesto rey, a pesar de que hubo algunas cartas aisladas que recibió bajo un remitente falso. Una de ellas, fechada en 1836; un escueto telegrama, tres años después, y una tercera firmada en 1844. Procuró siempre leerlos a solas, en silencio y en el más absoluto recogimiento, como si se tratara de un ritual, de una ceremonia sagrada que no tenía fecha fija de celebración, pero que siempre terminaba por llegar como lo hacía la luz del sol. Después de masticarlos con calma y apretarlos contra su pecho, escondía estos mensajes con sigilo y dejaba que la vida siguiera su curso.

Mi adorada Pilar:

Mi madre falleció en Roma el pasado 2 de febrero del año 1836, después de una larga e intensa vida. El sentimiento de orfandad que me inunda es inmenso y tú, mejor que nadie, puedes comprenderme. Ella, que siempre se preocupó de todos nosotros y antepuso sus obligaciones como madre a sus deseos como mujer, ya no está y no hay día que pase en que no la recuerde. Era tan bella como severa, y no puedo evitar esbozar una sonrisa cuando la pienso obligándonos a tomar el baño en las tardes de verano transcurridas en nuestra Córcega natal. ¡Todos la amábamos tanto! Fue ella quien nos mantuvo unidos en los momentos de mayor dificultad e incluso se trasladó a la isla de Elba para acompañar a Napoleón en el exilio y hacerle ese terrible trance más llevadero. ¡Así era de generosa para con sus hijos!

Sé que entre nosotros solo queda el recuerdo de lo que fue un amor imposible, pero quiero que sepas que aún te guardo en mi corazón con la intensa emoción de la primera vez que te vi en Vitoria hace casi treinta años. ¡Cómo ha pasado el tiempo y qué lejos quedan aquellos momentos!

Ojalá hubieras sido tú quien hubiera reinado a mi lado en España. Estoy seguro de que habrías sido justa, inteligente y habrías amado al pueblo tanto como este a ti. Fuiste la condesa que pudo reinar y no lo hizo solo porque el destino no quiso que nos encontráramos antes. ¡Qué gran mujer se perdió España por los avatares de la vida!

Me entristece no haber recibido noticias tuyas en todo este tiempo. ¿Es que ya no me amas? Quizá tus cartas no lleguen o incluso puede que no me hayas respondido nunca. Quiero pensar que sí lo has hecho para alimentar la esperanza del amor que aún siento por ti. Me gustaría saber si sigues queriéndome y si queda algo en tu corazón de todo lo que un día me entregaste.

Siempre tuyo,

José

Por su parte, el telegrama, escrito aún desde América, era escueto pero tremendamente desolador, y eso destrozó a la condesa.

Point Breeze, Filadelfia, Estados Unidos,
31 de marzo de 1839

Mi hija Carlota ha muerto. Mi esposa no ha tenido el valor de comunicármelo y ha sido mi hermano Gerónimo quien me ha anunciado el fatal desenlace. Voy a regresar a Europa. Nada me queda aquí y mi salud se resiente, enfatizada por un dolor que a duras penas puedo soportar. Me asentaré en Londres por el momento.
Tuyo,

José

Doña Pilar sentía que él la necesitaba más que nunca y que ella le había abandonado. Tardó mucho tiempo en limpiar de su mente esos pensamientos y rezaba cada día por encontrar la paz y que él también pudiera hacerlo rodeado de lo poco que ya le quedaba. El tiempo entre ambos se agotaba. La vida había resultado injusta con los dos y lo único que podía hacer era tratar de lamer sus heridas con el antídoto del amor que habían compartido y que todavía latía en sus corazones. Sin embargo, el dolor era tan grande que a veces lo ocupaba todo sin dejar espacio para nada más.

Los recuerdos se agolparon en la mente de la condesa cuando terminó de leer la última carta. El verano de 1844 acababa de comenzar y el sol se deslizaba por los muros del castillo acariciándolos con condescendencia. Todo a lo lejos era reconfortante, hermoso, sin embargo, con esa carta recibida aquel día, su vida terminó para siempre, a pesar de que la muerte no vino a salvarla. La caligrafía, temblorosa y apenas legible, delataba el final.

Mi adorada Pilar:

Esta será la última carta que te escriba. Apenas me quedan unos días de vida y mi mano y mi cuerpo están totalmente agotados. Ya no tengo fuerzas y solo tu amor me empuja a luchar contra la parca que ya golpea a mi puerta.

La escucho como un suave y delicado rumor que me llama por mi nombre para llevarme con ella.

Mi vida ha transcurrido entre hombres que me han traicionado, presa de la envidia y del falso amor de brazos en los que nunca debí caer. Fui un mal rey y nunca supe hacer valer mis opiniones, siempre dudando y tratando de complacer a todos.

He vivido ya demasiados años y la mayor parte de ellos lejos de ti. Pero no dudes ni por un instante que mi amor siempre fue sincero y que aun en estos momentos de zozobra tu nombre es el que permanece en mis labios.

Conservo en la cabecera de mi cama un hermoso grabado que representa el madrileño palacete de Moncloa. Ya sabes que nunca he podido olvidar los días vividos en España, a la que siempre llevaré en mi corazón a pesar de los avatares y las desdichas. A fin de cuentas, terminé por conquistar lo mejor de ese hermoso país, a ti.

Ya sabes que no creo en el cielo ni en el paraíso y mucho menos en la gloria que la historia me negará de seguro. De lo que estoy convencido por completo es de que nuestro amor se conocerá y atravesará los siglos para que otros puedan comprenderlo. Yo ya lo he hecho.

A pesar de mis constantes ausencias, siempre ha habido un lugar para ti en mi alma. Te guardaré en ella como el tesoro que escondí en Prangins y que aún está esperándote junto al roble en el que nos amamos por última vez. Es tuyo de igual modo que lo soy yo.

Mi deseo por ti jamás se ha apagado y tu cuerpo se alojará conmigo en el ataúd que haya de albergar mis restos por siempre. Así la eternidad será testigo de lo que te quiero.

Amalia no pudo contener las lágrimas. Solo quedaba un pequeño párrafo antes de que la hermosa caligrafía con la que había sido escrito el diario se interrumpiera. ¿Cómo podía aquella historia acabar así? Amalia no podía imaginar que la aventura, el trágico pero poderoso romance que su madre había compartido con José llegara a un término tan demoledor. Pero ni la muerte del depuesto rey podría nunca romper el lazo que los uniría a ambos más allá del tiempo, de eso estaba segura. Quizá un amor nacido entre sombras y conservado en silencio fuera más duradero. Ojalá lo hubiera sabido. Eso pensaba Amalia mientras temblaba antes de arrojarse por última vez a la lectura. Ojalá hubiera podido acompañar y aliviar a su madre durante tantos años y momentos juntas. Ojalá hubiera podido decirle que su historia de amor era valiosa y que jamás caería en el olvido, precisamente porque había sido descorazonadora y genuina. Puesta por escrito por quien fuera que estaba detrás de aquel frágil cuaderno, cualquiera que se acercara a sus páginas podría comprender la emoción vivida por sus protagonistas. Aquellas líneas eran la prueba de la absoluta entrega que había profesado la condesa a su amante.

Los periódicos dijeron tras la muerte de José, ocurrida en Florencia el 28 de julio, que había sido un hombre superior a su suerte. Además, contaron con todo lujo de detalles cómo su cadáver fue embalsamado y colocado en una caja de plomo forrada de raso blanco, soldada a fuego e introducida dentro de otra de madera de caoba de terciopelo negro con galones de oro. El ataúd se situó sobre un cúmulo rodeado por doce candelabros de plata y alrededor de su cuello se dispuso el collar del Toisón de Oro. El cadáver fue expuesto de manera privada y solo le acompañaron algunos familiares en las exequias, siendo enterrado, junto a su hija Carlota, en la iglesia de la Santa Cruz de Florencia.

Ocho meses después del triste desenlace, la condesa leyó en los periódicos que Julia, esposa de José, también había muerto y que

había sido enterrada junto a su esposo y su hija. En España, por su parte, se prohibió cualquier acto en recuerdo de quien había sido su rey.

57
Un viaje sanador

Castillo de Carresse, Francia, 21 de septiembre de 1869

Ya en el ocaso de su vida, la condesa supo que el propio Napoleón III, sobrino de José y rey de Francia, ordenó el traslado de los restos mortales de su tío de Florencia a París para ser enterrado en los Inválidos, donde ahora reposaba junto a su hermano Napoleón.

Curiosa decisión, pensó doña Pilar; él, que nunca había sentido especial apego por el emperador ni por su peculiar modo de hacer valer su opinión ni de manipularle para lograr siempre cumplir sus deseos.

El relato finalizaba así, de forma imprevista e incluso abrupta, aunque con cierta lógica tras la muerte de quien había motivado el origen del diario.

La marquesa de Montehermoso lo cerró con delicadeza y acarició con suavidad la cubierta desgastada de cuero rojo. Permaneció inmóvil durante unos instantes, atenta al silencio. Luego se levantó despacio y comenzó a caminar de regreso al castillo.

Todo había quedado atrás. El rumor del río, el dulce canto de los pájaros; los colores dorados del otoño ya formaban parte de una historia que, por fin, la pertenecía por completo.

Cuando llegó a las puertas de la edificación, un delicioso aroma a asado hizo que su estómago rugiera con fuerza. Entró en silencio con el diario y los lentes entre las manos y se dirigió al comedor. Su último pensamiento antes de almorzar fue para su madre.

Amalia había cumplido con las últimas voluntades de la condesa y quiso permanecer más tiempo en Carresse para descansar de la agitación y los numerosos compromisos de los últimos días. Necesitaba pensar sobre lo leído en aquel diario y sobre la historia de amor imposible que su madre había ocultado a todos durante más de sesenta años. Se sentía culpable por no haber sido capaz de leer en su corazón el dolor y el sufrimiento que le supuso tener que vivir en silencio sus sentimientos y trataba de comprender cómo había podido mantener intacto tantos años el amor por un hombre al que nunca había podido tener por completo.

Amalia se preguntó muchas veces durante aquellos días si la condesa habría querido alguna vez a su padre y si también lo habría hecho con Amadeo. La verdad es que no tenía una respuesta clara. Comprendía muy bien que los afectos no se expresaban siempre con simplicidad y que, si bien con Ortuño su madre había logrado estabilizarse y conservar el estatus social del que siempre había gozado, Amadeo le había proporcionado el cariño, la ternura y una forma de afecto cálida muy necesaria durante la madurez. No era justo comparar ni medir los amores, ya que sus distintas naturalezas los hacían complejos y diferentes. Esa era la única conclusión a la que había llegado.

Al asombro e inseguridad que le había producido la primera lectura de aquellas anotaciones le sucedió la tristeza y, a esta, una importante dosis de empatía que le hizo acercarse aún más a la figura de su madre. Fue entonces cuando comenzó a rondarle por la cabeza un pensamiento recurrente que no lograba apartar. La condesa jamás había viajado a Suiza, o al menos ella no tenía constancia de que así hubiera sido, por lo que en el castillo de Prangins, junto a aquel enorme roble que se mencionaba en el diario, seguía escondido bajo la tierra aquel diamante azul que pertenecía a su difunta madre. ¿Sería muy descabellado trasladarse allí y recuperar el regalo que su amante conservó para ella?

En ocasiones pensaba que aquello no era más que una locura, un deseo infantil y novelesco. Otras entendía que todo tenía sentido y

que aquel hombre del que apenas poseía vagos recuerdos había amado realmente a la condesa. El tesoro escondido en Prangins, según el propio José, era la prueba inmutable de que este recordaría a doña Pilar para toda la eternidad.

Días después del fallecimiento de su madre, por fin Amalia se encontró con Amadeo. La muerte de la condesa le había sorprendido fuera del castillo y no había podido regresar a tiempo para el entierro. Ambos charlaron con serenidad durante muchas horas y compartieron hermosos recuerdos de su vida juntos, aunque la marquesa de Montehermoso nunca le mencionó lo que había descubierto. Ya no era necesario ni hacía falta generar más daño ahora que ni doña Pilar ni el antiguo rey estaban en este mundo. Sería un secreto que se llevaría a la tumba como ya había hecho su madre. Ella custodiaría esos recuerdos como una especie de penitencia por no haber sabido ver en sus ojos de mujer la verdadera historia de amor que había torturado a su madre.

Aquella mañana el otoño parecía querer abrirse paso precipitadamente. Las hojas se desprendieron de los árboles cansadas de permanecer tanto tiempo en el mismo lugar y los colores del campo se tornaron rojizos y ocres para despedirse del verano.

Amalia no había podido conciliar el sueño la noche anterior. Había tomado una decisión: viajaría a Prangins y le pediría a Alain, el cochero y sirviente de máxima confianza de su madre, que la acompañara. No era conveniente que viajara sola y tampoco podía confiar a nadie su secreto, así que pensó que el viejo y fiel criado no haría preguntas y resultaría una compañía discreta. El problema era que tendría que ocultar a Amadeo el motivo de su viaje. ¿Para qué iba a tener ella que desplazarse a Suiza? Lo único que se le ocurrió fue decirle que se encontraría allí con su hija Pilar, pues ella quería adquirir una propiedad cerca del lago Lemán y necesitaba contar con su aprobación antes de tomar una decisión.

—Tenga mucho cuidado —le dijo Amadeo mientras daba buena cuenta de un delicioso asado de buey que la cocinera había

preparado esa misma mañana—. Me deja mucho más tranquilo que Alain la acompañe. Lo haría yo mismo, pero tengo algunos asuntos que me ocupan en Pau. He vendido varios caballos y he de preparar su traslado a la ciudad.

—Descuide. Estaré bien. Además, creo que es un lugar maravilloso y tengo muchas ganas de conocerlo. Estoy segura de que me servirá para descansar y alejarme un poco de tantos recuerdos —respondió Amalia ocultando sus verdaderas intenciones.

—Su madre era una mujer maravillosa y siempre permanecerá aquí, entre los muros de este castillo, en la mente de las gentes que habitan Carresse y en cada una de las buenas obras que hizo por esta localidad.

Amalia sonrió con cierta melancolía. Los restos mortales de la condesa descansarían para siempre en Francia, a pesar de que su deseo hubiera sido regresar al país que la vio nacer. ¡Qué injusta resultaba a veces la vida! Tuvo que ser realmente duro para ella vivir en un exilio que jamás deseó y al que tuvo que acostumbrarse por defender unos ideales y por amar a un hombre al que todos repudiaban.

Organizado el viaje y todo a punto para la partida, Alain subió al carruaje los bultos que Amalia había dejado listos la noche anterior. Sus pequeños y vivaces ojos de ratón lo escrutaban todo en silencio. Desde que la hija de la señora condesa le había dicho que debía acompañarla a Prangins, se había sentido algo inquieto. A pesar de los cuarenta años que había estado al servicio de doña Pilar, no recordaba haber hecho un viaje tan largo, aunque no era eso lo que realmente le preocupaba.

58
Secretos del pasado

Castillo de Prangins, Suiza.
8 de octubre de 1869

El trayecto resultó algo más largo de lo esperado. Hubo un par de contratiempos que hicieron que se retrasara la llegada a Prangins. Primero fue el pinchazo de una rueda del carruaje que Alain arregló con pericia y bastante rapidez y luego una tormenta otoñal que los obligó a detenerse en un alojamiento improvisado.

Durante el trayecto, Amalia no dejaba de pensar en el diamante azul escondido bajo aquel árbol. Pero ¿y si finalmente no había nada allí o ya había sido desenterrado? Quizá alguien conociera el secreto y antes que ella hubiera ido en su busca para hacerse con él. De lo que sí estaba segura es que su madre no había tenido ocasión de volver a aquel hermoso lugar, aunque le hubiera encantado hacerlo.

El castillo de Prangins se elevaba sobre una colina natural que dominaba el lago Lemán. Por lo que pudo averiguar Amalia, se trataba de una construcción armónica y deliciosamente realizada que databa del siglo XVIII y que había sido propiedad de un banquero suizo de nombre Louis Guiguer. Parece ser que fue el último de sus descendientes, Charles-Jules, quien se lo vendió a José, aunque, como bien sabía ella, este no había pasado mucho tiempo allí a pesar de que, lamentablemente, había ardido de modo parcial durante la estancia del antiguo rey de España y este había tenido que reconstruirlo. Ahora pertenecía a una adinerada familia que se lo había adquirido al depuesto rey hacía ya más de cuarenta años.

La construcción estaba compuesta por varios edificios y se rodeaba de frondosos árboles con copas que parecían tocar el cielo, un huerto, dos fuentes de piedra por las que circulaba un agua clara y

cinco jardines de geometrías bien definidas y cuidados al más mínimo detalle. Junto al castillo, pequeñas colinas se elevaban formando delicados relieves que protegían la fortificación, confiriendo al conjunto un toque de silencioso retiro que sobrecogió a Amalia. Había varios senderos que circulaban serpenteantes entre ellas y Alain, siguiendo las instrucciones de la hija de la condesa, condujo entre ellos hasta alcanzar a ver, en lo alto del valle, un árbol imponente, de copa ancha y raíces antiguas. Era el único que dominaba todo el conjunto como un guardián silencioso custodiando un secreto. Amalia también se dio cuenta de que aquel era el paraje que estaban buscando en cuanto contempló el lugar desde el interior del carruaje.

—Puede esperarme aquí, Alain. Iré andando. No tardaré mucho.

—Claro, señora —respondió el cochero asintiendo levemente con un gesto de cabeza.

Amalia recorrió a pie el resto del camino. Los recuerdos de su madre se agolpaban en su mente, desordenados pero insistentes. Sabía que ella, muchos años antes, había realizado el mismo paseo que ahora transitaba ella, quizá del brazo de su amante, compartiendo confidencias y miradas cómplices. Cada paso que daba le parecía un ritual, un encuentro con la difunta condesa del que anhelaba conocer el desenlace por tantos años oculto.

Alain, por su parte, esperaba en el carruaje observándola en la distancia. El cielo se había despejado y las nubes habían dado paso a un sol tibio pero luminoso. El cochero sacó unos pequeños anteojos del bolsillo de su pantalón. Los necesitaba para releer las palabras exactas de la condesa sobre aquel lugar del que tanto había oído hablar. Guardado cerca de su pecho, el cochero tenía allí la respuesta, así que extrajo el cuaderno granate y desgastado y lo abrió en su regazo.

Amalia llegó por fin al roble con el corazón latiéndole muy fuerte a la altura de la garganta. El aire abrazaba el grueso tronco de aquel magnífico ejemplar mientras una luz cálida se colaba entre sus hojas rojizas. Cerró los ojos. El recuerdo de su madre se hizo aún más intenso al imaginarla en los brazos del rey justo ahí, en el mismo lugar en el que ella se encontraba ahora. Eso la hizo estremecer.

Apartó aquel pensamiento de su mente y entonces algo de pronto llamó su atención. Junto a las gruesas raíces, a pesar del paso del tiempo y de los años transcurridos, una extraña piedra en forma de trapecio, clavada en el suelo e imposible de hallarse en un lugar como aquel, parecía querer señalar algo. Amalia se agachó con cuidado y comenzó a apartar la tierra húmeda con sus delicadas manos.

Apenas unos segundos después, sus dedos tropezaron con algo. Era un saquito de terciopelo color carmesí con unas iniciales doradas grabadas: JB. Al acariciar la saca notó la presencia de algo en su interior, así que abrió la bolsa expectante. Fue entonces cuando vio el magnífico diamante azul resplandeciendo con una nítida claridad que competía con el cielo. Amalia permaneció absorta mientras lo contemplaba.

Temblando de pies a cabeza, fue capaz de comprender, en ese mismo instante, lo que había unido a su madre con aquel hombre.

Tras unos segundos en silencio embelesada frente a aquel ejemplar único y con respetuoso mimo, volvió a guardar la joya ocultándola en el interior del bolsillo de su abrigo. Luego se levantó para ir en busca de Alain.

Su misión allí había concluido. Por fin había saldado la deuda que el destino, caprichoso, había negado a su madre poder llevar a cabo. Miró por última vez a su alrededor y, suspirando, depositó un beso silencioso sobre el tronco del roble.

Alain la esperaba sentado en el carruaje. Parecía estar leyendo con mucha atención el cuaderno que tenía entre las manos. Aún recordaba el momento en que, escondido, había seguido a la condesa y a su amante hasta aquel hermoso lugar. Desde la distancia había sido testigo de cómo ambos se entregaban a una pasión desenfrenada, ajenos a todo, y cómo la condesa regresaba exhausta y apresurada a la residencia del antiguo monarca. Fue entonces cuando, aún en su escondite, Alain vio que José Bonaparte sacaba de su bolsillo una piedra preciosa . Se trataba del diamante azul, de un fulgor extraordinario que competía con el mismo color del cielo. A continuación, el francés cavó un pequeño hueco en la tierra con sus propias manos y allí lo dejó oculto, como tal vez

hiciera con su amor por la condesa. Alain, sobrecogido por lo que acababa de presenciar, se prometió a sí mismo guardar el secreto y decidió callar con la misma lealtad con la que había protegido a doña Pilar hasta entonces.

Amalia caminó hacia el cochero con paso lento y ensimismada en sus pensamientos, por lo que no se dio cuenta de lo que sucedía hasta que no llegó a su altura. Entonces le observó con detenimiento. Fue ahí cuando lo comprendió todo. Le pidió que bajara de su asiento en la parte superior del carruaje y que se sentara dentro, junto a ella.

—Ese es el diario de mi madre, ¿verdad? —le preguntó a Alain señalando al pequeño librito que el cochero acababa de cerrar—. Usted lo colocó en su habitación sabiendo que yo lo encontraría.

El anciano no respondió. Se limitó a bajar la cabeza y a asentir.

—Lo cogió de mi mesita de noche, ¿no es cierto? Lo hizo mientras recogía mi equipaje antes de emprender viaje. ¡Qué torpeza la mía no haberme dado cuenta antes! —exclamó la marquesa, que se golpeó la frente a modo de reproche antes de continuar con el improvisado interrogatorio—: ¿Fue usted quien lo escribió? Siempre supe que esa caligrafía no era la de mi madre. Solo la de algunas cartas sueltas, pero no la del diario.

Alain se mantuvo en silencio, así que Amalia insistió:

—Usted la quería y por eso siempre trató de protegerla, ¿no es cierto? ¿Estaba enamorado de ella?

El cochero se revolvió inquieto. Esta vez no pudo quedarse callado:

—Claro que la quería. Pero no del modo que imagina.

—¿Escribió usted el diario? Respóndame, se lo ruego —insistió Amalia tratando de mantener la calma.

—Sí, lo hice. Conocía su historia. Fui su confidente durante todos estos años, pero ella nunca supo que estaba escribiéndolo. Pocos días antes de su muerte se lo confesé todo y le entregué el diario como prueba de fidelidad. Quería que lo destruyera, pero ella no quiso hacerlo porque necesitaba que usted conociera la verdad. Este fue su legado —respondió el anciano acariciando delicadamente el lomo desgastado del pequeño cuaderno.

—¿Y por qué usted, Alain? Un simple sirviente, un cochero sin formación. Como es posible que…

El criado no dejó que Amalia terminara la frase.

—Yo era hermanastro de su madre. Hijo de una relación de doña Luisa cuando aún no estaba casada. Estuve años al cuidado de la familia Zabalza hasta que la condesa, por indicación de su madre, me contrató a su servicio. Ella supo quién era poco tiempo después. Fui yo mismo quien se lo confesó. Junto a doña Pilar me formé, aprendí en los libros lo que la vida me negaba y supe mantenerme en silencio, observando el devenir de los acontecimientos sin más aspiraciones que las de mantenerme a su lado. Por eso la he protegido durante todos estos años y he guardado su secreto hasta su último aliento. —Alain dejó escapar una lágrima solitaria que resbaló acariciando su nariz aguileña.

Amalia contuvo la respiración. Estaba abrumada. Aquel hombre anciano, el cochero que tantos años había trabajado para su madre, era en realidad un hijo no reconocido de su abuela doña Luisa. ¡Qué bien sabían guardar los secretos los miembros de su familia!

Callado, silencioso, observador y leal, el viejo cochero había sufrido tanto o más que su progenitora. A Amalia se le hizo un nudo en la garganta. ¡Ese era el secreto que tan cuidadosamente había ocultado su abuela y que le había hecho sentirse tan cerca de su propia madre!

De pronto sintió por aquel anciano un inmenso respeto y agradecimiento. Sin pensarlo dos veces, sacó del bolsillo de su abrigo la saquita que aún contenía el regalo que el rey le había hecho a la condesa. La abrió y dejó que el diamante azul brillara con luz propia.

—Es suyo —le dijo Amalia mientras extendía la joya para entregársela al anciano

—No puedo aceptarlo. No me pertenece —respondió Alain desviando la mirada con humildad.

—Ella ya no lo necesita. Se trata de un regalo por su fidelidad. Es una muestra del amor y del dolor que ambos compartisteis, aunque por diferentes razones. Usted fue su bastón y en usted se apoyó en los peores momentos. Es de justicia que sea quien lo guarde.

Alain extendió sus ajadas manos para recoger el diamante con delicadeza.

Ninguno de los dos dijo nada más. La emoción se lo impedía. Fue entonces cuando la luz de la tarde se reflejó en los cristales de las ventanas del carruaje iluminando el rostro de ambos. Amalia apoyó la cabeza sobre el hombro del anciano mientras este contemplaba el atardecer. En ese instante, los dos sintieron que algo había sanado y que todo lo que debía decirse ya había sido dicho. Por fin el pasado podía descansar en paz.

Nota de la autora

La historia de Pilar de Acedo ha permanecido prácticamente oculta para el público general durante más de doscientos años. Son muy pocos los que han investigado y tratado de sumergirse en la vida de uno de los personajes más desconocidos y enigmáticos de la primera mitad del siglo XIX español, una época convulsa en la que fueron muchos y muy variados los episodios y personajes, casi siempre masculinos, que destacaron en el ámbito político y militar y que han ocupado decenas de libros de historia.

La condesa, título que he preferido mantener, tanto en el nombre de la novela como a lo largo de toda la narrativa para nombrar a nuestra protagonista y que fue heredado por cuna, era una mujer no sujeta a convencionalismos, y de ahí que no resultara pertinente emplear el término de marquesa en la novela, pues ese título era el que ostentaba la familia de su esposo. De ese modo, he tratado que siempre estuviera presente en el relato su individualidad, un rasgo del que hizo gala huyendo de las normas de una sociedad en la que nunca encajó.

La historia de amor que mantuvo con el rey de España quizá no permaneció en su memoria hasta el final de sus días y tal vez solo fuera un espejismo al que se aferró tratando de huir de un matrimonio desdichado y de las devastadoras consecuencias de una guerra que asoló el país. Lo que sin duda es incuestionable es el sufrimiento y el dolor que Pilar de Acedo tuvo que padecer viviendo a escondidas un amor que terminó por llevarla al exilio y por apartarla de su hija durante años. Fuera de la España a la que tanto amaba, vilipendiada y perseguida por sus ideas afrancesadas, supo reconstruirse y comenzar de nuevo lejos de su hogar, al que trató de regresar sin éxito.

Culta, inteligente y refinada, la condesa de Echauz y del Vado, marquesa consorte de Montehermoso, fue una mujer atípica para su tiempo, con una gran sensibilidad política y una capacidad para tomar decisiones inusual en una mujer de su época. Desafió las normas morales y sociales y puso en juego su posición, a su familia y su honor por amar a un rey extranjero, injustamente odiado por un pueblo que jamás le comprendió.

Para muchos, Pilar de Acedo fue una mujer contradictoria que se movió entre el escándalo, la traición y hasta la leyenda. Soportó la mirada hostil de una sociedad que jamás la comprendió y combatió el escándalo confiando en la llegada de un mundo ilustrado donde una mujer pudiera vivir la libertad en plenitud.

Exiliada durante más de cincuenta años en el castillo de Carresse, que aún se conserva a pesar del tiempo transcurrido, tuvo que ser enterrada fuera de su patria, en esa pequeña localidad del país vecino donde encontró la paz que siempre anheló, presa de la melancolía y consumida por los recuerdos. Allí volvió a casarse y a rehacer su vida, recibiendo las visitas de sus más fieles amigos, entre los que se encontraba el maestro Francisco de Goya, quien retrató a su hija Amalia y que quizá también pudiera haberla inmortalizado a ella.

Como en toda novela, realidad y ficción se mezclan en la historia de Pilar de Acedo, una mujer marcada por las contradicciones, que tomó decisiones equivocadas que terminarían por desembocar en auténticas tragedias personales. Para los españoles, siempre orgullosos de su singular idiosincrasia, amar a un rey impuesto por el invasor en plena guerra de ocupación francesa fue un acto imperdonable, una traición imposible de soportar. Por eso, desprotegida y sin aliados que pudieran salvarla, se vio obligada a tomar el doloroso camino del exilio.

Cargando con el peso de una pasión que le estaba negada a las mujeres, traspasando constantemente la delgada línea que separa el deber y el deseo, Pilar de Acedo sigue siendo hoy en día una mujer envuelta en el misterio. Rechazada por algunos e idealizada por los menos, su historia no deja indiferente a nadie, ya que constituye un

símbolo de rebeldía, una pequeña revolución en un momento en que las mujeres no tenían capacidad de alzar la voz para ser escuchadas.

Agradecimientos

Una de las cosas más especiales de contar historias es que siempre puedes compartirlas. Además, las personas a las que acompañan y que tienen interés en conocerlas aportan sus opiniones y sentimientos sobre ellas, e incluso, en algunas ocasiones, proporcionan pistas y datos que el propio escritor desconoce. Por eso es importante agradecerles su compañía a lo largo de este viaje que es la vida y el escribir libros.

Como muchos lectores ya sabéis, siempre encabezo este apartado por mi abuela. Ella me acompaña todos los días de mi vida, a pesar de que no puedo disfrutar de su presencia física. Con ella se fueron muchos de los recuerdos que tenía y no pudo contarme. Quizá yo debí haberle preguntado más, aunque lo hice bastante a menudo. Quizá tampoco hubo suficiente tiempo para hacerlo, aunque sus noventa y siete años de vida dieron para mucho. Lástima que, para disfrutar de las personas que amamos, el tiempo nunca resulte suficiente. Debe ser algo que forma parte de la propia vida, igual que lo hace el día de la noche. Ella me enseñó a hacerme preguntas, a mostrar curiosidad por todo, a cuestionar y a dudar. Pero también me enseñó el más profundo sentido de la vida: respetar, amar sin esperar nada a cambio, buscar la paz y la serenidad cuando más ruido hay alrededor y confiar en que los sueños pueden cumplirse si uno los persigue con verdadera convicción.

Esas enseñanzas se mantienen aún hoy muy firmes en mis padres, quienes, con su enorme bondad y generosidad, me entregaron las herramientas necesarias para comprender el mundo y mirarlo de frente, incorporando los miedos y el fracaso dentro del equipaje y entendiendo ambos como partes esenciales del proceso de vivir.

Ese aprendizaje he tenido la suerte de compartirlo con mi única hermana que, con incondicional devoción, ha disfrutado de mis alegrías y sufrido con mis dificultades, siempre desde el firme convencimiento de que la confianza se construye con pequeñas victorias diarias.

Pero el camino jamás puede ni debe hacerse solo. En la amistad uno se comprende más a sí mismo y entiende a otros desde la generosidad y la empatía. Por eso no quiero olvidarme de mis compañeros de trabajo y amigos, que, al quererme mucho y bien, son seguidores incondicionales de mis novelas y siempre tienen una palabra de ánimo y de aliento cuando me enfrento al papel en blanco.

La historia de Pilar de Acedo me conmovió desde el primer momento y, gracias al trabajo de investigación y a la enorme dedicación que Alexis Ichas llevó a cabo sobe la figura de esta mujer fuerte y poderosa, he podido dejar que una parte de ella se apoderase de mí durante un tiempo para ahora entregárosla a todos vosotros.

Los familiares de la protagonista también han jugado un papel esencial en esta increíble aventura, pues, siempre solícitos y abiertos a responder a mis preguntas, me proporcionaron una visión más amplia de un personaje injustamente olvidado que vivió un amor imposible en una época que no era la suya.

Gracias también al equipo de Penguin Random House y a mis cómplices literarias de la agencia Dos Passos por su visión siempre acertada y su enorme profesionalidad para guiarme con acierto a través de las páginas de esta novela.

Y, por último, aunque siempre seáis los primeros en quienes pienso cuando escribo historias, gracias a vosotros, lectores. Por acompañarme en cada nueva aventura, por recibir con emoción y hermosas expectativas a cada personaje y por seguir haciendo de este sueño de escribir una ilusionante realidad.

La apasionante historia real de una mujer adelantada a su época: la condesa de Echauz y del Vado, amante de José Bonaparte, que pudo reinar sobre todo un imperio.



Carresse, Francia, 1869. La condesa de Echauz y del Vado, doña Pilar de Acedo y Sarriá, acaba de fallecer. Tras el entierro, su hija Amalia, marquesa de Montehermoso, descubre por azar un diario oculto y un conjunto de cartas que revelan una historia hasta entonces desconocida para ella: la ardiente y secreta relación que su madre mantuvo durante años con José Bonaparte, el destronado rey de España. Amalia se verá obligada a replantearse algunas de sus más férreas convicciones y revivirá una pasión prohibida que sobrevivió a la guerra y al exilio. Una pasión que convirtió a la condesa en la protagonista silenciosa de un capítulo desconocido de la historia de España.

En su nueva y fascinante novela, Alicia Vallina narra el épico relato de la ocupación francesa de España y lo entreteje con la emoción, el

amor y los conflictos internos de una mujer que elevó su voz por encima del tiempo y que pudo cambiar el curso de nuestra historia.

Alicia Vallina es periodista, especialista en arte contemporáneo, doctora en Historia del Arte y funcionaria de carrera del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos del Estado. Ha sido directora del Museo Naval de San Fernando y ha trabajado en un sinfín de instituciones culturales. Actualmente es responsable del Área de Formación y Acción Social del Ministerio de Industria y Turismo.

Es comisaria de exposiciones, guionista, conferenciante y colaboradora de las revistas *Descubrir el Arte* y *La Aventura de la Historia*, además de articulista en el diario *El Mundo*, en *La Nueva España* y en la revista cultural *La Lectura*. También tiene sus propias secciones en los programas radiofónicos *Un buen día para viajar* y *Noche tras noche.*

Ha sido galardonada con el Premio al Libro Mejor Editado en la categoría de arte por su catálogo razonado del artista Joan Brossa. Su primera obra, *Hija del mar,* obtuvo el premio de novela histórica de Pozuelo de Alarcón. *La criolla del Amazonas* fue su segunda novela, y, tras ella, publicó su exitoso ensayo *Únicas*. Historias desconocidas de mujeres extraordinarias. Con *La condesa que pudo reinar* nos acerca, una vez más, a las grandes vidas de mujeres que fueron eclipsadas por la historia.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Alicia Vallina
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Martí Sanchís i Aibar
Imagen de portada: composición fotográfica a partir de las fotografías de © Richard Jenkins e © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03551-7

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La condesa que pudo reinar

Prólogo

1. Después de la tormenta

2. Los vaivenes de un eterno verano

3. Secretos despiadados

4. Un mundo ruidoso

5. Más decepciones

6. Una subasta muy deseada

7. El corazón me sostiene

8. Una cena de gala

9. El primer encuentro

10. Más amantes para el rey

11. Un monstruo de ojos verdes

12. Visitas inesperadas

13. Traiciones difíciles de digerir

14. La llegada del emperador
15. Un traslado inoportuno
16. Una llegada accidentada
17. Encuentros desafortunados
18. Una confesión muy dolorosa
19. Invitados ilustres
20. Días de gloria
21. Un poema para Amalia
22. Ante los ojos de todos
23. El retrato
24. Un triunfo muy deseado
25. La sevillana que enamora
26. Advertencias
27. Cambio de aires
28. El regreso del rey
29. Ni inocentes ni culpables
30. Madre no hay más que una
31. Una falsa alarma
32. El heredero

33. Noticias preocupantes
34. El nacimiento del rey de Roma
35. Una muerte que alivia
36. Recuperar el tiempo perdido
37. Miedo a no volver a verte
38. Una ayuda nunca se rechaza
39. Huir es de valientes
40. Promesas en la frontera
41. Empezar de nuevo
42. Todo se complica
43. Últimos días de gloria
44. Derrotas
45. El camino solo de vuelta
46. En el exilio
47. Un tesoro oculto
48. Correspondencia
49. Y, de nuevo, el amor
50. Una boda en España
51. Hasta que la muerte nos separe

52. Reencuentros
53. El pasado siempre vuelve
54. Cartas
55. Un retrato muy esperado
56. Muertes devastadoras
57. Un viaje sanador
58. Secretos del pasado
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alicia Vallina
Créditos

Table of Contents

La condesa que pudo reinar
Prólogo
1. Después de la tormenta
2. Los vaivenes de un eterno verano
3. Secretos despiadados
4. Un mundo ruidoso
5. Más decepciones
6. Una subasta muy deseada
7. El corazón me sostiene
8. Una cena de gala
9. El primer encuentro
10. Más amantes para el rey
11. Un monstruo de ojos verdes
12. Visitas inesperadas
13. Traiciones difíciles de digerir
14. La llegada del emperador
15. Un traslado inoportuno
16. Una llegada accidentada
17. Encuentros desafortunados
18. Una confesión muy dolorosa
19. Invitados ilustres
20. Días de gloria
21. Un poema para Amalia
22. Ante los ojos de todos
23. El retrato
24. Un triunfo muy deseado
25. La sevillana que enamora
26. Advertencias
27. Cambio de aires
28. El regreso del rey
29. Ni inocentes ni culpables
30. Madre no hay más que una

31. Una falsa alarma
32. El heredero
33. Noticias preocupantes
34. El nacimiento del rey de Roma
35. Una muerte que alivia
36. Recuperar el tiempo perdido
37. Miedo a no volver a verte
38. Una ayuda nunca se rechaza
39. Huir es de valientes
40. Promesas en la frontera
41. Empezar de nuevo
42. Todo se complica
43. Últimos días de gloria
44. Derrotas
45. El camino solo de vuelta
46. En el exilio
47. Un tesoro oculto
48. Correspondencia
49. Y, de nuevo, el amor
50. Una boda en España
51. Hasta que la muerte nos separe
52. Reencuentros
53. El pasado siempre vuelve
54. Cartas
55. Un retrato muy esperado
56. Muertes devastadoras
57. Un viaje sanador
58. Secretos del pasado
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Alicia Vallina
Créditos